

A black and white photograph of two wine glasses on a dark, reflective surface. The glass in the foreground is partially filled with a dark liquid and is in sharp focus. The second glass is behind it, slightly out of focus. A red rectangular box is superimposed over the middle of the image, containing the title and author's name in white text.

Los crímenes
de Ardeshir Villa
KALPANA
SWAMINATHAN

Siruela/ Policiaca

Kalpana Swaminathan

Los crímenes de Ardeshir Villa

Traducción del inglés de Dora Sales

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Agradecimientos

Los crímenes de Ardeshir Villa

Nota de la traductora

Notas

A mis padres, por sus bodas de oro

Agradecimientos

Este libro se ha inspirado en las muchas personas desposeídas, hombres y mujeres, que reconstruyeron sus vidas en las calles de esta ciudad-refugio en las décadas que siguieron a la liberación de Bangladesh. Sus historias ejemplares de coraje y fortaleza tienen poco que ver con la historia de este libro, pero he tomado prestado parte de su insaciable gusto por la vida.

La mayoría de mis amistades y conocidos han contribuido, sin sospecharlo, a la cocción de este libro, y espero represalias por su parte.

Estoy en deuda con mi tía P. Saraswathi por darme a conocer el Raag Jinhoti, pues transmitió con generosidad la esencia de su significado a alguien que tiene un pobre oído para la música.

Ardeshir Villa fue diseñada por Shubha Pachigar, que empleó sus considerables habilidades como arquitecta para hacer que mi castillo en el aire fuese no sólo habitable sino lujoso... y después remodeló el interior para adecuarlo a las excentricidades de la autora.

El menú milenario de Tarok Ghosh no puede imputarse a ningún chef ni historiador, pero un cocinero común puede evocarlo sin echarse a llorar.

Los crímenes de Ardeshir Villa

Reparto

FELIX REGO: El crítico culinario

La ávida columna de nuestro corresponsal culinario tiene tendencia al asesinato...

ALIF BEY: El genio

El ermitaño brillante se vuelve miserable cuando su Musa muestra pies de barro...

RAFIQ KHAN: El bailarín

Su Shiv Tandav desató el caos. ¿Restaurará el orden su próxima actuación?

DRA. HILLA DRIVER: La anfitriona

Esta fiesta en casa es su forma de exorcizar el pasado, pero algo sale terriblemente mal...

CHILI: La modelo

¿Qué hay mejor para el cutis de una chica que una píldora vitamínica? Pero una la dejó lívida...

TAROK GHOSH: El cocinero

Desde su condición de chico de la calle aprovechó los recursos gastronómicos de su excelente cocina para sonsacar secretos. Pero arriesgó demasiado en una receta...

LOLA LAVINA: La superviviente

De víctima a defensora en progresión natural, sin embargo esta mujer de fortuna tiene la mirada puesta en lo que hay por delante...

RAMONA: La debutante El fin de semana prometía ser todo lo que había soñado. Pero no tuvo en cuenta el asesinato...

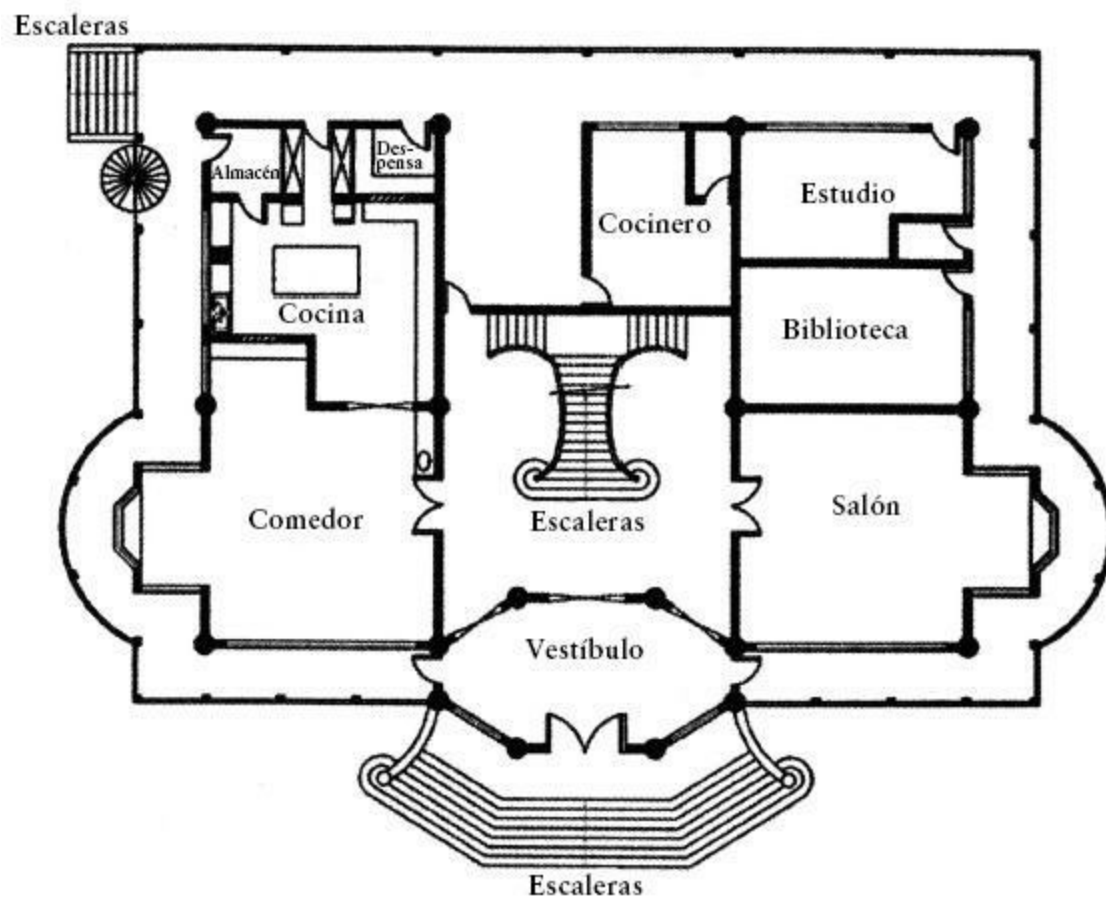
UJWALA SANE: Mujer fatal

Mantiene a los hombres a raya. Pero, para ella, los cocineros no son caballeros...

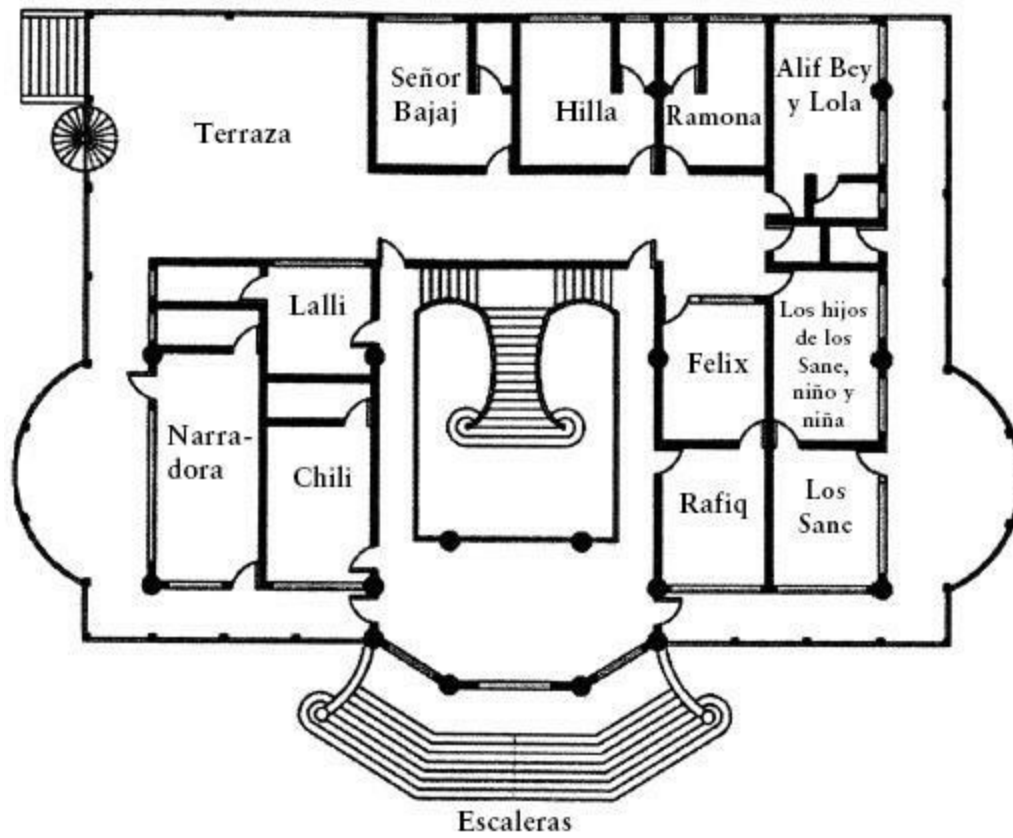
LALLI: La detective Recopila curiosidades, y este fin de semana parece volverse más y más curioso...

LA NARRADORA

Complica su relato al enamorarse perdidamente...



PLANTA BAJA DE ARDESHIR VILLA



PRIMER PISO DE ARDESHIR VILLA

Pasé toda la mañana con un cadáver. Yacía sobre el granito jaspeado del banco del parque, abotargado bajo el sol.

Un año antes, el modesto éxito de un exiguo volumen de relatos me estimuló hacia una novela. Andaba entre trabajos... ¿o no?

–Tienes treinta y dos años y ya te cruje la muñeca –afirmó mi editor–. Darás clase sobre poetas muertos a disléxicos durante las próximas tres décadas a menos que lo dejes ahora.

Le odiaba, pero tenía razón.

–Sondea las cloacas del alma –me aconsejó, con cierto entusiasmo.

Me costó un año y cien mil palabras darme cuenta de que las cañerías tenían una fuga. El libro apestaba.

Aquella mañana me arrastré hasta el exterior pensando que una lectura al fresco ayudaría. *Nada*¹. El libro estaba bien muerto y el aire fresco no sirvió para reanimarlo.

Dejadme empezar por el principio.

Perdí mi carrera, a mi novio y mi biblioteca, todo, en veinticuatro horas, lo que seguramente es un récord en los anales de los desastres no naturales. Una de las peores cosas que puede hacer una profesora novel es defender a un alumno malintencionado. Yo lo hice, también, a las nueve y media en la sala de profesores, con todos los jugadores principales del sutil juego del puterío académico escuchando con avidez.

No hay nada sutil por lo que respecta a la ira de un docente de mayor rango. Me alcanzó antes de que hubiese terminado el día.

Durante toda aquella semana me vi inundada de informes, alejada de las clases. Mi tarjeta fue rechazada en la biblioteca, el código de acceso anulado. La sala de profesores se quedaba vacía en cuanto entraba. El viernes por la mañana el asunto culminó con un rápido final quirúrgico.

A las once mi novio dijo que teníamos un problema respiratorio, que no podía seguir soportando el aire que yo respiraba. Oh, bueno... él tenía que presentar una tesis doctoral, ¿no?

A las once y media se me condujo, sin medicación previa y sin vendarme los ojos, a la decapitación. Mi carta de despido estaba sobre el escritorio de la profesora Sandeha, aunque todavía sin firmar. Su mano se cernía sobre el brillante despliegue de bolígrafos de plástico: rosa ácido o verde bilis, ¿cuál asestaría el golpe de gracia? Al final los ignoró todos.

Alargó la mano hasta su bolso. Me sentí halagada.

Era evidente que iba a ser un momento Montblanc.

Un golpe brutal con aquella Mozart Meisterstück negra, y todo terminó. Salí, liberada de una carrera cubierta de telarañas.

Poco antes del mediodía subí a mi habitación para ordenar las cosas. Los libros habían desaparecido. *Todos* mis libros.

La carrera y el novio podían reemplazarse. La biblioteca, no. El novio, no hace falta decirlo, se llevó los libros.

En las veinticuatro horas siguientes adquirí una máquina de escribir, una nueva dirección y una tía.

Un año después, las conservo a las tres.

La máquina de escribir es una Brother portátil, con un acabado torcido en la T.

La dirección es Utkrusha, número 44, Adarsh Road, Vile Parle East.

La tía es Lalli.

Dejadme decirlos de inmediato que no es una tía al uso. Su estatus como tía es accidental. El accidente es mi padre, que, hace poco, y por motivos tanto privados como preocupantes, recuperó a esta extremadamente periférica ramita del árbol familiar.

Cuando llegué a casa aquella tarde, tras haber echado por la borda carrera, novio y biblioteca, encontré a mi familia dividida y sumida en el caos.

A la mañana siguiente, llegó Lalli. Yo no tenía ni idea de dónde había salido, o quién era, o por qué su presencia suponía tal consuelo para mis apabullados padres. Para mí era un momento desconcertante, también. Quedé excluida de sus preocupaciones, porque ya tenía bastante con lo mío.

Pero todavía no estoy preparada para contar esa historia. Ahora basta decir que la

presencia de Lalli me consoló tanto como a ellos. Aunque en mi caso el consuelo se produjo más bien por su completa falta de curiosidad por mis trastornos recientes. Cuando pasó la tormenta, mis aliviados padres se marcharon a Lonar, a cultivar rosas, y yo me fui con Lalli.

Compartimos techo, pero poco más. Ella tiene su espacio, yo tengo el mío. Mantenemos el acuerdo tácito de no rozarnos ni un pelo (que en el caso de Lalli es un revuelto de rizos plateados. El mío, ya que preguntáis, es liso como un plomo, y el doble de aburrido). A lo largo del año hemos evolucionado desde la cautela mutua a la mutua tolerancia.

Cuando me mude, cosa que debo hacer pronto, echaré de menos a Lalli más que nada en mi vida. Y eso es desconcertante... teniendo en cuenta lo poco que sé de ella. Tiene sesenta y tres años, descalza mide uno sesenta y siete, en la báscula del baño pesa cincuenta y siete kilos. Tiene cara de actriz, surcada de arrugas, cambiante, expresiva. Ojos negros y brillantes cuando están inactivos, aunque a veces se encienden como un soplete. El pelo, como mencioné antes, es una espuma plateada. Se mueve con una economía veloz que se confunde fácilmente con la elegancia, hasta que te das cuenta de que es disciplina. *Entonces* piensas que es sigilo, velocidad, agilidad. Tiene las manos cuadradas, sorprendentemente fuertes para una mujer que se pasa la mayor parte del tiempo leyendo.

Hasta que me mudé aquí, ella vivía sola, o casi. No he preguntado, pero no creo que haya estado casada. Hay, con certeza, una vida rebosante en su interior, que no tiene nada que ver con la que lleva de forma visible. La he sorprendido en momentos en los que el día se le escapa y ella se pone tensa por la expectativa. Levanta la vista, para escuchar un paso o una nota musical en la distancia. Alerta. Nunca dura más de un instante. Después el ligero sofoco se disipa, y su mirada se repliega y se vuelve impenetrable.

Nuestro salón recibe un flujo constante de visitas. Al principio la variedad me deslumbró. Aparecían a todas horas. A veces se quedaban el día entero aturdidas, desplegando los movimientos de la cortesía mientras se servían y se retiraban las comidas. En otras ocasiones eran rechazadas por Lalli con una orden escueta: «Vete, por favor. Ahora». Éstas, me percaté, por lo general iban muy bien vestidas y traían consigo el aura inefable del dinero.

En la primera semana que pasé en Utkrasha, le abrí la puerta a una de estas personas. Tenía una cita, dijo. Se llamaba Surendranath Shah. Lalli no estaba, se había esfumado tras una llamada telefónica, y me sentí obligada a hacer compañía a la visita. Le llevé el vaso de agua de costumbre y le di a elegir entre té o café, le acerqué el periódico, y me disponía a volver a mi máquina de escribir cuando algo me entretuvo. Nos pusimos a hablar, y el señor Shah, descubrí, era astrólogo... no tanto por elección como por herencia. Para cuando Lalli regresó estábamos en plena discusión sobre los símbolos funerarios egipcios. Me fui con cierto pesar.

Más tarde, cuando se hubo marchado, le pregunté a Lalli si sus predicciones eran fiables.

—No conozco sus predicciones —contestó mi tía—. Espero descubrir si las mías lo son.

Me sorprendió. Lalli parecía demasiado racional como para fiarse del poder de las estrellas.

—Pronostico que pronto se delatará —continuó Lalli—. Parecía que teníais mucho de que hablar.

—Tiene un enorme interés por el simbolismo egipcio.

—No. Lo tienes *tú*.

—Oh, sí, pero apenas sé nada sobre ello. Él es un experto.

—¿Y cómo llegasteis a Egipto? ¿Cómo se entabló exactamente la conversación?

Su tono de voz era innecesariamente cínico. Aquel hombre parecía un conejo inofensivo. Un poco venido a menos, pero en lo esencial *bechara*, inocente; *pavam*, un pobrecito.

—Es astrólogo —contesté con firmeza—. Toda su familia lo ha sido durante los últimos seiscientos años.

—¿Y te dijo eso en cuanto abriste la puerta?

—Después de que le pusiera cómodo con un vaso de agua y el periódico, sí.

—Ajá. ¿Y el periódico estaba tal y como lo dejaste al terminar tu segunda taza de café?

—¿Cómo...?

—No importa. Lo que quiero decir es que estaba abierto por la sección local, por la segunda página y doblado en vertical con la mancha de café justo debajo de la columna *Las estrellas pronostican*.

Estaba a punto de protestar indignada cuando me percaté del periódico, mancha y todo.

—Pero eso no fue todo, ¿verdad? Llevas una semana preocupada por el tema egipcio, dándole vueltas a cómo podrías colarlo en tu libro. Ayer te planteaste situar una escena en una pirámide. Esta mañana has transferido tu lealtad a la Esfinge. Esas cosas se *notan*.

—¿Cómo? ¿Me leyó la mente?

Lalli se rió.

—Leyó el entorno. Mira alrededor.

Lo hice. No vi nada.

—Observa la estantería.

Eso era sencillo, lo difícil es apartar la vista. Otras habitaciones tienen paredes. El salón de Lalli tiene libros. Necesito una escalera de mano para llegar a la fila más alta.

—¿Cuál es el último libro que has leído? Es fácil decirlo.

Entonces me di cuenta, un volumen grueso de color escarlata sobresalía un poco con respecto a la base. Estaba demasiado alto como para leer con facilidad el título, pero el lomo mostraba la inconfundible geometría achaparrada de la tumba de un faraón. Lo había estado leyendo la tarde anterior.

—No tan rápido —repliqué—. En primer lugar, se trata de *Noches de la antigüedad*, de Norman Mailer. El señor Shah no parece el tipo de persona que lee a Mailer. En segundo lugar, ¿por qué iba a pensar que *yo* estuve leyendo ese libro? ¡Podrías haber sido tú!

—Cierto, podría haber sido yo. Pero con el indicio añadido de la forma cónica garabateada al lado del crucigrama, claramente realizada con el lápiz que incluso ahora sigue donde lo dejaste, y que es probable que tuvieses en la mano cuando abriste la puerta... el señor Shah mostró bastante lógica al concluir que estabas interesada en el antiguo Egipto. Y en cuanto a tu idea de que no parece el tipo de persona que lee a Mailer... ¿cómo podrías saberlo?

—No es posible que se diera cuenta de todo eso. Nadie se fija nunca en cosas así.

—Yo sí.

—Tienes mente de asesino de bajo nivel.

—También el señor Shah. Es un bígamo aplicado que me ha pedido que localice a su esposa desaparecida. Más bien pienso que la ha asesinado.

Me reí.

Y dejé de hacerlo con rapidez cuando vi su cara.

Estaba completamente seria.

—Espera un momento —dije despacio—. ¿Quería que localizases a su esposa? ¿Qué eres, una agencia de personas desaparecidas?

—Entre otras cosas. Recopilo curiosidades. Acepté buscar a la esposa del señor Shah porque lo encuentro curioso.

Para entonces la mandíbula se me había caído hasta la cintura. Con todo, faltaba una última pregunta esencial:

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué se tomó la molestia de cultivar la conversación contigo? —Lalli sonrió con picardía.

Me estremecí. Surendranath Shah, de haber tenido más tiempo, podría haberse organizado, y haber saltado con agilidad de *kundali* a *kundalini*, del horóscopo al sexo.

Después de aquello, fui cautelosa con las visitas de Lalli durante un tiempo.

Pero poco a poco mis escrúpulos se desvanecieron. Hoy menciono con orgullo entre mis conocidos a un falsificador, un desfalcador, varios prestidigitadores que roban carteras para ganarse la vida, y una modesta colección de impostores. En cuanto al señor Shah, está a la espera de juicio. La esposa desaparecida fue localizada con bastante facilidad. La encontraron en un camión lleno de fruta, distribuida de modo uniforme en trocitos convenientemente colocados entre capas de mangos de la variedad alfonso, madurándose en su camino hacia la exportación.

Hay expedientes de Homicidios todas las semanas. Tardé unos días en darme cuenta de que Lalli se había pasado los últimos treinta años en la policía. No se ajusta a la idea que tengo de una mujer policía, ni siquiera a la de una famosa detective que echase una miradita a rastros de sangre. Supe del pasado célebre de mi tía por otro encuentro curioso.

En esa ocasión fue un policía uniformado con el arco iris completo sobre el hombro, y una sonrisa de anticipación que se esfumó cuando me vio.

—¿Lalli, por favor? —preguntó bruscamente—. Si no está en casa, esperaré.

Y antes de que me diese cuenta se deslizó por mi lado y se fue derecho al sofá beige.

Traté de mantener la voz tranquila cuando mi mente se puso a nadar por todos los relatos escabrosos de acoso policial que había escuchado de mis amigos que trabajaban en ONG.

—¿Qué quiere de mi tía? —espeté—. No puede molestarla de esta forma. Conocemos

bien nuestros derechos. Un policía de uniforme no puede presentarse en casa de alguien sin previo aviso...

Me consolé con ese *previo aviso*. Tocé la tecla adecuada. Hice un inventario rápido de gente que correría en mi ayuda, y tiré la lista a la basura. Tendría que manejarlo yo sola, y parecía tener todas las palabras adecuadas. No obstante, mi elocuencia se malgastó. No me escuchaba. Estaba tecleando en su móvil de modo febril. Posiblemente llamaba para pedir refuerzos.

No, me pasó el teléfono.

—Todavía estoy en Colaba —sonó la voz de Lalli—. Tardaré una hora o más en llegar a casa. No te preocupes por Balu, no te molestará. Es uno de mis hombres.

¡Balu! Entrecerré los ojos. La insignia de plástico en su uniforme decía Balkrishna Jadhav. Me sonrió alegremente.

—Un policía de uniforme puede visitar a un oficial superior en su casa. Incluso si está retirado.

—Yo... no sabía que Lalli estaba en la policía —balbuceé de forma estúpida.

—¿No sabías que el *Ramayana* va sobre Rama? —se rió. Dio un golpecito al voluminoso expediente que había colocado sobre la mesita—. ¿Ves lo gordo que es? Si Lalli no lo ve esta semana, aumentará.

Aturdida, abrí el expediente.

Lo cerré deprisa.

Necesité sentarme. Necesité un vaso de agua.

Nuestras disculpas colisionaron.

—Lo siento, no debería haberlo abierto.

—No, no, es culpa mía, debería haberte parado. Puede ser muy... impactante.

Lo fue.

En el expediente había fotos. Imágenes brutales, nauseabundas. Lo peor de todo es que reconocí el rostro. Lo había visto en primera página durante toda la semana anterior, como habían hecho los otros diecisiete millones de personas en Bombay.

Sarika Doshi. Dieciséis años, asesinada en la seguridad de su propio hogar a plena luz del día. El asesinato dejó atónita a la ciudad. Los tabloides nunca lo tuvieron mejor, publicaron a doble página entrevistas con sabihondos que nunca estuvieron lo bastante cerca de la chica como para oírla gritar. *Ciudadanos adultos son asesinados con*

frecuencia en la ciudad, pero la muerte de una adolescente no puede ignorarse, comenzaba sin reservas un reportaje.

Nada en la calma angelical de las fotografías de la víctima publicadas en aquellos periódicos revelaba el horrible asalto a su cuerpo. En aquel momento recordé algunos detalles.

La apalearon con una pesa de hierro y la rajaron con un cuchillo. Las dos armas eran de la casa. Su padre, un fanático del *fitness*, trabajaba todos los días con las pesas. El cuchillo era de la cocina. La chica había dejado entrar en casa al asesino. Al parecer éste encontró las armas con bastante facilidad. El cuchillo de la cocina era pan comido, pero ¿y la pesa? No había signos de lucha. Tanto el padre como la madre estaban trabajando cuando asesinaron a la chica.

Heridas múltiples, dijeron las noticias, pero esa jerga simplista había tapado *esto*. *Esto* era más que furia o desesperación. *Esto* era odio. No podías imaginarlo. Tenías que verlo. Cuando abrí el expediente vislumbré de un vistazo aquel instante de odio. Se me clavó en los ojos. Cortó el aire. Me dejó a oscuras.

Balkrishna Jadhav me trajo un vaso de agua de la nevera y encendió la televisión. India estaba jugando contra Nueva Zelanda en Ahmedabad. La miramos aturridos mientras Dravid y Sourav mantenían el juego contra viento y marea. La asombrosa bola de seis carreras que lanzó Sourav no logró más que unos aplausos mecánicos.

—Informe forense —soltó Jadhav de pronto—. Ahora el público está acostumbrado a los cuerpos. Ves Discovery Channel, ¿no? ¿*Granja de Cuerpos*? ¿Has visto ese programa?

Quise decir *Eso no es real. Está pasando en alguna otra parte. Pasa en la tele, lejos de nosotros, por el amor de Dios...*

Él apartó el expediente con enfado.

—Observo esto todo el día, después me voy a casa ¿y qué me encuentro? A los niños cenando y viendo *Granja de Cuerpos*.

Pude imaginar la escena. Dos o quizá tres pequeños y ansiosos Jadhav, contando los gusanos que había sobre la *varan bhat*, esa papilla de lentejas con arroz.

—Tanta pericia forense, tantas pruebas, tantos equipos caros. ¿De qué sirven?

—¿Aquí no tenemos esas técnicas?

—Claro que las tenemos. Si quieres un PCR, tenemos PCR, si quieres un STR también, lo tenemos todo de la A a la Z, ¿y de qué sirve? No hay coincidencia de ADN.

Y hoy me llega un memorándum, hemos sobrepasado el presupuesto, ¿por qué no hay resultados? De modo que, naturalmente, he venido hasta aquí.

—¿Naturalmente?

Se apartó un mechón de pelo errante y sacudió la cabeza de forma lastimera.

—Al principio, cuando conocí a tu tía, solía llamarla Señora. Un día me dijo, Balkrishna, yo también tengo nombre, sabes leer, ¿verdad? En su insignia, como ésta, sólo había una palabra: Lalli. Entonces me dio vergüenza, ¿cómo voy a llamarla así, ni siquiera por su nombre de pila, sino por algo como un apodo? Pregunté, ¿por favor, señora, cuál es su nombre completo? Volvió a señalar la insignia. Así que pregunté a los demás, que también me dijeron que la señora era Lalli, todos la llamaban así desde el principio. Pero yo estaba demasiado preocupado. De modo que un día saqué su expediente. Y lo mismo: Lalli. Sin apellido. Después pensé que los tamiles sólo tienen iniciales, nombre del pueblo, nombre del padre, como mi buen amigo R. C. Ramanathan, Rayavaram Chandrashekhara Ramanathan, así. No como la gente de Maharashtra. Conservamos el primer nombre, nombre intermedio del padre o el marido y después el apellido. Pero eso tampoco... no. No había iniciales para Lalli. Un auténtico dilema. Para entonces, yo también la llamaba Lalli, pero para ser sincero no estaba cómodo. Un día se lo digo a Fernandez. Un tipo con mucha experiencia, Fernandez. Se rió. Ahora también le ponemos iniciales —me contó—. La llamamos U. R. Lalli, porque es nuestro «Último Recurso». Desde hace ya muchos años, es U. R. Actualmente, antes de cerrar un expediente tenemos que rellenar un impreso extra. No es oficial, porque ella está oficialmente retirada. Siempre lo colocamos al final del expediente: una hoja en blanco con las iniciales U. R.

Cuando Lalli llegó, estuve a punto de excusarme, pero ella me detuvo.

—Quédate si puedes soportarlo —propuso.

—No es capaz —apuntó Balkrishna—. Se acaba de desmayar.

Lalli cortó mi indignada protesta:

—Una reacción normal ante lo inesperado. Podrá con ello.

Sí. Tendría que contar con muchos desmayos si planeaba quedarme con Lalli.

—¿Hasta dónde has llegado con Sarika Doshi, Balu? ¿Y el informe forense?

No había coincidencia de ADN, repitió Balkrishna Jadhav consternado. Tampoco había huellas. El agresor utilizó guantes. No había nada en la pesa, excepto las huellas del padre, como era de esperar.

–¿Y el cuchillo? –preguntó Lalli.

–Nada. Limpio.

–El informe de la autopsia dice que no había signos de violación. Me resulta difícil de creer.

Jadhav pareció incómodo.

–Hay cierta confusión. El patólogo dice que la víctima tenía una vida sexual activa, la segunda opinión de un ginecólogo dice también que hubo relaciones sexuales antes de la muerte. Pero las pruebas forenses dan negativo. Hablé con ellos, están utilizando técnicas muy avanzadas.

–¿Quieres decir en comparación con mi época, Balu?

–Todas las semanas sale alguna prueba nueva. ¿Cómo vamos a saber todo eso del ABC, el complejo avidina-biotina, y el SNP, el polimorfismo de nucleótido simple? Pero dicen que no han podido encontrar rastros de esperma.

–¿Y éste es el padre? ¿Es una foto reciente?

–Sí, sí, es una foto de la policía, tras el asesinato.

–Sarika era hija única. ¿Qué edad tienen los padres?

Balkrishna echó un vistazo a sus notas.

–Cincuenta. Cincuenta y pocos. La niña nació tras muchos años de matrimonio. Ahora están completamente destrozados. La niña era toda su vida.

–Dieciséis años, todavía iba al colegio, una vida entre algodones, aunque sexualmente activa.

–Por supuesto los padres dicen que es imposible. La madre se volvió histérica, el padre se puso violento cuando le mostramos los hechos.

–Por supuesto.

Lalli colocó la fotografía de los padres sobre la mesa.

–Necesitarás muchas comprobaciones, pero aquí está la respuesta. El caso está bastante claro.

–¿Claro? ¡No tenemos nada! La chica dejó entrar al asesino en casa. Lo conocía. Quizás lo estaba esperando. El asesinato es premeditado. Llevaba guantes.

–Oh, no, los guantes estaban en casa.

–No había guantes en la casa. ¿Por qué debería haberlos? ¿Y cómo iba a saber el asesino que había guantes?

–Acabas de mencionar lo más importante del caso, Balya. Ahora, investiga.

Él la miró y parpadeó como un tonto, y supongo que yo también lo hice.

Lalli suspiró impaciente.

—¡No había guantes en la casa! ¿*Por qué* no había guantes en la casa?

Yo no lo entendí. Los guantes son apenas necesarios en una casa de un dormitorio, salón y cocina, donde vive una familia nuclear conservadora sin jardín ni enfermedades contagiosas.

—¿Te fijaste en las manos del padre, Balu? Supongo que el forense tampoco se fijó.

—¿Sus manos? No.

Lalli levantó las manos con indignación.

—¿No había manchas de tinte? Entonces utilizó guantes. Se ha teñido el pelo hace poco, no mucho antes de que se tomase esta foto. Pregúntate por qué un hombre de cincuenta y cinco años querría teñirse el pelo y el bigote y hacer pesas. Entra en su mente. Y encuentra esos guantes. Comprueba su historial médico y sabrás por qué los forenses obtuvieron un resultado negativo. ¡Habla con la señora Doshi, Balya! Descubre durante cuánto tiempo intentaron tener un hijo los Doshi antes de que Sarika fuese concebida. Retrocede dieciséis años, ¡anda!

No entendí nada, pero Balkrishna Jadhav salió casi corriendo del piso. Lalli suspiró:

—¡Qué fe ciega tienen en la tecnología! Sólo miran el resultado, positivo o negativo, y se acabó el asunto. Si no encuentras esperma, ¡piensa por qué!

—¿Por qué? —pregunté atentamente.

Lalli sonrió.

—No dejo de olvidar lo extraño que todo esto ha de ser para ti. Una posibilidad que debería considerarse cuando no hay evidencia de ADN es que el violador... o pareja consentida, aquí no se sabe... tenga un bajo número de espermatozoides, o que haya sido esterilizado.

Me tambaleé un poco cuando la venda cayó por fin de los ojos.

—No querrás decir...

—Descubramos por qué la señora Doshi tardó tanto en concebir su primer bebé antes de llegar a ninguna conclusión.

—Eso... eso es demasiado ruin —protesté de forma débil.

Lalli se encogió de hombros, su rostro era como una máscara de piedra.

—Sucedía cada día —respondió.

A la semana siguiente los periódicos contaron que Mangesh Doshi colaboraba con la

policía en las investigaciones.

–Ha confesado –explicó Balkrishna.

Podría pensarse que eso bastaba para hacerle feliz, pero no. Tanto él como Savio miraban a Lalli con tristeza.

–No servirá –añadió Savio, mordisqueando una galleta con fiereza–. Se librará, Lalli.

–Tenéis una confesión, ¿qué más queréis? –quise saber.

Los tres me fulminaron con la mirada.

–La confesión se hizo cuando estaba detenido –apuntó Savio–. Eso no es admisible.

Era la cosa más loca que había oído hasta el momento, pero evidentemente se resignaban a ello. Lalli intervino:

–Oh, no se librará. Encontrad esos guantes. Después veamos qué tiene que decir el forense.

Al final, Savio encontró los guantes, pero fue Lalli quien supo dónde estarían.

Savio... ah, Savio.

Es el tercer miembro de nuestro *ménage*, y, para ser sincera, no entiendo por qué.

No vive aquí, no oficialmente, aunque es rara la semana en la que, al levantarme, no me encuentro con sus piernas colgando del sofá beige mientras cruzo el salón para ir a la cocina. A un hombre de su tamaño no le corresponde dormir en los sofás. Le conocí quince días después de mudarme, justo cuando me estaba recuperando de la visión de aquellas fotos en el expediente que trajo Jadhav.

Tropecé con sus piernas mientras me dirigía adormilada hacia la cocina a las seis de la mañana, en busca de la primera taza de café. No fue un encuentro propicio. Grité. Él saltó. Ambos fruncimos el ceño... y lo mantenemos así desde entonces.

Savio es una losa de metro ochenta y cinco de músculo denso; denso es la palabra clave. No tengo ni la más mínima idea de cómo se topó con mi tía, pero en cuanto lo hizo se quedó. Tiene la casa a su entera disposición, aunque debo admitir que es limpio como un gato. Resulta evidente que es un protegido de Lalli. En el mundo exterior es el inspector Savio D'Sa, pero todo el mundo se olvida el D'Sa. Yo me mantengo fuera de su camino, y él del mío. En este caso, el recelo mutuo permanece recíprocamente vigilante. No es un tipo hablador por naturaleza. Tenemos la misma edad, treinta y tres, y no puedo entender qué hace merodeando alrededor de una mujer de sesenta y tres. Parece no tener vida propia, y lo compensa soltándole a Lalli un rapapolvo de vez en cuando acerca de su salud y cosas por el estilo. Ella le prepara galletas. Galletas ricas.

De vez en cuando aparecen chicas en la puerta pidiendo ver a Savio. Lalli les ofrece té. Vienen a casa para hablar de Savio, pero en realidad se quedan para hablar de sí mismas, hasta que Lalli las despide amablemente.

—Todo lo que necesitan es alguien que las escuche —advertí a Lalli—, por eso encuentran a Savio tan irresistible.

No se me ocurre ninguna otra razón.

Este último mes nos hemos librado de Savio. Está fuera, de entrenamiento. ¿En qué? Cuando le pregunté a Lalli, respondió: de todo, defensa personal. Me reí, pero al parecer el Hombre Montaña ha sido educado para poner la otra mejilla. Antes de irse me preguntó cómo iba mi libro. Me sorprendió. No tenía ni idea de que supiera que escribo. Aunque yo tampoco sabía que él leyese.

Ha sido una presencia más bien sedante en medio del alboroto que hace tan agitada la vida con Lalli. A menudo me pregunto si me habría curtido tanto en el asesinato y el delito si Savio fuese menos flemático. Sus pies planos nunca se despegan del suelo. Su cabeza está prácticamente insonorizada ante los gritos. Evita lo escandaloso, atenúa lo curioso, y no reconocería una hipérbole aunque se la presentases en bandeja. La idea que Savio tiene del cielo probablemente es una celda de aislamiento.

En el sensacional caso de Sant Baba, en el que Lalli lidió con un milagro, y la prensa bramó por escribirlo, Savio simplemente realizó el arresto sin comentarios. Después se produjo el asesinato de Varsha Khot, que horrorizó a los respetables Parlekar y sus ironías escépticas mientras observaban cómo se exhumaba un cadáver en el patio trasero de los Khot. Savio trabajó por la noche para recolocar el césped, transplantando árboles jóvenes, rastrillando y podando como si restaurar el jardín pudiese también devolverle la normalidad al día. Sólo le he visto perderla una vez... en el caso de Raja Ravi Varma. Se volvió torpe mientras se le resbalaban las esposas y doblaba demasiado hacia atrás las muñecas del asesino. Oímos el hueso al romperse.

En medio de tales urgencias, era un poco difícil concentrarse en las vidas que llevaban los personajes de mi libro. Además, me había acostumbrado a acompañar a Lalli. Me vi lanzada muy lejos del ámbito libresco de la vida académica, y no me quejaba.

Esa mañana, Lalli, consciente de que mi máquina de escribir había permanecido en silencio toda la semana, preguntó:

—¿Hasta dónde ha caminado esa bestia peligrosa?

Entonces me preparé una envolvente taza de café negro, saqué el manuscrito, y

arqueé las cejas sobre él. Al final, airada, claustrofóbica y completamente indignada, me salí despotricando de la casa con el texto a cuestas.

Y allí estaba ahora, en pleno mediodía, preguntándome cuál sería la mejor forma de deshacerme del cuerpo.

Una lluvia fina rociaba el césped.

Lo inteligente sería marcharse corriendo en ese momento y dejar que la lluvia lo hiciese papilla. Pronto arreciaría, el sol tenía el ceño fruncido detrás de la forma sucia de una nube. Llovería fuerte, martilleando el banco con persistencia maligna durante la tarde, dejando atrás un fajo empapado, enjuagado de palabras defectuosas.

Yo también lo hice. Cuando llegó la lluvia, corrí. O tal vez floté, alegre bajo el aguacero.

Para cuando llegué a casa, la euforia se me había pasado. La cabeza me iba a estallar por falta de sueño y demasiado café. Anhelaba la soledad como si fuese una bebida. Menos mal que no tuve que socializar en el ascensor. Los omnipresentes Rao no aparecieron, y por suerte tampoco Patherphaker. Cuando salí, escuché voces.

Lalli había vuelto y teníamos compañía.

Era Hilla.

De las amigas de Lalli la doctora Hilla Driver es mi favorita. La mayoría de ellas son interesantes, pero de una manera meramente clínica. Hilla es *agradable*.

Es pediatra, unos pocos años más joven que Lalli, y totalmente distinta. Es más como uno de sus pacientes, regordeta, sonrosada y propensa a pasar de estar alegre a compungida en el espacio de un latido.

En ese momento estaba compungida. Su voz se elevaba con una consternación cómica:

—¡De veras que no consigo llorar!

Cuando entré, levantó la mirada desde un pañuelo grande en el que había enterrado la cara.

—Es mi tío Framroze —gimió—. Vivía como un ermitaño, encerrado en esa *bhoot bangla* que tenía, esa casa embrujada, durante los últimos cuarenta años, ¿es culpa suya que nadie supiera que estaba muerto!

Escuché con entusiasmo. Iba a ser buena. Las historias de Hilla solían serlo. Los tíos

cadavéricos prometen. Quizá los buitres habían llamado, literalmente, y los vecinos se colaron en la fiesta.

—¿Por qué yo? Debería haber preguntado cuando me llamaron sus vecinos. ¿Por qué me llaman a mí? ¿Familia? *Por supuesto* que es familia. ¡Ha sido el fantasma de la familia durante dos generaciones! Debería haberles contado eso. ¿Pero lo hice?

—No —respondimos con gravedad.

Parecía que era lo que se esperaba de nosotras.

—Exacto. No. «Oh, caramba», respondí cuando me contaron que Framroze Vakil estaba muerto. «Lo siento.» Eso es lo que dije.

—Una respuesta automática —murmuró mi tía.

—Maldito sea lo automático. Una respuesta estúpida. Debería haber colgado el teléfono. Esperad a oír la historia. Llevaba muerto cuatro días o más antes de que la *bai*, la empleada doméstica, lo encontrase. El abogado sonaba como si *yo* fuese responsable de la demora: por ser su sobrina y todo eso debería haberlo oído primero.

El rostro de Hilla se ensombreció. Durante algunos minutos se inspeccionó los dedos del pie. Cuando levantó la vista, tenía el rostro teñido de furia. Habló en un tono deliberadamente bajo, muy distinto a su habitual cadencia dinámica.

—Os hablaré de Framroze. Escuchad. ¿Habéis estado alguna vez en las *chawls*, las viejas casas de vecinos, en Parel? No en los nuevos bloques de cemento. Hablo de los edificios viejos, realmente viejos, con tejados revestidos de azulejos, que sobresalen y se comban sobre las fachadas de las tiendas en S. V. Road. Crecí en uno de ellos. Por el día está tan oscuro en el interior que no puedes verte los pies. Por la noche, cuando la calle se queda en silencio, empiezas a escuchar los sonidos de la mortalidad. Chirridos. Chasquidos. Ruidos sordos. Puedes sentir cómo se vienen abajo las paredes, cómo se pudre la madera, cómo se caen y se deslizan los azulejos. Las ratas roen las vigas tan afanosamente que te sorprende encontrar muy poco serrín en el suelo a la mañana siguiente. Yaces mientras el corazón te late de forma sorda porque sabes que la casa se viene abajo y no hay ningún otro lugar al que ir. Y por la mañana, con toda seguridad, lees en los periódicos: cuatro personas muertas por el derrumbe de una casa. Y la familia entera sonríe con alivio porque no ha sido *nuestra* casa. Todavía no.

»Durante toda mi infancia una figura tapó la ventana mugrienta que daba a la calle. Mi padre. Estaba ahí antes de que nos despertásemos, seguía allí cuando regresábamos de la escuela, se sentaba ahí observando cómo oscurecían las calles día tras día. Toda la luz

que había en el interior dependía de esa pequeña ventana, y él tapaba gran parte de ella. De todos modos, eso fue hace mucho, cuando yo tenía unos diez años. Más tarde ya no era capaz de llegar hasta la ventana, se acurrucaba en una esquina y tosía. Algunos días no salía de la cama.

»Eso es lo que Framroze le hizo a mi padre.

»Mi abuelo era un hombre muy rico. Framroze le estafó, lo arruinó. El día de su boda, mis padres descubrieron que eran pobres. El abuelo se suicidó con su rifle de caza. Mi padre se convirtió en un paria de la noche a la mañana. La vergüenza y el escándalo se pegaron a él como un olor. Muy pronto no hubo dinero, ni casa, ni trabajo, pero sí un bebé de camino. Yo.

»Los acreedores del abuelo terminaron lo que Framroze comenzó. La familia de mi madre la repudió. Al final Papa encontró trabajo. Se convirtió en un obrero, un *mazdoor*, en una fábrica de algodón.

»Mi primer recuerdo de Papa es su tos. Hoy sé que se la provocaba el algodón... convirtió sus pulmones en espesas ciénagas gomosas que no le dejaban oxigenarse. En aquella época lo llamaban asma.

»Acabó con él antes de que cumplierse los cuarenta. Le dolía al subir las escaleras. Le dolía al hablar con nosotros, los niños. Éramos cinco. Yo era la más lista. Mis hermanas ayudaban a Madre a preparar encurtidos y *papad*, esos pastelillos fritos, delgados, salados o picantes, hechos con legumbres molidas. Ella sacó la casa adelante, vendiéndolos de puerta en puerta.

»A partir de su cuarenta y cinco cumpleaños, Papa ya no salió de casa. Se quedaba sentado en la habitación, a oscuras, farfullando oraciones inútiles, observando a Madre sin poder hacer nada. A veces ayudaba con los encurtidos y los *papads*. Mucho antes de que muriese, los niños le habíamos olvidado. Para nosotros no era más que una sombra.

Hilla se sonó la nariz y nos lanzó una mirada iracunda.

—Nunca le he contado esto a nadie. Ni siquiera a mi marido. Después de que Papa muriese, nunca hablamos de él. Había más luz en la casa sin que él tapase aquella ventana, así es como nos percatamos de su ausencia. Madre tampoco lo mencionó nunca. Pero después de que ella muriese, encontré su vestido, su *sari*² de boda, entre los tesoros de su viejo baúl. Y entre sus pliegues, la foto de ambos. ¡Qué joven era él, qué guapo y apuesto y vulnerable! ¡Ardeshir, audaz, intrépido, valiente, honrado líder de

hombres! Ésas fueron las primeras lágrimas que derramé por mi padre. Más tarde, quemé la fotografía. No podía vivir con el recuerdo de aquel rostro.

Lalli le tocó el hombro con suavidad, después retiró la mano y la dejó sollozar hasta que se quedó exhausta. Yo preparé té. La lata de las galletas estaba llena, a salvo de Savio.

Hilla me dedicó una sonrisa tenue ante la taza de té.

—Es difícil imaginar que esas cosas pasan en un mundo cuerdo como el nuestro... ¿verdad?

—Ahora cuéntanos lo que de verdad has venido a decirnos —pidió Lalli.

Hilla se rió, en uno de sus caprichosos cambios de humor.

—Era realmente rico —dijo entre risas—. ¡El bastardo me ha dejado todo su dinero!

Hilla no estaba siendo del todo exacta. Framroze Vakil no creía en activos líquidos. La mayor parte de la fortuna de Hilla estaba diseñada para pasarle por encima, amarrada por fideicomisos irrevocables que podían legarse, pero no aprovecharse.

–Intocable –pronunció Hilla con un resoplido brahmánico–. Justo a tiempo, cuando los buitres se acumulan. Pero me ha dejado lo suficiente como para disfrutar algo. La casa, las joyas. Y el Rolls.

Lalli y Hilla se rieron ante mi grito de sorpresa.

–No sabía que te interesaban los coches –comentó Lalli mientras nos despedíamos del abollado Maruti 800 de Hilla, que arrancaba dando saltos.

–Un Rolls no es un coche –respondí fríamente.

Aquel Maruti 800 con la parte trasera hecha un cisco era del estilo de Hilla. Jamás mantendría un Rolls. Lo vendería sólo por dinero.

–Y por bastante –Lalli completó en voz alta lo que estaba pensando.

Odio que haga eso. Me pone la carne de gallina.

Con aire taciturno, me pregunté de qué modelo sería. A pesar de sus maldades, el difunto Framroze tenía gusto.

El único Rolls en *mi* lista de la compra es el Phantom 2003... puertas traseras aseguradas por bisagras, por primera vez en la historia del automóvil la celebridad desafiada de un modo tibio. (¿No lo adivináis? Uno setenta, y no, jamás llevaré tacones a no ser que se trate de unos Manolo Blahnik de resina acrílica lucite con el grado adecuado de apertura en la punta. Hasta entonces, sólo *chappals*, sólo sandalias.) Ya sabéis cómo es a veces, las cosas simplemente no te abandonan. El Rolls regresó a la mañana siguiente.

Llovía, por supuesto.

Agosto, ¿qué otra cosa se podía esperar?

Llovía con maldad implacable, finas agujas aceradas golpeaban en las grietas, acumulando charcos en el suelo. Cuando sea millonaria, tendré ventanas aislantes. Me tambaleé hacia la cocina, levanté mi primera taza de café, busqué a tientas el periódico y me desplomé como si no tuviese huesos frente a la mesa en la que Lalli, fresca como una lechuga, llevaba ya medio día atareada. Dentro eran las siete de la mañana. Fuera, el eterno purgatorio.

En mañanas como ésa, me puede la avidez por el castigo. Comienzo el día con un rito masoquista.

Leo la página de sociedad.

No me digáis que vosotros no lo hacéis.

Todo el mundo, todo, lee la página de sociedad. Tú también, a menos que seas un extraterrestre con ojos fuera de las órbitas y veinte tentáculos. Incluso así probablemente lo harías... aunque sólo fuese para examinar la competencia.

Lees la página de sociedad porque hace que el día arranque. Es la arena en el azúcar, el polvo en el ojo, el alfiler malicioso que se desliza profundamente por debajo de la uña. Tu cerebro se acelera con el rugido de la indignación. Diez segundos después has dado el salto evolutivo de molusco a Tyrannosaurus rex y estás preparada para hacerle frente al día.

Es etología básica. La agresividad de la ciudad en marcha, la estampida del codo-en-el-ojo-subo-antes-que-tú en la estación es total e incondicionalmente atribuible a la página de sociedad.

Le conté todo eso a Lalli.

—Trabaja sobre ello —respondió—. La universidad de alguna pequeña ciudad norteamericana te recompensará con un doctorado algún día.

Apenas la escuché.

Miraba fijamente el periódico.

Extendida a lo largo de la página de sociedad había casi cinco metros y medio de pierna, en cuyo extremo, a tanta distancia como la cabeza de un brontosaurio, aparecía el rostro de una provocadora famosa haciendo un mohín. Algo habitual en la página de sociedad.

Excepto por una cosa... estaba tendida sobre el capó reluciente de un Rolls azul intenso. *Trecho de imaginación*, decía el pie de foto. *La chica de las piernas largas, Sonia Sorabjee, comprueba la mercancía. ¡Atención a los interesados!*

Una cuña de dos centímetros impresa debajo informaba que el modelo de época subastado el día anterior pertenecía a la doctora Hilla Driver, y que se vendió a un postor no identificado. *Cuando se le preguntó por cuánto lo había vendido, la buena doctora se permitió una sonrisa. «Satisfactorio», aseguró.*

Lalli arrugó la nariz.

—No puedo imaginarme a Hilla *asegurando*, ¿y tú?

—No. Pero me la puedo imaginar con un body malva, pantalones a rayas y gafas de sol puntiagudas. A pie de foto: «El Rolls Phantom de nuevo en marcha». Es un Phantom V.. No, espera, es más viejo, es el Silver Dawn. Oh Dios mío, un impresionante Silver Dawn azul real descapotable, y lo ha *vendido*.

—Por riquezas inimaginables. Deberías haberle sugerido el body. A Hilla le habría encantado sentarse sobre el capó vestida con él.

—Eso habría mejorado lo de Sonia Sorabjee. Mira lo pelotas que se han vuelto en la página de sociedad, ¿no?

Lalli suspiró. Ya estaba yo con mi perorata matutina sobre lo estúpido, lo inepto, lo incoherente, lo incipiente.

—De acuerdo. Ya vale. ¿Qué hay esta mañana?

Sonreí burlona al mirar a Felix Rego de perfil, comiendo espaguetis. Con picardía el fotógrafo había logrado hacerle parecer una marioneta con cordeles mustios que colgaban de su endeble barbilla.

—¿No es ése el escritor de novelas policiacas? —preguntó Lalli por encima de mi hombro.

—*Macarrones macabros*. No me digas que has leído eso.

—No. Pero tú sí.

—Por puro espíritu investigador.

—Claro.

Odio cuando ronronea.

—Es realmente vomitivo —me apresuré en asegurarle—. De la escuela de narrativa *khoon-asoo-pasin*, sangre-lágrimassudor.

—Ajá. *Best sellers*. ¿Y quiénes son esas chicas, Reinas de la Belleza?

Seis rostros insustanciales me miraban fijamente con los ojos vidriosos. Creían en la belleza interior, todas y cada una de ellas, cultivaban flores y soñaban con convertirse en astronautas. Este año la palabra clave era *intachable*... las seis afirmaron su preferencia

inequívoca por esa extraña cualidad. (El año pasado fue *holístico*.) Todas tenían menos de veinte años y estaban ya maduras para el desastre. Era terriblemente deprimente.

Después vi algo que casi desterró mi consternación. El fotógrafo había congelado a una locuaz norteamericana en plena conversación. «*Feminista alaba a la India*», leí. «*Había oído que la India era un lugar donde quemaban a las viudas*», dice la *free lance* norteamericana Meg Connolly. «*Cuando vengo, ¿qué me encuentro? Una viuda, de origen extranjero, que se presenta para ser primera ministra... ¡y no la han quemado!*» –Te lo has inventado.

–¡No es verdad! Pero admito que es un poco extremo incluso para la página de sociedad.

Sonó el teléfono. Era Hilla. Me tragué mis palabras cuando preguntó si habíamos visto el periódico.

–Por supuesto que lo habéis visto –afirmó con petulancia–. ¿Qué hacéis esta tarde? Canceladlo. Os venís conmigo a ver la casa. A las cuatro en punto, entonces. Díselo a Lalli –colgó antes de que pudiese reaccionar.

El Maruti rojo de Hilla tenía una abolladura nueva.

–Oh, es sólo un hoyito –desestimó ella moviendo la mano, metiéndome prisa para que me lanzase al asiento trasero, que se hundía. Me creí sin dudar que no hubiese sentido nada al desprenderse del Silver Dawn.

El trayecto en coche fue emocionante, si te van las emociones de esa clase. Hilla es el tipo de conductora que hace que la Fórmula 1 parezca una carrera de sacos. Hicimos saltar la pintura de un Santro y resquebrajamos un faro o dos antes de meternos zumbando en la carretera mientras las luces se ponían en rojo.

–Relajaos –se rió–. Los polis de tráfico me adoran.

Framroze jamás le habría dejado el Silver Dawn si la hubiese visto conducir.

Salimos de la carretera en Malad. Al girar hacia el oeste, olí el mar y soñé con una amplia playa privada, tan sagrada que nadie habría escalado nunca sus cocoteros. Habría una barquita para navegar toda la noche mientras los delfines le cantaban a la luna. Campanas de plata y conchas de mar guiarían hasta una casa tan fascinante como un castillo de arena.

Hilla giró por un sendero fangoso que iba a parar a un matorral. Para mi sorpresa el coche brincó por el follaje con suma facilidad. Los arbustos se separaron, y nos encontramos en una carretera desigual. A ambos lados había árboles imponentes

cubiertos de enredaderas. Borlas inquisitivas de cardos pegaron la cabeza a la ventana cuando aminoramos. En cualquier momento me brotarían hongos entre los dedos de los pies, tras irrumpir desde el suelo herrumbroso del coche.

De alguna manera, el coche encontró la carretera. Para entonces había empezado a sospechar que, por pura supervivencia, éste había desarrollado un cerebro propio. No sólo encontró la carretera, sino que *permaneció en ella* (una hazaña que no podría haber logrado Hilla por su cuenta) tomando con brío curvas cerradas mientras subíamos la colina a duras penas. Era un acantilado, en realidad, y la carretera serpenteaba a su alrededor. Prácticamente tuvimos que abrírnos paso a través de la vegetación.

Hilla paró justo en el medio de esta selva tropical y abrió la puerta.

—¡Estás de broma! —exclamé.

A modo de respuesta, Lalli se apresuró tras Hilla, que parecía correr el peligro inminente de darse contra un árbol.

Como era de esperar, había un muro. Un muro rojo encendido, de más de dos metros de alto, y lo bastante grueso como para impedirle el paso a un ejército. Sus dientes de cristal brillaron, del color de la sangre bajo el sol. Empotrada en la mole había una pequeña puerta, que Hilla cruzó. La seguimos. No había mencionado que su difunto tío fuese un enano, pero fui incapaz de imaginar cómo habría utilizado esta entrada de no ser así. Estaba lamentándome de mi codo raspado y liberando mi *dupatta* —mi pañuelo— de los cardos cuando me giré... y se me cortó la respiración.

Frente al cambiante cielo de la tarde, se erguía un cubo de ladrillo rojo del tamaño de un mamut: el legado de Framroze Vakil. La vista trasera era lo bastante increíble como para no poder esperar a ver el aspecto de la fachada.

Por supuesto había otro acceso a la casa... debió de haber utilizado el Rolls *alguna* vez... pero ahora estaba bloqueado por la enorme carretera enmarañada que vimos mientras nos apresurábamos a rodear la casa.

Era un edificio rojo oscuro de dos plantas, construido por algún arquitecto loco enamorado del gótico colonial de Bombay. Tenía el tejado alicatado, similar a un acentuado encogimiento de hombros, y muchas ventanas. En lo alto, como el sombrero torcido de un demente, había un cono truncado sobre el que se balanceaba una veleta chirriante. Las ventanas, de las que conté treinta y cuatro, eran de algún tipo de madera intemporal pintada de negro, y estaban encristaladas con guijarros de color verde botella. Al anochecer el edificio adquirió un aspecto amenazante. Se acercó a los tonos

coagulados del crepúsculo hasta que pareció latir, como una mancha taciturna bajo el filtro del cielo.

Lalli jadeó.

Hilla sonrió.

Yo no pude reprimir un escalofrío... era increíble que alguien pudiese sonreír ante *esto*.

—¡Ajá! Por fin cohibidas. No, ¡no quiero oír una palabra! ¡Entremos!

La seguimos al subir la abrupta extensión de escaleras.

—Voy a construir una rampa para sillas de ruedas —dijo por encima del hombro.

—¿Esperas estar aquí tanto tiempo? —preguntó Lalli; pero Hilla estaba lejos como para oírla.

Milagrosamente, la casa estaba iluminada (desde el exterior una esperaba murciélagos). Incluso antes de que Hilla encendiese las luces, una luz rosada teñía las paredes. Sólo servía para acentuar la desolación de las habitaciones de techos altos. La casa era también muy espaciosa, y carecía totalmente de muebles. Lo más probable era que aquel Scrooge hubiese vendido hasta la última astilla desde su lecho de muerte. ¿*Dónde* murió?

—¿Te dejó una casa vacía? —me encontré susurrando.

Bastaba con susurrar... e incluso aquello tenía eco.

—Todos los muebles están en el trastero. Deberías ver cómo los ha conservado. Parece que se compraron ayer. Un piano enorme, imaginad, y camas que de verdad parecen de burdel, todo espejos y dorados —se maravilló Hilla—. Nunca he vivido en un piso con más de dos habitaciones, ¡y *eso* era un lujo!

—¿Vas a convertirla en un hotel?

—¿Un hospital?

—¡Tonterías! Viviré aquí.

Me sobrecogí. Hilla tenía valor.

—Quería que la vieseis antes de que las joyas y el Rolls pasen por ella —explicó Hilla.

Escudriñamos las enormes habitaciones de la planta baja y subimos detrás de Hilla por la amplia escalera. La vista era imponente desde la veranda del piso de arriba, y no las seguí en su recorrido por las habitaciones. Pensar en Framroze era un poco espeluznante, y me pregunté qué habría en la habitación cerrada con llave del piso de abajo. Hilla no nos llevó a la parte trasera de la casa. En su mayor parte ahí estaba la cocina y los espacios de servicio, explicó. Había ratas.

Nos mantuvimos calladas durante el trayecto de vuelta. Lalli dijo una o dos cosas

alentadoras, pero no pudimos mantener la duda alejada de nuestras voces. Hilla condujo con una sonrisa sombría.

Sentí que la habíamos desanimado. Lalli, sin embargo, no tuvo el menor escrúpulo.

—Hilla ha encontrado una forma de expresarse —soltó, sorprendiéndome con aquel modismo de las páginas para mujeres.

No fue sino hasta finales de agosto cuando descubrimos exactamente de qué forma había elegido hacerlo.

La ganancia imprevista de Hilla, que tuvo todo el encanto de un cuento de hadas mientras el tiempo nos esclavizaba, se redujo a un mero interés por cortesía al final de la semana, cuando el sol ya se veía más de diez minutos. El sol concedió una tregua a la depresión. Me zambullía feliz en el trabajo, y perdía la pista del día. A Lalli la mantenían ocupada con una falsificación, de modo que ninguna de las dos tenía demasiado tiempo para especular acerca de la *bhoot bangla* de Hilla, su casa embrujada.

Unos quince días más tarde, al detenerme en un quiosco para comprar el periódico de la tarde, me vi frente a una cara regordeta y familiar. No llevaba un body Phantom, pero desde luego era Hilla, sonriéndole al mundo desde la portada de *Inns & Out* (150 rupias el ejemplar). Tal y como estaban las finanzas, eché a andar deprisa.

Cuando entré en casa, Lalli levantó la vista de un mamotreto destrozado de *Psicología criminal*, de Hans Gross, su idea de una lectura ligera.

—Hilla...

—¡Lo sé! ¡Pero vale ciento cincuenta y no me lo puedo permitir!

—... nos ha invitado a pasar unos días en su casa, para una fiesta.

Me costó tiempo digerirlo.

—¿En aquel mausoleo? ¡Espera! Debe de haberlo convertido en algo espectacular o no saldría en esa portada.

—Siéntate, por favor, y cuéntame por qué despotricas. He dicho que sí a la fiesta. Por las dos.

Fuera de mí, le conté a Lalli lo de *Inns & Out*. Me horrorizaba pensar en una fiesta de varios días en una casa. No hay cosa que odie más que la proximidad forzosa. Me vuelve claustrofóbica. Hilla es soportable en dosis homeopáticas, pero... ¡una *fiesta de varios días*! El concepto en sí es ridículo. Para una mujer trabajadora *madhyavarti*, es decir, de clase media, algo así es foráneo, colonial, artificioso. ¡Decididamente desclasado!

—Lo sé —asintió Lalli (yo no había dicho ni una palabra)—. Pero esto es importante para Hilla, y voy a darle el gusto. Puedes llamar por teléfono y presentarle tus excusas. Será mejor que lo hagas pronto. Y no, no irán amigos y familiares. Dice que va a «juntar a la gente de forma improvisada». Por lo general eso es interesante, se producen estallidos. Mencionó una diversidad de... no tanto el carnicero, el panadero, el candelero... sino, en todo caso, profesiones. Y a ese viejo pelmazo de Alif Bey. Llámala y dale una excusa, dale tiempo para encontrar quien te sustituya.

Le hice un gesto de desaprobación a mi taimada tía.

—Al fin una oportunidad para lucir mis pantalones capri color amarillo intenso. ¿Cuándo será el follón?

—La semana que viene. Es un fin de semana largo. Yo no malgastaría esos capri con Alif Bey. Le conozco. Es un simio engreído, gordo y peludo.

—¿A quién le importa? ¡Es un genio!

Me marché llena de indignación.

Idolatraba a Alif Bey desde hacía años, pero el tipo era un místico, tan hermético como su nombre. Rara vez le entrevistaban, nunca le fotografiaban. De vez en cuando se lamentaba en la prensa por la reciente tendencia editorial de pregonar a los autores antes de que hubiesen escrito sus libros. Él no había publicado ninguno en diez años, y durante los últimos cinco se había rumoreado que acababa de escribir su obra maestra. En mi opinión, Alif Bey es el único escritor que ha logrado una frase perfecta en los últimos cincuenta años.

No hay nadie que se le parezca.

Su aspecto no tiene nada que ver con su prosa. Ni con los capri amarillos que me compré la semana anterior en un ataque de demencia pasajera. Cuando mides uno setenta... cuando tus piernas tienen un buen día, NO te pones unos pantalones con los que tus rodillas parecen estar a dos metros del suelo. Me preparé café recién hecho y me acomodé para pulir mis adjetivos.

Hilla nos esperaba el jueves por la tarde.

El martes Lalli se vio atacada por una fiebre por ir de compras. Fuimos a uno de esos centros comerciales nuevos y deslumbrantes que parecen clonarse cada semana. Lalli es un completo desastre como compradora. Nunca parece saber lo que quiere. Disfruté observando las agonías de su indecisión. Resultaba algo extraño en mí por lo general

briosa tía. Compró unos pendientes de plata para Hilla, con joyas delicadamente esmaltadas, es decir, *meenakari*, y otros un poco más exuberantes para mí. No colgaban tanto como los que me prometía llevar con el Rolls y los Manolo Blahnik. Con todo, eran un inicio prometedor en esa dirección.

Mis finanzas alcanzaron para un pañuelo, un *dupatta* naranja encendido para Lalli, de esos que según la sección de moda suponen una declaración, sin decirte de qué tipo. Hacía juego con la elegante seda color bronce que sabía que había metido en la maleta para el fin de semana. Para la casa de Hilla, con grandes dudas, compré un jarrón. Finalmente llegamos a la caja... casi.

En un momento Lalli estaba a mi lado haciendo cola con paciencia. Al siguiente, había desaparecido.

Esas cosas me dan pánico. El abismo se abre. De repente recuerdo todos los tipos de vida rastrera que pueden estar en libertad condicional, y que se la tienen jurada a mi tía.

Tuve que recorrer las cuatro plantas dos veces antes de ver su halo plateado en el mostrador de perfumería. Corrí y la encontré vacilando entre dos tiras de muestra, con los ojos fuertemente cerrados por la concentración o el éxtasis. A mí ambos perfumes me olían a verde. Hierba cortada y menta. Lalli abrió los ojos y le negó con la cabeza a la dependienta.

—No es igual —afirmó.

La chica se encogió de hombros.

—Quizás no recuerda a qué olía exactamente. Fue hace mucho tiempo, según dice. Tal vez no se acuerda.

—Me acordaré siempre —respondió Lalli de manera cortante, dando media vuelta.

La desconcertada dependienta me miró y volvió a encogerse de hombros.

Ocupé mi puesto en la cola ante la caja y me encontré devorando con los ojos una figura de Pierce Brosnan a tamaño natural. No supuso ningún consuelo. Estaba preocupada por Lalli. Algo en el mostrador de perfumería había puesto el dedo en la llaga. Según la jerga 007, estaba agitada, no conmocionada.

—¡Eh! ¡Mira quién está aquí!

Una voz vagamente familiar, un rostro enteramente extraño... pero la conocía de alguna parte.

Por suerte, la zona aletargada del cerebro que se activa cuando falla la memoria apareció con un nombre: «Meenal».

—¡Pensaba que no me habías reconocido!

No lo había hecho. La última vez que nos vimos era delgada, elegante, llevaba un tocado y era ligeramente decadente. Había crecido desde entonces. Su pelo era una alegre mata entrecana. Rellenaba una *khadi kurti*, una camisa suelta de tela de paño, que llevaba sobre unos pantalones anchos, unos *salvar* blancos, que estaban sucios. Los zapatos de tiras habían desaparecido. Ahora lucía unos *mojdis*, unos mocasines con abalorios y bordados. Le faltaba el cigarrillo, pero por lo demás era el vivo retrato de la elegancia feminista compulsiva. Justo en el clavo: hurgó en su mochila mugrienta y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y comenzó el interrogatorio.

—¿Y qué haces?

—Oh, esto y aquello.

—¿Todavía das clases a idiotas?

—No. Eso no. ¿Y tú?

—¡Yo!

Puso los ojos en blanco. Supe que estaba a punto de escuchar las Revelaciones, capítulo y versículo. Puede que se notase mi inquietud porque de forma bastante abrupta soltó:

—Tenemos que ponernos al día. Ahora he de irme. ¡Adiós!

Me pregunté si había parecido grosera. Nunca me gustó.

—¿Una amiga tuya? —preguntó Lalli.

—Nos conocíamos. Pero ha cambiado drásticamente.

—¿Qué esperabas? —replicó Lalli.

Eso no lo capté.

Cogimos las bolsas y nos dispusimos a zambullirnos bajo la lluvia.

Casi de inmediato tropecé con un hombre.

Se hizo a un lado a toda prisa y se disculpó. Levanté la vista, pero su mirada había viajado por encima de mi cabeza hasta Lalli, que para entonces estaba esquivando charcos y capeando hacia el aparcamiento.

Después se fijó en mí.

Una curiosa luz saltó en sus ojos, como si con aquel destello hubiese captado una instantánea de mi alma.

Y entonces se marchó.

No me di la vuelta.

Supe que nunca olvidaría aquella mirada.

Me subí en el coche con una agitación nerviosa de ropa mojada y bolsas de la compra.

—Ha pasado algo —comentó Lalli.

—¿Qué?

—Te ha pasado algo.

Me encogí de hombros quitándole importancia, pero algo *había* pasado.

Lalli esperó, con la mirada expectante.

—Ha sido ese chico. De una manera tan rara...

—¿Tenía un aspecto extraño?

—No, no. Su aspecto estaba bien —tenía un rostro agradable. Surcado de arrugas, cuarenta y tantos, *iluminado* de algún modo—. Ha sido la forma en que me ha mirado.

Lalli sonrió, de modo exasperante.

—No es eso —salté con brusquedad—. Soy lo bastante mayor como para darme cuenta de eso. Miraba... cómo lo diría... como si me estuviese viendo el alma.

Lalli no me escuchó. Tenía la mirada perdida a lo lejos.

El Fiat brincó hacia delante, asustado como un perro callejero sacudiéndose la lluvia.

El jueves llegó más rápido de lo esperado. Tenía un plazo que cumplir. Recientemente mi economía había logrado un estímulo con la llegada de Lulu, mi atontada astróloga experta de veintisiete años. Se inquietaba por todas las cosas a las que yo no hacía ni caso. Lograba redactar bastante a partir de sus congojas como para mantener viva una columna, y el editor, por una vez, no discrepó. *El diario de Lulu* pagaba ahora mis facturas. Entregaba una actualización de 600 palabras sobre su carrera todos los jueves por la mañana, pero aquella semana no la tuve terminada hasta el mediodía. Lalli todavía estaba ocupada con su falsificador, y aunque había preparado el equipaje y estaba lista a las cuatro no nos fuimos hasta una hora después.

Llegamos a casa de Hilla bajo el sesgo dorado de la última hora de la tarde. En esta ocasión lo hicimos con estilo, conduciendo por una carretera que se desplegaba en paralelo a la playa, serpenteando después hacia arriba por una carretera satinada, de espaldas al mar. Los dominios de Framroze probablemente se extendían hasta los pies de la colina, lo que explicaba los arreglos en la carretera.

Las elevadas puertas de hierro forjado eran las mismas, pero la capa de cinc que Framroze colocó para prohibir el paso a los mirones había desaparecido, y los agujeros

en el hierro se habían reparado con el mayor cuidado. Los muros, ya sin huecos, estaban pintados de color crema neutro, aliviados por encendidas cascadas de buganvillas color terracota y amarillo. El efecto me cautivó hasta hacerme olvidar que aquellos muros hacían de la casa un bastión impenetrable.

La casa en sí había adquirido una línea delicada que nunca hubiera imaginado. Sus proporciones achaparradas se habían suavizado con el uso inteligente de la pintura. Liberadas de aquel carmesí intimidante, las paredes grises parecían nacaradas bajo la calima de la tarde. Ya no estaban aquellas ventanas bizcas con sus turbias cataratas de cristal. Las cristalerías elevadas prometían habitaciones empapadas de luz. Un enorme saliente sugería un asiento junto a la ventana, profundo y repleto de cojines. Caray. No había cogido ningún libro. Las buhardillas se llevaban los últimos rayos de sol en una repentina ráfaga de fuego.

En la puerta una placa de bronce (falsamente antiguo) decía *Ardeshir Villa...* el homenaje de Hilla a su padre. Es difícil hacer el trayecto en un Fiat que gruñe cuando metes la segunda marcha, ya sabéis, fue un viaje de esa clase. La colina horripilante de nuestra última visita era apenas reconocible. En el lenguaje del *Suplemento para el ama de casa*, había ganado en paisaje. Un césped cuidadosamente recortado apareció entre torbellinos y espumas de vegetación.

La entrada, que recordaba grotesca, ahora tenía un aspecto sumamente elegante. La fachada con columnas no era en absoluto ostentosa. La campana de conchas, que me pareció cómica en mi última visita, lucía menos tosca a la luz de la tarde. Por la noche, iluminada con inteligencia por una lámpara de época, cautivaría con fragilidad de porcelana. Mis celos se desvanecieron. En el aire había un cosquilleo de expectación.

La puerta se abrió de pronto y apareció la sobrina de Hilla.

—¿Has traído el hielo? —gritó, y se detuvo al vernos—. Lo siento, pensaba que traíais el hielo —explicó—. El cocinero ha pedido montones... un camión, creí escuchar.

Sus ojos se deslizaron más allá de nosotras hasta el Fiat de Lalli, que resollaba tras la subida. Se apropió de mi decrepita tía, cogiéndola por el codo para subir aquellos escalones empinados. Cuando volví después de aparcar, gritó desde arriba:

—¿Te las puedes arreglar? Debería haber un ascensor.

Por lo general, tras un día en compañía de Ramona parece que a Hilla la ha golpeado un tifón. Estaba empezando a entender por qué. Ramona es una de esas adolescentes bienintencionadas para quienes el adulto medio parece senil.

—¿Te has quedado sin aliento? —preguntó con amabilidad cuando subí corriendo los escalones, deseando haberlo hecho descalza para sentir la piedra calentada por el sol.

Vislumbré un tragaluz de vidrio multicolor mientras ella me conducía zumbando por la puerta. Un poco más tarde el sol extendería una rica alfombra de colores sobre el suelo... si el tragaluz era de vidrio auténtico, es decir, no el plástico de guijarros que encuentras en todas partes.

El vestíbulo octogonal en el que entramos resplandecía con la luz que recordaba de mi anterior visita, pero ese día no había nada siniestro en él. Macetas elevadas, con algún tipo de planta verde oscuro rebosante de hojas, flanqueaban las entradas en forma de arco a una generosa veranda que parecía rodear la casa. Las esbeltas columnas que formaban el octógono tenían capiteles estriados con una campana en forma de tulipán que realzaba el espacio y la altura del techo. La habitación pequeña tenía un aspecto boyante con la luz. Me habría sentido contenta de acampar justo ahí el fin de semana, pero Ramona estaba ocupada organizándonos la vida.

—Tía Hilla no debería haberos dado habitaciones en el piso de arriba —afirmó—. Subir y bajar esas escaleras va a cansaros terriblemente.

—Soy una alpinista —mintió Lalli con dignidad.

—¿No te lo ha contado tu tía? —pregunté—. Acabamos de volver de Kanchenjunga.

Ramona se rió tontamente, olvidando las maneras de anfitriona, de vuelta a la flagrante insensatez de los diecisiete.

La escalera ascendía en una curva sutil formada por un amplio oleaje de escalones elevados. Los balaustres delicados se equilibraban con un sencillo poste de arranque. El rosetón del rellano tenía un óculo de vidrio claro. Por encima, la escalera se bifurcaba, hasta una veranda como la del piso de abajo.

Ramona se adelantó corriendo, abandonándonos a nosotras, las sherpas.

—La segunda y la tercera a vuestra izquierda —gritó—. ¡Hilla está con el cocinero, le diré que habéis llegado!

Mientras giraba por el pasillo, tropecé contra uno de esos espantosos y enanos Budas Sonrientes que siempre me ponen los pelos de punta. Al parecer Framroze los compró como rosquillas. Pude ver otro regocijándose con maldad al final del pasillo.

Mi habitación era encantadora. La ventana que miraba al oeste recogía la puesta de sol y arrojaba sombras color violeta intenso sobre el suelo. Había otra puerta que confié en que condujese a la terraza. Pero era demasiado pronto para explorar.

Quedaba muy poco del viejo Framroze en las habitaciones que Hilla nos había asignado, pero el arquitecto se había guiado claramente por el nuevo kitsch. Nuestros cuartos no estaban amueblados ni como una falsa Belle Époque ni como Mohenjodaro, la ciudad ancestral de la civilización del Valle del Indo.

Esperaba una elegancia étnica: paredes de arcilla, motivos de la tribu warli con pintura al temple de *gobar*, es decir, de estiércol de vaca, cortinas de bambú, esteras de paja y sillas bajitas que se parecen a las antiguas sillas de parto, como las que venden en Tilonia Bazaar. En lugar de eso, el suelo era un hermoso mosaico antiguo, como en la época de Framroze. El friso de marfil tenía rosas en bajo relieve. Había un escritorio en mi habitación, con un taco de papel y un surtido de dos lápices y tres bolígrafos. La estantería, colocada de manera incitante cerca de la cama, mostraba una buena selección. Hilla había conseguido una edición magníficamente encuadernada de *El pensamiento ciclista*, la obra maestra de Alif Bey. El autor se la había dedicado a Hilla, y era evidente que nadie la había leído.

Ramona irrumpió mientras me estaba fijando en las joyas del primer párrafo.

—¿Crees que debería pedir que preparen té? —quiso saber.

¿Té? ¿No iban a darnos de cenar? Eran casi las ocho.

—¿Pedir? ¿No hay cocina?

Me contempló con compasión. Me juntó ambas manos y rezumó benevolencia.

—Quiero que te olvides por completo de cocinar y fregar y todo ese tipo de cosas durante tres días divinos. ¡Tan sólo haz la holgazana!

—¿Tú prepararás el té?

El gesto se le endureció. Me soltó las manos.

—Tenemos cocinero. Un chef, en realidad. ¿Quieres té o no?

—No. ¿Quién viene, aparte de Alif Bey?

—¡Oh, él! ¡No es importante! Adivina quién va a estar aquí... ¡Rafiq Khan!

Fue agradable volver a oír su verdadera voz, deshaciéndose con la idolatría de los diecisiete.

—¿Rafiq Khan, el bailarín? ¿Jazz y break dance y todo eso?

—No son lo mismo en absoluto. Él baila fusión. Es muy creativo, tiene ese ritmo loco que te vuelve elástica, te hace sacar los músculos hacia fuera... tengo un fabuloso conjunto de lentejuelas y todo. ¿Quieres verlo?

Claro que quería. Salió trotando amablemente y regresó con un par de pantalones

cortos de algún material plateado, y un bustier blanco con lentejuelas y estrás.

–*Mami*, mi tía, me hizo ponerle mangas –explicó con tristeza.

Dobladas hacia atrás, como alas de reserva, había dos briznas de gasa con encaje.

–¿Crees que debería ponérmelo? –centró en mí su mirada atribulada–. ¿No es demasiado...?

–Por supuesto que deberías ponértelo –respondí de forma excesivamente efusiva, pensando en los capri amarillos–. Y te puedes llevar esto si crees que le va bien a tu atuendo.

Escarbé en el bolso en busca de mi diminuta mariposa de filigrana. La compré cuando tenía más o menos la edad de Ramona, y para una ocasión parecida.

Gritó de gusto y la prendió de inmediato en el bustier.

–Oh, ¿pero no te la querrás poner tú? ¡Mírale los ojos! ¡Es tan *mona*!

Lo era, de hecho.

–Es un soborno. Ahora háblame de los invitados; ¡ojo!, de todo lo que sepas.

Se rió tontamente y se acomodó sobre la cama.

–En primer lugar estáis tú y Lalli... sois amigas.

–Gracias.

–De Rafiq Khan ya te he hablado. Se ha metido en danza terapéutica, ¿sabes? Para niños discapacitados. Después está el doctor Sane. ¿No lo conoces? Era amigo de tío Jimmy. No conocí demasiado a tío Jimmy, crecí después de que muriese.

Jamshed, el marido de Hilla, murió en un accidente de coche diez años antes, sin seguro de vida y con varias listas de deudas.

–El doctor Sane no es demasiado horrible, le conozco. ¡Pero se supone que su esposa es un auténtico exitazo! Glamurosa y todo eso. No la conozco. Llegan esta noche, con sus dos hijos, niño y niña. Odio a los niños. No a los bebés, que me encantan, pero estos son niños MAYORES. Te superan.

Ramona se detuvo para considerar con pesar su inminente fatalidad. Tuve que animarla varias veces antes de que continuase.

–Después está Felix Rego... ¿has oído hablar de él? Escribe *best sellers*.

Se detuvo con cierta vergüenza por haberle presentado una celebridad a una triste promesa.

–Thrillers. No los he leído. Ya sabes cómo va, un pastón de doscientas rupias, *yaar* (colega), ¿quién tiene esa cantidad como para gastársela en un *libro*?

Bueno. Quizás no por *Asesinato místico*. O *Manchas de sangre y Bacardi*. O *Cloacas de éxito* y otras joyas de la escuela de sangre e higadillos.

—Luego tenemos al señor Bajaj. Su esposa llamó ayer para disculparse porque hay una reunión urgente a la que tiene que asistir en Calcuta. Pero él viene. De nuevo se trata de un amigo de tío Jimmy. Es tremendamente rico, con caballos y todo eso. Es todo lo que sé de ellos.

—Alif Bey. Háblame de Alif Bey... el escritor.

—¡Oh, no es un escritor! ¡No como Felix Rego! Nadie le lee. No sé por qué lo ha invitado Hilla. Probablemente por lástima, ya conoces a tía Hilla... porque lleva las camisas zurcidas o algo así.

Me pregunté en qué categoría me encontraba yo. Probablemente la mariposa enturbió el asunto por el momento.

—Y Lola Lavina. Ya la conoces.

—No. Nadie, Ramona, puede llamarse Lola Lavina. Es un nombre inventado. ¿Es modelo?

—No. Ésa es Chili. Conoces a Chili. La hemos puesto a tu lado.

Desde luego, conocía a Chili. Quién no. Hacía que una pierna corriente pareciese el tocón de un árbol. Era esbelta, sinuosa y espectacularmente guapa. Mi corazón se hundió al pensar en aquellos capri amarillos.

—La tía dice que es agradable. Pero la tía dice eso de todo el mundo hasta que se mete en líos, ¡y entonces sencillamente se larga! Eso es lo que dice papá —añadió, para sofocar cualquier atisbo de deslealtad—. De todos modos, Chili viene.

Con una modelo de piernas largas, un bailarín de jazz, un cocinero, un médico domesticado, un ávido columnista, un escritor dado a recluirse y el misterioso Bajaj, el fin de semana no carecería de variedad. Sólo dejaba sin explicación a Lola Lavina.

—Es una feminista —apuntó Ramona—. Hilla dice que es una mujer de fortuna.

Al parecer Hilla había adoptado seriamente el lenguaje de la página de sociedad.

Se nos unió en aquel momento, sin aliento y agitada.

—Aquí estáis, gracias a Dios. Vengo de una refriega de última hora por el alcohol. Ya sabéis cómo lo odio. Dije que no quería tener en casa, ¿pero me iba a escuchar el cocinero? Por suerte es barato con la comida, pero ha de tener vino. Moselle. Chardonnay. Nunca he oído eso antes. Vamos a ser muy refinadas, queriíídas, y apareceremos en la página de sociedad, bebiendo vino a sorbitos y mordisqueando

quesos, y, si pensáis que se trata de simple Amul o Kraft, tenéis que oler lo que ha encargado. ¡Puaj! Huele a pies. El cocinero va a preparar una fondue. Dice que tiene interés periodístico. ¿No os lo conté? Felix Rego es «Nuestro corresponsal culinario». ¿Sabéis que estoy empezando a aborrecer la idea de una fiesta de varios días? Sólo me quedan unas pocas horas para portarme mal. Los Sane llegan esta noche. «Bastante tarde», dijo ella; imagino que eso quiere decir a medianoche.

—De verdad, Hilla, ¿eso no es desconsiderado? ¿Por qué no se quedan en casa hasta mañana?

Hilla se encogió de hombros con desaliento.

—¡Vamos, busquemos a Lalli y deprimámonos juntas antes de que llegue el enemigo! Ramona, lleva la bebida a la cocina, está en la veranda, y que no vaya a encontrarte borracha por las escaleras.

Ramona salió volando, riéndose como una tonta. Lalli causó su habitual efecto tranquilizador en Hilla, y holgazaneamos sobre la *namda*, la alfombra cachemira tradicional de color azul y blanco que había en su habitación, chismorreando con satisfacción.

—Ahora, dime, ¿para qué necesitas un corresponsal culinario? —quise saber—. ¿Y a qué vienen esas comidas estrafalarias? ¿Por qué aspiramos a la página de sociedad? No somos material de la página de sociedad exactamente.

—¿Crees que estoy tratando de adquirir clase? ¿Como esos febriles nuevos ricos con casas lejos de casa en Khedegaon East?

—Para eso necesitas un jacuzzi. Y es difícil vencer al difunto Framroze en cuanto a clase. Apuesto a que le rechinaron los dientes espectrales cuando vendiste el Rolls.

—Es el cocinero —explicó Hilla—. Quiere colocar este lugar en el mapa gastronómico.

—¿Mediante la página de sociedad? —no me lo creía—. ¿Qué es o dónde está ese mapa gastronómico?

—El cocinero lo tiene en su cabeza. Cree que estamos proyectando una cultura gastronómica falsa, en particular en las columnas de los diarios. Dice que los periódicos satirizan la comida de verdad. Los únicos platos que consideran digeribles son esos que tienen precios de tres, quizás cuatro cifras... o los que se sirven en alguna ratonera de moda. Rechazó las trufas de plano, aunque eso a Felix no le hizo ninguna gracia. Dijo que es moralmente depravado comer un hongo que se vende a 15.000 rupias el kilo.

—Un cocinero abanderado —murmuró Lalli.

–Sí. Es todo un personaje. Insiste en que se le llame cocinero, no chef. No se mezclará con los invitados, ésa fue la condición. Mire a los franceses, me dice, mire cómo respetan su cocina. ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros?

–No sé nada de los franceses, pero este cocinero me parece un farsante –solté–. ¿Por qué fondue? No pertenece a nuestra cultura culinaria. Y, lo sé de buena tinta, sabe exactamente a vómito de bebé.

Hilla se puso en pie de forma apresurada.

–Le diré que prepare muy poca. Sólo lo justo para alimentar a Felix Rego, puesto que la ha pedido. Confío en que el resto de la lista de Felix no sea tan malo, teniendo en cuenta que son dos páginas.

–¿Y esa tenía va a comerse la lista entera?

–¡Y nosotras también! Dice que es la única forma de probar al cocinero. Es necesario si estoy dispuesta a hacer lo que él quiere.

–¿Qué es?

–Convertir este lugar en una hostería de auténtica comida india. Ya sabéis, comida casera.

–Estás loca por tu cocinero –afirmó Lalli con resolución.

–Esperad a conocerle, es divertido. Pero no tendréis mucha ocasión de hablar con él estando Bajaj y Felix y Alif Bey por aquí. ¡Y Ujwala Sane... grrrr! Tenéis que conocerla.

–¿Y Chili? ¿Qué tiene de especial, Hilla?

–Oh, Chili es una de mis niñas. Todas mis niñas son especiales para mí.

Mentalmente doté a Chili con una infancia de enfermedad irremediable, algo peligroso y alarmante, sin que fuese necesariamente mortal. Era sorprendente lo agradable que me parecía después de eso.

–¿Y Lola Lavina? ¿Por qué un nombre tan evidentemente falso?

Ambas me miraron sin comprender.

–¡Pero si la conoces! –me reprocharon al unísono.

Levanté los brazos con desesperación. Todo el mundo parecía querer endilgarme a esa feminista de pega.

–Te vi hablando con ella el martes –dijo Lalli–. Cuando me perdí en el mostrador de perfumería.

¡Dios mío! ¡Meenal!

–¡Se ha cambiado el nombre!

—Por supuesto.

—Pero ¿por qué Lola Lavina?

—¿Por qué no? Lavina es el nombre de su madre.

—¿La conoces?

Lalli me sorprendió.

—No. Sé sobre ella.

—¿Y qué es eso que no sé sobre Meenal?

—No importa. De todos modos te lo contará ella, varias veces, parece de ese tipo —respondió Lalli, de forma un tanto cruel, pensé—. Y ahora, Hilla, cuéntame, ¿por qué tienes que hacer todo esto? ¿Por qué una fiesta de varios días?

El rostro de Hilla se volvió adusto.

—Estoy en deuda con ellos, Lalli. Has acertado, no puedo soportar a ninguno, excepto a los niños, a Rafiq y Felix y por supuesto a la dulce niña Chili. Pero se lo debo, y no puedo pasarlo por alto.

Pareció una explicación extraña, pero observé un destello de inteligencia en los ojos de Lalli.

—La idea del cocinero no es mala —repliqué—. La gente paga como loca por tragar cualquier bazofia en un lugar lujoso, así que en lugar de eso ¿por qué no adornar comida decente? Seguro que es una buena inversión. Y, Hilla, la casa es preciosa.

—¿Verdad? El Rolls y las joyas, no te olvides.

—Me alegro, Hilla —animó Lalli en voz baja.

Para mi sorpresa, los ojos de Hilla se llenaron y abandonó la habitación abruptamente. Supongo que aquel lujo repentino había reavivado con amargura renovada el recuerdo del sufrimiento de sus padres. Era una Hilla diferente a la mujer voluble que conocía. Su aflicción era algo más profunda, más central.

Un poco más tarde, Hilla nos llevó al piso de abajo para ver la casa. Pensé que el comedor era bastante solemne, con su mesa larga y las elegantes sillas tapizadas. A esa hora las cortinas estaban echadas en la ventana en saliente, pero por la mañana sería agradable.

Había muchas ventanas por todas partes. Parecía que el arquitecto había agujereado la pared y puesto vidrio en todos los lugares donde era posible. La forma en que transformó las dimensiones impasibles y algo asfixiantes del edificio resultaba inteligente.

—Ria Negi, ¿habéis oído hablar de ella? Está de moda estos días —nos ilustró Hilla.

—Al menos no se ha puesto *vaastu* contigo, es decir, que no le ha dado por ese antiguo sistema indio de planificación arquitectónica —apunté—. Tampoco se ha puesto *feng shui*, con instrumentos de viento y bonsáis de bambú a juego con esos tipos bromistas del pasillo.

—Es elegante —concedió Hilla—. Pero no me recordéis las facturas. Pasa una vez en la vida, qué diablos... poder gastarme el dinero de ese avaro. Tenía todos los muebles en un trastero, vivía en una habitación miserable en el piso de arriba, ¿os lo podéis imaginar?

El salón era sorprendentemente cómodo, después del comedor un tanto pomposo. El único toque *boudoir* procedía de una *chaise longue*, un reflejo sordo de flor de lis dorada que realzaba el azul intenso. Aquello, explicó Hilla, era originariamente de Framroze, aunque los cojines de terciopelo gris y lamé dorado apilados eran parte de su nuevo aspecto.

—Ella dijo que el salón tenía que organizarse alrededor de ese sofá, sea lo que sea lo que signifique. Azul, pero no azul dormitorio, aclaró. ¿Cuál es el azul dormitorio?, pregunté. Te aseguro, Lalli, que me miró con lástima. No respondió, como si pensase que yo estaba por encima de los dormitorios y que qué podía importarme. Este azul de aquí, ¿sabes cómo lo llamó? Azul Van Gogh. ¿Te lo puedes imaginar?

En realidad, yo podía. El tono, Noche Estrellada. Azul que se convierte a regañadientes en violeta atrapado en una masa dorada. Sí, podría vivir con eso.

Seguimos a Hilla por la casa, pasamos por delante de una puerta cerrada que dijo que era la biblioteca.

—Todos los libros de Framroze. Antiguos. La abriré por la mañana, la hemos dejado prácticamente intacta —se encogió de hombros.

La veranda que había en la parte trasera de la casa no albergaba plantas ni ningún otro obstáculo. Era un espacio magnífico por el que pasear. Había algunas sillas en el extremo más alejado. Pasamos por delante de lo que Hilla denominó «el estudio»: una habitación enorme y vacía con suelo de parquet pensada para Rafiq Khan. A continuación había una ventana iluminada de forma intensa, con las cortinas echadas. Hilla dijo que era la habitación del cocinero. En realidad eso lo dijo en un murmullo, un poco más alto que el zumbido del aire acondicionado. Parecía sentirse intimidada por él. La suya era la única habitación con aire acondicionado. La cocina, al final del pasillo, estaba cerrada. La cena nos esperaba, sin embargo.

Habían dispuesto un *buffet* en la pequeña despensa al lado de la cocina. El cocinero no

apareció. El pasaplatos sobre la mesa permaneció obstinadamente cerrado. Nos llevamos los platos a la veranda y comimos observando la lluvia. Las sillas de hierro forjado, que en un primer vistazo recordaban un aparato de tortura medieval, resultaron ser sorprendentemente cómodas.

La comida era sencilla, pero deliciosa. Comida *dhaba*, típica comida casera, como la que probé la última vez que estuve en la autopista de Ludhiana, diez años atrás. *Baingan bharta*, ese plato de berenjena con trocitos de cebolla, pimienta, tomates, jengibre y comino, todo cubierto de yogurt; lentejas tipo *urad daal*; *roti*, torta de pan con harina de trigo sin levadura, y *lassi*, esa bebida refrescante que se elabora mezclando yogur, agua y especias. No podías pedir nada mejor. (Dejo los adjetivos surrealistas para Nuestro Corresponsal Culinario. Sólo diré que la *brinjal*, la berenjena, defendió con brío su sabor ahumado frente a un picante apenas perceptible.) Hilla había recuperado el ánimo, y le tomó el pelo a su sobrina con respecto a su nuevo novio, para deleite de Ramona. La chica casi perdonó a las presentes por ser tan carcamales, y se convenció a medias de que la muerte no comenzaba a los treinta.

—Si no hubieses invitado a Chili, ¡todo sería perfecto! —soltó.

Yo podría haber añadido a Lola Lavina a la lista negra, pero qué diablos. Podía permitirme ser generosa, teniendo por delante un fin de semana entero con Alif Bey.

Por algún motivo inexplicable, el tipo con el que había chocado el martes me perseguía. El recuerdo de aquella mirada que sorprendí en la suya me hacía estremecer. ¿Me gustaba? ¿Me daba miedo?

La conversación fue decayendo.

Nos entretuvimos con el silencio cautivador de la lluvia.

No eran ni las diez cuando nos fuimos en tropel al piso de arriba.

—El cocinero recibirá a los Sane —bostezó Hilla—. Yo estoy en el ala que está por aquí.

Señaló el final del pasillo donde se erguía un Buda, negro y enorme como una cima de Wordsworth, con un voluntario instinto de poder.

Ramona anunció que había abandonado su proyecto de lavarse y arreglarse el pelo esa noche.

—Si no le gusta como está, que se aguante —afirmó con soberbia.

De vez en cuando, incluso a un bailarín de jazz lo ponen en su sitio.

De forma inoportuna, me desperté temprano. Siempre me pasa cuando estoy en un sitio nuevo, y eso me deja todo el día suspendida en la tela de araña de un ligero dolor de cabeza. Le eché una miradita al reloj bajo la tenue estela de luz gris. Las cinco y media. Cerré los ojos con determinación y traté de ahuyentar las voces que quedaban de un sueño. Pero permanecieron, y, cansada de pelear con ellas, cedí y escuché.

—¿Qué es lo que quieres?

Hosco. Varón. De mediana edad.

La otra se rió.

—¡Oh, no quiero nada! Por qué no olvidar que nos conocemos. Seamos desconocidos aquí.

También varón, duro, divertido.

—No, no. No tiene que ser así. Si puedo hacer algo, estaré encantado. Será un placer.

—No estoy en venta.

La voz se volvió enjuta, y peligrosa. Ahora mostraba enfado, y orgullo herido.

—Escucha, no es eso lo que quería decir. Seré sincero contigo. No puedo arriesgar nada en estos momentos. Podría destruirme.

Se extendió el silencio, tenso, implacable. Después el otro hombre dijo, mientras el desprecio de su voz quemaba como el ácido:

—Simplemente quítatelo de la cabeza. Por lo que a mí respecta, doctor, nunca sucedió.

En ese punto el ensueño se desvaneció y me reclamó el sueño... uno inquieto del que me zafé con la primera luz.

Eran casi las seis. Una ducha caliente en el pequeño baño de color ostra era justo lo que necesitaba. En el espejo en forma de concha, mi rostro tan madrugador tenía mejor aspecto que nunca.

Aparecí vivificada con una camisa color escarlata para desafiar a los elementos. Había

llovido toda la noche y la mañana lucía un aspecto empapado, las nubes grises se cernían bajas, como sábanas mal lavadas.

Empujé con cautela la puerta que dejé sin abrir la noche anterior, con la esperanza de que no condujese a otra habitación. Fue a dar a la terraza. Salí corriendo de buena gana. La terraza, amplia, estaba enlosada. La balaustrada era atrayente. Su tracería delicada de hierro forjado quedaba coronada por una reja prudente que parecía lo bastante robusta como para sentarse sobre ella. Las losas, deliciosamente desiguales y frescas, se amoldaban a mis pies descalzos. El mar se sacudía justo debajo. Me senté en la balaustrada, muy por encima del azote de las olas. Las hojas de palmera rozaban el cielo, con un susurro que se hacía eco del aliento atormentado del mar.

—¡Buenos días!

Me giré, irritada por la intromisión. Y me quedé sin aire al reconocerle. Era el hombre del martes.

Debió de percatarse del destello que emití, porque dijo:

—No es del todo una sorpresa. Te esperaba.

Eso sí era una sorpresa.

Charlamos de forma trivial sobre la lluvia.

Después apuntó, con timidez repentina:

—Me gustó tu libro.

¿Podía haber una felicidad mayor? No es modestia imbécil, pero no le creí. ¿De veras lo había leído? Después de todo, *Compartimento de mujeres* no es exactamente un tema de conversación. Habla de cosas que ya se han dicho, y con más perspicacia.

—Evitaste sonar ingenua —comentó—. Sin perder la inocencia.

Hábil.

Estaba empezando a enamorarme de él. ¿Podría ser Alif Bey?

—Y con la protección de su alegría contenida, el corazón se deleita en cosas indiferentes...

Por supuesto que era Alif Bey. ¿Quién más podría citar a Wordsworth una mañana lluviosa antes de desayunar? ¿Le molestaría si le preguntase en ese momento sobre *El pensamiento ciclista*?

—¿Café? —ofreció, interrumpiendo lo que estaba pensando.

—Oh sí —gimoteé—. No será sino alguna horrible cosa instantánea.

—¡Por supuesto que *no*! —retrocedió, herido—. Popayan. Tostado a mano. Recién

molido. Fuerte. Consistente. Maduro, con un esporádico toque ácido. Café de filtro, por supuesto. Con los cinco centímetros obligatorios de espuma y servido en vaso de acero.

—¿Qué eres? —pregunté ligeramente maravillada. No era real. Nada era del todo real esa mañana—. ¿El chico de los sueños de todo el mundo?

Sonrió de forma irónica.

—Piensa de nuevo. Soy el cocinero.

¡El cocinero!

El cartógrafo gastronómico, el rezongón de la fondue... *¡eso!*

La mandíbula debía de haberme llegado al suelo, pues había algo más que un atisbo de sorna en su voz:

—¿Le sirvo el café en la terraza, señora? —su mirada se había replegado muy lejos.

—No es necesario que te pongas tan susceptible. Estaba pensando en la fondue, eso es todo.

—¿Entonces qué hay de malo en ser un cocinero? —extrapoló mi voz—. Algunos de mis mejores amigos lo son.

—De los míos ninguno lo es, en realidad —me activé—. Sólo he cometido el error de pensar que quizás uno podía serlo.

—Ah, entonces baja a la cocina y tómate el café —respondió de modo pacífico—. La mayoría de las mañanas tengo un humor de perros.

¿Y quién no?

Le seguí por la escalera de hierro forjado que bajaba en espiral por un lado de la casa, disfrutando las gotas de lluvia ocasionales sobre mi rostro. Fuimos a parar a la veranda en la que nos atiborramos de comida *dhaba*, casera, la noche anterior. Las sillas, me percaté, habían desaparecido.

—Bienvenida a mis dominios —anunció.

Pasamos por delante de la primera puerta, y atravesamos la siguiente para llegar a un pequeño pasillo que daba a la cocina.

Contuve la respiración de repente. Era una cocina por la que morir. Se rió al ver la expresión de mi cara. Al inundar la cristalera, la luz a esa hora temprana formaba una calima delicada. La encimera en forma de L se extendía por dos paredes. Un brillante despliegue de jarros de cristal parpadeaba de modo intermitente desde los estantes en alto. Lo mejor de todo era la mesa de madera en el centro de la estancia. De una madera

antigua, veteada y nudosa. Había un banco a juego, amplio como un hongo gigante y de la altura justa.

—Me alegra que Hilla conservase esto —dijo dando un golpecito a la mesa—. Para mí es lo mejor de la cocina.

El café era excelente, aunque elegí una taza en lugar del vaso, porque no me gusta la sensación de quemazón del metal en el labio.

—Espera.

Cogió la taza que yo sujetaba y, como por encanto, sacó otra de un armario. Era de color azul real brillante, con el interior negro pulido.

—Le va bien a tu camisa.

Llenó para él mismo la taza descartada y nos sentamos en cordial silencio, saboreando el vapor.

Fuerte. Consistente. Maduro. Había escogido los adjetivos adecuados, aunque el toque ácido era más que esporádico.

Al primer sorbo estimulante, sentí una inexplicable oleada de felicidad. Levanté la vista, sorprendí la suya, y me reí. La vida era maravillosa.

Por supuesto, podía estar casado.

—No lo estoy —dijo.

Yo no había preguntado.

—¿No estás qué?

Ahora *me sentía* enojada.

—Nada, nada. Sólo pensaba en voz alta.

Mentiroso.

Me llenó la taza.

—¿Qué era eso de la fondue?

—Hilla dijo que ibas a preparar una.

—¿Y?

Vacilé. Le había irritado con el café al principio. Podría darle un ataque si le dijese que había oído que la fondue sabe a vómito de bebé.

—Una fondue bien hecha no sabe a vomitona —dijo. Volvió a hacerlo—. Es un sencillo plato rústico: huevos, una tercera parte de mantequilla, seis partes de queso, remover hasta que se mezcle y borbotee hasta quedar sin grumos.

—Pensaba que era refinado y francés. No sé francés y no soy refinada en lo culinario.

—Ja. La cultura culinaria. Para eso necesitas un chef. Los chefs son refinados. Y su fondue sabe a vómito. Yo soy un cocinero. Y mi fondue es buena.

—Pensaba que eras Alif Bey.

—¡Qué!

—Porque habías leído mi libro.

—¿Y un cocinero apenas puede deletrear?

—Tú lo dijiste. ¿No es emocionante esta casa? La terraza está enlosada, ¿te has dado cuenta? ¿No es fantástico? Es como tener una enorme acera vacía sólo para ti.

—Sí, me di cuenta. Y no, no es fantástico tener una enorme acera vacía sólo para ti. He estado ahí antes.

¡Ay! Otro nervio de punta.

—Sólo que la llamábamos calle, no acera. ¿Conoces el tramo que va de la Estación Victoria hasta Crawford Market? Viví ahí durante seis años. Del setenta y dos al setenta y ocho. Fui un chico de la calle.

No bromeaba. No supe qué decir.

—Eres demasiado joven para recordar la guerra de Bangladesh, supongo. ¡Liberación! Fue una especie de liberación llegar a aquella calle. Fue el primer lugar en el que no escuché gritos. Llevábamos seis meses corriendo cuando llegamos allí, seis meses en los que todo lo que escuché fueron gritos. Y disparos. Cuando llegué a la calle, regresaron los sonidos. El tráfico. Los trenes. Las voces. Hace treinta y un años, casi hasta hoy. Es una buena palabra, refugiado. La calle *fue* mi refugio. Pero no pude salir de ella lo bastante rápido. Créeme, no es tan fantástico.

Alargó la mano para coger mi taza. Nuestros dedos se rozaron ligeramente.

—Te lo contaré algún día, ¡si sobrevivo a ser confundido con Alif Bey!

Aquel momento pasó.

Me sumergí en *El pensamiento ciclista*, contenta por la distracción.

—¡Y qué ermitaño es! —concluí al cabo de diez minutos—. ¿Cómo es? Nadie sabe ni siquiera su nombre. Por supuesto, para una mente así lo mundano es sólo *maya*, sólo ilusión.

—No te lo vas a creer. Trabaja en publicidad.

—¡No!

—Seguro. ¿Conoces ese anuncio de loción para después del afeitado que suena a *Pippa Passes*? Es de Alif Bey. Oh, buenos días, señora.

Hilla estaba encima de nosotros, con pinta de muerta y vestida con una bata de flores.

—¿Ya te has puesto en marcha, verdad? Té, si quieres que viva.

—¿Rungli Rungliot? ¿Earl Grey? ¿Mezcla Familiar Número Once?

—¡Por Dios! *Chai*, té. De cualquier paquete.

Se desplomó pesadamente a mi lado.

—Por decir eso te mereces una bolsita de té. Pero, teniendo en cuenta que eres la jefa, he preparado Rungli Rungliot. Bebe a sorbos, no engullas.

—Pensaba que te ibas a comportar como un cocinero. Problemas laborales el primer día. Insubordinación. *Dadagiri*, intimidación —se giró hacia mí—. Veo que ya os habéis conocido. Tarok Ghosh, el cocinero, por decirlo de modo agradable y formal. Conozco a este hombre desde que era un muchacho de dieciocho. Era amigo de mi madre. El chantajista de mi madre, debería decir, puesto que le sonsacó todas sus recetas secretas. ¡Y ahora me llama señora!

—La disciplina, *mai-baap*, mi único refugio.

—¿Qué hay de desayuno?

—El desayuno es a las nueve y media. Ahora son las siete y cuarto.

—Cocinar lleva su tiempo.

—No el desayuno.

Hilla, llena de melancolía, sacó un papel de un bolsillo muy amplio.

—Te dije que era imprudente preguntarle a la gente qué quiere para desayunar. Me da miedo dártelo.

—Guárdalo. Eso es para mañana. Hoy tomarán lo que les dé.

Hilla pareció dudar.

—La señora Sane quiere el desayuno en la cama. ¿Tal vez algo en una bandeja?

—Dile que se levante y se lave los dientes. Esto no es el decadente Occidente. Dale un *neem daantoon*, un cepillo de dientes hecho con ramitas de árbol nim.

—Ve a decírselo tú mismo. Hey... ¡espera! Yo llevaré esa bandeja.

—No. Que baje a menos que se esté muriendo. Dile que la tortilla se le pondrá mustia.

—¿Es eso lo que vamos a comer? ¿Entonces para qué te contrato?

—No es para vosotros. Sólo para los niños. Soufflé de tortilla con mermelada casera de piña.

—Mejor cíñete a los huevos pasados por agua —respondió Hilla con preocupación—. Son

del tipo de niños que lo ahogan todo en ketchup. Puede que arruguen sus finas narices ante tu soufflé de tortilla.

Tarok Ghosh replicó con mucha frialdad:

–Los niños siempre se comen lo que les doy.

Éstos también. Alejados de su madre por Hilla, a los niños Sane se les dio el desayuno en la despensa. Tarok los dejó solos, tras anunciarles su regreso con perspicacia. Ellos vaciaron deprisa los tazones de leche y saltaron exultantes sobre sus regalos: una remolacha esculpida en forma de rosa para Arpita, y un tren tallado en una zanahoria, para Darshan.

–Ni una palabra sobre el sesgo de género –advirtió Tarok, adelantándose.

Más tarde me alegró descubrir que Arpita se había hecho con el tren, y había dejado a Darshan royendo la rosa.

A Felix Rego, Alif Bey, Rafiq Khan y Chili se les esperaba ese día, más tarde. Fui a desayunar, con la curiosidad por saber si la señora Sane habría sido domada por el cocinero. No había bajado todavía. Lalli compartía mesa con un hombre rechoncho. Decidí no interrumpir.

Habían dispuesto mesitas ovaladas en un rincón del comedor. Con mejor tiempo, a esta hora sería una trampa bajo el sol. A pesar de la penumbra, una luz nacarada cubría el suelo. Me asomé a la ventana. El enrejado de la jardinera, como de encaje, se merecía algo mejor que aquellos hierbajos verde fosforito, fuesen lo que fuesen.

Me di la vuelta, sólo para encontrarme con los ojos inquisitivos de Tarok.

–La ventana pide geranios a gritos –solté, y de nuevo capté aquella luz efímera en su rostro.

Me ofreció una silla. Estaba a punto de protestar, cuando advertí que de todos modos no se daría cuenta. Estaba ocupado haciendo aparecer el desayuno como por arte de magia. La mesa se llenaba a una velocidad sorprendente. Al final, colocó el adorno central, una margarita africana color amarillo en una flauta de vidrio negro, y se retiró con gravedad.

Estuve a punto de aplaudir. Todo tenía un aspecto maravilloso, pero lo único que reconocí fue el zumo de naranja. Le di un sorbo con aire de enóloga.

–Confío en que el *bouquet* sea satisfactorio.

–Es un buen año para las naranjas –concedí–. Con cuerpo, afrutado, no demasiado

ácido. Joven e impulsivo, aunque moderado en las notas bajas... Caray, no hay notas bajas. Es perfume.

Se echó a reír, sacó otra silla y se puso a explicarme aquellos extraños manjares. Espárragos, brotes pálidos martirizados en forma de triángulo. Comérselos era hacerles un favor, mojando los brotes delicados en los remolinos de mantequilla color limón agrupados en un cuenco ópalo. Tras el primero, no pude parar.

Destapó una pequeña tartaleta de barro. ¡Preciosa! Una flor blanca de franchipán, cuyos pétalos cremosos se retiraron para dejar al descubierto un corazón de oro.

—*Œufs en cocotte a la crème.*

Traduje titubeando: *baida* en *bartan* a la crema. ¡Bien! Pude con éste. Pero a cada cucharada sabía como ningún otro huevo que hubiese probado antes, cremoso, mantecoso, lujoso hasta el sibaritismo. Mordisqueé con placer los delicados óvalos de pan francés tostado. Él parecía satisfecho. Y antes de que adivinase qué pensaba, hizo desaparecer el pan.

Me sentí ligeramente irritada. No me gusta que me requisen el desayuno. Tenía listo un discurso efectivo, pero cuando regresó, trayendo regalos, lo olvidé todo. Retiró una servilleta blanca como la nieve para dejar al descubierto... un *croissant*. No uno de cafetería, no una plastilina de microondas que es todo cutícula burbujeante por fuera y un nudo agrio de masa por dentro. Aromático, palpitando vapor, dejó escapar un jadeo cuando aparté su caparazón hojaldrado. Había mantequilla y mermelada, pero desdeñé tal corrupción.

En lo que se refiere al pan, soy abiertamente voluptuosa. A la carrera, puedo comerme todo lo que haya en una panadería. ¡Imaginad entonces las austeridades impuestas al alma por el *pan en rebanadas*! De buena gana me habría muerto de hambre durante el resto del fin de semana por un *croissant* más, pero él levantó las manos con gesto de impotencia. La taza alta que colocó delante de mí tenía una corona de cinco centímetros de crema, no de espuma, con un ligero aroma de vainilla. El café borboteó, con suavidad de terciopelo, deliciosamente aromático, dejando en la lengua una mancha satinada de chocolate.

—Moca con chocolate. ¡El comienzo de un día perfecto!

Me subió a la cabeza como el champán.

—¡Tarok, amigo mío! —el hombre rechoncho que había compartido la mesa con Lalli reclamaba ahora al cocinero.

Intercambié una mirada con mi tía. Ella se encogió de hombros con indiferencia suprema y volvió a su café (café *corriente*, observé). De modo que el doctor Sane era... aburrido, en opinión de Lalli. Con seriedad estaba debatiendo algo con el cocinero. Tarok me lanzó una mirada impotente.

El doctor Sane me incluyó en su sonrisa empalagosa.

—¡Le estaba diciendo al señor Ghosh que no se preocupe! Mi mujer llega tarde, ¡pero ése es el privilegio de una dama! Está muy mal que llegue tarde a este desayuno memorable. ¡Muy mal! —se rió ostentosamente—. Pero los niños han tenido la idea apropiada. Desayunaron hace rato y se escaparon a la playa. ¿Qué queréis?, les dije, son unas vacaciones. ¡Disfrutad!

Tarok se sirvió una taza de café recién hecho. A ese ritmo, a mediodía el corazón le bombearía pura cafeína.

Ujwala Sane apareció por fin: piel lechosa, ojos grises, cuarenta y tantos, ondulante con pantalones de terciopelo blanco ceñidos y una blusa sin espalda. Las prendas le sentaban de forma rara, como si no estuviese acostumbrada a ellas. Como quizás sucedía. Rebosaba *Dune* y había tenido tratos generosos con el colorete.

Con instinto certero fue directa al cocinero y le reclamó la taza de café que él tenía, rozándole los dedos con confianza insolente.

—Café... mmm, divino —chirrió... y de inmediato pareció molesta.

Había estropeado sus líneas: recordó la llegada cuidadosamente ensayada, pero se olvidó de bajar la voz. Sus ojos color guijarro echaron un vistazo a la habitación. A mí, me ignoró. Reconoció a Lalli con un grave movimiento de cabeza. Captó la mirada de Hilla y ondeó los dedos a modo de saludo. Nos incluyó a todos en una sonrisa radiante y cogió al cocinero con firmeza por el codo, conduciéndolo hacia la ventana.

El doctor Sane sonrió cariñosamente. Acercó una silla a mi mesa y miró a su alrededor. Los cuencos intactos de mantequilla y mermelada le dedicaron una mirada de reproche. Se puso de pie. Deambuló. Volvió con media *baguette* que sacó quién sabe de dónde. La partió y la untó con una mezcla de mantequilla y mermelada y le hincó los dientes con firmeza.

La señora Sane también encontró comida. Picó del plato con frenesí, mientras su voz no dejaba de chirriar. El doctor Sane, mudo por la gula, no requirió cortesías y me quedé libre para tratar de escuchar a su esposa.

—¡Tan aburrido! ¡Tan apagado! Sin servicio de habitaciones, sin desayuno en la cama,

¿puedes creerlo?

—¿De veras? —la voz de Tarok sonaba sorprendentemente tranquila.

—De verdad no sé a qué se refería Hilla. Habló de un lujo de cinco estrellas. Pobrecita. Todo esto fue tan repentino, no está demasiado acostumbrada. Alguien debería aconsejarla.

—Seguramente ya lo hace alguien.

—¿Como con esto?

El dedo desdeñoso de Ujwala Sane dibujó un círculo alrededor de la habitación. Todo parecía achicarse bajo su escrutinio (la mayor parte de la comida había desaparecido para entonces). Hilla, lo bastante cerca como para oír, llevaba puesta su nueva sonrisa adusta. Yo me estaba acostumbrando a ella.

—¿Dónde está Felix Rego? —gritó la señora Sane—. Debería estar escribiendo acerca de este desayuno.

—¿No te gusta la comida?

Me alegró detectar que un tono peligroso se deslizaba en la voz del cocinero.

—Está bien, pero no hay variedad —y dio otro bocado voraz—. Huevos cocidos, pan. Mantequilla. Mermelada. Los criados pueden hacer eso —soltó por lo bajo una risa de complicidad—. Hilla nos pidió que eligiésemos el desayuno para mañana. Cualquier cosa que te guste, me dijo. Pobrecita, ¡es tan ingenua! ¡No tenía ni idea de que este cocinero fuera un chico local, de *idli-dosa*, esa torta húmeda que se hace con arroz fermentado y lentejas y luego se cuece! Le dará un ataque al corazón cuando vea lo que he pedido.

—¿Qué has pedido?

—Desayuno continental. *Crêpes suzette*... ¿sabes? Champiñones. Pasamos el verano pasado en Europa.

—Ah.

Aparcó su plato en una silla oportuna y le dio máximo voltaje al cocinero:

—Ahora cuéntame, ¿qué haces?

—¿Cuándo?

Ella se rió tontamente con voz ronca. El cocinero pareció sorprendido.

El doctor Sane se había terminado el sándwich. Con una ligera reverencia en mi dirección, rodó hacia su esposa. No obstante, a quien buscaba era al cocinero.

Ujwala Sane arqueó sus cejas meticulosamente depiladas y se paseó hacia donde

estaba yo. Hilla había desertado mucho antes y se la podía ver por la ventanilla de servicio, sentada ante la encimera de la cocina, engullendo té como un pez.

—¡Hey! He oído hablar de ti.

Me abstuve de preguntar el qué.

—¿Qué te parece si animamos un poco las cosas? Antes de que ese Felix Rego le haga mala prensa a Hilla. Estábamos precisamente hablando de eso. ¿Por qué no te unes también?

—Oh. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—¡Bajemos a la cocina y asustemos al cocinero! Digámosle que convendría que mejorase para la hora de la comida. Le tengo mucho cariño a Hilla. ¡Una persona con tan buen corazón a pesar de sus excentricidades!

—¿Es excéntrica?

—¡Todos los *bawas* lo son! —contestó, utilizando ese término despectivo para referirse a los *parsis*³—. Y ahora debe de ser especialmente difícil para ella. ¡La menopausia puede ser terrible!

—¿Sufriste mucho?

No me oyó. Ramona escogió ese momento para irrumpir, y el doctor Sane la interceptó con más afecto del estrictamente necesario. Ramona sonrió con educación y se alejó tan pronto como pudo, yendo derechita hacia Lalli debido a alguna necesidad urgente. Ya me había percatado de que Ramona le había otorgado a Lalli una especie de pasado glamuroso y la estaba convirtiendo con rapidez en su aliada.

—La encantadora Ramona, la sobrina de Hilla —expliqué.

Ujwala frunció el ceño. Claramente, La Sane era una de esas mujeres que dominan a las jóvenes con sus mezquinas tiranías. Sofocaría con una palabra la chispa incendiaria de los diecisiete con la misma desconsideración con la que apagaría un cigarrillo. Lo lamenté por su hija. Pero a Arpita todavía le quedaban unos años de libertad antes de que la adolescencia la marcara como presa.

Para distraer a la señora Sane admiré su brazalete. La delgada cadena de plata llevaba un frasquito minúsculo como colgante.

—Es un regalo de nuestros amigos suizos, los Schmidt —contó animada—. El año pasado estuvimos con ellos un mes.

Una nación tolerante, la suiza.

Volvió a su plan de Salvemos a Hilla.

–Pero de veras debemos hacer algo por Hilla. Le estaba diciendo... Es guapo, ¿verdad? –arqueó las cejas hacia Tarok, que seguía atrapado por el doctor Sane–. Le he visto antes en alguna parte. Todavía no nos habían presentado. Es un industrial. ¡Qué personalidad! ¡*Agdi* (extremadamente) magnético! Lo supe de inmediato. ¡Industrial! *Ahora* me acuerdo...

–¡Oh, no! –la interrumpí con cierta malicia–, es el cocinero.

Su ávida mirada de interés se vio rápidamente reemplazada por el recelo.

–Me podrías haber dicho eso antes –respondió con frialdad.

Se alejó. Las costumbres de Shivaji Park no permiten que los cocineros sean caballeros.

Se produjo una ráfaga de voces afuera, mientras Hilla daba la bienvenida a tonos de voz que sonaban cantarines por encima del resto. Un taxi se marchó. La conversación cesó de repente en la estancia.

Entraron tres hombres... y una mujer.

A la mujer la conocía. Era mi amiga del martes por la tarde, reinventada como Lola Lavina.

Al primer hombre lo conocía de vista. Extraordinariamente ágil, sólo podía ser bailarín o acróbata. Era ambas cosas, puesto que la mayor parte de su baile parecía desafiar nervios y músculos al límite. Rafiq Khan. Ramona soltó un grito ahogado y se puso de pie con aire vacilante.

La mirada del segundo hombre se posó sobre ella con admiración. Pero Ramona no era consciente de nada que no fuese Rafiq Khan.

Volví a fijarme en el segundo hombre, y, con decepción, le reconocí.

Era Alif Bey.

No le reconocí como Alif Bey. Su rostro inteligente, algo cruel, era habitual en la página de sociedad, sus opiniones se citaban como las duras declaraciones de algún dios del desierto. Por supuesto, había escrito el anuncio de loción para después del afeitado de *Pippa Passes* y muchos otros. Nadie, claro, sabía que era Alif Bey. Con su personaje de la página de sociedad sólo se ganaba la vida.

Ese día, a pesar del intento por parecer un desafío a la elegancia (*kurta*, camisa suelta sin cuello, arrugada; *pyjamas*, pantalones sueltos, sucios; *chappals*, sandalias), no había perdido del todo su personalidad habitual. Tuve la aplastante sensación de que no conocería al escritor sino a su álter ego.

Con todo, con o sin loción de afeitar, ahí estaba Alif Bey. Y su increíble chica era... Lola Lavina.

Evidentemente, compartían más que la cama. Su ropa era intercambiable. Alif Bey lucía la sombra de la barba, pero aun así parecían clones o gemelos travestidos. Meenal –debería llamarla Lola de ahora en adelante– gritó triunfante o aliviada cuando me vio, pero no hizo ningún movimiento para acercarse. Quizás después de todo eran siameses. Parecía estar pegada con velcro al brazo de él.

El tercer hombre, por eliminación, sólo podía ser Felix Rego. Nuestro corresponsal culinario iba ataviado para las vacaciones de forma compulsiva: bermudas anchas, floreadas, con los cordones colgando. La camiseta blanca resultaba anodina. Tal vez llevaba en la espalda la receta de su salsa secreta. Tenía el rostro pequeño y como de comadreja, que escudriñaba de modo furtivo, tomando apuntes.

Hilla hizo los honores. Ujwala Sane, advertí, había desaparecido.

Rafiq Khan parecía ansioso, si pudiera decirse tal cosa de alguien tan grácil. Murmuró algo sobre el equipaje. Ramona, aturdida por la devoción, le condujo al piso de arriba.

–Aquí hay alguien que tiene muchas ganas de preguntarte por tus libros –le dijo Hilla a Alif Bey.

Él me dedicó una mirada y decidió que no era su tipo.

–Nunca hablo sobre mis libros –respondió con brusquedad.

–¡No seas malo! –apuntó Felix Rego amablemente–. Nadie te lee hoy en día.

–Todo el mundo está leyéndote a ti, supongo.

Rió con desaprobación, rascándose una oreja a modo de cultivada parodia de modestia.

–Alif Bey te matará por eso. Su envidia es patológica.

–¿Neurosis sugestiva o traumática?

Se tragó aquello con entusiasmo.

–Me gusta observar de cerca la naturaleza humana. Tengo que hacerlo, por mi tipo de trabajo.

Le lancé una mirada suspicaz, pero el hombre estaba muy serio.

El doctor Sane despegó a Lola Lavina de Alif Bey. En ese momento ella hablaba de forma entrecortada, y él tenía aquella mirada embelesada que los doctores muestran cuando no escuchan. Por las pocas palabras que capté –los adjetivos eran puramente pélvicos–, parecía estar realizando una consulta.

Alif Bey se mantenía firme, ante un whisky pequeño, y atento a Lalli, que estaba aburrida y no se esforzaba en ocultarlo.

Entonces regresó Ujwala Sane. Parecía distinta, de un modo sutil. Había una capa más densa, más peligrosa, de *Dune*. Se había dejado llevar por la sombra de ojos verde que acentuaba su mirada gris inyectada en sangre.

Su llegada sirvió de catalizador. A mi lado, Felix Rego respiró y avanzó con resolución. Alif Bey derramó su whisky. Lola Lavina detuvo su anécdota pélvica a mitad de una frase y frunció el ceño.

Ujwala Sane ignoró a todos los demás y se dirigió hacia mí, mientras la mirada expectante de Felix Rego le recorría la espalda. Con una especie de sobresalto me di cuenta de que Ujwala Sane era una presencia central en la imaginación de Felix Rego. Aparecía de forma repetitiva, la madre gata, posesiva, devoradora, rondaba por su prosa en diversos grados de desnudez. Ella era puro Rego. Casi podía escuchar cómo aparecían las palabras en el cerebro de él. *Un destello de dientes entre zarcillos negros. Una nuca tersa ofrecida en sacrificio... perdida después burlonamente cuando ella se giró, ofreciendo verdes sesgos de astucia sobre pómulos elevados. Sienes cubiertas por gotas de sudor, saladas, salvajes. Alas evasé que se ampliaban con algún aroma primitivo, levantando más la esbelta columna de la nariz. Mientras la luz esculpía la suavidad de un mohín, la pequeña boca roja se abrió húmeda...*

Felix abordó a Ujwala Sane con cautela. Les dejé en ello y me uní a Rafiq Khan, que se había replegado como una hoja enorme y permanecía de pie en medio de la habitación, con aspecto perdido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Esperar? ¿O vendrá algo para comer?

Ofrecí sándwiches, pero, al parecer, Ramona ya estaba en ello.

—La chica los traerá en media hora.

Él miró un poco temeroso a Felix, que en ese momento flirteaba con su musa.

—No eres como ellos —señaló Rafiq, que hablaba un inglés particular, revelador de una procedencia humilde—. Contigo puedo charlar, igual que con la doctora Hilla. Los otros son como mis alumnos. Todo conversación hábil. Nada de baile.

—Yo no bailo. No sé nada de baile.

—No hace falta. Si no sabes, no importa. Pero creer que sabes... está muy mal. La doctora Hilla me pidió que viniese, y vengo. Puedo aportar ritmo, uno-dos, ¡paso! *Bas*,

suficiente. Toda esta gente lee libros enormes, incluso escribe libros. Yo ni quisiera aprobé el examen final de secundaria. Sólo bailo.

—Nunca te he visto actuar en directo. Sólo en televisión.

—Pues me verás esta noche. Voy a bailar *Shiv Tandav*, el ballet clásico basado en la danza cósmica de Shiva, para la doctora Hilla, estilo jazz. No hace falta que conozcas el Shiv Tandav. Observas. Ya sabes.

—¿Hace mucho que conoces a Hilla? Es amiga de mi tía.

—¿Tu tía es la señora guapa? ¿Pelo blanco?

Seguí su mirada hasta la ventana donde Lalli permanecía de pie con Lola Lavina. Detecté irritación, más que belleza, en su postura. Pero vi a qué se refería Rafiq. Cuando está muy enfadada, Lalli se repliega tras una máscara, y puedes descubrir los hermosos planos de su rostro. Observé cómo miraba a su alrededor, supuse que para pedir auxilio.

—Otra señora muy famosa, creo. Foto en *Mid-day* la semana pasada. Cualquier día aparecerá para clase de baile, o quizás esperará a tener cinco kilos más. Pero preguntaste si conozco a la doctora Hilla mucho tiempo. Sí, pero ahora espero que por mucho más.

De modo que también Rafiq estaba aquí con una esperanza. Ramona trajo un sándwich y se lo dio con el aire de una acólita ofreciendo *aarti*, un rezo de plegaria. Rafiq le respondió con la sonrisa impersonal que va con el cargo de quien lleva la batuta en el reino de las muchachas.

—¿Tú también deseas bailar, señorita?

—¡Oh sí!

Él soltó una risita.

—Todas, todas quieren bailar —farfulló con la boca llena—. Ven a Rafiq saltando en escena y creen que es tan grande que yo también puedo hacerlo. Como el álbum *Main bhi Madonna*, de Baba Sehgal.

—No, no, ¡no quería decir eso!

—No tú, señorita. Todavía eres una niña, mi hermana más pequeña es tan mayor como tú. A tu edad, todos los chicos y chicas bailan, no hace falta aprender, el *taal*, es decir, el ritmo, está en la sangre. Pero a los cuarenta-cincuenta años están sentadas como piedras, y de repente porque está de moda me dicen ¡enséñame a bailar! No, eso es demasiado. Comer como un elefante y querer bailar como un cisne. Quiero decirles: iros a casa, mirad la tele, tened una fiestecita, dejadme en paz. Quiero parar. ¿Pero qué hacer? Es cuestión de un estómago pecador.

En el momento preciso, la voz de Ujwala flotó por la habitación.

—¡Oh, no hay nada como bailar para mantenerse en forma! Le voy a pedir a Rafiq Khan que me enseñe. Puedo aprender fácilmente en un día. Me voy corriendo arriba a ponerme las mallas... ¿y entonces cómo podrá negarse?

—¿Veis? —soltó Rafiq.

–Me moría de ganas por quedarme contigo a solas –me dijo Lola Lavina entrecortadamente–. Pero Alif es taaan posesivo.

Un observador ocasional podría haber pensado que la situación estaba del revés, ¿pero quién podría asegurarlo?

Ella miró con ansia en dirección a Alif Bey y cuando, por fin, éste se dio cuenta, le mandó un beso con los dedos. Él devolvió el gesto. Lola preguntó:

–¿Te gustaría conocerle? Te lo presentaré...

–Ya nos hemos conocido, gracias. ¿Qué es todo esto de Lola? Eras Meenal hace dos días.

Ella se rió. Rebuscó en la mochila sucia de tela vaquera que crecía sobre ella como un apéndice y encontró el inevitable paquete de tabaco. 555, observé.

Es una cuestión de género. Los hombres, sin importar lo brutos que sean, siempre preguntan antes de encender el cigarrillo. Las mujeres nunca lo hacen. Inhaló profundamente y espiró el humo con un ligero aire a dragón.

–No sabía que te iban estas cosas –replicó–. Fiestas de fin de semana y todo eso.

–¿Orgías? ¿Bailes? ¿Saturnalias? Me encantan.

–No has cambiado nada. ¿Cuándo hablarás en serio?

–Tú, por otra parte, has cambiado muy en serio. ¡Al menos lo ha hecho tu nombre!

–Oh, eso. Es lo de menos. Después de todo lo que pasé. Por supuesto Lalli te lo habrá contado todo.

–¿Todo? Lalli no cuenta.

–Me salvó la vida.

Eso apenas aportaba información. Pero Lola estaba distraída. Alif Bey, bastante borracho para entonces, fulminaba a Felix con la mirada, con malevolencia obstinada.

–Será mejor que vaya –murmuró–. Iré a tu habitación cuando él ya se haya puesto

cómodo y podremos tener una larga charla. *Ciao*.

Antes de que pudiese alegar algo, se marchó. La observé arrancarle una sonrisa a Alif Bey y hablar con él mientras lo conducía a la puerta. Desde luego lo tenía domado.

De repente me sentí sola en aquella habitación llena de gente. Como Rafiq, yo también tenía la sensación de que nadie hablaba mi idioma.

Es cierto que he estado aquí y allá y he adquirido un aspecto variopinto. ¿Qué demonios hacía ahí de todos modos?

Lalli se había escapado hacía rato. Por lo que la conocía, estaría en la terraza, mirando el mar. La idea de pasar el fin de semana con aquellos desconocidos era extraña, y estafalaria.

Me escapé despavorida a buscar al cocinero. Estaba sentado en el banco, mirando con aire taciturno por la ventana. Al oír mis pasos los ojos se le arrugaron en una sonrisa y el gesto adusto de su rostro se relajó.

—¿Quieres té?

—¡No!

—¿Entonces, café? *¿Nimbu pani*, agua con limón?

—Ni siquiera *crêpes suzette* con *cointreau*.

Se rió.

—¿Esa mujer es letal, verdad?

—¡Por favor! Tú no. Felix ya está loco por ella, si he leído bien las señales, y también Alif Bey.

—Oh, él lo superó hace tiempo.

—¿Qué?

—No importa. Hey, tengo una cosa que enseñarte.

Pero me distrajo algo junto a su codo.

Me cautivó una cacerolita de barro, exquisitamente moldeada, con una alegre asa que era perfecta para mi mano. Tenía un buen peso. Era pequeña, poco profunda, con más cuerpo que boca y un glaseado rojo intenso por el que podría matar.

Debería explicarme: no cocino, pero me encantan los cacharros. Mis bienes terrenales, aparte de los libros, consisten únicamente en utensilios errantes de piedra, madera, cristal, esmalte y aleaciones no identificadas. Tazas deformes que necesitaban ser salvadas. Tazas de gran atractivo, orgullosas, solitarias, desaparejadas de por vida, supervivientes de un divorcio prolongado del platillo y el juego.

Tarok soltó:

—¡Entonces tenía razón!

No diría sobre qué. En lugar de eso preguntó:

—¿Tomarás té conmigo? Tengo una sorpresa.

Me reí.

—Qué extraño. Invitarme a tomar té. ¡Todo lo que he hecho es comer!

—Nosotros solos, quería decir. Las masas serán alimentadas en el comedor. Podemos escaparnos, conozco un sitio especial.

—Y tienes una sorpresa.

—¿A las cinco, pues, en la terraza?

—Me siento como si estuviese en una de esas narraciones romanas sobre la gula.

—¿El banquete de Trimalcio? ¡Un reportaje irresponsable! ¡No creo que los romanos comiesen así! Pero vendía bien. Entonces, como ahora, todo salía en un reportaje.

—¿De ahí Felix Rego?

—De ahí Felix Rego, la corrupción del mundo con salsa blanca.

Lanzó una mirada furtiva al hornillo. Momento para largarme.

—No debo apartarte de la comida. ¡A las cinco, entonces!

—No, no te vayas. Pensaba que había visto una rata. Oh, ahora no hay ninguna, pero este sitio era como Hamelin cuando estaban arreglando la cocina, de forma que todavía desconfío. No dejo de ver pequeñas sombras grises yendo de un lado a otro. Viniste en busca de algo.

—Ajá. Fortaleza. En cuanto me vaya de aquí, Lola Lavina me va a contar la historia de su vida.

—Yo planeaba contarte la mía durante el té.

Palabras ligeras. Pero me causaron apuro. Las cosas iban demasiado deprisa para mí.

—Ah, aquí estás —lanzó Lola sobre mi hombro—. Lalli me dijo que te encontraría en la cocina.

A veces asesinaría a mi tía.

Lola Lavina, sentada en mi cama con las piernas cruzadas, echando humo como el Krakatoa, frunció el entrecejo con intensidad.

—Andas deprimida —soltó. Eso me hizo sentir como un patrimonio—. Oí que tuviste una época dura.

No me desahogué, de modo que ella continuó, segura de que lo haría.

—¿Perdiste tu trabajo?

—Conseguí otro.

—¿También rompiste con tu novio, verdad? La vida es asquerosa, ¿eh?

—De modo que conoces mis novedades. Ahora cuéntame las tuyas.

Se encendió otro cigarrillo.

—¿Por dónde empiezo? Ha pasado mucho tiempo. Veamos... ha sido un año, ¿no?

—Casi.

—Creo que he vivido más en este último año que en toda mi vida. Estaba casada con Guru Bhagwat, ¿lo sabías? ¿Conoces a Guru?

—Vagamente.

—Ja. Como yo. Tras cuatro años de matrimonio, descubrí de forma precisa lo vagamente que lo conocía. Todo empezó cuando su madre vino a vivir con nosotros...

Comenzaron sus desgracias. Descubrió que Guru la engañaba. Se enfrentó a él. La suegra intervino. La encerraron. Le hicieron pasar hambre. La golpearon. Le hicieron firmar documentos que no le dejaron leer. Los padres de ella no sirvieron de ayuda. Ahora estás casada, le dijeron, es una cadena perpetua.

Vivía diariamente aterrada por si la empapaban con queroseno, lanzaban una cerilla, explotaba un hornillo, veneno. Una noche él le rompió la muñeca. A la mañana siguiente, temprano, huyó. Fue a la policía. No la ayudaron, pero interpusieron una denuncia. Por suerte para ella, se había anticipado a su marido. Apareció por la *chowki*, la comisaría, justo cuando ella acababa de prestar declaración. Entonces él se descontroló, la insultó y la injurió. Justo allí, en la *chowki*, la zarandeó y tuvieron que contenerle.

Era libre. No estaba del todo a salvo, pero no tendría que volver al lugar infernal que llamaba hogar.

¿Adónde podría ir?

El trabajador social le presentó a un abogado. Él le dijo que tenía motivo suficiente para un divorcio. La ayudó a encontrar un lugar donde vivir. Era muy bueno escuchando. Ella confiaba en él. En las largas horas en las que trabajaron juntos en su caso...

—Mi terapeuta dijo que me había enamorado de él. Eso es imposible. No teníamos nada en común. No era culto. Por supuesto tenía su titulación en derecho, pero no

cultura de verdad. Era una idea extravagante. Dejé de ir a terapia después de oír aquello. No era amor en absoluto. Era la bebida.

Al parecer, cada vez que la escuchaba, la hacía beber.

—No estaba acostumbrada al alcohol. ¡Dios! Apenas había tocado la bebida en mi vida, pero me hacía beber. No a la fuerza, sino con persuasión. Para entonces, todo lo que hacía era coactivo, ¿no te das cuenta? Tenía un poder absoluto sobre mí.

Cada vez que bebía se despertaba en una habitación de hotel.

Así fue su vida durante tres meses.

No le pregunté qué hacía entre copa y copa, pero evidentemente hubo muchas copas y muchas habitaciones de hotel, y después descubrió que cada vez que se despertaba lo hacía en un hotel distinto y con un hombre diferente.

—¿Te drogaba?

—¿Con drogas? No lo sé. Pero para entonces yo ya estaba atontada, traumatizada hasta el último pedacito de cerebro. Simplemente ya no me daba cuenta de las cosas.

Sus horrores todavía no habían terminado. El abogado la encerró cuando se puso a protestar. Ella rompió la ventana del baño y escapó, sólo para ser atrapada de nuevo. Esta vez él la encadenó a la cama y la dejó allí dos días y dos noches. Al final la policía echó la puerta abajo.

—De no ser por Lalli, habría muerto.

Todavía no entendía qué tenía que ver Lalli con este relato sórdido, a menos que apareciese con la policía, pero ése no es el tipo de intervención que hace ahora. Sus días de lucha terminaron. A cada minuto me iba enfadando cada vez más con Lalli y no quería discutir con ella.

Salté cruelmente el relato de Lola acerca de lo que sucedió después. De todos modos ante todo se trataba de ginecología complicada, mejor dejárselo al doctor Sane.

—Así que ¿cuándo conociste a Alif Bey? —pregunté.

Se alisó la melena entrecana.

—¿No es guapo? —susurró—. Oh, al principio se hizo el duro, pero ahora lo tengo casi entrenado. Te contaré cómo empezó todo; nunca lo adivinarías. Empezó con *comida*.

—¿Oh?

—La comida es tan erótica, ¿verdad? Yo estaba cocinando en casa de una amiga cuando él pasó por allí. Sabía quién era, por supuesto, pero no nos conocíamos. Entró en

la cocina, y así fue. El primer olorcillo de mi arroz basmati fue suficiente para catapultarlo directamente a la cama. Al menos ahora espera hasta que estamos solos.

—¿Y por eso te cambiaste el nombre?

—Tuve que hacerlo, ¿na (no)? Caramba, he de darme prisa, Alif debe de estar hambriento y he de conseguir que se adecente para la comida.

Le di cinco minutos para despejar el pasillo y después llamé a la puerta de Lalli.

Estaba leyendo lo último de Felix Rego: *Avra Calavera, el cuerpo desaparecido*.

—Increíble —afirmó—. Es un misterio que tiene lugar en una habitación sellada. ¿Cómo desapareció el cuerpo? Nuestro Felix ha colocado un imán enorme fuera de la estancia y Avra —ella es el cadáver— lleva un brazalete de hierro. Y, zas, simplemente se evapora cuando se mueve el imán. Pensé que se habría dado con la cabeza en el techo, pero en el último momento Felix me dice que hay un ventilador. Algún giro inteligente del imán y la chica se desliza. ¡Increíble!

La fulminé con la mirada.

—Lola Lavina dice que le salvaste la vida.

Hizo caso omiso.

—Me dijiste que no la conocías.

Lalli dejó a un lado el libro con una exclamación impaciente:

—Claro que no. La he conocido esta mañana. Qué mujer tan pesada.

—¿Y dónde figuras en su relato escabroso?

—Pillé el nexa. Ellos... la policía... estaban mirándolo demasiado de cerca. Necesitaban una visión más amplia. Yo vi el patrón. Desaparecían mujeres afligidas con una regularidad asombrosa. Si presentaban una denuncia por violación o violencia doméstica desaparecían, a la mañana siguiente. Después, cuando se descubrió a algunas de ellas en burdeles, te puedes imaginar la indignación, la hipocresía farisaica del patriarcado: *¡Mira lo que les pasa a las mujeres desobedientes! Te pegamos para protegerte, te quemamos para salvarte del deshonor*. Sin duda eso me sacó de quicio.

—¿Y?

—Descubrí lo que les estaba pasando.

—¿El abogado las buscaba?

—Oh no, era peor. *Ellas* buscaban al abogado. Era todo muy hábil. No había visto nada tan sórdido en todos los años que llevo tratando con el crimen.

Me sentí asqueada y enfadada. Me sentí asqueada por la letanía de desastres de Lola,

enfadada conmigo misma por sentirme asqueada.

—¿Y de qué manera convierte eso a Lola en una mujer con fundamento? —solté—. Es una superviviente, pero, Lalli, eso no es bastante.

—¿No es bastante para que te guste, o no es bastante para Alif Bey?

—¡No me refiero a él! Se catapultó a la cama al primer olorcillo de su basmati.

—¿Te contó eso? Son tal para cual. Preséntasela a Felix. Hará un libro de ella.

—Ahora mismo está ocupado haciendo un libro de la señora Sane.

La historia de Lola me había alterado más de lo que iba a admitir. Me asombré, no por primera vez, del coraje y la resistencia de mujeres cuya inteligencia dejaba mucho que desear. No sólo sobrevivían, sino que vivían para escribirlo. De hecho el otro día leí en la tapa de un libro: *Editado por una renombrada víctima de la violencia doméstica*. Pero ¿qué tipo de bombo es ése?

Sin embargo, de nuevo, quizás la inteligencia no tenga nada que ver. Tal vez la auténtica medida de la evolución es el desafío.

Entendí la impotencia de Lola en aquella confusión de drogas y alcohol, entendí la pregunta desconcertada que debió azotarla todo el tiempo: *¿Cómo dejé que esto llegase tan lejos?*

Admiré el valor, la insensatez corajuda estilo te-escupoen-la-cara de su desafío. Admiré todo eso. Pero maldita sea si fuese a gustarme por ello.

La comida fue un asunto casero. Los manjares eran deliciosos, sin complicaciones, abundantes.

–¿Para esto hemos venido aquí, Hilla? También puedo comer *varan-bhat*, esta papilla de lentejas con arroz, en casa –comentó con dureza La Sane.

Hilla se rió.

–De este modo tendréis preparadas vuestras papilas gustativas para mañana. La cena de hoy será igual de sencilla... Y temprano... hay que ser puntuales para la actuación de Rafiq en la terraza. Mañana, y pasado mañana, ¡el cocinero será él mismo!

La Sane puso una mueca. Tarok y Felix no estaban, pero los *phulkas* calientes, aquellos panes sin levadura, suaves y esponjosos, ráfagas sedosas de aire aromático, seguían llegando como por arte de magia. Rafiq y yo comimos sentados en los escalones, dejando que las piernas nos colgasen bajo el sol. Con ese acento suyo tan particular, Rafiq dijo que la *do piyaza*, una popular receta mogola para hacer carne con cebolla, consistente en añadirla en dos ocasiones durante la preparación, era casi tan buena como la de su madre, y que, con un montón de *phulkas* para acompañarla, estaba completamente en paz. Nada de conversación. Precisamente lo que yo necesitaba después de la sobredosis de Lola. El arroz era basmati, con un olorcillo bastante fuerte, pero parecía tener un marcado efecto anti-afrodisíaco en Alif Bey. Frunció el ceño cuando Lola le instó a comer una segunda ración.

Los niños me reclamaron después de la comida. La señora Sane cree en la norma que dice que las solteras son niñeras naturales, y me los endilgó con una amplia sonrisa.

–Puedo confiar en ti para que no hagan travesuras –afirmó.

Los niños parecieron esperanzados.

–Nos aburrimos con Ramona –soltó Darshan en un arrebato de confianza–. La dejamos en la playa.

—Está muy poco dispuesta a colaborar —continuó Arpita con el tono de su madre—. La estábamos enterrando en la arena, pero se rebeló.

Eché a correr.

—¡Espera! —resopló Darshan detrás de mí—. Sólo queríamos enterrarla hasta el cuello de forma que un elefante pudiera aplastarle la cabeza, como en los libros de historia. Puedes ser el elefante, si quieres.

—¿Cómo se os ocurre un juego así? ¡Eso es para niños de cinco años! Ramona y yo vamos a subir a la torre para mirar los barcos. ¿Queréis venir?

Rescatamos a Ramona, cubierta de arena. Saltó sobre ellos como una fiera y los persiguió todo el camino de vuelta a la casa.

Subimos las pequeñas escaleras hasta el mirador de Framroze que había debajo de la veleta. Una enorme ventana en saliente se abría a la vista espectacular. Me sentí flotando, era como mirar hacia abajo desde un globo. El viejo telescopio de latón, en perfecto estado, pronto absorbió a los niños. Incluso Ramona se olvidó de lamentarse por la arena que tenía en el pelo.

Un camión subía despacio la colina.

—El señor Bajaj —supuso Ramona—. ¿Te imaginas a Chili llegando en un camión?

—¡Pensaba que el señor Bajaj tenía caballos de carreras!

—Sí. Pero creo que eso es reciente. Tal vez empezó con *tempos* —parecidos a los *autorickshaw* pero más grandes— y camiones.

Darshan chilló.

—¡Es el hielo! ¡Viene el tipo que trae el hielo! ¡Tío Tarok dijo que podríamos tomar helado!

Los niños bajaron las escaleras de madera traqueteando. Nosotras nos quedamos observando cómo Tarok aparecía por un lateral de la casa y volvía a meterse, arrastrando con un gancho un enorme bloque cubierto de serrín.

—¿Para qué necesita tanto hielo? —me pregunté distraídamente—. Hay nevera y congelador.

—Dice que no pueden usarse cuando la receta especifica «sírvese frío». Tiene que meterse en hielo. Tampoco prepara helado en el congelador, tiene un cubo para eso. Tensión *hazaar*, o sea, mucha tensión, *yaar* (colega). Está bien si no tienes nada más que hacer en la vida.

—Probablemente pondrá a los niños a darle vueltas a la mantequera. ¡Bien!

—Son unos niños horribles —afirmó Ramona con un sentimiento intenso—. ¿Qué te parece Rafiq Khan? —preguntó enseguida—. Puede bailar y todo eso, pero no es...

Sabía qué quería decir. Habíamos tenido disgustos toda la mañana, empezando por el cocinero. Nadie, al parecer, estaba preparado para ser del todo lo que esperábamos.

—Es más divertido cuando resultan ser distintos —le dije a Ramona.

Ella suspiró.

—Ahora nunca me pondré el bustier. Nunca, nunca, nunca.

—¡No entiendo por qué no! ¿Por qué no le pides que te enseñe algunos pasos y tú y los niños nos ofrecéis un espectáculo? Rafiq está aquí para bailar sin parar, no le importará.

—Pídeselo tú.

—¿Yo? ¡No tengo ninguna intención de bailar!

Soltó un sonido impaciente.

—Obvio. Quiero decir que se lo pidas por mí.

Lo hice, cuando bajamos las escaleras. El estudio, la enorme habitación espaciosa y aireada detrás de la biblioteca, estaba libre de muebles, excepto por un espejo que cubría el muro del fondo. El suelo de parquet no disimulaba su brillo. Había sido maltratado por pies bailarines con anterioridad.

Rafiq estaba completamente dispuesto a dar clase.

—Trae a los niños también. Primero observar, después aprender. Que vengan ahora, yo ensayo.

Los dos mocosos corrieron hasta la estancia.

Rafiq puso los ojos en blanco cuando se dio cuenta de que yo me iba hacia la puerta, pero me negué a dejarme convencer y salí disparada.

¡No me apetecía bailar! Sola, inadvertida, toda la tarde en una playa blanca, en la arena negra bajo la luna plateada, espolvoreando mi pelo con estrellas... ese tipo de cosas.

Había un cartel de *No molesten* en la puerta de la cocina. Alcancé a ver a Lalli y a Hilla en el patio, disfrutando de tú a tú de una taza de té. Pasaban un poco de las cuatro.

Subí a mi habitación. Necesitaba la soledad como un trago de agua fría. Sólo quería quedarme tranquila y dejar que la interminable tirantez de la conversación saliese de mi cabeza. Hojeé *El pensamiento ciclista*, pero las palabras no lograron seducirme. Me quedé tumbada boca arriba, observando el techo, a la deriva, a la deriva...

La puerta que daba a la terraza chirrió con la brisa errante. Maldita sea. Me había

olvidado de pasar el cerrojo. Desconfío de las puertas medio cerradas. Me estaba levantando para cerrarla cuando me atrajo el sonido de las voces.

Ujwala Sane y Alif Bey se estaban peleando en la terraza y yo no estaba preparada para ser testigo. Me quedé donde estaba, intentando dejar sus voces fuera, pero el característico estruendo metálico de la voz de ella echó la puerta abajo.

—¡Entonces, dime, por qué has venido! —un desafío—. Si tienes agallas, ¡dímelo!

—No voy a decir lo que quieres que diga.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Te da miedo tu novia? ¿No es del todo femenina, eh?

Se quedó callado. Cuando volvió a hablar, su voz titubeaba:

—No sabía que estarías aquí. No habría venido, de haberlo sabido. Siempre fuiste mi tormento, Mohini.

—Ese nombre estúpido. Anticuado.

—Así es como pienso en ti.

—¡Ja! Admítelo. ¿Piensas en mí?

—Muy a menudo.

—De modo que traes a esa gorda para burlarte de mí. Restregármela por la cara.

—Esa frase es horrible, Mohini.

—¡Ufff! Mohini, Mohini, Mohini, ¡estoy harta de Mohini! ¿Qué pasaría si te oyese mi marido?

—Que me oiga.

La voz de ella cambió, bajó uno o dos registros.

—Así que ése es tu plan. Por eso has venido. Quieres destrozar mi matrimonio, quieres destruir mi hogar. Quieres torturarme con mi pequeña e inocente...

—No me interesa tu vida o tu matrimonio.

—¿Ni yo? ¿Quieres que crea eso? ¿Esperas que crea eso? ¿Cuántos años han pasado? ¿Doce? ¿Quince?

—Catorce años, dos meses, cuatro días.

—¿Lo ves? No puedes superarlo. No podrás olvidarlo nunca. Ningún hombre puede. Te lo advierto. Mi marido es muy celoso.

—¿Estaría celoso de mí?

—Si supiera...

—No lo sabrá por mí. No nos conocemos, señora Sane, usted y yo.

Captara o no la tristeza en la voz de él, ella no se conmovió. Dijo en tono autoritario:

—Has caído bajo, ¿estás recogiendo *kachra* (basura) del borde del camino?

—¿Qué quieres decir?

—Esta Lola Lola. Coca Cola. ¿Qué nombre es ése? Hablo de esa Lola.

—No. Por favor.

—¿Por qué no? Todos los demás están hablando. ¿Soy la única que no debería hacerlo? Acabo de saber qué tipo de mujer es. Se lo voy a contar a Hilla. Ella todavía no lo sabe. Voy a contarle que Alif Bey, el gran escritor, pasa un fin de semana sórdido con una puta barata. ¿No es eso lo que es? *Arre*, anda, niégalo, niégalo, ¿para qué? Todo el mundo lo sabe. Cuando Hilla se entere, la echará a patadas.

—Por favor, déjalo. Lola es mi amiga, y no quiero que la insultes.

—¿La estoy insultando? No, el gran escritor se equivoca. Ella me insulta a mí. Me insulta con su presencia aquí. Hilla me insulta si permite que se quede un minuto más bajo el mismo techo que una señora respetable. Que te pidan compartir mesa con una prostituta cualquiera... Uff, ¡es demasiado!

—Sea lo que sea Lola, no es una cualquiera.

—Oh. ¿Servicio Especial? He oído cosas así. Películas porno...

—Te voy a ahogar.

—Puedo llamar a la policía. Mi tío es inspector adjunto de policía en Bandra. ¿Sabes? ¿Gudhade Patil? Hermano de mi madre.

Alif Bey se rió. De Ujwala Sane salió un quejido explosivo cuando se puso a llorar.

Al cabo de un rato le escuché murmurar algo. Que el silencio fuera la respuesta me indicó que estaba solo.

Algo de su tormento también me afectó. Mohini, la personificación de la mujer que dominaba sus libros era... *¡esto!*

Ahora la veía como el resto del mundo. Ya no iluminada por el recuerdo, luminosa y seductora, la musa obediente. ¿De dónde brotarían ahora sus palabras, hacia qué mundo viajarían sus ideas, y con qué esperanza? Estaba aniquilado.

Me pregunté, sin ser la primera vez, por las traiciones despiadadas que actúan en complicidad con el amor. Siempre demasiado reacia a la comodidad, había descubierto pronto su escoria. Libro tras libro, envidié a Alif Bey por toda una vida encaprichado de Mohini. Cada línea que había escrito lo declaraba. Y ahora, como en un drama moral representado sólo para mí, moría, ahogada en una hora ociosa de una tarde somnolienta.

Me despertó un golpe en la puerta.

Oh, Dios. Tarok. Me había olvidado. Ya no había tiempo para los capri. Me eché un poco de agua en la cara y abrí la puerta.

—¿Estabas dormida?

Marcas de la sábana en la mejilla, supuse. Me froté.

—Tu mirada está en alguna otra parte —dijo él.

Estaba a punto de soltar lo que había oído, pero me detuve justo a tiempo. Contrarresté su mirada burlona demostrando mi sorpresa de forma exigente.

Se puso rojo. Me di cuenta de que pensó que me había olvidado de nuestra cita.

Bajamos corriendo la escalera de caracol. Era la primera vez que veía la parte trasera de la casa. Corrección. La nueva parte trasera mejorada. Recordaba los dos árboles de mimbrera de mi primera visita. El suelo se inclinaba, hasta llegar a un montículo cubierto de hierba. Una corriente de perfume, picante, ácido, de la profusión de flores rosas y blancas que había delante, me aguijoneó. A través del arco de la enredadera de Rangún paseamos hasta una pequeña tarima octogonal, pavimentada con baldosas agrietadas, con arabescos desvaídos de color turquesa y oro pálido.

Sobre una mesita habían colocado té para dos.

Desde la tarima, un tramo de escalones conducía hasta un pequeño estanque redondo. Y en él, como si hubiese llegado al centro secreto de un sueño, florecía un único nenúfar color púrpura.

Había estado de pie dándole la espalda a la mesa. En aquel momento Tarok me hizo dar la vuelta. Di un grito. ¡Tuve que hacerlo! Pensaba que el estanque era la sorpresa, pero sobre la mesa descansaba el servicio de té más exquisito que había visto nunca. Me hizo arder de deseo. Habría matado a Tarok para tenerlo. Era de un delicado tono rosa oscuro, de porcelana translúcida y veteada, decorada con una profusión de florecitas pintadas en tonos crema.

Tarok se rió ante mi mirada de codicia absoluta.

—¿No es perfecto? Y ahora la máxima profanación. Bebamos de él.

Estaba en mi sueño favorito. No sabía a té. Era limón y menta y miel. Era bruma y sol. Era... té.

El sol suavizó la hierba con largas briznas doradas. Un insecto zumbaba en algún lugar. Nuestras palabras dormitaron en el silencio. Después de mucho tiempo, después de años y años, me sentía total, completamente contenta.

Empujó un plato hacia mí. Otra sorpresa.

–¡*Murukk!*

Auténtico *kai murukk*, ese aperitivo crujiente hecho con harina de arroz... seis espirales trenzadas a mano.

–Esperabas algo achatado.

–No sé qué es eso, pero esperaba algo que se desmigajase y fuese danés, o que fuese cremoso y vienés.

Me preparé para lo peor y cogí uno por cortesía. Cuando se trata de un clásico, me gusta lo auténtico. No lo que se compra en una tienda, grasiento, pesado en la lengua a causa del pinchazo mordaz de la levadura.

Sorpresa, sorpresa. Se resquebrajó con un crujido firme, se desmenuzó hasta fundirse de forma aromática en la lengua y me inundó de gula.

–¿He aprobado el examen?

–¿Tú has hecho esto?

–Me gusta ese nuevo tono de respeto. Con todo, esto es un soborno. Seis deberían bastar para retenerte aquí lo bastante como para que escuches la historia de mi vida.

Tomé uno más. Bajo su actitud frívola, estaba nervioso. El *murukk* estaba realmente bueno. Lo bastante salado, y hueco por el centro. Incluso había utilizado aceite de coco. Una delicia.

Esto no se lo había enseñado ninguna escuela de hostelería. De alguna manera se lo había sonsacado a especialistas que dirigían un esmerado negocio de bodas y *upanayanams* –las ceremonias sagradas para la iniciación de los varones brahmanes en su infancia–. Muchos los dirigían mujeres solteras, *mamis* –tías– y *paatis* –abuelas–, reliquias de un patriarcado que les permitía este único modo de ganarse la vida. Habrían sucumbido sin problemas a su encanto. A menos que le hubiese enseñado su madre. Volví a meter la pata. Pregunté.

–Mi madre no me enseñó a cocinar nada. No tenía bastante tiempo.

Esperé al filo del desastre, pero su tono de voz cambió. Una ligera animación reemplazó el dolor en su mirada.

–¿Has oído hablar de Nataraj Iyer?

¿Y quién no?

Hay quien lo recuerda con ese tópico de periódico sensacionalista, Leyenda viva, que se recicla cada diez años o así. Pero para la mayoría es sólo un nombre. Sea para una boda o una *upanayanam*, los tamiles de Bombay confían en Nataraj Iyer. Si no está

disponible, descartan la fecha. Incluso los planetas han de esperar por Nataraj Iyer. Poca gente le ha visto en realidad. *Yo* nunca. Lo que, teniendo en cuenta que crecí en un *agraharam* –un gueto donde se arremolinan varias casas– disfrazado de complejo residencial, es un poco cruel. He comido sus manjares toda mi vida.

Año tras año, en cada boda, él era el genio que invocaba la *saddi* (fiesta): no podías perderte una fiesta de Nataraj Iyer. Nadie esperaba a ser invitado. Si había *saddi*, ibas. Y si era en honor de tu peor enemigo, te quedabas de todos modos a comer y la disfrutabas. Claro que había oído hablar de él. Era parte de mis recuerdos.

Pero de eso hacía mucho tiempo.

Visité el gueto diez años después, hace poco, para asistir a una boda. La comida fue una extravagancia en tres partes de una mezclanza Palakkad-Panjabí-Chino. Todo el mundo comió de pie, de platos donde todo se amontonaba a la vez. Fue burdo, primitivo. A mi alrededor había gente que incluso utilizaba *tenedores*.

–No ha estado en activo durante algún tiempo –apunté despacio.

Tarok asintió. Jugueteó distraídamente con el último *murukk*. Se lo cogí de entre los dedos. Tenía la mirada perdida.

–Él me enseñó a hacer esto –contó–. Me enseñó todo lo que sé. Me sacó de la calle cuando tenía dieciséis años y me convirtió en cocinero. Después me despachó con una orden lacónica: «Vete y aprende todos los tipos de cocina que existen. Yo no pude hacerlo. Hazlo por mí».

–¿Y lo hiciste?

–Con algunas.

Para entonces la tetera estaba fría. La toqueteó para distraerse un poco hasta que pudo volver a confiar en su voz.

Yo había dejado de oír sus palabras mucho antes. Le estaba escuchando a él, todo lo que se decía tan de repente, que se me confiaba de una forma tan callada. Su silencio se ahogaba con palabras que tardarían toda una vida en derramarse. Rodeó mis dedos con los suyos. No había nada más que decir.

Después nos acuchilló una voz. El momento se arrugó.

–¡Hola!

Unos pasos, ligeros, rápidos, con tacones, se apresuraban hacia nosotros.

–Ésa debe de ser Chili –deduje, y me puse en pie para darle la bienvenida.

Él pareció desconcertado por la interrupción, a la deriva.

La intercepté en la enramada. Simplemente no podía soportar la idea de que alguien compartiese la mesa con nosotros.

Era como en las fotos, alta, delgada, todo ojos, hoyuelos y pelo cimbreante. Iba vestida con unos chinos color crema y una camisa negra. Tacones, por supuesto. (Las mujeres como ella *nacen* con tacones de aguja de dieciséis centímetros soldados a sus pies de bebé.) Su rostro, sin maquillaje, parecía cansado y un poco hinchado. Me gustó de inmediato.

Nuestras palabras se enredaron, riendo, y estaba a punto de llevarla a la casa cuando se quedó congelada en medio de una frase. Su sonrisa se torció, su mirada reflejó incredulidad, horrorizada. Me di la vuelta, alarmada, pero detrás de mí sólo estaba Tarok.

Ella se lanzó hacia delante, apuñalando el aire con una garra púrpura reluciente.

—¡Tú!

Y con un sollozo de furia arrojó su bolsa al suelo y corrió hacia la casa.

Tarok levantó las manos en un gesto de impotencia.

Un tornillo se apretó en mi interior, con todos los bordes de los resortes oxidados, ajustándose y ajustándose.

Él dijo:

—Mira, déjame explicar...

Le detuve encogiéndome de hombros.

—No es asunto mío —respondí, mientras empezaban a arderme los ojos.

No le habría herido más si le hubiese dado una bofetada. Y me alegré por ello.

Con una mirada intensa, se marchó, dejándome con lo que quedaba de la fiesta, la hierba áspera pinchándome en los tobillos y el crecer pausado de la tormenta que se avecinaba.

La conmoción de Chili aún rugía cuando regresé a la casa. Ramona subía y bajaba las escaleras a toda prisa llevando hielo, agua caliente, té y galletas. Lola Lavina circulaba con un bálsamo contra el dolor que apestaba hasta la estratosfera. El doctor Sane estaba de pie fuera, en el pasillo, aconsejando calma, ante todo, calma. No se veía a su esposa. Alif Bey le había llamado para hacer un lavado de estómago. Hilla, en el epicentro de este pánico, parecía que fuese a tomarse un descanso en cualquier momento.

—Allí, allí —podía oírse la voz de Felix desde la habitación de Chili—. Ahora cálmate.

Sólo mi tía, impertérrita, se quedó de pie observando la puesta de sol desde la terraza.

En medio de toda esta confusión, Chili lloraba. Sus sollozos, fuertes, espasmódicos, guturales, quedaban aliviados por algún grito aislado. Se oían ráfagas de un martilleo leve que sugerían que estaba dando patadas con sus tacones de aguja.

—Sácalo, cariño —Felix sonaba cansado—. Déjalo ir.

Con esas nuevas palabras de ánimo, Chili volvió a lanzarse. Confié en que su habitación no tuviese nada que se pudiera romper: en la mía había una modesta colección de animales salvajes de terracota.

Ramona susurró que justo antes de que llegase Hilla, Chili se había tragado unas pastillas.

—Suicidio —pronunció con tono emocionado—. Seis pastillas. ¿No es valiente?

Se me hundió el corazón.

Ahora Tarok estaba recluido en la cocina después de haber llevado a Chili a este desfiladero. Lo menos que podía hacer como redención era aguantar el lavado de estómago.

—Pero sólo eran vitaminas, ¡gracias a Dios! —finalizó Ramona.

—Eso apenas importa —dije con mi voz más gélida—. Lo que cuenta es el intento.

—¿Quieres decir que puede morirse por seis vitaminas?

—Ni hablar. Pero lo puede volver a intentar. Con algo peor.

Ramona, acongojada, se fue volando a la terraza a buscar a mi tía.

Aparté de en medio a Lola, con el comentario de que a Alif Bey le gustaría probar lo que el cocinero había preparado especialmente para él. Eso hizo que el doctor Sane también se escabuliese en dirección a la despensa. Hilla se marchó, dedicándome una mirada de pura gratitud. Felix, al descubrir que estaban todos reunidos en la cocina sin él, alzó el vuelo.

Mi inteligente, aunque maliciosa, dirección teatral, había funcionado. Ahora, muy pronto, me enteraría de lo peor.

Cogí la silla que estaba cerca de la ventana y esperé. Al final, los sollozos de Chili se acallaron. Se fue al baño y regresó con una sonrisa brillante.

—¡Cómo alivia llorar! He estado queriendo hacerlo durante una semana, ¿te lo puedes creer? Estoy tan completamente asqueada con todo el asunto. Es como decirme, ¿es real?, ¿me está pasando a mí?

—Conozco esa sensación.

—¿De veras? Sí. Supongo. Pero no puedo llorar en mi trabajo. ¡Quiero decir que no me lo permiten! Cara hinchada, ojos rojos, la toma se echa a perder, ¿y dónde estoy? Ni siquiera puedo quedarme despierta toda la noche, preocupándome, por las ojeras. He usado algo así como un kilo de patatas desde que sucedió.

—¿Patatas?

—Ya sabes. Para las ojeras.

—Oh.

—¿Qué usas tú?

—*Brinjal* —respondí con firmeza—. Unas berenjenas enormes de color púrpura.

—Claro. También son buenas. ¿Dónde está ese té?

Para entonces se había formado una película por encima, pero no pareció importarle. Vacío la taza de un solo trago y se llevó al regazo un plato lleno de galletas.

—Oh, Dios, ¡no soporto estas galletas! —se quejó, llenándose la boca de ellas.

—¿Te traigo un sándwich?

—No, no. Estoy bien. Estoy bien. Es sólo que no puedo parar de comerlas. ¿Ves? Ya se han acabado.

Así era.

—No he comido en una semana. No como es debido. Sólo ensaladas y cosas ligeras.

Simplemente no me acordaba de que tenía que comer. ¿Conoces esa sensación, cuando parece que el día continúa y continúa durante una semana y quizás se alargue por el resto de tu vida?

Sí la conocía. Estaba comenzando a sentirla también.

—De modo que cuando Hilla llamó yo estaba como diciendo, ayuda, estoy al borde de un ataque de nervios, y ella me dijo, vente y tenlo aquí. Quiero decir, es más seguro, ¿no?, con un médico cerca. Pero entonces, tienes que llamarlo destino, ¿qué otra cosa puede ser? Apenas llego ¿y qué me encuentro? ¡A él!

Ya llegaba, el derrumbamiento.

—El último tío, en serio, sin duda alguna el último tío a quien quiero encontrarme. Estoy a punto de decir, hey, hola, qué lugar tan estupendo, ¡y PUM! Tal cual.

—¡Horrible!

—¡Horrible! Es decir, ¿quién *es* él?

—Exacto.

—No, en serio. ¿Quién demonios es?

—Completamente. El polvo bajo tus pies.

—No, lo digo de verdad. ¿*Quién* es?

—El cocinero.

—¡El cocinero! *Nah*, qué va. No es ningún cocinero. Aparenta serlo. Es un disfraz. Sé quién es. Es el mensajero. Eso es lo que es. El mensajero, eso es.

Después de esta revelación, se dejó caer con gracia sobre la cama, se dio un portazo en la cara con una almohada y se quedó tan quieta que empecé a temer que se hubiera asfixiado. Pero enseguida la escuché roncar.

Salí tranquilamente a la terraza. Ramona se había ido... de vuelta a la clase de baile, aposté.

—¿Cómo va nuestro suicidio? —preguntó Lalli, un poquito cortante, pensé.

—El cocinero le ha roto el corazón.

—Tonterías.

—Le vi hacerlo.

Lalli me achicharró con una de esas miradas suyas de láser.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no debería estarlo?

–Por nada en absoluto. Nada de nada. Vamos, hagámosle frente al señor Bajaj juntas.

–¿Ha llegado?

–Hace unos minutos. No te preocupes por Chili. Vivirá.

Me crucé con Tarok por las escaleras. Nos evitamos mutuamente. Una súbita ola de tristeza me aplastó. Contuve la respiración y, a regañadientes, la solté.

–Ya conoces a la señora Bajaj –comentó Lalli.

–¿Sí?

–Lata Sandeha.

–¡Dios mío!

Y había creído que la vida no podía empeorar más.

Esto era un desastre épico.

Que te persigan por la ciudad justo hasta este refugio en el bosque... pensad en los tentáculos... incluso el cáncer tenía un alcance menor que Lata Sandeha. La profesora Lata Sandeha era mi Némesis, la mujer que había alterado el curso de mi vida con un despiadado golpe de bolígrafo.

Había estado ensayando esa larga historia para Tarok. Ahora por supuesto no se la contaría nunca. Con una falta de lógica extraordinaria, también culpé de eso a Lata Sandeha. A mi lado, Lalli permanecía curiosamente inconsciente de mi agitación.

¡Que se fuesen todos al infierno, el cocinero y absolutamente todos los demás!

–¿Por qué dijo que era el mensajero? –quise saber.

–¿Qué?

–¿Por qué dijo Chili que Tarok no era un cocinero sino un mensajero?

–Sólo estaba recelosa –respondió de inmediato—. Quemada, ya sabes.

Eso apenas era edificante.

Encontramos a Hilla agasajando a quienes acababan de llegar. Había té y una fuente de barro colmada de objetos crujientes y livianos que parecían a punto de volar.

No tenía ni idea de qué eran, ni me importó.

Hilla, como de costumbre, parecía preparada para salir corriendo. Se hicieron las presentaciones. Hilla se marchó. Lalli murmuró algo acerca de dejar a los niños esperando, y antes de que me diese cuenta, sin nada para defenderme aparte de una tetera y un plato, me quedé sola con el marido de Lata Sandeha.

El señor Bajaj no se parecía nada al monstruo que esperaba. Era un hombre alto y

curtido de cincuenta y muchos años. Brillaba con el lustre de la plata muy antigua. Había un destello apagado en todo lo que se refería a él... el pelo, el traje gris, el reloj y los muchos anillos. Sus ojos eran animadas esquiras de hielo, de un gris lechoso avivado por un destello verde. Tenía las manos grandes y nudosas. Las uñas cuidadas parecían de nácar. El dedo pálido que sostenía la taza de té me recordaba a la pinza de una langosta.

—He oído muchas cosas sobre ti —comenzó—. Soy un embajador de buena voluntad. Mi esposa está de visita en Calcuta. Ella eligió ir. No era estrictamente necesario. Me habría sentido más feliz si en lugar de eso hubiese venido aquí, y hubiese tratado de recuperar a una amiga.

¡Bueno! Un estallido de franqueza masculina. Hey, me *gustaba* aquel tipo.

—Hilla me ha contado que te interesa el Rolls Royce.

La explicación del misterio. Estaba siendo amable porque acababa de descubrir que era millonaria. Con exactamente 450 rupias y 68 *paisa*⁴ a mi nombre, ¿quién era yo para desilusionarle?

—Estaba en excelentes condiciones. El tío de Hilla era un perfeccionista. Incluso las piezas del motor estaban pulidas. ¡Y el interior! Cuero bien trabajado. ¡Precioso!

—¿Y qué hay del motor?

—Perfecto. Levantas el capó, deslizas los dedos por la maquinaria, ni rastro de polvo o mugre.

—Sí, ¿pero funcionaba?

—Como el viento. Silencioso como un gato. Con un ronroneo regular. Te lo aseguro, mi Pajero es como un camión después de ese Rolls.

—¿Condujo el Rolls?

Sonrió. Era como la puesta de sol sobre un iceberg.

—¿Te gustaría hacerlo?

—¿Gustarme qué?

—¿Te gustaría conducir el Rolls?

Se me desplomó el corazón. ¡De modo que éste era el tipo que había comprado el Silver Dawn! El postor anónimo en persona. La idea de Lata Sandeha apoltronada sobre el cuero bien trabajado me puso enferma, enferma, enferma.

—Conozco al dueño —continuó el señor Bajaj, sin haberse percatado de mis náuseas—. Un gran tipo, pero demasiado enfermo como para disfrutar de su coche nuevo. Confío

en que para cuando el coche vuelva a estar en el mercado hayas vendido tu novela y te hayas hecho millonaria.

Su mirada me produjo la incómoda sensación de que podía ver sin ambages mi libreta de ahorros.

—¿Mi novela me va a convertir en millonaria? —pregunté como una tonta.

—Por supuesto. Como dicen en la compañía MTNL: Por favor, espere. Está en cola. Serás la próxima Purnima Bidri.

Si hubiese querido enemistarse conmigo, no podría haber elegido un argumento más torpe.

—Ah, sé cómo la llamáis vosotros los jóvenes —continuó de forma astuta—. Es una señora maravillosa. Una señora muy afortunada, por supuesto, pero también tiene talento.

—¿Ha leído su libro?

—¡No! La lectura es el terreno de mi esposa. El mío es el dinero. Ah. Aquí está nuestro amigo periodista.

Apareció Felix, frunciendo el ceño ante un trozo de papel.

—No puedo creer el menú que ha preparado para la cena de mañana —estalló—. Mirad, echad un vistazo.

Con delicadeza el señor Bajaj interceptó el papel y le echó un vistazo rápido. Pareció desconcertado. Me dejó cogerlo.

—¿Es de un libro de historia? —preguntó.

Entendí a qué se refería.

Cada plato del menú tenía una fecha al lado. Tarok iba a servirnos tres milenios de glotonería del subcontinente... la fecha más temprana que vi era 1500 a. C. Con suerte tomaríamos la bebida alcohólica mítica, llamada *soma*, como entrante.

—Esto es llevar la ambición demasiado lejos —refunfuñó Felix.

Y, después de llenarse los bolsillos con las cosas ligeras del plato que el señor Bajaj no había tocado, se largó.

—¿Qué pasa con esa nueva idea de Hilla? —tronó el señor Bajaj—. ¿Quién es este extraño cocinero? Le dije, si necesitas un chef, déjame conseguirte uno. Taj, Oberoi, Ambassador, dime de qué hotel lo quieres y te conseguiré al mejor de la plantilla. Sólo tienes que decirlo. Pero la señora Driver es una dama muy resuelta. ¡Siempre ha tenido

su forma de hacerlo! ¡Y ahora ha de tener a su chef! Muy bien, tan sólo me aseguraré de que no le han tomado el pelo. ¿Cómo está la comida?

–Muy buena.

–¿Y nuestro amigo periodista va a escribir sobre ella?

–Al parecer.

–No sueñas muy entusiasmada.

Me encogí de hombros.

–No sé nada de comida –repliqué con sinceridad.

El señor Bajaj sonrió. Una sonrisa glacial que me recordó las noches heladas y las distancias imposibles de las estrellas.

–Entonces tendré que averiguarlo por mí mismo –contestó con tono agradable.

Felix todavía estaba cavilando sobre el menú cuando le encontré media hora después en la veranda, con los pies apoyados sobre una silla de hierro forjado. Arrastré otra silla y deseé que el asiento fuese un poco cómodo.

–Va a peor –se compadeció Felix–. Y sin embargo son adictivas. No parezco capaz de levantarme y buscar una silla normal. Debería robar una cuando me vaya.

–Advertiré a Hilla.

–Tarok tiene el valor de decir que la *dum pukht* –comida al vapor– sobre la que escribí la semana pasada no era auténtica. Y mira este menú.

–Volvemos al tema, ¿verdad? No podría importarme menos.

–Oh-oh. ¿Es eso?

–¿Eso?

–Eso. Lo superarás. El tipo es un estafador, de todos modos. No he oído hablar de la mitad de los platos.

–¿No es eso un mérito?

–Se supone que es un cocinero, no un inventor. Hay normas, ya sabes.

–No lo sé. Oh, el señor Bajaj me ha estado hablando de Purnima Mudbidri.

–¡La Bruja Bidri! –suspiró.

Hicimos rechinar los dientes al unísono.

La Bruja Bidri, como era conocida popularmente, era la bestia negra de cualquier escritorzuelo del país. Como el resto de nosotros, ella escribió un libro. Recibió unas

pocas reseñas incómodas. Hizo una pulcra transición desde la crítica literaria hasta la literatura erótica feminista, pero su tesis era una pura queja.

Y después, el bombazo. Su novela, *La espina de Shakuntala*, se vendió por la increíble cantidad de cuatro millones de dólares. Entonces, por supuesto, los medios de comunicación consideraron el libro en la estela de Chejov, Proust y Wolf, semana tras semana, por turnos. Naturalmente todos estábamos asqueadísimos con la Bruja Bidri. Con la misma naturalidad, Lata Sandeha la adoptó como mascota del departamento.

Para entonces Purnima se había deshecho del Mudbidri por algo con más gancho.

—Porque mi libro se publicó en el Reino Unido —explicó—. Y pensé que Mudbidri es confuso. Bidri es *mucho* más memorable.

Todo lo cual únicamente revelaba que, en el fondo, el señor Bajaj era un ingenuo y que podía contarse con que de vez en cuando metiera la pata.

Felix volvió al menú de Tarok.

—Podría matar a este tío —murmuró.

—¿Por qué no ambientas tu próximo asesinato en la cena? Podrías llamarlo *Asesinato milenario*.

—Es una idea... Hey, espera, lo tengo... almendras, ácido oxálico, arsénico...

—... insecticida, bolas de naftalina, nuez moscada.

—¿Nuez moscada?

—Rallada.

—¿De verdad? Si tú lo dices, tendré que mirarlo. Voy a poner a tu tía.

Me quedé pasmada al imaginar a Lalli adornada con ralladura de nuez moscada.

—Una presencia misteriosa, ya sabes. Distante. Mayor y tal. Una belleza despampanante en su juventud.

—A Lalli le encantaría eso.

—Sí. Sexo en *flash-back*, recuerdos. Algo en ella me atrapa. Es intensa, oye, es intensa de verdad. ¿Qué dices, Tarok? ¿Incluimos a Lalli en un asesinato?

No me había dado cuenta de que había llegado. En aquel momento recogía el menú, evitando mi mirada. Felix repitió la pregunta.

Tarok se encogió de hombros.

—En la tierra de Vishnu, ¿qué encarnación?

Entonces nuestros ojos se encontraron, y sonreímos, y estuvo bien. Browning no me

entusiasmo demasiado, pero la cita era acertada, aunque Felix no pudiese adivinarlo. Parecía desconcertado. Cuando Tarok se marchó, Felix soltó su diagnóstico:

—Un tipo religioso. En estos tiempos nunca sabes, con el movimiento nacionalista de derechas Hindutva Yuca y todo eso.

Volvimos a la cuestión importante de la nuez moscada, que Felix descartó por extravagante.

—Una nuez es suficiente para dejar fuera de combate a un adulto —le expliqué, recordando el extraño incidente que condujo a Lalli a la solución del misterio de la Bella Durmiente.

En ese momento, Lalli se unió a nosotros; pero odia hablar de sus casos, así que dejé el tema. Felix, con el aire de quien concede un honor excepcional, le anunció a Lalli que iba a protagonizar su siguiente asesinato.

A Lalli, sorprendentemente, le hizo gracia.

—¿Voy a ser la asesina o la asesinada? —indagó.

—Oh, la asesina, sin duda. Una mujer con pasado. Será en la cena de mañana. Diez personas. Aparentemente desconocidas, pero cada una de ellas ha sido invitada con un propósito concreto.

—¿*Vendetta*? —sugirió Lalli.

—Exacto. Pero nadie lo sabe. Y tú... distante, serena, todavía con trazos de belleza en los pómulos...

—Gracias.

—Sexo en *flash-back*, no te olvides —le recordé a Felix.

—No para ti —le aseguró a Lalli con voz tranquilizadora—. Otro personaje, no tú. Barres la habitación con una mirada majestuosa. Todo el mundo está sentado a la mesa, larga, rica. Cristal. Plata. Lámparas de araña. Música. Conversación. Entonces, de repente... él... tu amante, ya sabes, o quizás violador, todavía no estoy seguro... se cae, se hunde despacio en la sopa... no, mejor que sea el postre. ¿Mousse de frambuesa? Algo de frambuesa. Rojo, ya sabes. Todo el mundo cree que está sangrando. Sólo tú sabes la verdad. Sonríes. Ácido oxálico. En la sal. Actúa en segundos.

—¿Por qué iba a ponerse sal en el postre? —pregunté.

Felix hizo caso omiso frunciendo el ceño.

—Los detalles vienen después. Tan sólo capta el ambiente. Lalli irá vestida de color púrpura. Seda púrpura. Sienes de marfil. Ojos de media luna.

–¿El ácido oxálico no está un poquito anticuado? –cuestionó Lalli–. Desde luego, ¡puedo hacerlo mejor!

–No será algo desordenado, eso es lo importante –afirmó Felix con severidad–. No podemos montar un desbarajuste en la mesa durante la cena.

–¿Tendré que esforzarme?

–Oh, no. En las mías no hace falta. Lo entenderás. Dame tiempo y pensaré en algo mejor que el ácido oxálico.

Hilla apareció en la veranda. Parecía cansada.

–Creo que Hilla me está buscando –Lalli se levantó–. Gracias, Felix, estoy segura de que me convertiré en una asesina encantadora.

–Sometámoslo a votación en la cena –sugerí de forma imprudente.

El «¡No!» de Lalli fue vehemente.

–Nunca bromeo sobre un asesinato –afirmó mientras se marchaba.

–No debería haberla asustado –comentó Felix Rego, observando con cariño la figura de Lalli al retirarse y renovando mi fe en la credulidad del ser humano.

Ujwala Sane llegó paseándose, plato en mano. Estaba comiendo sándwiches.

–He pedido un tentempié y mirad lo que he conseguido... ¡Sándwiches! *Kakdi* – pepino–, sin *chatni* –salsa– siquiera. ¿Dónde está ese maldito cocinero?

El maldito cocinero se materializó. Ella le endilgó el plato.

–Toma. Tráeme algo de salsa para esto.

–¿Salsa, señora?

–Salsa. Salsa. Ketchup. Ketchup, de tomate. ¿Qué pasa, no sabes hacerlo? Viene en botella.

–Calma, calma –comentó Felix en voz baja.

Tarok cogió el plato y se marchó. Le seguí hasta la cocina.

Tiró los sándwiches a la basura. Como idea de última hora, tiró también el plato. Para continuar, yo tiré la taza de té de Bajaj y para equilibrarlo lancé una cuchara.

Nos echamos a reír, y fue imposible seguir enfadados después de eso.

–Cuéntame –pedí.

Me costó una enorme cantidad de coraje.

–¿Estás segura? Pensé que habías dicho que no era asunto tuyo.

–Acabo de convertirlo en propio.

–Oh. Entonces hálbame de Bajaj. Te puso los pelos de punta.

–¿Sí? No pasa nada, en realidad. No es él. Es su esposa. Una larga historia.

–Tengo todo el tiempo del mundo.

–Y yo.

Su mirada mantuvo la mía.

Y, por supuesto, nos interrumpieron.

–¿Cuánto tiempo se supone que tengo que esperar? –preguntó Ujwala Sane.

Privada de salsa de tomate, La Sane estuvo resentida durante la siguiente media hora. Me arrastró con ella para compadecer a «la pobre Hilla».

–¿Qué le está pasando a la pobre Hilla? ¡Es como una maldición! Esa Chili, ¿quería suicidarse? Sólo tomó vitaminas, no te preocupes, me lo ha dicho el doctor Sane, pero se me ocurre que hoy son vitaminas, y mañana matarratas. Será mejor decirle a Hilla que esconda el matarratas.

–¿Hilla tiene matarratas?

–Todas las casas viejas tienen ratas. Por supuesto ahora esta casa está renovada, pero no puedes renovar a las ratas.

Mientras digería ese dato, ella atacó de nuevo:

–¿Por qué le llevas las tazas y los platos al cocinero? Que lo haga él. Ha estafado a Hilla. Alegó ser un chef de cinco estrellas. ¿Y qué tenemos para comer? *Varan bhat*, papilla de lentejas con arroz. Ahora quizás *bhajiya*, verdura frita en mantequilla. Además está esa mujer, Lola. De verdad, ¡Hilla es demasiado inocente! ¡No sabe nada del mundo!

–¿Por qué dices eso?

–El doctor Sane está muy preocupado. Quería que nos fuésemos de inmediato. ¡De inmediato!

–¿Por qué?

–¡*Ai-la, mamma mia!* ¿Tú tampoco lo sabes? No conozco los detalles, pero su reputación no es buena.

Me indigné, y me preparé para defender a Hilla hasta la muerte.

–Esta Lola –aclaró Ujwala–. No es buena persona. No es respetable. «No permitiré que mi esposa esté bajo el mismo techo que una mujer así ni un instante», dice el doctor Sane. Basta, no te preocupes, le digo yo. ¡Siempre es así! Me trata como a una *devi*, una diosa.

Recordé la consulta imprevista del doctor Sane sobre las tribulaciones pélvicas de Lola

Lavina, pero me contuve con prudencia.

—Comparten habitación, ya sabes. *Khullam khullah*, andan juntos. Un escritor tan importante y tiene que caer tan bajo. Los hombres son unos completos idiotas. Oh, adivina qué me ha contado Felix Rego; ¡nunca lo imaginarías!

—¿Qué?

—¿Sabes de dónde viene el bailarín? ¡De Govandi! ¡De las barriadas! Te lo aseguro, esta gente *zopadpatti*, de barrios bajos...

—¿A qué hora es su actuación esta noche? —corté sin piedad.

—Diez en punto. En la terraza. Estoy muy interesada en la danza. Sólo clásica.

—¿*Kathak*? ¿Danza clásica del norte del país?

—Toda la clásica. De Madrás, sólo *Bharat Natyam*, danza clásica del sur de la India. También es bastante buena. También la conozco. Lo capto muy rápido. En mi instituto, era la chica más popular en todas las categorías: atletismo, hockey, danza, canto, tenis, imitación...

Y ante mis asombrados ojos se puso a hacer una perfecta imitación de Felix Rego.

Fui a ver a Chili antes de la cena. Estaba sentada en la cama, como si estuviese grogui.

—Me he quedado dormida —farfulló—. ¿Crees que a Hilla le importará si me quedo durmiendo hasta mañana?

—Claro que no. Necesitas ese sueño. ¿Voy a buscarte algo de comer?

—No, tengo una especie de náusea. Cuando pienso en la comida.

Lola se asomó.

—Hola, te traigo algo de fruta.

—Gracias.

Chili, despierta para sus deberes como anfitriona, nos lanzó un par de cojines y nos indicó las sillas en las que sentarnos.

—Adivinad lo que me pasó —comenzó.

Me estremecí. La pobre criatura probablemente pensó que deambulábamos delante de su puerta, ávidas por conseguir detalles. En el momento justo, Ramona entró. Estupendo. Sólo faltaba La Sane para completar la fiesta del pijama.

Chili gesticuló con la mano de modo grandilocuente, acomodando a las masas.

Ramona se instaló en la alfombra, con las piernas cruzadas, la animosidad había desaparecido gracias al torrente de adulación.

–Iba a contarles lo que pasó –le dijo Chili a Ramona.

–Rompisteis.

–Sí. Fui yo. Le dije que se había terminado.

Ramona chilló:

–¿*Tú* rompiste? ¿Entonces por qué estabas tan disgustada?

Me sentí un vejestorio, doblegada por el peso de treinta y tres años de experiencia. Lola y yo intercambiamos miradas fraternales.

Chili se encogió de hombros.

–Está casado. Simplemente lo descubrí –se giró hacia mí de forma feroz–. Y él es quien me lo contó, ¿de acuerdo? Vuestro cocinero. Así es como lo descubrí. Le odio. Al cabo de seis meses lo descubrí. No puedo creer que haya terminado.

–Lo ha hecho –dijimos Lola y yo al mismo tiempo.

Chili nos miró sorprendida.

–Siempre hay esperanza –continuó.

Como si al decir esperanza dijese divorcio.

–No te lo crees –afirmó Hilla desde la puerta.

–Tiene niños, naturalmente.

–Y esos niños crecerán. Pronto serán adolescentes. No se les puede perturbar a una edad tan delicada. Después viene el instituto. Luego las carreras. Al final habrán crecido, pero entonces será el turno de la esposa. Menopausia. Cáncer. Un hombre tiene que quedarse. Y cuando haya pasado por todo eso, llega la vejez. ¿Qué clase de canalla se deshace de una esposa a los setenta? Y por si no te habías dado cuenta, *él también* tiene setenta, y una trombosis o un derrame que hace juego con la artritis de ella. De modo que, ¿cuánta cuerda te da la esperanza, Chili?

–Oh, pero me siento tan mal –lloró Chili.

Lola rodeó a Chili con el brazo y se quedó así. Para entonces Ramona también lloraba, y Hilla y yo nos la llevamos a la terraza, donde Lalli estaba de pie mirando las olas.

La cena del día siguiente tenía preocupada a Hilla. Pero su preocupación era por Chili, no por el menú.

–La fiesta es por Ramona –explicó–. Confío en que Chili esté bien para entonces.

–Chili estará todo lo bien que va a estar en mucho, mucho tiempo –contestó Lalli.

No hubiera esperado ese pesimismo en mi tía. Se encogió de hombros ante mi

incredulidad.

–¿Se supera el dolor alguna vez? Se sobrevive. Oh, sí, se sobrevive a todo. Incluso... por increíble que parezca... al señor Bajaj. Aquí viene. ¡Hilla, corramos!

Y, con descaro, ambas se marcharon a toda prisa.

Ramona se sonó la nariz y se fue a arreglar los faroles para la danza.

Una vez más me quedé sola con el señor Bajaj.

Me contó que había estado visitando al cocinero.

–Espero que no tengas apetito –comentó–. Este cocinero famoso nos va a dar para cenar... ¡*khichidi*: arroz y potaje de lentejas!

–Estoy segura de que estará delicioso –afirmé.

Esbozó su sonrisa de orca y se largó.

Casi me alegré de ver a Lola. Chili, contó, se había vuelto a quedar dormida. Lola parecía trastornada. Buscaba a Alif. No estaba en la habitación. No había sido él mismo en todo el día, comentó.

Traté de no parecer culpable. Escuchar a escondidas se estaba convirtiendo en algo más incómodo de lo que pensaba. Los secretos estaban empezando a oprimirme. No pude decir nada para tranquilizar a Lola. Se marchó paseando, desconsolada.

Me escapé a mi cuarto, buscando un espacio de soledad que me reanimase. Estaba completamente en calma. Cogí *El pensamiento ciclista* y empecé a leer. La cadencia de las risas de los niños llegó desde el jardín. Sonó un trueno como un tambor lejano, impaciente, expectante. Al tiempo, la vida presentaba una certeza de alegría. Luché contra las ganas de apresurarme y salir corriendo hacia el mar, y no sólo eso, no sólo.

El mar bramaba. Su queja encerraba ira.

Los niños se habían metido en casa.

Un viento cortante hinchaba las cortinas. Confié en que no lloviese hasta después del baile. Me encantaba la calma amenazante de una tormenta que se aproxima, el augurio de las nubes que encapotan el cielo, el crepitar en el aire, la luz débil, la repentina contracción del corazón que predice el momento incendiario. Anhelaba aquello, el relámpago como la trama de *zari* (la tela de *sari* bordada con hilo de plata auténtica recubierta de oro) en un cielo tenso; la congoja del llanto repentino del pájaro *koel*.

Un morado cálido iluminaba el oeste, espesándose de modo sutil. Apagué la lámpara y entró la noche. Pronto habría estrellas.

Pasos.

Pasos rápidos, enfadados, en la terraza.

No me iba a ver obligada a escuchar de nuevo a escondidas. Busqué el interruptor y justo entonces Alif Bey dijo:

—Pensé que te había dicho que me dejases solo.

Su voz me heló. Contenía un aterrador grado de odio.

—Es hora de cenar —ahora Lola—. Hilla esperará que bajemos.

—No hay nosotros. Pensaba que te lo había dejado claro en estos últimos diez minutos. Baja tú si quieres. Yo haré lo que me plazca.

—¿Podemos ser civilizados en esto, por favor? ¿Podemos posponerlo hasta que volvamos?

—¿Volver adónde? ¿No me entiendes? No vas a volver a mi casa. Haré que te manden tus cosas. Se terminó, Lola. *Finito*. No quiero volver a verte.

Ella se rió. Aquello era peor que su voz.

Contestó:

—¿Por qué no lo decidimos el lunes?

No lo estaba asimilando. Se había emborrachado con el poder de su basmati. Y estaba aplicando el principio de psicología popular que dice que para enfadarse hacen falta dos.

—¿Qué pasa contigo, mujer? —rugió Alif Bey—. ¿No captas el mensaje?

Se produjo un sonido apresurado, un grito apagado y un ruido sordo.

El corazón me latió con fuerza. Deseé estar muerta, en el espacio exterior, en cualquier parte menos encerrada en aquella habitación escuchando sin ver un momento espantoso de intimidad.

Fuera había un silencio sepulcral.

Esperé. El terror era insoportable. Abrí la puerta tan silenciosamente como pude.

La terraza estaba vacía.

Volví a entrar con sigilo en mi habitación, encendí la luz y me senté agarrotada en una silla con respaldo recto, esperando Dios sabe qué.

Bajé a cenar a las nueve y media, confiando en que todo el mundo habría terminado de comer. Iba a ser un *buffet*, uno rápido. Pero no, estaban todos allí. Para mi vergüenza, también estaba Lola. Iba vestida con una camisa negra ajustada y pantalones a juego, salpicados con una especie de cuentas brillantes. Había hecho algo sinuoso con la sombra de ojos y se había pintado los labios de un coral intenso para que conjuntase con el brillo sedoso del pañuelo que había lanzado con garbo sobre un hombro. Los *mojdis*, los mocasines, habían desaparecido. Llevaba zapatos de tiras cubiertas de lentejuelas y tacones plateados, de 450 rupias en Linking Road. Los pendientes eran extraordinarios, esculturas de alambre de color negro y amarillo, móviles diminutos de Alexander Calder.

Alif Bey también estaba allí, más borracho a cada minuto.

Lola me saludó agitando los dedos y se giró alegremente para seguir escuchando al señor Bajaj, que inspeccionaba el escote de ella y no decía nada en absoluto.

Todo el mundo se arremolinaba alrededor de un caldero humeante que había en un extremo de la habitación. Alcancé a ver a Felix a través de un remolino azul de humo, removiendo el caldero como una bruja de Macbeth.

El *khichidi* que había pronosticado el señor Bajaj terminó siendo *mahabhog*, una mezcla fundida y especiada de arroz, *dal* –potaje de lentejas–, calabaza, patata, coliflor, cubierta por rodajas grandes de berenjena frita. Consistente, picante, dulce, cauterizaba la boca con el escalofrío del clavo y la hoja de laurel, y lo picante del jengibre. Estaba exquisito.

La habitación rebosaba calor. Tarok entró tambaleándose bajo el peso de otro caldero que contenía un recipiente menor en un nido de hielo. El contrapunto: cuajadas y arroz, cada grano se abandonaba en un cúmulo cremoso. Aparentemente soso, hasta que los fósforos en forma de granos de mostaza encendían bengalas de azufre en la lengua.

Afilado con asafétida, animado con jengibre, fresco con un toque salado de hoja de curry. Perfecto.

Tarok sirvió la comida al modo tradicional, en fuentes de hoja; su forma moldeada era una pequeña concesión a la modernidad.

—¿Dónde estabas? Estaba empezando a preocuparme —frunció el ceño mientras me pasaba mi cornucopia—. Éste es el tipo de comida que me encanta. ¡No hay que fregar!

Respondí algo, pero no me estaba escuchando. Miraba fijamente a Lola y al señor Bajaj.

—¿Es amiga tuya? —preguntó con indiferencia.

—Sí.

El día anterior habría dudado.

—Él no es un tipo agradable. Quizás deberías decírselo.

—Ella está entre la espada y la pared —contesté.

Alif Bey se entrometió en aquel momento. Intentó llevarse a Lola. Hilla intervino con rapidez, para salvar la situación. Les observé mientras se alejaban.

Ujwala Sane se contoneó hasta el señor Bajaj.

Tarok aguantó la respiración de pronto. Continuaba observando al señor Bajaj.

—¿Por qué dijo Chili que eras el mensajero? —espeté antes de poder contenerme.

—¿Chili dijo eso? ¡Qué raro! Fui el mensajero en su caso. Ya sabes, fui quien dio las malas noticias. Le dije que su novio estaba casado.

—¡Ay! Con todo, es una forma extraña de decirlo.

—Confiemos en que no sea un augurio. Ya sabes lo que les pasa a los mensajeros.

Me reí, pero con inquietud.

De nuevo me encontré con el señor Bajaj. Me pregunté ligeramente si me estaría persiguiendo, y con qué posible intención. No es un tipo agradable, había dicho Tarok... ¿cómo lo sabía?

—Era muy amigo de Jimmy Driver —comenzó el señor Bajaj sin sutileza—. Su esposa es responsabilidad mía.

Aquello me indignó. Sin que se percatase.

—¡Y ahora la encuentro en este torbellino alocado de cocineros y bailarines! Nos prometieron un cocinero gourmet, ¿y qué tenemos? ¡*Khichidi*! Ahora nos han prometido Shiv Tandav estilo jazz. ¿Me puedes decir qué podemos esperar? Pensaba que el jazz era música, y ahora resulta ser baile.

»¡Señora Sane! –llamó–. Por favor, cuéntenos qué es eso del *tandav* al estilo jazz.

Ujwala Sane, con un plato de hoja humeante en la mano, se encogió de hombros de modo nada prudente. Un poco de *mahabhog* salpicó un muslo regordete y brillante. Iba vestida de forma temeraria, con falda negra ajustada y una blusa rosa ceñida, y arrastraba una estola plateada de flecos. El señor Bajaj repitió la pregunta y Ujwala volvió a encogerse de hombros, manchándose la estola.

–No es posible –respondió con serenidad–. El Shiv Tandav sólo es posible al estilo Kathak.

–¡Ahí está!, ¿te das cuenta? Le he preguntado a Ujwala porque es una autoridad en danza –sonrió el señor Bajaj–. Deberías hablar con Hilla, Ujwala. Explicarle eso. Shiv Tandav, como dices, es Kathak, no jazz.

–Lo que digo...

La voz de Ujwala Sane se elevó una octava. El murmullo de las conversaciones se replegó respetuosamente. Había conseguido una audiencia.

–Lo que digo es que, ¿cómo un hombre llamado Rafiq Khan puede saber sobre el Shiv Tandav? Es musulmán, ¿no? ¿Cómo lo puede entender? El significado del Shiv Tandav es muy profundo. Hilla está muy equivocada por hacerle bailar Shiv Tandav cuando él sólo baila a lo Michael Jackson. Es un insulto a los hindúes.

Me reí.

El sonido de mi risa me asustó. Era despectivo, burlón, socarrón. Fuerte. Me asustó, pero alivió a quienes tenían el rostro en tensión ante el arranque de Ujwala. La gente sonrió y se dio la vuelta. El señor Bajaj se largó, abandonando a su autoridad en danza. El doctor Sane miró a su esposa como si quisiera matarla. Alif Bey, que estaba que trinaba pero mudo, se sirvió otra copa.

–¿Qué es eso tan divertido? –me preguntó Ujwala–. Me han educado de forma muy diferente a la tuya. Procedo de una buena familia. Muy conocida, muy respetable, muy ortodoxa. En la casa sin baño de mi madre no podíamos entrar en la cocina. Eso se mantiene hasta la fecha.

–¿De modo que no verás la actuación?

Se encogió de hombros con malhumor y se marchó para volver a llenarse el plato.

–La querida Ujwala –me susurró Hilla al oído–. Estoy esperando ver su cara cuando Rafiq aparezca con una correa de piel de ciervo.

A las diez subimos en tropel. Nuestras voces se acallaron mientras nos acercábamos a

la terraza. El aire era incisivo, un escalofrío que mordía más allá de la plomiza oleada de la tormenta inminente. Estaba muy oscuro, la luna se había perdido en un relleno de nube gruesa. El mar bramaba como una bestia encadenada.

La terraza estaba iluminada con faroles que se tambaleaban en un hilo de tender. Otros cuatro estaban colocados en el suelo como candilejas.

Ramona, como maestra de ceremonias, nos condujo con gravedad hasta nuestros asientos. Las sillas estaban bien dispuestas al amparo del saliente del tejado, lo que dejaba como escenario la amplia zona pavimentada. Mi silla estaba colocada cómodamente contra el impermeable de emergencia de Hilla, un montón de lona plegada. El parpadeo naranja de los faroles echaba chispas débiles que contrastaban con la oscuridad ahumada, y me pregunté lo visible que sería el *tandav* de Rafiq.

Ramona se desplazó hasta el otro lado de las candilejas y requirió nuestra amable atención, las damas y los caballeros aplaudimos y vitoreamos, y comenzó el espectáculo. Balbució unas cuantas palabras vacilantes sacadas de la explicación de Rafiq acerca del baile, y nos dejó completamente desconcertados.

Ujwala Sane se rió.

Todo el mundo aplaudió con determinación y Ramona se escapó a la oscuridad.

Un leve sonido de tambor a lo lejos. Un paso vacilante. Otro. Y otro más. Cada uno de ellos definido por un carillón débil de campanas. No las notas enjoradas de las ajorcas de un bailarín sino un repique sordo, grave, reverberante.

El tambor cambió de ritmo. Ahora era más alto, más fuerte, con ráfagas de estacatos breves, siempre cortando un crescendo. Los pasos se hacían eco del ritmo. Más rápido, más rápido.

Y después, con una explosión veloz de golpecitos y repiques, Rafiq resplandeció ante nosotros.

En un momento, nada excepto la noche negra, monótona, pesada, inanimada. Al siguiente, una columna de fuego girando hacia arriba desde el vacío.

Rafiq subió desde la escalera en espiral en una rápida pirueta; algo desdibujado, rojo y dorado, creció con resplandor cuando entró en el círculo de luz.

Los niños chillaron, asustados.

La figura fastuosa se mostró, detuvo su giro loco y se quedó completamente quieta, dándonos tiempo para asimilar aquella quietud, aquel silencio.

La postura de Rafiq, inmóvil como una roca, ponía de relieve su magnífico torso.

Llevaba... no, como había pronosticado Hilla, una correa de piel de ciervo... sino una malla de tejido dorado con toques rojos. Bajo el tejido encendido sus músculos parecían fluir mientras se apretaban y tensaban en una contención tirante de fuerza.

La inclinación heroica de sus hombros había empujado la cabeza hasta la más profunda de las sombras. Ofrecía la impresión asombrosa de un hombre decapitado. Mientras observábamos, su pecho se hinchó y las costillas dejaron de moverse. Por debajo de un arco generoso la caverna de su vientre se volvió más profunda y comenzó a temblar. Era una sacudida sísmica, saltarina, que inflamaba un músculo tras otro de su cuerpo inmóvil. Los pilares de sus piernas se tensaron cuando se alzó sobre las puntas de los pies, sin alterar la postura, conteniendo aún la respiración, únicamente animado por la convulsión en el interior de su caparazón encendido. Más alto, más alto, hasta que pareció levitar, medio absorbido por la oscuridad mientras se tensaba y fluía y latía sin moverse.

Un susurro leve crecía a su alrededor, aumentando en voces, en volumen, hasta que sonó como un millón de hojas. Él era un árbol sacudido por la tormenta interior. (Entonces me percaté de que su *ghungroo*, esa ajorca que llevan los bailarines, no era la habitual cadena ancha con cascabeles, sino algo mucho más modesto.) El sonido llegó a su apogeo. Sin cabeza, refulgió en la noche.

Fue volcánico, fue espectacular, y justo cuando parecía que sus hombros en tensión reventarían la piel brillante, sus brazos acuchillaron el aire formando enormes arcos de fuego mientras sus manos desaparecían en la oscuridad. En aquel instante el repiqueteo alegre del *dumroo* —el pequeño tambor que es parte de la iconografía de Shiva— gritó su anuncio:

¡Mirad, aquí estoy! ¡He llegado!

Rafiq inició una pirueta de una forma tan rápida y vertiginosa que hizo que él se convirtiese en algo borroso que brilló de modo intermitente en las débiles zonas de luz. Del mismo modo abrupto se detuvo, increíblemente suspendido en el aire como el dios de la danza, Nataraja, elegante, fluido, contenido en la geometría minuciosa de una figura Chola de bronce.

¿Estaba Rafiq bailando un recuerdo? ¿El antiguo recuerdo universal del lenguaje del cuerpo? Su rostro era una máscara. Las extremidades, el tronco, la espalda sinuosa, eran sensibles, eran su expresión.

Como cabía esperar, la música que había escogido era una canción popular en los

recitales de danza Bharata Natyam. Altas, etéreas, refinadas, las notas de la secuencia de notas estilo Vasanta se alzaron de modo expansivo. Me sentía completamente hechizada por la facilidad con que el garbo del *raagam* –la secuencia de notas– se apropió del paso fantástico del jazz. Las poses heroicas del estilo aportaron a la letra un nuevo capricho, y me encontré atrapada por el matiz de cada palabra mientras seguía el baile:

*Danzaba en los salones de oro
con gran sofisticación
Danzaba el significado de la alegría
En el recuerdo, en la antigüedad
en el lejano norte, en Kailas,
Les prometió a los sabios
Prometió este baile
No les falló
Vino aquí a Tillai
En primavera, en el reinado de Júpiter
Con la luz de la mañana
Bailó el significado de la alegría...*

Sí, era el recuerdo el que bailaba, la exuberancia del recuerdo de un instante de alegría. Su pelo salvaje era una catarata. En el temblor de un destello, el Ganges roció el aire. Sus hombros formaron una serpiente: desde la punta del dedo de la mano hasta la punta del dedo del pie, toda su extensión se convirtió en un estremecimiento sinuoso. Su cuello se elevó como el de una cobra, y el círculo lento que dibujaba con la cabeza describía el alcance de la capucha de la serpiente.

Después todo... río, luna, serpiente... todo se apartó con un salto de ballet que pareció abarcar la galaxia.

Regresó, con los pies firmes sobre el suelo mientras la música se deslizaba hacia un ritmo más lento, más grave, el timbre, resonante como una amenaza, se hundía. Volvió a replegarse en un tenso pilar de energía. Desde la completa rigidez, como de tabla, de pronto se volvió elástico, pasando de una pose escultural a otra. Era como observar a alguien hacer muy rápido las *asanas* de yoga más desafiantes. Era aterrador, desafiaba

los límites de la flexibilidad. Se erizó de forma agresiva. Con cada postura geométrica rígida, se volvía más amenazador.

La música se volvió innecesaria, y motu proprio, paró, eclipsada por los truenos. La luz desgarró el cielo. Nos encogimos de miedo contra la pared. Los faroles se apagaron, excepto uno que producía sombras increíbles, balanceándose de forma desenfrenada con el viento, rayando la lluvia como un tigre.

La luna se había abierto paso por entre las nubes, imponiendo una extraña luz plomiza, que erizaba la piel con la lluvia relumbrante.

Rafiq bailó como si las gotas de lluvia fuesen estoques. Resistió, se deslizó, esquivó. En ese momento no faltaba el sonido. El mar, los árboles mojados, la lluvia incesante, eran los elementos del baile. Él era una sombra entre otras sombras atrapadas y sacudidas por la tormenta.

La lluvia amainó. El baile fue aminorando hasta que se acompasó con el goteo rezongón de las nubes. Pesadamente, arrastrándose como la nieve medio derretida, como el barro, la danza se detuvo.

Con un suspiro, que es el homenaje supremo al arte, volvimos a la vida. Se produjo un aplauso vacilante. Nos giramos los unos hacia los otros, avergonzados, aliviados al encontrar a nuestros vecinos tal y como estaban antes de la desnudez de la hora pasada. Nos pusimos las máscaras y los disfraces, dibujamos nuestras sonrisas, revueltos.

Ramona se adelantó con un objeto largo y blanco que colocó alrededor del cuello de Rafiq. Por un momento disparatado pensé que era una guirnalda, pero sólo era una toalla. Rafiq caminó por entre las candilejas y nos miró con intensidad. Sus ojos buscaron al cocinero.

—Ahora, como —anunció alegremente.

Había planeado bajar a la cocina y ayudar a Tarok a limpiar después de su cena tardía, pero mientras daba traspiés para entrar en la casa, apenas me acordé. Todo el mundo se arremolinaba alrededor de la escalera. Rafiq había desaparecido. Estalló un murmullo confuso de conversación. Sobre todo, hablaban del tiempo. Era casi como si el baile fuese un tema sobre el que habían conspirado con el fin de evitar. Lalli se había ido a pasear. Pude imaginar la irritación que sentiría ante sus sandeces.

Me sentí coaccionada. Ya había dejado atrás mi habitación cuando me di cuenta. Liberándome de aquel gruñido de comentarios y risas, regresé al pasillo.

El *tandav* me había dejado en un estado extraño, demasiado cargada tanto para tener compañía como para dormir. La iluminación tenue del pasillo era balsámica. El corredor vacío, ahora con las cortinas de lluvia, era un lugar seguro y privado en el que estar. Tropecé al hacer una *pradakshina*, es decir, al caminar en círculo por la casa, recelosa por aquellos Budas espantosos que surgían de vez en cuando. Me detuve un momento, intentando escuchar el murmullo del mar, intentando ver más allá de la tormenta de pensamientos desplegados que giraban en mi mente como demonios de polvo.

Por lo general, camino cuando estoy inquieta, y en aquel momento caminé hasta que me dolieron las piernas. Me pregunté débilmente dónde se habrían ido los demás. Al menos unos cuantos deberían haber pasado por mi lado, en busca de sueño o soledad, pero no apareció nadie. Era probable que estuviesen en el comedor, mordisqueando sándwiches. Increíble, la cantidad de comida que podían engullir.

Debí de haber estado caminando una buena media hora cuando estallaron las voces.

Alif Bey bramaba, rugía, subía las escaleras embravecido. Parecía llevar algo a rastras detrás de él.

Para mi horror absoluto, era Lola.

Gimoteó al luchar por liberarse y se lanzó contra la pared. Pronto quedaron atrapados en una pelea violenta, marionetas negras en una representación de odio en las sombras. Él gritaba todo el tiempo, palabras repugnantes mezcladas con sonidos animales.

—¡Tú y tus zapatos baratos!

Del resto de la casa emanaba un silencio atónico.

Él volvió a decirlo, de forma provocadora. Ella se lanzó hacia él y le golpeó la cabeza con los zapatos, los tacones plateados brillaron mientras le pegaba una y otra vez, hasta que él se apartó con un aullido de furia. Pasó por mi lado dando traspiés, incoherente por la ira.

Me pregunté si debería acercarme a Lola, pero decidí que sólo la pondría en una situación embarazosa. Me fui en silencio a mi habitación.

La noche planeó pesada y opresiva. La habitación latía brumosa por el calor que se había asentado de repente. Abrí la puerta de la terraza. Eso me alivió un poco. Me senté en la ventana, sin contar siquiera con la compañía del viento.

Al final me sentí cansada y caí en la cama.

Me desperté sobresaltada, segura de que me observaban.

Era la luna, una presencia plomiza en la ventana. La queja del mar se había acelerado hasta convertirse en presagio. Todo parecía golpear con el ritmo del *tandav*. La torsión de la luz de la luna extendió su faro por las nubes que giraban. El mar agitado brincaba y se elevaba. Todo el aire parecía acumularse por el capricho del bailarín invisible y sus pies ocultos.

El día pasado perdió su significado, como también lo hicieron las horas que estaban por venir.

Después, todo se dispersó, todo se apaciguó con la risa de una mujer.

Una risa lasciva, burlona, íntima.

La contestó, como sucedía desde el principio de los tiempos, un serio murmullo masculino.

Dos personas pasaron por la terraza con pasos ligeros y veloces.

Había dejado de llover.

Se detuvieron. Estaban muy cerca de mi habitación. La puerta se había cerrado, golpeada por el viento. Del mismo modo podría volver a abrirse.

Ella se volvió a reír, esta vez imperiosamente.

Era Lola.

Dijo:

—No.

La voz del hombre se elevó y bajó, conciliando, exculpando, acariciando. Las palabras sumidas en la emoción.

De nuevo Lola:

—No —bruscamente, con un cerco de autoridad.

El hombre se rió.

Sus voces iban y venían en murmullos mientras se alejaban de la puerta. Una tos, reprimida con rapidez. Probablemente de Lola. Y después, el silencio.

Me sentía como en un torbellino de culpabilidad. Al día siguiente le pediría a Hilla que me diese cualquier otra habitación, me conformaría incluso con la cocina. En especial, la cocina. Estaba harta de vivir en esta lavandería donde ninguna de las prendas que se ventilaban era mía.

¿Por qué querrían Alif Bey y Lola entrar en mi ámbito con un poco de preámbulo verbal? ¡Qué pareja tan pesada! ¡Escuchadles!, después de estar a punto de matarse en las escaleras una hora antes. Hay bastante sexo para mantener al planeta girando.

De alguna manera el entreacto apaciguó mi miedo. Las cosas volvían a su perspectiva banal. Pero no podía dormir.

Eran poco más de las dos. Regresé a la ventana y me acurruqué en el alféizar ancho y fresco, mirando el mar. Entonces debí de quedarme dormida, porque mi reloj decía que pasaba de la media cuando me desperté, entumecida y dolorida, todavía en postura fetal en el alféizar.

Debía de estar soñando aún, porque cuando miré a la noche profunda, una figura oscura se despegó de las sombras y atravesó el trecho iluminado por la luna. Antes de que pudiese preguntarme quién era, había desaparecido.

Necesitaba dormir. Mientras me arrastraba hasta la cama, volví a escuchar pasos... pasos lentos y pesados... que cruzaban la terraza encaminándose hacia mi habitación. Contuve la respiración. Los pasos se detuvieron justo ante la puerta. Alguien la empujó suavemente para abrirla. Me encogí de miedo, temblando. Entonces la cerró, con cuidado, pero de forma efectiva.

Los pasos se alejaron. El intruso se había marchado.

Cavé con profundidad en las sábanas y me quedé tumbada, bien despierta hasta el amanecer.

Con la primera luz, como esperaba que hiciese, Lalli salió a la terraza a contemplar el mar. Me uní a ella en silencio y me quedé allí hasta que volví a sentirme en paz. No sé cómo, pero siempre consigue hacerme sentir así.

Lo descubrí de forma bastante accidental una tarde algunos meses antes. Todavía estaba poniendo orden en mi vida revuelta. Sin trabajo, sin amor, sin dinero y, cada vez más segura de ello, tristemente, también sin habilidad. Nada de lo que escribía se leía bien.

Estaba... bueno, os hacéis una idea.

Daba tumbos por la casa sin sosiego. Lalli, como solía hacer a esas horas, estaba leyendo en el sofá beige. No sé qué hizo que me sentase. Ella no levantó la mirada de su libro en ningún momento. No dijo ni una palabra. Pero al cabo de un rato la tormenta se había apaciguado en mi interior. Caray, todavía quedaban muchas cosas por las que vivir.

Esa mañana no le hablé de mi aventura nocturna... o más bien, la de Lola y Alif Bey. Lalli habría adoptado una actitud de ligera censura. Incluso podría haberme encontrado

lasciva. Insiste mucho en la privacidad en lo que se refiere a las relaciones. De modo que me callé.

En casa ambas tendríamos en la mano una taza de café caliente a esta hora. Era demasiado temprano para esperar al cocinero. Me dolía la cabeza, y también, de modo inexplicable, el corazón.

Bajo la estela pálida de la mañana, la terraza parecía un escenario improbable para un *tandav*. Quizás lo había imaginado todo, las luces parpadeantes, el baile intenso de la naturaleza. Sin duda, la inquietud que sentía, la insatisfacción enojada que picaba como un sarpullido, era el resultado de una pesadilla larga y complicada.

—Serán un grupo agitado esta mañana —comentó Lalli—. El *tandav* de Rafiq puede haber dado rienda suelta a algo más de lo que él esperaba.

Era un grupo contrariado el que se reunió para el desayuno. La lluvia había cesado, pero no había nada alegre en el ambiente, mientras las nubes se cernían a baja altura como franela gris empapada. Hilla estaba muy nerviosa porque era el día en que Tulsabai limpiaba y hacía la colada, y su hijo había llamado para decir que estaba acostada con fiebre.

Las disposiciones domésticas en Ardeshir Villa habían sido un tanto misteriosas hasta el momento. Parecía que el sitio se adecentaba solo. Entonces me enteré de que Tulsabai, el tesoro de Framroze, había limpiado la casa el jueves y les había dado a los invitados de Hilla cuarenta y ocho horas para que destrozasen el lugar antes de volver. Hilla contó que vivía cerca de la estación de Malad, a unos ocho kilómetros. Ésa parecía ser la distancia media para todos los contactos humanos de Framroze, la medida real de la longitud de su brazo. La única compañía que toleró fue la del mar.

Cuando Tulsa se declaró enferma, Hilla tuvo el plan loco de mandarnos a todos de picnic mientras ella fregaba y restregaba para tenerlo todo a punto para la cena de Ramona. La hice callar a gritos. La casa estaba reluciente, todavía no habíamos causado tanto destrozo. El comedor podía acicalarse con facilidad para la tarde. Sólo entonces pensé en la montaña de platos que debían de haberse amontonado en el fregadero de la cocina la pasada noche. Hilla se rió ante mis temores.

–Tarok cocina con una mano, limpia con la otra.

–Mis virtudes crecen por momentos –concedió Tarok con modestia, dejando sobre la mesa mi taza azul real–. Prueba éste. Blue Mountain brasileño. Hilla, tenemos una crisis.

Hilla levantó las manos como gesto de protesta.

–¡No será Sane *Bai*⁵ de nuevo!

Pero lo era. Ujwala Sane había anunciado que no tenía ánimo para los crêpes. Peor, lo había gritado desde su ventana, prologándolo con: «¡*Aik re kartya!*» (¡Escucha, idiota!).

Olvidando que la gente de la calle tiene un amplio vocabulario de insultos. Y es más, había perseguido la espalda de Tarok mientras se alejaba y, por el hueco de la escalera, le había pedido a gritos *idlidosasambar*, uniendo en una sola palabra los nombres de tres aperitivos del sur de la India.

—Le contesté, muy educadamente, que no existía tal plato. Lo siento, Hilla, si no puede respetar un plato lo bastante como para saber su nombre, no se merece comerlo. Además, no puedo hacer aparecer la masa en una hora como por arte de magia. No hago *nada* instantáneo.

Entonces recordé que era la mañana del «desayuno de tu elección», y las peticiones se habían entregado el día anterior (la mía, con imaginación, fue «cualquier cosa»). Tarok y Hilla se marcharon a la cocina a conspirar.

El comedor estaba sombrío aquella mañana. Los apliques, encendidos para aliviar aquella turbia mañana, le daban al lugar un latido de desolación. Parecía la sala de espera de una enorme estación de tren. O tal vez sólo se trataba de mi incomodidad creciente, que con sorpresa reconocí como añoranza.

Quería salir. Quería volver, no a la casa en la que había pasado treinta de mis años, sino al número 44 de Utkrusha, que ahora era mi hogar, sin lugar a dudas.

Me sacudí la depresión animándome con el espectáculo del doctor Sane comiendo carne.

—Pedí un desayuno inglés —contó entre bocados—. Y todo, todo es absolutamente correcto.

Felix, que parecía pálido y tembloroso aquella mañana, se adelantó e inspeccionó con valor los restos del festín.

—Tarok se ha saltado el *khichidi* —comentó.

Felix no comió. Nunca desayunaba, dijo. En sus buenos momentos tomaba zumo de naranja. Aquel día, claramente, no era uno de ellos.

Nos dirigimos a la mesa que había junto a la ventana. Recordé mi primer desayuno en Ardeshir Villa. Todo había sido distinto el día anterior. Felix parecía estar en una especie de trance en relación con el desayuno del doctor Sane:

—¡Cuatro huevos, dos lonchas de bacon frito, dos tomates a la parrilla, gachas, una pila de tostadas con mantequilla, mermelada, café, y ten en cuenta que son sólo las ocho y media!

—¡Piensa en el interior de su estómago! —lancé con crueldad intencionada.

Felix se puso malva y se largó. Framroze, con gran previsión, había instalado baños a mano.

Felix regresó, con una mirada que me decía que no volvería a confiar en mí.

—Debería incluirte en mi próximo libro —prometió con malevolencia.

—¿*Rastros de sangre en el desayuno*?

Por supuesto aquello le encantó. Dio vueltas a la idea en la cabeza.

—Me gusta. Podría usarlo. No puedo saberlo hasta el último momento, por supuesto, pero... ¡hey, gracias! —sonrió, con el humor restablecido—. ¿Dónde está Chili?

—Duerme aún.

Había llamado ligeramente a su puerta, no quise despertarla. Las ocho y media es una hora infame cuando llevas una semana sin dormir.

Ramona entró buscando a Hilla. Me hizo señales desesperadas. Abandoné a Felix y me acerqué.

—Necesito un laxante —susurró—. Oh, Dios, oh, Dios, ¿qué haremos si no hay ninguno en casa?

Parecía sentir una enorme angustia, mientras se retorció y se estrujaba las manos. Tenía la mirada atormentada.

—Tengo que ir al menos seis veces y sin laxante sólo puedo ir una vez —se quejó.

Me pregunté si creer lo que estaba oyendo. Indagué:

—¿Por qué tienes que ir seis veces?

—¡Oh! —se enfadó ante mi estupidez—. ¿Qué tipo tendré vestida con *sari* si no voy seis veces?

Al parecer planeaba ponerse un *sari* para la fiesta de esta noche y todo el mundo, absolutamente todo el mundo tenía que tragarse un laxante antes de atreverse a lucir un *sari*, ¿acaso no sabía eso?

No tenía sentido rebatirla. Yo carecía de credibilidad, a los treinta y tres había cruzado una línea sin retorno.

—Por suerte no podemos llevar vaqueros en el instituto o todas tomaríamos sobredosis de laxantes —añadió.

—¿No podéis llevar vaqueros? ¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—La política del ombligo. *Extraño*.

Del todo.

Se marchó para continuar con su búsqueda.

No había señal de Lola, pero, en el otro extremo de la habitación, Alif Bey frunció el ceño ante un whisky *sour*, su elección para el desayuno.

Rafiq apareció empujando un carrito. Aparcó ante mi mesa y con gravedad comenzó a descargar su desayuno. Había cuencos de fruta. Cereales. Un vaso con algún fluido turbio y otro de leche.

—Desayuno saludable —explicó—. *Ghas-poos*, hierba lerda.

Finalmente, con una mirada esperanzada, colocó un plato tapado en el centro, y habló:

—Cuando Tarok me preguntó qué desayuno, dije saludable para entrar en lo seguro. Ya sabes que todo Breach Candy tiene *poha* importada —ese aperitivo especiado que se hace con copos de arroz— y se vuelve bonito y saludable sólo de dos tres cajas de cartón. Entonces este Tarok no me deja. ¿Pero te gusta la *poha*?, pregunta, ¿te gusta la *ghas-poos*? ¿Qué puedo decir? Así que me prepara una *keema paratha*, una tortilla con carne de cordero picada. Es el defecto de este cocinero, te aseguro. Te exprime como un *nimbu*, es decir, como un limón. Y después le cuenta al mundo sobre ti, dulce o ácido o amargo. Eso no es tan malo. Pero te lo contará *a ti*. Eso es peligroso.

—¿Peligroso?

—¿La palabra es incorrecta, quizás? *Khatarnak*.

—No, peligroso, *khatarnak*, está bien, pero ¿por qué dices eso?

—Mejor no revolver el asunto. Eso es un *kahawat* —un proverbio inglés—, correcto al cien por cien.

Se abalanzó sobre la fruta con vigor consciente, y acababa de empezar con la *paratha* —tortilla hecha con harina, agua y mantequilla— cuando Lalli se unió a nosotros. Dejó su plato con un exasperado grito ahogado.

—¿Cómo voy a comerme esto? Pedí fruta, y mirad lo que me ha dado. Esto no es un desayuno, es una instalación.

Vi a qué se refería. No era posible consumir la creación enojada que había en su plato.

—Pájaro de fruta —dijo Rafiq.

Era un Ave del Paraíso, en realidad, pero sonaba mejor como él lo describió.

—¿Cómo está tu *paratha*, Rafiq? —preguntó Lalli de forma lastimera.

—Casera. Pero fíjate en los *adaa*, los modales de ese cocinero. Yo también pedí fruta.

Me ha dado trozos de papaya en una copa de acero. Al estilo de Govandi. A ti te da pájaro de fruta.

—Me da pájaro de fruta porque es el estilo de la gente de la calle. ¿Dónde crees que aprendió esto? ¿En Bali?

Bali me habría parecido una apuesta segura, pero las palabras de Lalli me hicieron recordar las carretillas de fruta sobre la acera que se alineaban en el distrito comercial de la ciudad a la hora de comer. Piña, melón y papaya se convirtieron en esculturas abstractas, bodegones cubistas. Sin duda, el pájaro de fruta era por completo de la gente de la calle.

—¿Qué es esa fruta verde con puntos negros? Ha cosechado una fruta especial para ti —persistió Rafiq.

Lalli partió un trozo de kiwi y lo puso en el plato de Rafiq. Sonrió, feliz como un niño.

El señor Bajaj se deslizó por nuestro lado con sonrisa distante. Llevaba un vaso de zumo verde intenso en una mano, y un plato con un montón de algo que parecía zanahoria rallada.

—Otro fanático de lo saludable —le comenté a Rafiq.

—¿Quién es ese Bajaj? —quiso saber Rafiq—. Viene a mi habitación por la noche y me hace propuesta como si yo fuese algún *chaiwalla chokra*, uno de esos chicos que trabajan llevando té en los puestos de la calle. «Quiero que este lugar se vuelva disco», dice. «Tú bailas disco todas las noches, todo lo último. Contrato de dos años.» Después dice que eso es lo que la doctora Hilla quiere hacer.

Rafiq apartó el plato, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No creo que ésa sea la idea de Hilla en absoluto —contesté.

Una suposición completamente incondicional.

—Sé que no puede ser —replicó Rafiq.

La boca todavía le temblaba, tenía los puños apretados.

Lalli añadió:

—No intentes comprenderlo.

—Pero... —levantó las manos en un gesto de incompreensión—. ¿Ve el Shiv Tandav y su primera reacción es hacer disco? Me dices cómo te sentiste después de ver mi danza. ¿No había tormenta en tu interior? ¿No está en tu interior todavía? No lo puedes evitar, yo no lo puedo evitar. Es el *tandav*, ni tú ni yo. Pero... ¡querer hacer disco! Incluso en Peddar Road hay más sentido común. Los últimos pasos quieren también, no digo que

no. Enséñame rápido, dicen, dos-tres pasos de película para ir con seguridad a las fiestas. Al principio solía decirles, eso no es baile, no puedes aprender baile sólo por las fiestas, apréndelo bien, te enseñaré. Solía contestar eso. Después de algún tiempo también dije de acuerdo, quieres salsa, te doy salsa de película, quieres Michael Jackson, te doy *Thriller*. Es cosa de un estómago pecador. Pero hasta que conocí al señor Bajaj, no he sabido *cómo* de pecador.

Con aire taciturno apartó la *paratha* y empezó a desmembrar el pájaro de fruta de Lalli.

—Vi a Uday Shankar bailar el Shiv Tandav —comentó Lalli—. Por supuesto entonces sólo tenía doce años, pero lo recuerdo como si fuese ayer...

Rafiq abandonó los restos del pájaro y cubrió las dos manos de Lalli con una de las suyas.

—Cuéntame.

Definitivamente, yo estaba de más.

Miré alrededor buscando a Lola, pero no había señal de ella. Alif Bey todavía estaba enfurruñado en su rincón. En ese momento bebía café y era evidente que no le gustaba.

La señora Sane apareció, con Felix a remolque. Evité la mirada de ella y me fui a saludar a Chili. Su puerta estaba cerrada. Sin duda tenía mucho sueño que recuperar. Ramona y los niños estaban practicando en el estudio. Rafiq les había dado sus papeles, me contó Ramona la tarde anterior. Ella iba a ser una gota de lluvia.

Todavía me sentía agitada por los acontecimientos nocturnos. Quería estar sola. Subí corriendo las escaleras hasta el mirador de Framroze.

La pequeña habitación circular tenía las ventanas en saliente cerradas con fuerza, pero la luz del sol caía como una bendición sobre las baldosas azul y marfil. El telescopio no me tentó aquella mañana. Abrí las ventanas y dejé que el viento me llevase. El mar bramaba, rompiendo en elevadas olas de espuma. Me di la vuelta.

El recuerdo de mi hora interrumpida la tarde anterior me llevó hasta la ventana que daba al este. Debajo, una filigrana de ramas, ramitas delgadas enjoradas con gotas de lluvia, ocultaba el patio. El declive cubierto de hierba por el que paseamos el día anterior se extendía como una capa de satén esmeralda sobre el hombro de la colina. Ahí estaba nuestra pequeña tarima embaldosada. Mi pequeña alberca brillaba como un espejo bajo el sol. No, no brillaba... centelleaba, un parpadeo de resplandor en la calmada película de agua. ¡Eso era curioso!

Cerré las ventanas y salí del mirador.

Paseé por la pendiente cubierta de hierba hasta el lugar de nuestra infortunada fiesta del té, y de nuevo me quedé de pie al borde de la alberca.

El nenúfar, con el cuello roto, flotaba sin fuerzas. Algo más florecía en su lugar. Algo que atrapaba el sol y hacía relucir su semáforo. Parecía una ramita, asomándose justo por entre la capa de suciedad de la alberca.

No era una ramita. Era el tacón de una sandalia plateada, con incrustaciones brillantes. Era el zapato de Lola.

El recuerdo de cómo golpeó a Alif Bey con aquellos zapatos regresó con un escalofrío. Era exactamente el tipo de maldad que esperaba de él. Coger a escondidas aquellos zapatos mientras ella dormía y tirarlos a la alberca. ¡Cómo se regodearía con su consternación cuando no los encontrase! Sólo pude ver uno, pero estaba segura de que el otro también estaba ahí, en el fondo del lodo turbio.

Encuentros íntimos en la tercera fase acompañados de peleas me habían vuelto muy reacia a las relaciones. De alguna manera, la ecuación «así es la vida» no me sirve. No puedo aplacar mi horror o indignación. Me he alejado de las peleas toda la vida. Son demasiado desagradables. Y allí, en lo que a cada minuto se convertía en un fin de semana cada vez menos agradable, parecía haberme metido en el meollo de la madre de todas las peleas. Me alejé con aire taciturno, pensando que quizás un paseo por la playa me animaría.

Vaya suerte, fui a encontrarme en la puerta con el delincuente en persona.

Alif Bey estaba incluso más arrugado y adormilado de lo que parecía en el desayuno. Todos aquellos whisky *sours* debían de estar haciendo efecto, pues el hombre estaba inmerso en una especie de miedo... nervioso y sudoroso. Cualquier compasión que pudiese haber suscitado su aspecto quedó rápidamente disipada por la pregunta que hizo.

—¿Has visto a Lola? No la encuentro por ninguna parte.

Demasiado enfadada para contestar, negué con la cabeza, y me habría ido, pero me detuvo con un gesto.

—Por favor, espera. Sé que monté una escena terrible anoche... Estabas en el pasillo, nos viste, todo el mundo nos oyó, fue espantoso. Demasiada bebida. Fue imperdonable. Soy un incordio y una vergüenza. Pero desearía que lo pasaras por alto sólo un momento y me dijeras si Lola ha hablado contigo esta mañana. Perdí el conocimiento la otra noche después de esa escena terrible. Cuando me desperté esta mañana, se había ido. Nadie

parece haberla visto hoy, así que supongo que estaba tan enfadada que se marchó. Simplemente se fue, dejando todas sus cosas; ni siquiera se ha llevado el bolso. Es una característica suya, largarse. Parecía ser amigas. Pensé que podría haberte dicho algo.

—Puede que haya hablado con Hilla —respondí, en gran medida contra mi voluntad.

—No. Nadie parece saber nada. Creo que se largó hecha una furia. Lo ha hecho antes.

—Podrías llamarla.

—No tiene móvil. Ella... vive conmigo ahora. Eso es lo peor de todo. Tengo las llaves de casa, no podrá entrar. No tengo ni idea de adónde irá.

—Podrías probar en casa de una amiga, quizás. ¿Más tarde?

El rostro se le arrugó con sufrimiento. No obstante, todavía no me hacía sentir compasión.

—Estoy segura de que llamará a Hilla más tarde para explicarse.

Era lo mejor que le podía ofrecer. Asintió y se marchó tambaleándose hacia la playa.

Oh, bueno. A juzgar por lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, el lunes por la mañana ella estaría de vuelta en su cocina preparando basmati.

La vida se iluminó casi de inmediato después de dejar a Alif Bey. Tropecé con Tarok. Él me esquivó con cuidado, apartando de mi camino el enorme cesto de mimbre que llevaba.

—No me puedo permitir que se vuelque —sonrió.

El cesto olía a mar. Desató el cierre y levantó la tapa para que pudiese echar un vistazo.

Lo hice... y esquivé con rapidez un arsenal de pinzas en movimiento. ¡Langostas!

—¡Seis! Un manjar corso para mañana.

—¿Dónde las pondrás hasta entonces? ¿En la habitación de la señora Sane?

Nos reímos al imaginarlo.

—Mejor no, se las comería enteras —replicó Tarok serenándose—. Me dan pena esos niños, son auténticos mártires.

—Igual que el marido.

—Él no. Él nunca.

La voz de Tarok se volvió severa.

—Espera a oír mi historia.

Llevamos el cesto entre los dos hacia la casa. Ardeshir Villa dormitaba bajo una calima agradable de sol salpicado de lluvia.

–Háblame del manjar corso –pedí.

En realidad no me interesaba. Sólo quería escuchar el sonido de su voz.

Entonces se abrió la puerta y todo el mundo salió. Rafiq llevaba *stumps*, los palos largos para jugar al críquet, Darshan un bate que era casi tan alto como él. Les observamos organizar el juego en la entrada: Felix y Darshan bateaban, Lalli lanzó una bola lenta, que se volvió buena, y que Darshan desvió de un solo golpe. Justo entonces Chili hizo su aparición.

Se produjo un caos inmediato.

Teniendo en cuenta que llevaba unos pantalones cortos muy escuetos y una blusa de lunares, no diría que el alboroto fue excesivo. Los pantalones cortos eran de tela vaquera, no sólo desgastada sino *in extremis*. De forma galante Darshan le cedió su bate. Felix desplegó una sonrisa necia. El doctor Sane le ofreció su enorme sombrero de paja y ella lo aceptó con una reverencia burlona que hizo que Ujwala le soltase un grito feroz a Arpita. Entonces Ujwala Sane salió indignada, algo que, excepto en un libro, nunca había visto hacer a nadie. Ramona se contuvo con timidez y apartó la mirada. Pero la respuesta de Rafiq fue la más extraña de todas. Se puso muy rojo y la miró fijamente. Chili le vio y le saludó haciendo revolotear los dedos. Él se giró con brusquedad.

Mientras trataba de comprender todo esto, Tarok debía de haberme estado observando, porque cuando me di la vuelta había un brillo en sus ojos. Me dio un abrazo rápido, que terminó antes de que lo sintiese. Cogió el cesto y, riendo, rodeamos la casa a la carrera, con rumbo a la cocina.

Con la suerte que tengo, al correr arremetí contra el señor Bajaj, que se había materializado por entre los arbustos. Recuperé el equilibrio sujetándome a una rama que tenía cerca. Me disculpé. Con generosidad respondió que toda la culpa era suya. Nos quedamos allí de pie sonriendo como idiotas. Fue todo muy bochornoso.

–¿Qué hay allí? –pregunté, señalando los arbustos de los que había salido.

Sonrió.

–Un atajo hasta el garaje. Tengo prisa, me he olvidado las llaves del coche. Le prometí a Hilla que recogería las flores en la estación.

–¿Flores?

–Para la cena de esta noche. Va a ser muy espléndida, he oído. El florista manda las flores por tren. Voy a llegar tarde.

–Oh, así que es ahí donde se guardaba el Rolls –continué.

No había visto el garaje con anterioridad, y la ausencia de espacio para el Rolls me había desconcertado.

—Sí. Hay dos garajes, no uno.

—Oh, lo siento, le estoy entreteniendo —me disculpé.

Asintió y salió corriendo hacia la casa. Yo estaba todavía distraída en el jardín cuando volvió, sin aliento.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó con brusquedad—. El teléfono ha estado sonando un buen rato, y no había nadie para cogerlo. Al final, tuve que hacerlo yo. Era Lola Lavina... ¡Qué sorpresa! Pensaba que todavía estaba aquí con nosotros, pero no, al parecer ha tenido que marcharse esta mañana temprano por una crisis doméstica. ¿Por qué no me has avisado?, le pregunté, mi Pajero está aquí sólo para emergencias así. No, no, contestó, no quería molestar a nadie tan pronto. Quería hablar con Hilla, pero no he podido encontrarla. Por favor, dile a Hilla que ha llamado.

Y se fue a toda velocidad. Un poco después escuché el sonido de su enorme coche.

No culpé a Lola por inventarse esa historia. Era lo mejor que podía hacer para salvaguardar su imagen. Luché contra el impulso de dejar un rato más a Alif Bey con su sentimiento de culpa, pero, entonces, ¡qué diablos!

El juego de críquet se había acabado. A Ujwala Sane le dio una migraña y había subido a atenderla. Su esposo estaba en la cocina con el cocinero. Rafiq, Ramona y los niños estaban de nuevo aporreando el parquet.

Chili y Lalli estaban en cónclave serio. Me uní a Hilla y a Felix y entregué el mensaje de Lola. Hilla asintió tristemente con la cabeza.

—Habría hecho lo mismo en su lugar. Es tan injusto. Debería haberse ido él después de la vergonzosa exhibición de anoche.

—Oh, está paseando por la playa —respondió Felix—. Apuesto a que hará un nuevo capítulo de esto. Con una vida amorosa tan tempestuosa, ¿de dónde saca tiempo para escribir?

Sonaba a envidia.

—Va a volverse mucho más tormentosa si se toma esa langosta que Tarok planea preparar para mañana —apunté.

—Ah, sí, langosta —Felix se sintió aliviado por salir de terrenos poco firmes—. Un fricasé, ha dicho. En realidad, no estoy de acuerdo. Esa langosta será algo con mayonesa.

Con aquel decreto misterioso, se marchó.

–Me siento fatal por Lola –le dije a Hilla–. No fui especialmente agradable con ella.

–Tonterías. Supongo que te contó ese relato escabroso del abogado. Qué completa idiotez, toda la historia.

Desconcertada, protesté:

–¿Por qué, Hilla? ¡Creí que lo eras todo para ella!

–¡Por supuesto que lo soy! En principio. Pero toda esa *masala*, esa mezcla, despertándose en una habitación distinta cada vez, ¡oh, vamos! He oído esa historia muchas veces y ha crecido sorprendentemente, te lo puedo asegurar. Desde luego es una mujer muy valiente y merece nuestro respeto. No le digas a Lalli que he dicho esto sobre las historias de Lola. Lalli tiene muy buen concepto de ella.

–¡Oh, no, piensa que Lola es pesada!

–Seguro. ¿Quién no? Pero tiene muy buena opinión de ella.

Chili y Lalli se unieron a nosotras. Chili soltó un grito de decepción cuando supo que Lola se había marchado.

–Vino a mi habitación tarde la pasada noche, para charlar tras el baile. El baile fue algo, ¿eh? Dijo que fue, como increíble. Estaba sonrojada y excitada. Lola sabe de eso –Chili asintió en dirección a Lalli–. Eso de lo que quiero hablar. Me dijo que quizás debería esperar porque iba a escrutar el ambiente. Y esto es lo que tengo que oír de ella esta mañana. Ya sabéis, porque de verdad creo que es mejor contároslo a vosotras, pero sólo después de haber hablado con Lola. ¡Oh, espero que vuelva a tiempo para la fiesta!

–Lo dudo –contestó Hilla.

–Oh, ¡eso es imposible! Tiene que estar aquí. Incluso quería que le prestase una camiseta para la fiesta.

–¿Una *camiseta*?

–Claro. Sé que es formal y todo eso, pero ella dijo algo así como, hey, ¿hay algo que no pueda hacerse con un bolígrafo de purpurina? Estoy completamente a favor, ya sabéis.

–¿Qué te vas a poner esta noche, Chili? –preguntó Lalli.

Chili se iluminó:

–Oh, ¿os gustaría verlo?

Por supuesto que nos gustaría. Subimos en tropel detrás de ella.

Cogió un envoltorio de seda del aparador, y con una completa falta de timidez se quitó

la blusa y los pantalones cortos y se puso el vestido.

Hilla silbó.

Se me hundió el corazón. Estaba todo preparado para la pequeña Ramona. En el momento en que Chili anduviese pavoneándose con aquella creación nadie le dedicaría ni una mirada a Ramona.

Lalli dijo:

–Rami Kashou.

Al principio pensé que era un amago de estornudo, pero obviamente no fue así porque Chilli gritó de placer.

–¿Cómo lo sabes? Lo conseguí en Los Ángeles y sólo porque tuve un rodaje allí. ¡Nunca me lo podría haber permitido!

La blusa con el cuello barca de seda color marfil caía en pliegues esculpidos sobre una falda entallada color magnolia, a la que parecía que hubiesen untado con aceite. Al moverse, se abría en abanico, en pliegues diminutos.

Lalli parecía casi tan satisfecha como Chili. Durante el caso del asesinato en una casa de modas descubrí lo adicta a la moda que era mi tía. Cuando está en vena puede hacer callar a Suzie Menkes con sus Prada en los pies.

No lo habríais imaginado, ¿verdad? Quiero decir, observad su vida: *sari*, vaqueros, *salvar kamiz* –esa combinación panjabí de pantalones anchos y camisa larga, suelta y sin cuello–. Pero su mente... es puro Versace.

Chili también nos enseñó la camiseta por la que había optado Lola. Era negra con un VAGINA GUERRERA bordado en rosa fluorescente.

–Mi amiga hizo la obra de teatro, ya sabéis, los *Monólogos* –Chili se detuvo con delicadeza–. Le prometí que llevaría la camiseta y todo, pero de alguna forma...

–Está bien –terminó Hilla.

Y bajamos a comer.

Habían colgado una pizarra en la puerta del comedor. El plato de arroz está listo, decía. La comida de hoy, comentó Hilla con un aire de disculpa, era un Bombay Especial.

Serpenteando alrededor de la vasta longitud de la mesa del comedor habían extendido una línea de ferrocarril. No sé si la topografía de Tarok era exacta, pero las estaciones tanto a lo largo de las Líneas del Oeste como del Puerto lo eran. Nunca he estado muy segura respecto a las de la Línea Central.

Cada estación tenía un plato de su cocina local. Kandivli me ofrecía *khandvi* –un aperitivo gujarati hecho con harina de garbanzos y leche ácida– y Dombivli me daba *avial*, un plato de Kerala compuesto por verduras variadas con salsa condimentada con coco y cuajada. Como entrantes tomé *sol kadi*, sopa de fruta ácida, de Mahim, y de postre *lagan nu custard*, tarta nupcial de crema, de Churchgate, que está tan cerca como la línea de Colaba. Fue muy divertido. Los niños –para quienes Tarok había planeado la comida– chillaron y armaron jolgorio, pero los adultos no nos quedamos cortos. Todo el mundo se arremolinó mientras degustaba y exclamaba.

Para que mi felicidad fuese completa, Tarok comió conmigo. Me habría deleitado con la comida si no hubiésemos estado tan ocupados deleitándonos mutuamente.

Ni el señor Bajaj ni Alif Bey habían regresado. Creo que eso le evitó cierta tensión a la comida. El señor Bajaj habría adoptado un aire despectivo y Alif Bey se habría emborrachado hasta aletargarse.

Después de comer, Hilla, Lalli y yo nos pusimos a trabajar, a organizar cosas para la cena. La señora Sane desarrolló una de sus repentinas migrañas. Chili aseguró que era tremendamente buena limpiando, de forma que entre las dos dejamos la sala reluciente mientras Lalli y Hilla se ocupaban con mimo de la porcelana y la plata. Tarok se asomó una vez alrededor de las cuatro para advertirnos que estaría ocupado a partir de entonces y que, si queríamos té, ése era el momento de pedirlo.

Estábamos bebiendo Mezcla Familiar Número Once cuando Rafiq llegó para asegurar la lámpara de araña. Casi echó a correr al ver a Chili, pero recuperó el valor e hizo un gran trabajo izando en el centro la enorme lámpara de araña.

Veneciana, apuntó Hilla. Framroze tenía tres iguales cuidadosamente embaladas y etiquetadas, todas de cristal de Murano. Aquélla, una auténtica nevada de flores, era de Canaletto. La arquitecta, una mujer con evidente sentido común, no le había permitido a Hilla que la vendiese. Pero había vendido las otras dos.

–Demasiado espectacular para mi gusto –dijo Hilla–. Una era de bronce oscuro. Ésa era Otelo, y la otra, naturalmente, Desdémona. La deberías haber visto, toda plagada de rosas medio abiertas, medio despiertas, debería decir. Cuando las ponía una junto a la otra, me rompían el corazón.

Sentí una punzada de dolor por Framroze, y un incomprensible enfado con Hilla. ¿Quién podía decir que Framroze había vivido indiferente en aquel latido tan bello? Hilla había manejado todos sus tesoros con un desprecio adusto muy cercano a la venganza.

Tenía motivos suficientes. De la codicia de Framroze quedaba poca huella, pero su ansia de belleza era palpable en la piedra fresca de la casa, en la cerrazón de su corazón cerrado con postigos. Me di cuenta de que la estructura vacía que vi en agosto era lo que Framroze había querido que viesan sus herederos. Su auténtica vida se puso a buen recaudo mucho antes. Aquellos fragmentos almacenados eran meros accesorios en la épica pérdida de su soledad.

Chili ayudó a Rafiq en un silencio tenso.

Al marcharse, Rafiq le dijo a Hilla:

–Le he dicho a Ramona que descanse un poco. Está muy nerviosa.

–Es por el *sari* –explicó Hilla–. Tiene miedo de tropezarse.

–Me lo ha contado. Deslízate, le contesté, deslízate como un cisne. Todas las damas se deslizan cuando llevan *sari*. Muy sencillo. Así.

Y se deslizó con gracia hacia la puerta.

Nos reímos. Chili le siguió con la mirada, desconcertada.

–¿Os podéis creer que de verdad *conozco* a este chico? Solíamos coincidir en la parada del bus cuando íbamos al colegio. Todos los días desde quinto hasta décimo curso. Ahora no me reconoce.

–¿En serio? Me ha parecido que te conocía muy bien –comentó Lalli.

–Tan sólo es tímido –añadió Hilla.

Estaba equivocada. Cualquier idiota se daría cuenta de que Rafiq estaba locamente enamorado.

Chili negó con la cabeza, abatida.

–Son todas esas historias que circulan sobre mí. Ese antiguo asunto. Desearía que volviese Lola. No os puedo contar nada hasta que ella diga que está bien. De alguna forma se lo prometí.

–Tómate tu tiempo –contestó Lalli–. Estoy por aquí.

Pero el buen humor de Chili había desaparecido. Era como si el encuentro con Rafiq la hubiese devuelto de una sacudida a su sufrida realidad. Al rato dijo que quizás debería descansar un poco, pero ¿necesitaría Ramona ayuda más tarde con el maquillaje y todo eso? Era buena para esas cosas.

–Sería maravilloso –replicó Hilla, aliviada–. No entiendo por qué está en ese estado de nervios. ¡No es como si hubiese chicos por los que preocuparse! ¿Te imaginas a las chicas de su clase tragando laxantes para lucir una cintura sexy al llevar *sari*?

Chili se rió.

–Es un viejo truco. ¡Hoy en día es peor porque tienes que enseñar el ombligo con todo lo que llevas!

Poco después de que Chili se fuera a una de sus siestas compulsivas, oímos cómo se acercaba el jeep del señor Bajaj. Alif Bey iba con él. Al parecer, había parado al señor Bajaj en la playa y le había pedido que le llevase. Todo parecía haber conspirado para retrasar al señor Bajaj, pero al final, cuando llegaron a la estación, las flores todavía no estaban allí. El florista seguía en Dadar, y tras varias llamadas telefónicas admitió que andaba escaso de personal y que como pronto podría entregarlas a las cinco en punto. Habían decidido esperar allí, donde el hambre aumentaba a cada minuto, en lugar de hacer un segundo viaje. Finalmente, a las cuatro sucumbieron ante un esponjoso bocadillo con croquetas de patata y harina, un *vada pao*.

Al señor Bajaj le debió de haber estallado un vaso sanguíneo al descubrir que Alif Bey no iba a ninguna parte, que sólo quería subirse al coche. Sospeché, por el mal humor del señor Bajaj, que Alif Bey había hablado (o llorado) durante todo el camino de ida y vuelta. Empezó a darme pena el señor Bajaj. Alif Bey estaba todavía en el coche, esperando ayuda para descargar las flores, de modo que... ¿podíamos hacer el favor? El señor Bajaj dijo que quería aparcar el coche en el garaje y luego ducharse, y descansar y tener algo de paz y serenidad. El día había sido un infierno.

–Parece que altero a todo el mundo –comentó Alif Bey.

Nadie lo rebatió. Estaba a punto de contarle la llamada de Lola cuando pensé que el señor Bajaj lo habría hecho en algún momento, aunque sólo fuera para romper el tedioso monólogo de Alif Bey. Pero no había sido así. En aquel momento Hilla lo mencionó, y Alif Bey pareció absurdamente aliviado.

–Entonces está todo en orden –respondió, dándome un caluroso apretón de manos, como si acabásemos de firmar una tregua política.

–Este hombre está loco –comentó Hilla cuando al final nos libramos de él.

No pude estar más de acuerdo. Estaba cansada e irritada, y, después de haberme arañado en la pequeña jungla importada por Hilla, tenía la necesidad acuciante de ducharme.

Aquella tarde tuvimos una visita más.

Un *tempo* petardeó cuesta arriba para traer del enmarcador el retrato de la madre de Hilla. Ella hizo colocar el cuadro en la biblioteca y se quedó allí un rato. Más tarde,

descubrí que lo había colocado de cara a la pared, como si le hubiese costado demasiado asimilar el momento.

A las ocho, excitados y resplandecientes, nos reunimos en el vestíbulo. Hileras de flores guiaban el camino hacia el comedor. La mesa larga se había cubierto con lino níveo ribeteado con una puntilla exquisita. Hilla dijo que Tarok estaba ofendido por utilizar el mantel de lino de Framroze para aquella noche. Pensaba que armonizaba más con el elaborado almuerzo continental del día siguiente. Para esa noche él había elegido un montón de tejidos, uno de cada parte del país, acordes con la época de cada plato. Pero Hilla insistió en el material de Framroze: simplemente tenía más sentido para ella. Con sensatez, Tarok no había abarrotado la mesa con flores y velas. Había un centro de mesa, también de la cosecha Framroze. Una bandeja grande de plata con un espejo que sostenía una urna central (adecuada para las cenizas de un antepasado) y dos cornucopias adicionales. Los tres contenían una plenitud de frutas.

Éramos trece (sin contar a Tarok), pero la mesa estaba dispuesta para quince. Había tarjetas que indicaban el lugar de cada cual, excepto en las sillas colocadas a ambos extremos de la mesa. Mientras ponía la sala a punto, me estremecí al ver la cubertería que Tarok agrupó sobre una mesa pequeña.

—Eso es para mañana —explicó—. El clásico servicio de mesa con tenedores y cuchillos separados para pescado y ensalada y pasta. ¡Idiota! Hoy quiero que comamos con los dedos como la gente civilizada, ¡pero Hilla quiere la plata! De modo que he acordado un cuchillo, un tenedor, una cuchara por persona. No más.

Simpatiqué con Tarok. Yo también odiaba que la mesa pareciese un carrito de quirófano.

La lámpara de araña emitía un resplandor opalino y había velas encendidas entre helechos y flores, para rescatar de la penumbra los rincones más alejados.

Un temblor de recelo corrompió mi entusiasmo cuando Hilla, al invitarnos, especificó *Ropa: formal*.

Cuando hay que vestirse para una fiesta, sigo el ejemplo de Vidal Sasoon. Es *lavar y listo* para mí. Un día, cuando llegue la fase de Manolo Blahnik, mi rostro será una paleta para Revlon, pero hasta entonces es sólo piel. Para aquella noche había metido en la maleta mi crepé amatista con un borde plateado a modo de banda sedosa. La blusa era sólo una blusa. Una gota de *Paris*, y estaba lista.

Lalli, como siempre, iba elegante. Llevaba seda color bronce, con mi *dupatta* color naranja encendido a modo de declaración alrededor del cuello. Hilla vestía *sari*, colocado al estilo *parsi*, sujeto con un camafeo grande, bastante horrible. La rica seda carmesí le daba un aire de magnificencia.

Ujwala Sane apareció con un *sari* negro de chifón enmarañado y un bustier negro y plata con tiritas delgadas como espaguetis. Entre el *sari* y la blusa rodaban centímetros de gordura lechosa. En el ombligo había pegado, aunque pareciese increíble, un *bindi* –el círculo de color que nos ponemos en la frente– de diamante. Los hombres se reanimaron de inmediato. Alif Bey dejó de escudriñar la sala buscando un trago. Felix Rego desfiló con valor y se ocupó de ella, ombligo brillante y todo. Y el señor Bajaj, con franqueza encantadora, la examinó hasta el último centímetro.

Faltaban Rafiq y Tarok. Alif Bey ganó mi voto por el exceso en el vestir. Había formalizado su combinación básica de vestuario compuesta por *kurta* y *pyjamas* de algodón siempre arrugado, añadiéndole un pañuelo tibetano brillante, obviamente de Lola. Felix llevaba volantes en la camisa, y un chaleco negro de terciopelo. El doctor Sane sufría dentro de un traje sahariano dos tallas menor. El señor Bajaj vestía un traje negro carbón que se acercaba mucho a Armani.

De modo que ahí estábamos, elegantemente vestidos, esperando a la estrella del espectáculo. Y entonces apareció, bajando la escalera triunfal, Ramona transformada.

Oh sí, se deslizaba, con bastante facilidad, además, bajo un exquisito *sari* de seda verde mar con una greca antigua bordada por la que mataría. El *sari* estaba sujeto en su hombro izquierdo por un camafeo en forma de sol radiante, de diamantes y aguamarina. El pelo, tocado con elegancia en una espuma de rizos, se sujetaba hacia arriba con una medialuna de aguamarinas que hacía juego con el collar y el brazalete. Era evidente que Hilla no había vendido *todas* las joyas. Con su nuevo aire de importancia, Ramona había adquirido una gravedad dulce muy distinta de su habitual simpatía de cabeza loca. Iba maquillada con mucha habilidad, Chili había hecho maravillas. Me alegré de que Ramona tuviese sus dos minutos de admiración antes de que Chili los dejase muertos.

Y entonces, ¿sabéis qué?, ¡no lo hizo!

Allí estaba también, tras la estela de Ramona, con los niños. Para empezar no llevaba aquel vestido de Rami Kashou sino un *salvar kamiz* (pantalones anchos y camisa larga, suelta y sin cuello) verde. Su famoso pelo se había disciplinado en una trenza francesa. Incluso los ojos y los hoyitos no lograban deslumbrar. Mientras se acercaba, buscando nuestros rostros de forma ansiosa, parecía pálida y demacrada. Parecía, en una palabra, la chica que Rafiq había conocido en la parada del bus.

Él también pareció pensar lo mismo. Pues, al entrar con Tarok, se detuvo en seco y se la quedó mirando, y sus ojos brillaron de forma evidente. Tarok, tras él, se asomó por encima de su hombro para mirarme e imitó con mímica el silbido de un lobo.

Y de esa forma nos reunimos, entusiasmados, felices, charlando sobre la perspectiva de engullir tres mil años de glotonería subcontinental.

A cada extremo de la mesa, Tarok había colocado flores sobre los tapaplatos. Hilla soltó un pequeño discurso para darnos la bienvenida a Ardeshir Villa, al fin devuelta a sus legítimos propietarios, sus padres, Ardeshir y Nargis Vakil. Con unas pocas palabras sin emoción, narró sus vidas de privaciones y sufrimientos.

—Hoy están presentes en espíritu, como la joven pareja que nunca conocí, feliz y llena de esperanza. Quiero que esta casa sea como el hogar que hubiesen querido, que resuene con risas, disfrute y buena compañía. Vosotros, amigos míos, tenéis alguna idea de los planes que albergo para este lugar. Todavía no he tomado una decisión. Ayer vimos el magnífico *tandav* de Rafiq y mañana el cocinero afrontará el desafío de Felix Rego sirviendo una formidable comida de siete platos. Pero esta noche, como homenaje a mi sobrina Ramona, que cumple dieciocho años la semana que viene, Tarok Ghosh presenta este Banquete Milenario. Damas y caballeros, con ustedes... ¡Tarok Ghosh!

Todo el mundo aplaudió y ovacionó. Darshan aporreó la mesa y tuvieron que hacerle parar. Tarok barrió la sala con aquella mirada «que veía». Sin motivo aparente, el corazón me dio una sacudida. ¿Qué pasaría si el Banquete Milenario fracasaba?

Quiero decir, hay algo que se llama objetivo neurótico, asumámoslo. Tres mil años de glotonería india, ¡por el amor de dios!, 53 millones de kilómetros cuadrados de comida. ¿Por qué no podía contentarse con el habitual *rogan josh* —cordero al curry—, *paneer matar* —requesón y guisantes—, y helado de dos sabores?

Yo sabía por qué.

Creo que fue en aquel preciso momento, justo antes de que él empezase a hablar,

cuando me di cuenta de lo que debería haber tenido claro desde el inicio. Tarok no tenía lugar en mis cuidados constructos sobre romance y fantasía. Nunca iba a ser mi lujo, mi indulgencia, mi desafío. Era la ropa de cada día. Lo necesitaba como al agua, al aire.

Y, al darse la vuelta, me leyó el pensamiento en la mirada.

Alguien tosió.

Tarok sonrió.

—No se puede hablar sobre tres mil años de cocina india. Pero se puede saborear. *¡Bon appétit!*

Sujetó en el aire una bandeja de aperitivos mientras decía:

—Oh, por cierto, cualquiera que piense que mi historia no está al nivel de mi comida puede verme en la cocina después. Podemos discutir sobre el asunto. ¡El que pierda, friega!

Los aperitivos eran néctar de granada y arroz al vino, ambos identificados como del Valle del Indo, 2500 a. C. A Alif Bey se le ofreció ponche (Calcuta, 1638).

Con aquello Tarok sirvió pedacitos tiernos de calabaza amarga rellenos de mango ácido y alholva (del Patliputra Chandragupta Maurya, 305 a. C.).

—Se te ha olvidado ponerle chile a esto —anunció Ujwala Sane—. El chile rojo es obligatorio. Sin chile rojo no se puede hacer *karela* —melón amargo— relleno.

—No nos quedaban chiles en el 300 a. C. —contestó Tarok.

—¿Por qué? Los antepasados siempre estaban utilizando chile. Es un antiguo condimento indio. También en las *pujas*, las ceremonias de ofrenda. Para quitar el *nazar*, el mal de ojo. Es la tradición.

—Pero... ay, no, historia. No discutiré sobre ese aspecto, señora, porque haría que se quedase a fregar.

Tarok levantó en alto un plato tapado.

—Los griegos, damas y caballeros, nos visitaron en el 327 a. C. No tengo un plato en su honor porque el menú está demasiado abarrotado. Pero no podía ignorarlos por completo. Y por ello les presento lo que los griegos consideraban como arte elevado... ¡El arte de conversar mientras se come!

—Si nos invitas a cenar, por favor, déjanos comer —pidió el señor Bajaj—. Primero la comida. El arte después.

Impasible, Tarok continuó:

—El arte de la conversación en la mesa durante la cena no es necesariamente una

habilidad griega. La buena comida se realza con ingenio, calidez y generosidad. Y sabiendo eso, he preparado una sorpresa para cada uno. Cuando destapéis vuestra sorpresa, descubriréis que tiene un significado especial para cada cual. Probadla primero, ¡y decidnos qué significa para vosotros! Así que, mientras los aperitivos cumplen su importante papel, hagamos que este rato sea verdaderamente cordial. Las porciones os parecerán pequeñas, meros picoteos, para que no se os embote el apetito para el plato principal. Comencemos con nuestra gentil anfitriona. Hilla, esto es para ti.

Hilla destapó su plato. En él había una única *khakhra* –una galleta plana hecha de trigo– con un brillante pedazo rojo de encurtido de mango. Cerró los ojos al probarlo, como si quisiera preservar el sabor o el recuerdo. Después sonrió intensamente en medio de lágrimas repentinas.

–Aunque Tarok lo identifica –de forma atroz– como Sanjan 8 DC, esto es el famoso *gor-keri* –mango dulce– de mi madre. El sabor exacto, el mismo ardor picante, la misma dulzura. Año tras año, cada vez que mi madre preparaba este encurtido, nunca se nos permitía ayudar. La receta era demasiado delicada, decía, nunca la captaríamos bien. Mi madre no tenía que hacerlo para ganarse la vida después de que sus hijos hubiésemos crecido y ganásemos nuestro dinero, pero por supuesto nunca pudimos detenerla. Un verano, se puso enferma. La encontré agotada por la preocupación que sentía por sus clientes. Esperaban un suministro anual de *gor-keri* y ella estaba demasiado enferma para moverse. Al día siguiente, cuando la visité, encontré a este adolescente desgarrado midiendo y tamizando y mezclando en su cocina, siguiendo sus instrucciones para preparar *gor-keri*. ¡Naturalmente, quise estrangular al chico! «Déjalo en paz», dijo mamá. «El muchacho sabe cómo hacerlo.» »Después de aquello, nos acostumbramos a verle merodear por casa. Estábamos un poco celosos. Pero cuando probamos el encurtido, no hubo más discusión.

»El aroma me recuerda el tacto de las manos de mi madre. Puedo sentir las ahora, ásperas, callosas por el trabajo, dándome palmaditas en la mejilla como si fuese de nuevo una niña pequeña. Trae la fuente, Tarok, que todo el mundo lo pruebe.

Él la tenía preparada, por supuesto. Después de que hubiese hecho la ronda, Felix y el doctor Sane jugaron a adivinar los ingredientes, y Tarok hizo de árbitro.

Ambos perdieron.

Hilla comentó:

–Me han entregado el retrato de mi madre demasiado tarde para que lo colgásemos

aquí hoy. Lo he colocado en la biblioteca. Pero me gustaría ponerlo aquí en la pared. Mañana no quiero distraer a Tarok... así que, ¿puedo apelar a vosotros, hombres fuertes, para hacer ese trabajo por mí?

—Me hago responsable personalmente —anunció el señor Bajaj—. Dame martillo, clavos y cordel.

—Ya hay un clavo en el sitio —sonrió Tarok—. La cuerda y las tijeras siempre están en el estante de la despensa, así que son todas tuyas.

La sorpresa de Alif Bey vino después, en una pequeña taza de plata. Removió y levantó la mirada con una sonrisa:

—¡Una creación de abecedario! ¡Sopa de letras! La gente ha intentado sonsacarme esta historia durante años. ¿Dónde la escuchaste?

Tarok se encogió de hombros a modo de respuesta.

Alif Bey, con su desagradable mal humor casi desterrado, vació la taza rápidamente antes de comenzar su historia.

—Identificado como Simla, 1890... ¡qué kiplinesco por su parte, señor Ghosh! Sin embargo yo lo identifico como Poona, 1950. Me devuelve a mi horrible infancia. Tenía una niñera británica, un auténtico sargento. No creía en la conveniencia de darles a los niños indios comida india. Decía que nos calentaba la sangre. De modo que día tras día tragaba algo viscoso e insípido. Nunca me atreví a preguntar qué era. Los sábados teníamos sopa de letras. Era el único plato que soportaba comer. Entonces tenía unos nueve años, y solía escribir historias en un libro secreto. Esta niñera siempre era la villana. El héroe, por supuesto, era yo, pero le di otro nombre. Alfa Beto. Tenía dibujos de la niñera, dibujos horribles con barba y otras cosas embarazosas. Encontró el libro y fui acusado de inmediato. Mi defensa fue sencilla. No lo había escrito yo, dije. Señalé el título en la cubierta del libro: *Las aventuras de Alfa Beto*, por Alfa Beto. Después de aquello se convirtió en costumbre. Nunca pude reconocer nada que hubiese escrito. De modo que, cuando publiqué mi primer libro, fue fácil elegir el pseudónimo: Alif Bey.

»Pero debo decir, Tarok, que si la niñera hubiese servido tu clase de sopa de letras ¡puede que nunca hubiese escrito nada! Y Felix, no quiero leer esta historia en la página de sociedad. ¡Te ordeno que la olvides de inmediato!

Pero para entonces Felix estaba embelesado con su propia sorpresa. Era un único higo, acostado sobre algo que parecía nieve espumosa de color rosado. Felix se sonrojó de

placer cuando abrió el higo y se lo comió, para después tomar la nieve con delicadeza, a cucharadas.

–Tarok lo ha descrito como Crema de Higos, Raziya Sultana, 1236 d. C. La crema está... estaba... deliciosa, pero el higo estaba hecho para mí. O más bien la hoja que debería acompañar a la fruta. Tarok, gracias. *La hoja de higo desaparecida* fue mi primera historia publicada. Ganó un Premio Mancha de Sangre de Plata, ya sabéis. Le dio un espaldarazo tremendo a mi trabajo.

–¿Qué es exactamente una mancha de sangre de plata? –intervino Lalli con delicadeza en medio del silencio sobrecoído.

–Oh. Es un galardón. Un premio. De ficción policiaca.

–Nunca lo había oído –comentó el señor Bajaj. Se giró hacia mí–: ¿Y tú?

–Oh sí –mentí, por puro resentimiento.

–¿Y sobre qué iba la historia? –insistió Lalli con temeraria ingenuidad.

–Sobre una estatua famosa. Se llama el *David*. Es de Miguel Ángel. Está en Florencia, Italia.

–¿Y?

Lalli era implacable.

–¡La hoja del higo desaparece!

Con cautela le lancé una mirada a Tarok. Se agitaba tratando de reprimir el regocijo.

–¡De qué hablas, Felix, el *David* no tiene ninguna hoja de higo! Es lo primero que adviertes, ¡y no tienes que ir a Florencia para hacerlo! –soltó Hilla.

Pero Felix no se inmutó.

–Exacto. Desaparece justo en el medio de un encuentro político de alto nivel. El libro está ambientado durante la Guerra Fría.

–Estoy segura de que es absolutamente apasionante –continuó Lalli con dulzura.

–Los indios no utilizan hojas de higo –afirmó Ujwala Sane.

–Por eso no está –remató Alif Bey.

Estaba disfrutando enormemente con aquello.

Ella no le prestó atención.

–Utilizamos hojas de curry, *dhaniya* –semilla de cilantro–, *pudina* –menta–. También *methi* –alholva–. Pero no he visto ni un indio con hojas de higo.

–Tampoco yo tengo, señora –apuntó Tarok con perfecta gravedad–. ¿Ahora puedo entregarle su sorpresa?

Ella destapó el plato con entusiasmo y soltó un grito de placer.

–¡*Bombay duck* –el pescado que también se llama *bombil*– con *chatni* –salsa– verde!
¡Mi plato favorito! ¿Cómo lo has sabido?

–Es de Mahikavati, alrededor de 1260. ¿O debería decir... Silvassa 1988?

Ujwala Sane lo miró fijamente, su enorme rostro se colapsó en pliegues lívidos.

–No puedo comerlo, es demasiado salado. ¡Llévatelo!

Y le dio al plato un empujón enfurruñado, que molestó a un vaso de agua.

Tarok no intentó limpiarlo. Había desaparecido en la cocina y en aquel momento regresaba con una tortilla que colocó delante de Rafiq.

–Comida francesa –dijeron juntos, y se rieron por algún chiste privado.

–Pondicherry, 1750 –leyó Rafiq en la tarjeta que Tarok había puesto sobre su plato.

–No sé por qué Pondicherry. Pero sé por qué tortilla. Estuve en Francia un año entero, todo aquel tiempo sólo comida de la gente francesa. Gente muy agradable. Comida muy mala. El estómago me duele todo el tiempo pidiendo *daal chawal*, potaje de lentejas y arroz. Entonces un día de repente la chica guapa que vive abajo me da *omlet-pau*, tortilla con ese pan tan esponjoso. De modo que aprendes cocina india, le digo, esto es muy agradable. Pienso que quizás sabe también *keema paratha* –tortilla con carne de cordero picada–, *daal chawal*. Esto es comida francesa, dice ella. Perdón, digo, por no discutir, la *omlet* se enfría, pero ven a Govandi y te dan doble de *omlet bun maska chai* –tortilla, bollo con mantequilla y té– en el Star of India Café, de las seis de la mañana hasta la medianoche, ¿y dices que esto no es indio? Francés, repite ella y se lleva la *omlet*, hablando muy rápido en francés, diciendo que he insultado su comida.

»Ahora Tarok me dice que mañana es comida francesa. “*Bas karo* –ya basta–”, le dije. “Hazme una *omlet-pau* y comeré en el estudio.” Entonces me disgusta. Pensaba que era mi amigo. Ahora descubro que es igual que la chica francesa. También dice que la *omlet-pau* es francesa. Pero esta vez confío en que no se llevarán la *omlet*.

Cuando nos habíamos reído bastante Chili preguntó:

–¿Qué pasó con la chica?

–¿Cuál chica? ¿Quién? –los ojos de Rafiq centellearon con picardía.

–Aquella hermosa chica francesa.

–No hay nadie así. No hay chicas guapas en Francia.

Ramona recibió un bombón de trufa que Tarok atribuyó a los holandeses

(Coromandel, 1790). Aquello destapó la historia de una travesura de colegiala que sucedió el 1 de abril.

Chili obtuvo una solitaria patata frita que Tarok dijo que era portuguesa (Goa, 1700).

Chili se rió y contó que el año anterior, cuando estaba gorda, solía llevar una única patata en una fiambrrera a los rodajes, y todo el mundo pensaba que aquello era estrambótico.

—Ahora tengo más sentido común —declaró—. Mi píldora vitamínica de las once es el truco. ¡Eso es lo que deberías haberme dado, Tarok! Una píldora vitamínica. ¡Una cápsula a las once y estoy recargada para todo el día! Es la única cosa que nunca olvido hacer, pase lo que pase.

—Discutiré sobre esa cápsula más tarde, Chili —gritó Hilla—. Pero me tienes que demostrar que ahora tienes más sentido común, comiéndote una cena abundante.

Después fue el turno del doctor Sane. Tarok llevó su plato humeante a la mesa.

—*Shorshe maach*. Pescado con salsa de mostaza, de la cocina de Siraj-ud-Daulah, 1756.

El doctor Sane lo probó.

—¿Esto es todo lo que has hecho? —preguntó de forma lastimera.

Tarok sonrió.

—Hay mucho para todos. Está en el menú principal. ¿Pero qué le parece?

—¡Magnífico!

—Gracias. Valoro su opinión. Como sabe, el alma del plato, su latido, por así decir, es el ardor de la mostaza en la salsa. No lo consigue sino el aceite de mostaza más fino. Y el doctor Sane, damas y caballeros, es un entendido en aceite de mostaza. Es conocido como una de las autoridades más destacadas en la materia. Sólo echando un vistazo a la muestra de aceite ya puede deducir su pureza. Como homenaje a sus habilidades he utilizado, ay, simplemente el mejor aceite que pude encontrar. Desearía, doctor Sane, haber podido utilizar la misma calidad de aceite que, según he oído, en una ocasión le tocó juzgar.

Durante aquel discurso el doctor Sane intentó protestar de forma débil, pero desistió pronto. Simplemente nos miró, parpadeando tontamente.

—¿No le gustaría contarnos algo acerca de su experiencia, doctor Sane? —invitó Tarok, haciendo una pausa con delicadeza.

—¡No, no, nada! ¡Muchas gracias! —respondió el doctor Sane sin energía.

–Loco –soltó Ujwala–. Nunca utilizamos aceite de mostaza.

–Como quieras. Pero Arpita y Darshan no se librarán con tanta facilidad. ¡Aquí tenéis!

–¡Puaj! ¡Huevos hervidos! –gimió Darshan–. ¡Odio los huevos hervidos!

Parecían decepcionados... dos simples huevos sentados en tazas blancas de loza.

–¡Llévatelo! –gruñó Ujwala–. No tienes que comértelo, Darshan.

–Oh, me lo voy a comer –respondió Darshan, el Valiente–. Es mi Especial. Gracias, tío Tarok.

Arpita observó mientras él rompía la parte superior de su huevo.

El rostro de Darshan dibujó una sonrisa burlona.

–¡Me has engañado! ¡Es helado! ¡Arpita, rompe el tuyo rápido, se derretirá!

El de ella era de chocolate y el suyo de fresa.

–No es helado corriente, ¿verdad, Tarok? –quiso saber Darshan.

–Ni siquiera es helado. Es una bomba.

–¡Una bomba! ¡Bien!

Los niños estaban encantados.

Tarok, como era de esperar, se refirió a ello como francés, Chandernagore, 1710.

–¿Ninguna historia, Arpita? –preguntó Felix.

Pero su disfrute era suficiente historia. Borró el toque desagradable de la mala intención de su madre.

No lo bastante, sin embargo.

–Es una lástima que Lola no pudiera quedarse para esta cena, Hilla –Ujwala Sane alzó la voz–. Estoy segura de que nos habría ofrecido alguna historia *chatpata*, para relamerse, realmente picante. ¿O acaso se fue porque tenía miedo de qué historia suya podría surgir?

De forma inesperada, Chili replicó:

–Lola no tiene nada que ocultar, a diferencia de alguna gente que hay en esta mesa.

Tarok colocó una mano tranquilizadora sobre su hombro y se inclinó para susurrarle algo al oído. Ella sonrió inquieta y asintió.

–Y ahora, para el señor Bajaj. Un plato que llega directo de la yurta de Gengis Khan. Los mogoles eran conocedores de la carne de caballo. No sólo montaban sus caballos, sino que se los comían con entusiasmo. El *steak tartar*, señor Bajaj, es tan antiguo como Gengis Khan. Pero para usted, he escogido algo más reciente. Entre 1630 y 1632, el país sufrió el azote de una hambruna. Los historiadores hablan de fiestas repentinas que

seguían a días de inanición. Muchas de aquellas fiestas eran improvisadas, se cocinaba en vías públicas frecuentadas por viajeros desprevenidos. Esta receta es de esa época.

La presentación que Tarok hizo del *steak tartar* les habría parecido un poco recargada a las hordas mogolas. La pulcra almohadilla de carne roja estaba coronada por un huevo crudo en media cáscara, rodeada por pequeños montoncitos de verduras ralladas y cortadas en dados.

El señor Bajaj no movió ni un pelo ante la truculenta presentación de Tarok. Se rió y prácticamente *inhaló* aquel bistec.

—¡La historia! —provocó Felix.

—Demasiadas historias de carreras de caballos para elegir —protestó el señor Bajaj—. Después de la cena, quizás.

Luego me distraje, cuando Tarok colocó un plato delante de mí. Mostraba un solo *murukk*, aquel aperitivo crujiente hecho con harina de arroz.

—Inspirado en la ajorca de Kannagi —explicó Tarok—. Silappadikaram, 8 a. C. Rompámoslo y veamos si rebosa perlas.

Lo rompió y cogió la mitad. Me reí y me comí la otra.

Y como la expresión en blanco de Ujwala Sane me dijo que no conocía la historia de Kannagi, decidí contar ese relato.

Como de costumbre, todos los hombres se mostraron interesados por Kannagi y todas las mujeres permanecieron escépticas, excepto Ujwala Sane, que soltó:

—La historia me recuerda que hoy es sábado. Normalmente no ceno los sábados. Sólo comida rápida.

—¿Pizza? —preguntó Tarok—. ¿Quizás una hamburguesa, o *pau bhaji*, un bollo de pan con verduras muy picantes?

Ella lo congeló con la mirada.

—Comida *rápida*. No arroz. *Sabudana vada*, empanadilla de sagú muy frita, algo así.

Un murmullo apreciativo la estimuló.

—Los sábados, nada de arroz. Los jueves nada de chile. Los lunes y martes ni dulce ni sal. Los miércoles y jueves, régimen completo.

—¿Y para qué son todos esos ayunos, Ujwala? —preguntó Hilla.

—Por mi marido.

El doctor Sane protestó en voz alta al oír eso, pero ella lo acalló sin piedad.

—No, él no lo admite, pero aun así ayuno, para que en mi próxima vida también esté

casada sólo con él.

Ramona se rió tontamente y se atragantó con el agua.

Tarok continuó:

—Mientras Ramona se recupera, me tomo un momento para preparar la última y, para mí, la más importante sorpresa de la noche.

Volvió con un plato de plata que colocó ceremonialmente ante Lalli. Encima, un despliegue de hojas de *badam* —almendra— formaba un abanico, rojo, dorado y verde brillante. Acurrucada en el centro había una brillante porción de *halwa* (dulce de sémola y leche), coronada de forma increíble por una monedita de oro. Estaba sentada frente a Lalli, y la riqueza del aroma casi me hizo desvanecer. Una brisa sedosa de *ghi* —mantequilla líquida—, una corriente sutil de azafrán y después la caída abrupta a una plenitud densa de almendras, suave, voluptuosa, y casi... casi narcótica. Inhalé profundamente. Tarok se detuvo mientras le ofrecía a Lalli una cucharita de plata sobre una bandeja, para aceptar el cumplido con una profunda reverencia.

Lalli tomó una cucharada de *halwa* y cerró los ojos.

—¡Increíble!

—De la corte de Harihara I, Vijayanagar, 1336. Pero debería decir, más correctamente... en recuerdo de cierto encuentro en 1976.

—¡Pero aquello no tuvo nada que ver con almendras! —protestó Lalli.

—Cierto, pero supe de ti por el caso de Crawford Market.

Lalli rió.

—Eso fue antes de tu época, Felix, ¡o te habrías apropiado de ese título para un libro! Ya sabéis cómo lo llamaron los periódicos en hindi... ¡*Badami badnaami*, escándalo almendrado!

—Y mientras todo el mundo prueba el *halwa*, por favor cuéntenos la historia de 1976.

Lalli se detuvo.

—¿Estás seguro? —le preguntó a Tarok.

—Por supuesto.

—Muy bien, pues, ahí va 1976. Una tarde lluviosa en la prisión de Arthur Road esperaba para interrogar a un sospechoso y me distrajo una reyerta. Al acercarme encontré a este flacucho, con quince años, dándole puñetazos a un tipo grande y fuerte, y, lo que es más, tumbándolo ante mis sorprendidos ojos. Me impresionó la determinación del muchacho, aunque su técnica de lucha dejaba mucho que desear.

»El tipo del suelo era un viejo conocido nuestro, delincuente habitual, amonestado por agresión. Había estado aterrorizando a un anciano detenido por vagabundeo cuando el muchacho intervino. Entonces no sabía por qué estaba el chico en la cárcel, pero descubrí que era parte de un grupo de bangladeshis que trabajaban como lustradores para un joyero en Kalbadevi. El joyero denunció un robo, había desaparecido una bolsa de monedas de oro... y los chicos fueron arrestados como culpables naturales. Aquello me enfureció. Me ocupé del asunto. Era un fraude al seguro, como sospechaba. Los chicos eran inocentes.

»Cinco años después un hombre joven vino a verme. Trabajaba con el encargado de un servicio de catering en Matunga. Dijo que tenía algo que darme. Era esta moneda. La reconocí antes de reconocer al joven. La moneda procedía del lote de aquel joyero. Y éste era el chico que conocí en la cárcel. Entonces no pude aceptar la moneda, Tarok, pero lo hago ahora, con orgullo. Gracias, Tarok.

—¡No me digas! —Ujwala Sane canturreó triunfal—. Te engañó por completo, ¿eh? Al final era el ladrón.

—¿De qué tonterías hablas, Ujwala? —replicó su marido, con incomodidad.

—¿Tonterías? Creo que tengo mucho sentido común. Más que esta señora. Él tenía la moneda. ¡Es una prueba! Hilla, cuenta tus cucharas, ¡tu cocinero es un ladrón listo!

—De verdad, Ujwala —suspiró Lalli—. Tu mente es muy extraña. Aquel joven ahorró no sé cuántos meses de sueldo para comprarle esta moneda a aquel joyero pícaro.

—Cuatro meses, para ser exactos. Para entonces me había licenciado, de lavar platos a cortar y moler.

—Ya ves, Ujwala, es imposible calcular el valor de esta moneda. Sólo se puede atesorar.

—Háblanos del *badami badnaami*, el escándalo almendrado —se aventuró Felix con valor en medio del silencio amenazador.

—¡Oh, Felix, sabes que nunca hablo sobre asesinatos! Aquello fue una pequeña epidemia de envenenamiento con cianuro. Las víctimas, sin relación entre sí, tenían una característica en común. Todos eran fanáticos de la comida sana. No entraré en detalles, pero las pistas me llevaron a las almendras.

—¿De veras? ¿Pueden envenenarte con almendras? ¿Las almendras tienen cianuro? —preguntó Chili.

—Tonterías —respondió Ujwala con satisfacción—. Escúchame, Chili, si buscas un

cianuro infalible, será mejor que uses matarratas la próxima vez. Tendrás un suicidio feliz y exitoso. Hilla tiene un matarratas muy bueno, para ratas grandes, y ratas del tipo *bandicoot*, que debería bastar para una chica pequeña como tú. Lo encontrarás en un tarro de plástico rojo en el estante superior del armario que hay detrás de las escaleras. Pregúntale a Hilla. ¿Tengo razón, Hilla? ¿No es eso cianuro?

—El matarratas nunca lleva componente de cianuro —explicó su marido de forma imprudente—. Por lo general lleva un anticoagulante, como Warfarin.

—No, Ujwala tiene razón —respondió Hilla, sorprendiéndome—. Le estuve contando lo peligroso que era tenerlo por aquí. Es cianuro sódico en gránulos. Cuando estaban construyendo la entrada, se destaparon muchas madrigueras y el lugar se llenó de ratas. Por poco me deshice del lugar y me puse a correr. Los tipos que trabajan en la desratización hicieron un trabajo maravilloso. Disolvieron los gránulos y bombearon el líquido para introducirlo en las madrigueras. Insistieron en que me quedase con el resto en casa por si sufríamos un segundo ataque.

—Así que, Chili, no pierdas más tiempo —trinó Ujwala Sane en voz alta, ante su propia broma—. Tómate una dosis de cianuro en lugar de tus píldoras vitamínicas de las once ¡y notarás la diferencia!

Se oyeron unas pocas risas desganadas.

Chili sonrió con cortesía forzada y se giró con gratitud hacia Rafiq, que entretenía a Arpita y Darshan haciendo equilibrio con un limón sobre un cuchillo que giraba.

Ujwala Sane le cogió la moneda a Lalli.

—No llega ni siquiera a una *tola*, es decir, ni a 12 gramos —comentó con desdén.

Rafiq se apoyó sobre la mesa, cogió una hoja de *badam* —almendra—, del plato de Lalli, envolvió con ella la moneda y se la devolvió a Lalli con seriedad.

—Será mejor que la escondas —aconsejó—. Sólo por mirarla esta mujer la ha vuelto más ligera. Ya es media tola. Si se la queda más tiempo, ¡puede convertirla en latón!

Tarok encabezó la risa, pero mis propios sentimientos no se sublimaron con tanta facilidad. Él lo percibió y se movió hacia mi lado de la mesa, colocándose detrás de mi silla para presentar el menú principal.

—Y ahora, damas y caballeros, ¡que comience la fiesta!

Menú

Aperitivos

NÉCTAR DE GRANADA: Harappa 2500 a. C.

Zumo de granada endulzado con miel de flor *champak*

VINO DE ARROZ: Harappa 2500 a. C.

Vino dulce, con un *bouquet* que recuerda al arroz al vapor

PONCHE: Calcuta, 1638

De la receta de Albert de Mendeslo
para el '*palepuntz* (ponche)'

Ácidos

KARVELLAMRUTAM: Pataliputra, 305 a. C.

Karela (melón ácido) relleno de mango y *methi* (alholva)

Entrantes

RESHAM KEBAB: Awadh, 1765

Kebab (carne hecha a la parrilla) de pollo picado

KHAMAN DHOKLA: Kathiawar, 1560

Channa dal (potaje de garbanzos) fermentado, cocinado
al vapor y con guarnición

BOMBAY DUCK: Mahikavati, 1265

Pescado *bombil* crujiente

AMMINI KOZHAKATTAI: Tirunelveli, 1465
Bolitas de masa sobre cama de *dal* especiado

MADDUR VADAI: Mysore, 1800
Vadai (empanadilla) crujiente y muy picante

MAKHMALI SHORBA: Delhi, 1645
Caldo de cordero con piñones y nueces

ANASI PAZHA RASAM: Madrás, 1850
Rasam (consomé) de piña

SOL KADI: Konkan del Sur, 1660
Leche de coco con un toque ácido de fruta de *kokum*
(*Garcinia indica*)

Guarnición

CHAAT DE MELOCOTON: Delhi, 1857
Melocotones con especias

PULI INJI: Palakkad, 1780
Jengibre, agridulce

KACHUMBER: Bombay, 1900
Ensalada de pepino

BOONDI RAITA: Benarés, 1700
Boondi crujiente (pastelito de harina de garbanzo)
con *dahi* (cuajada)

Plato principal

Arroz
Arroz al vapor
Comida de los dioses

NAVRATTAN PILAU: Fatehpur Sikri, 1590

Arroz enjoyado con frutas y verduras

TANDLACHI ROTI: Savantwadi, 1560

Roti (torta de pan) de harina de arroz

BISI BELE HULIYANNA: Mysore, 1700

Mezcla picante de arroz, *dal* (potaje de lentejas) y verduras

Trigo

HALEEM: Golconda, 1676

Mezcla picante de trigo, cordero y cebada

ALU PARATHA: Amritsar, 1628

Paratha (tortilla de harina, agua y mantequilla)
hojaldrada rellena de patata picante

GODUMAI RAVA PONGAL: Coimbatpur, 1800

Mezcla aromática de trigo partido y *moong daal*
(lentejas amarillas)

Carne

SALI NE JARDALOO MA GOS: Navsari, 1800

Cordero sazonado con albaricoque y con guarnición
de palitos de patata

NARGISI KOFTA: Awadh, 1765

Kofta (albóndiga) de cordero picado y huevo duro

TABAK MAAZ: Cachemira, 1622

Costillas

Ave

MURGH MUSSALLAM: Delhi, 1632

Pollo relleno

AGRA BATTAKH PASANDA: Agra, 1628

Pato con crema de salsa

PURA KICHILI PAZHAM MILAGU VARAVAL: Nagapattinam, 1776

Pichón con salsa de naranja

Pescado

SHORSHE MAACH: Calcuta, 1756

Pescado con salsa de mostaza

PESCADO RECHEADO: Goa, 1560

Pescado *pomfret* relleno

SHEVANDA MOILEE: Kozhikode, 1510

Langosta con salsa de coco

Verdura

KADAMBAM: Madurai, 800 a. C.

Popurrí de verduras salteadas

ALU POSTO: Calcuta, 1900

Patata con sabor a semilla de amapola

SARSON KA SAAG: Panjab, 1800

Verduras a la mostaza

Paleta de verduras

Daal - Legumbres
OSAMO: Baroda, 1800
Toovar daal (potaje de lentejas) agridulce

RAJMA: Ludhiana, 1947
Alubias picantes

THAYIR VADAI: Madrás, 1900
Urad dal vadai (empanadilla de lentejas)
con salsa de requesón condimentada

Mithai - Dulces
Los dulces son tan antiguos como el tiempo, constantemente
renovados y trascendiendo todas las fronteras regionales

Arroz
VEL AVIL
Copos de arroz con azúcar sin refinar y cardamomo

Trigo (entero)
Halwa

Maida - Harina de trigo
MALLIKA PASANDI
Pastelillo relleno de crema y almendras

Coco
NARKEL NARU
Caramelo crocanti de coco

Fruta / Tubérculo
GAJJAR HALWA
Zanahoria cocida con crema y *ghi* (mantequilla líquida)

ELAI ADAI

Bolitas de arroz al vapor con relleno de jaca

HELADO SITAPHAL

Chirimoya, nata, azúcar. Sin aditivos.

Besan - Harina de garbanzo

PATEESA, MYSORE PAK, MOHAN THAAL

Tres tipos de dulce hechos con harina de garbanzo, *ghi* y azúcar

Frutos secos

KAJU KATLI: anacardos

BADAM HALWA: almendras

CHIKKI: cacahuetes

Leche

ROSOGOLLA (pastelillo de crema bañado en jarabe de agua de rosas), *AFLATOON* (dulce hecho con leche espesa y frutos secos), *PAAL POLI* (pastelillo hojaldrado con crema)

Especial del chef

Plato principal

RUI MAACHER KALIYA SERVIDO CON CHAAL DE SHOKTI GHOR

Dhaka, 6 de septiembre de 1971

Curry de pescado *rui* servido con arroz al vapor

Postre

ISHRAT UL FIRDAUS

Tarta de queso

El menú de Tarok no seguía el modelo habitual. En lugar de eso, había agrupado los platos según su contenido. La elaborada caligrafía eduardiana era la única concesión al artificio: por lo demás, las explicaciones eran concisas y crudas. Por ejemplo, no encontré el *pasanda* descrito como *filet mignon*, o la *kachumber* como *salsa*.

—La sopa debe servirse al principio —afirmó Ujwala Sane en voz alta.

Finalmente se había comido el *Bombay duck*... Tarok colocó con discreción un segundo plato a su alcance. En ese momento ella escarbaba en los tarritos con encurtidos, oliendo las cucharas y volviéndolas a dejar con desdén, sin probarlas.

—Deberías habernos dado la sopa antes del *kebab*.

El señor Bajaj, que había sacado unas gafas con montura plateada para escudriñar el menú, exclamó con incredulidad:

—¡No hay sopa!

Tarok sonrió.

—La sopa es un invento de las naciones indisciplinadas. Su propósito es comprar respeto para el cocinero. Moderar un impropio tragar y engullir. Silenciar el estómago para que la lengua pueda saborear. Con nuestra disciplina histórica de hambruna y necesidad, nosotros, los indios, sabemos cómo respetar la comida. No necesitamos sopa.

—No estoy de acuerdo —comentó Felix—. Tenemos sopas, sopas tradicionales. ¿Qué hay de la *shorba* —el consomé hecho con el jugo de la carne asada? ¿Y la *rasam*?

—¿Has visto cómo las sirven en casa, Felix? Nunca como sopas. La *shorba* se disfruta como salsa. La *yakhni* —sopa de tuétano— es un caldo nutritivo. La *rasam* se sirve entre platos para despertar el paladar y recargar el apetito. El sabor lo es todo. Su textura es delicada, incluso efímera. Servir *shorba* o *rasam* como sopa es una convención de restaurante. No tiene ningún precedente nacional. Pero tendréis tanto *shorba* como *rasam* esta noche.

La *shorba* era una mezcla sedosa con nueces y piñones, muy sutil. La *rasam*, servida sobre una *donnai* –taza hecha de hojas– preparada con pericia, estaba decorada con un dado refinado de piña que hacía girar una madeja azucarada en el interior de su ardiente corazón.

–Pensaba que los encurtidos y las *chatnis* –salsas– cumplían la función de lograr que las papilas gustativas se concentren –apuntó Hilla–. Y veo que has puesto cantidades minúsculas en la mesa. ¿Por qué? Por lo general hay docenas de entre las que elegir.

–Sólo si al cocinero le falta convicción. ¡Personalmente, me siento ofendido cuando alguien pide condimentos en mi mesa! –respondió Tarok.

Ujwala Sane se lo quedó mirando y volcó un tarro de encurtido en su plato.

Tarok le sirvió *resham kebab* casi de inmediato. Como era de esperar, ella no tocó el encurtido. La *khaman dhokla* carecía de la aspereza asfixiante de las sales de frutas Eno, inevitables en estos días de cocina instantánea. La *maddur vadai*, recordada como andén de placer en algún viaje en tren durante la infancia, estaba más crujiente que en la versión de la estación.

–Tenéis que consentirme un poco más –pidió Tarok mientras sacaba los platos de arroz–. Debajo del menú cada cual encontrará un sobre con su nombre. Por favor, esperad al final de la cena para abrirlo. Contiene una predicción. Es bastante distinta a una galleta de la fortuna, es mi suposición acerca de qué platos preferís cada uno.

–Eso es demasiado –protestó Rafiq–, ¿cómo puedes suponerlo? No he oído hablar de la mitad de los platos que hay aquí, y no sé qué me gustará.

–Ah, pero yo sí –contestó Tarok.

Petulante, ¿verdad?

–Arroz al vapor. ¿Dónde está la historia en eso? –preguntó el señor Bajaj con algo de desprecio.

–De verdad –murmuró Alif Bey–. ¡Hay más historia en un grano de arroz que en todos los campos de batalla del país!

–Para cada uno de nosotros, la historia comienza con la memoria –continuó Tarok. Su voz se había vuelto tensa y enojada–. Cada pequeña sorpresa que os he preparado cuenta su historia a través de lo que desencadenaba en vuestra memoria. Usted, señor Bajaj, tenía *steak tartar* por la etiqueta que lleva en mi memoria...

–Carreras de caballos, carne de caballo –pronunció Felix sabiamente.

–Quizás –Tarok se encogió de hombros–. Mi memoria comienza con el arroz. Cuando

planeaba esta comida, elegí cada plato de un libro de recetas de familia. Casi había terminado cuando me di cuenta de que, a menos que incluyese la única comida casera que recuerdo, este menú no sería completo. Os ofrezco mi sabor del hogar, la última comida de domingo que disfruté con mi familia en Dhaka. *Rui macher kaliya* servido con *chaal* de Shokti Ghor.

Era sencillo y delicioso, pero contenía el sabor de las lágrimas.

—Tu *navrattan pulao* pertenece al escaparate de un joyero —comentó Hilla—. De veras, Tarok, es demasiado hermoso para comerlo.

—El *navrattan pulao* no es un plato doméstico —confesó Tarok.

—Sólo es *pulao* —arroz— con verduras —soltó Ujwala Sane, encogiéndose de hombros—, nada especial. Y los *tandlachi roti* que nos dan en los pueblos. Demasiado insípidos.

—Prueba el *bisi bele* —sugirió su esposo.

Había tres platos de arroz con tres de trigo como complemento. Ujwala Sane afirmó que el *bisi bele* y el *haleem* eran el mismo plato.

—Los sabores son distintos —expuso Chili.

La señora Sane no consintió aquello de una simple muchacha.

—¿Qué sabes tú? —preguntó—. ¿Has estado alguna vez en la cocina, señorita?

Todo el mundo se puso a hablar de repente.

Tarok sacó cuencos coloridos de verduras.

—El sabor es un asunto arriesgado —comentó—. Cuando hablamos de *masala* —mezcla de especias— admitimos una confusión sensorial total. *Masala* es una palabra que detesto. Por cierto, no aparece en el léxico culinario. Me gustaría que probaseis estas verduras. Cada plato se ha cocinado con un sabor distintivo. La especia se queda dos pasos por detrás del sabor de la verdura en sí. Felix, tú primero.

Había col con un toque de comino, coliflor con hinojo. Patatas cubiertas de sésamo. Manzana con jengibre. *Brinjal* (berenjena) con *ajwain* —semillas de timol—. *Moong* verde con canela y *urad* con clavo. Cebollas con, bueno, sólo cebollas.

—Sólo azúcar —sonrió Tarok mientras yo trataba de adivinarlo.

Apartó los cuencos de mi lado, con determinación.

Al cabo de un rato todo el mundo se quedó callado. El rostro de Tarok se despejó. Ayudó a Darshan con el pescado y deslizó un *puranpoli*, un pastelito con cardamomo, en el plato de Arpita, cuando su madre no miraba.

—Todo es maravilloso, Tarok, pero tenemos que dejar algún hueco para el postre —

protestó Hilla—. ¿Qué vas a darnos?

—En Suiza tomábamos tiramisú —comentó Ujwala—, después de eso no quiero ningún otro postre. No hay postres indios.

—Perdón por disentir —replicó Tarok—, como, espero, haréis todos dentro de unos pocos minutos cuando traiga el carrito de los postres.

—Oh, un carrito lleno de postres —saltó Darshan.

—Más *puranpoli* —se burló Ujwala.

Pero había más que eso.

—He elegido los dulces que mejor transmiten la riqueza y delicadeza de sus ingredientes. De nuevo, he evitado dulces con condimentos.

—Tampoco has condimentado la *ghi* que has utilizado para cocinar —observó Felix frunciendo el ceño—. No puedes hacer cocina *muglai* sin condimentar la *ghi* con cardamomo.

—Cierto. Eso es porque los cocineros mogoles no eran hábiles preparando *ghi*. No podían, y siguen sin poder, eliminar el agua por completo en el proceso. Eso deja una acidez rancia en la *asli ghi*, la mantequilla líquida casera, que venden los *halwais*, los pasteleros. Sin el cardamomo la *ghi* no tiene carácter. Conozco el aroma de la auténtica *ghi*, probad tres dulces de *besan*: cada uno es distinto al otro y sin embargo son iguales, una amalgama de *besan*, azúcar y *ghi*. *Pateesa*, *mohan thal* y *mysore pak*.

De los tres, el *mohan thal* es el más amable con las capacidades del cocinero. Apenas preparan *pateesa*, sólo lo hacen los más experimentados. Incluso con confiteros exigentes, un tosco pedazo de ladrillo a menudo pasa por *mysore pak*. Los tres dados dorados que Tarok colocó en mi plato se deshacían en la boca.

—Esto es demasiado suave para ser *balushahi*, pastelillo con cardamomo y *ghi* —dijo Felix frunciendo el ceño mientras mordía lo que parecía un bombón dorado pálido.

—Ha sufrido un cambio de género. Es *mallika pasandi* —sonrió Tarok.

—Definitivamente —concedió el doctor Sane—. Por dentro es pura *mawa*, leche espesa.

Ujwala Sane hizo un ruido grosero.

Mientras estábamos todos maravillándonos y exclamando, Tarok sacó el plato fuerte.

—Mi propia invención —anunció, haciéndose eco del Caballero Blanco—. Se dice que la tarta de queso es el dulce más voluptuoso. Pero a ésta le he dado el nombre de *Ishrat-ul-firdaus*, los placeres del paraíso. Decidme si estáis de acuerdo.

Yo sí lo estaba. Y todo el mundo excepto la señora Sane y sus hijos, que querían algo

más dulce. Felix y Rafiq golpearon la mesa a modo de aplauso. Tarok se ruborizó e hizo una reverencia, y deslizó otro pedazo en mi plato. *Era* tarta de queso, pero con complicaciones, como dijo Hilla. Tenía un borde tierno de cabello de ángel sobre una cobertura de crema espesa y sin edulcorantes, sutilmente teñida de azafrán. La tarta era deliciosa y húmeda, y la base de galleta estaba crujiente por las nueces.

Al final, incluso el doctor Sane terminó y abrimos nuestros sobres. Hubo gritos de sorpresa y escándalo. Leímos las listas en voz alta, consternados al comprobar que nuestros gustos quedaban tan desvelados. Mi lista decía: *chaat* de melocotón, verduras variadas, *ammini kozhakattai*, *nargisi kofta*, *tandlachi roti*, *pateesa*, *Ishrat-ul-firdaus*. Era asombroso.

Ramona y los niños asediaron a Tarok, y nos pusimos de pie para darle una ovación. Lo agradeció saludando con la mano y voló a la cocina.

Rafiq y yo recogimos mientras Tarok tomaba su habitual cena espartana de arroz y verduras. Rafiq bailaba en el trayecto entre la mesa del comedor y el fregadero, silbando todo el tiempo. Giraba de puntillas, haciendo equilibrio con los platos. Cogió limones de la nevera e hizo hábiles malabarismos mientras bailaba claqué.

Tarok le observaba divertido.

—¿Así que no hay chicas guapas en Francia, eh?

—¡Ni una!

—¿Y todas las chicas indias lo son?

—No, no. Sólo una. Sólo hay una chica bonita en *mera Bharat mahan*, mi gran India. De acuerdo, quizás dos. Definitivamente dos.

Y antes de que me diese cuenta estaba dando vueltas en un tango por la cocina.

—Observa a Tarok preparándose para una enorme pelea conmigo después —susurró cuando se inclinó sobre mí, me hizo oscilar y de todo menos tirarme mientras salía corriendo de la cocina.

Fue estimulante, aunque no fuese con Rafiq con quien quería bailar un tango. Tarok, abandonando su cena, me cogió justo cuando me soltó Rafiq. Si estaba aturdida por el baile, me sentí más aturdida en los siguientes cinco minutos. Por lo que respecta a los besos, el nuestro fue un aperitivo, ligero, tierno, pero animado por la promesa. Sin embargo, cuando se retiró, sus ojos mostraban preocupación.

—¿Por qué has hecho eso? —solté.

Se estremeció como si le hubiese dado una bofetada. Entonces tuve que explicarme.

—Quiero decir, lo que hiciste en la cena. ¿Por qué les picaste así?

—¿*Picarles*?

—Oh, ¿no lo hiciste? El entendido en aceite de mostaza no sabía adónde mirar.

—Ah, eso.

—Sí, eso. Y también picaste a Alif Bey, pero se lo tomó con buen humor, como Felix, aunque él es demasiado tonto para entender.

—¿Y tú? ¿También te piqué a ti?

—¡Sí, lo hiciste! Nos picaste a todos.

—¿Te importó?

—¡Por supuesto que no! Pero lo habría hecho, si hubiera tenido algo que esconder.

—Es mi idea, exactamente.

—¿De forma que la gente no debería tener secretos?

—No vergonzosos.

—Pero ¿por qué sonsacárselos?

Rafiq preguntó desde la puerta:

—¿Todavía peleando? ¿Necesitáis árbitro?

—Dice que la gente no debería tener secretos. Cree que los secretos de la gente son asunto de cada cual —comentó Tarok.

Rafiq se encogió de hombros.

—A veces. A veces no. Depende de feliz o infeliz. Si estoy triste por la *omlet* de la chica francesa, debe ser secreto. No duele, no secreto. Tú, Tarok, quieres encontrar secreto doloroso.

Tarok puso mala cara.

—La vida es un campo minado. Ayuda saber cuándo va a explotar el suelo.

Era una lógica asquerosa.

—¿Cómo puede herirte el secreto de otra persona? —quise saber.

—No lo sé. Sólo me gusta que la verdad sea sencilla. No quiero saber los secretos de la gente. Sólo quiero que sepan que no me dejo llevar por las apariencias.

—¿Como el hecho de que si eres cocinero, llámate cocinero, no chef?

—Exactamente.

Nos miramos de forma desafiante, enemigos declarados.

Era evidente, había cruzado una línea.

Tras un beso, el paisaje era un borrón impresionista. Era evidente que, para él, no. Las líneas todavía eran bien visibles. Mi corazón se hundió un centímetro o algo así, pero seguí empecinada. Había ido demasiado lejos como para detenerme en ese momento.

Todas mis palabras eran incorrectas. Quería decirle que había estado deslumbrante y profundamente perturbador. Le miré y pestañeé con abatimiento, sin saber qué decir.

Su rostro se despejó. Me tocó la mejilla, y todo el abatimiento se me pasó.

Rafiq, el árbitro, aportó:

—A Tarok no le gusta que le tomen por tonto. Estoy de acuerdo. Tampoco me gusta que me tomen por tonto. Pero la diferencia entre nosotros es: cuando alguien me toma por tonto, espero. Llega el momento en que le tomo por tonto yo. *Bas*, suficiente, se acabó, somos iguales. Pero tú, Tarok, cuando alguien te toma por tonto, golpeas *dindora*—armando jaleo—. En realidad, ni siquiera es necesario que te tomen por tonto. Estás contra todos y cada *ullu*, cada mochuelo.

—¿Entonces, cuál es tu consejo? —preguntó Tarok con más curiosidad que truculencia.

Rafiq levantó las manos en un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo decir? Lo que hago con el *tandav*, tú lo haces con la cena... pero no, confío, dentro del estómago. Somos artistas. En París aprendo esto: el propósito del arte es perturbar. Hacer espinas en el corazón. Lo que después hace el corazón no es asunto nuestro. Es bastante si podemos sentir la espina —se giró pensativo—. Ya sabéis, me siento muy mal por esa señora Lola. Una vida así, primero ese marido, después el abogado, ahora este borracho. Y nadie, nadie, es su amigo. Pero aun así siente las espinas en su corazón, y no le asusta la risa de otra gente. Creo que eso es valor. ¿Cuál era la sorpresa para ella, Tarok? ¿Quizás no la preparaste?

—Oh, preparé una, desde luego. Pensé que podría volver para la cena. Aquí está.

Sacó de la nevera un pepino tallado con ingenio.

—Planeaba servirlo con aliño de menta. Vi cómo la entrevistaban una vez en televisión. La presentadora le preguntó cuál era su mensaje para las mujeres que sufren, y ella respondió: «Mantén el control. No importa lo que pase, mantente fría».

Pensé en aquello después, mientras recogía las flores del salón. Habíamos decidido ponerlas fuera, en la veranda, donde el aire fresco podría conservarlas mejor durante la noche. Cuando estaba moviendo un helecho particularmente liviano, algo me llamó la atención. Era el pendiente de Alexander Calder que llevaba Lola. Probablemente se le había caído durante la refriega que tuvo con Alif Bey la noche anterior, y una rama de

helecho lo había recogido al ser arrastrada cuando colocaron los tiestos allí. ¡Chili no era tan manitas con la limpieza si no había visto aquel pendiente!

Lola lo echaría de menos. Había algo lastimero en la forma en que se había deshecho de sus vanidades, como si quisiera soltar lastre para volar.

Tarok vino a ayudar y le enseñó el pendiente. Frunció el ceño y lo volvió a colgar del helecho, donde se balanceó con tristeza como un adorno navideño olvidado.

Muy pronto la cocina se convirtió en un lugar abarrotado. Con Hilla y el doctor Sane, e incluso, fugazmente, el señor Bajaj, al parecer de camino al baño. Lalli, a quien Felix daba la lata con energía. Alif Bey, que buscaba un trago de forma sedienta. Todo el mundo hablaba fuerte y felicitaba a los demás. No había ni la más remota sombra de reproche. Por encima de sus cabezas, mientras exclamaban, Tarok buscó mi mirada con un brillo irónico.

No pude entenderlo. No pude entenderlo todo.

Hice lo que suelo hacer cuando estoy desconcertada. Irme.

Mientras caminaba hacia el vestíbulo en sombras, casi tropecé con Chili. Estaba de pie, con la espalda apoyada contra la pared, absolutamente quieta. Me recordó a un perro de las praderas, cada pelo alerta, concentrada en lo que flotaba por el aire. Levantó una mano bien para saludar o para evitarme. Imité el gesto y pasé por su lado.

Estaba demasiado inquieta para leer. Me senté ante el escritorio y empecé a escribir. No es un ejercicio tranquilizador. Los maniacos de la escritura nunca escribimos nuestros demonios. Sólo los transferimos a un plano distinto.

Me sumergí en mi filón, y pronto me quedé empantanada con los sufrimientos de Lulu, que parecía tener una semana más necia de lo habitual.

Y después, en algún lugar al final de la página, me di cuenta de que las preocupaciones de Lulu eran contestadas por la voz de Tarok.

—...¡Simplemente no sé qué hacer! —lloró Lulu, con su jerga habitual cada cien palabras o así.

—Duerme bien por la noche —contestó Tarok.

Por supuesto no le estaba diciendo eso a Lulu.

La maldita puerta estaba de nuevo entreabierta y volví a escuchar algo sin querer.

Después, en un limpio cambio de papeles, Tarok pronunció las palabras que hicieron famosa a toda ingenua sonriente de manual:

—Esto es tan repentino —dijo—. Tienes que darme más tiempo.

Me sentí tan estúpida como Lulu.

La voz de él era tenue, suplicante:

—Por favor.

—Prométeme que no me fallarás —era Chili—. Ya me han fallado una vez y no voy a pasar por ello de nuevo.

—Lo prometo.

—Promételo por siempre jamás.

—Nunca te fallaré.

—¿Por qué no se lo contamos ahora a todo el mundo? —pidió ella—. ¿Por qué no podemos proclamarlo a los cuatro vientos? ¿Hay algo de que avergonzarse?

—Te lo ruego, Chili, por favor, dame tiempo.

Oh, no estaba impaciente en absoluto. Ni una chispa de tirantez entre ambos. Era obvio que no había líneas que Chili no pudiese cruzar.

—Pero ¿por qué no podemos contárselo a Hilla ahora? Sólo a Hilla. Por favor. Por favor, por favor, por favor.

—No. No quiero hacer más daño del imprescindible. Necesito tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo. Sólo preguntaba. Hazlo a tu manera. De acuerdo.

Se quedaron callados.

¿La besó?

No lo sabía.

Tenía que saberlo.

No quería saberlo.

El corazón me zumbó entre los oídos como una sierra eléctrica de uso industrial, me ardía la boca.

Antes de que me diese cuenta había abierto la puerta y estaba en la terraza.

Chili se había ido.

Tarok estaba de pie en la balaustrada, mirando fijamente el mar. No se giró.

Pero en algún lugar bajo las sombras profundas de los aleros, oí una respiración que coincidía con la mía. Ligera, rápida, tensa.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido entre Chili y Tarok, le importaba a alguien más aparte de mí.

Tras una noche que pareció la *Cabeza rafaelesca estallando* de Dalí, me quedé dormida al amanecer. Pasaban de las ocho cuando me desperté por una cacofonía que sonaba como el mercado de pescado de Khar al mediodía. Era, de hecho, producto de una sola mujer.

Para cuando me hube duchado y vestido, la perorata había amainado hasta convertirse en una queja. Me arrastré para bajar las escaleras y me incliné del todo sobre Hilla, que estaba sentada en el rellano, con el rostro enterrado entre las manos.

—¡Hilla! ¿Qué pasa?

—¿No te has enterado? La Sane quiere que despida al cocinero. O se va él o se va ella.

—Nadie va a marcharse a ninguna parte hoy —anunció Lalli desde el arranque de las escaleras—. Estamos aislados... ¿O no os habéis dado cuenta?

Yo no, de hecho. Sorprendentemente, Hilla tampoco. La lluvia no había cesado desde la pasada noche. Pero su chaparrón atronador era un mero golpeteo, frente al aciago estruendo del mar. Constante como un latido, aporreaba el aire como si alguna bestia gigante e invisible se agazapase sobre nosotros. El óculo de la pared, tan brillante como un ornamento, destellaba ahora malévolamente como un ojo de cristal. Todo lo que podía ver desde la ventana era una espesa cortina gris de agua, y la catarata de la tromba sobre el tejado.

Corrimos hacia la veranda para ver el mar. En aquel momento la lluvia amainó y pudimos ver más lejos. El mar avanzaba hacia nosotras como un muro de cemento en movimiento, grueso, impenetrable. Envolvió por completo a las rocas. La carretera de la playa era ahora un territorio submarino. Los tramos más bajos de la carretera que subía la loma apenas eran visibles porque el mar azotaba y se retiraba con una espuma de frustración, perplejo por la considerable elevación de la colina. Ardeshir Villa estaba a

flote, arrastrada por la corriente sobre el Ararat, con la bodega llena de animales quejumbrosos, ninguno de los cuales estaba emparejado con satisfacción.

Hacia el este, el pueblo permanecía completamente incomunicado. Había agua hasta donde alcanzaba la vista, un enorme espejo de agua borroso y agrietado.

Incluso mientras mirábamos, la cortina de agua se espesó y se acercó más, hasta que todo lo que pudimos ver fue una nube desdibujada.

—Tenemos comida, agua corriente, electricidad, berrinches suficientes como para mantenernos entretenidos hasta que llegue alguna ayuda —comentó Hilla encogiéndose de hombros.

Lalli respondió:

—El teléfono debe de haberse quedado sin línea. ¿Quién tiene móvil? ¿Aparte del señor Bajaj?

Al parecer, nadie. Hilla se había dejado el suyo. Ni Lalli ni yo teníamos, y los Sane, comentó Hilla, no lo habían llevado. Parecía que todo el mundo había pensado en aquel fin de semana como una huida total. Quedaban Chili, Rafiq, Tarok y Felix. Sabía que ni Tarok ni Felix tenían móvil. Chili arrojó el suyo desde un *autorickshaw* de camino a la casa de Hilla para evitar llamar a su ex. Felix podría llevar uno metido en sus partes, parecía de ese tipo. Probablemente Alif Bey ignoraba el invento.

Lalli asintió ante mi inventario.

—Entonces estamos de verdad aislados de la civilización, y podemos volvernos tan animales como nos venga en gana.

Decir eso parecía, de verdad, algo extraño.

El griterío comenzó de nuevo, con la voz de Ujwala Sane elevándose con furia histérica. Antes de que pudiésemos escabullirnos, se lanzó sobre nosotras.

—Y entonces ¿qué vas a hacer, Hilla? ¿Se irá el cocinero o hemos de hacerlo nosotros?

—El tiempo no permite que nadie se vaya esta mañana. Ni siquiera podrías volver nadando a la ciudad. Es demasiado peligroso. ¿Cuál es el problema, Ujwala? Seguro que podemos encontrar alguna solución.

—Es ese maldito cocinero. Llama a la puerta cuando estoy profundamente dormida, entra antes de que pueda levantarme, deja la bandeja haciendo ruido, vierte alguna sustancia en el plato, ¡y le prende fuego! «Son exactamente las ocho y media», dice. «Señora, ¡sus crêpes están servidos!» ¿Os lo podéis creer?

Yo sí, aunque mi ola de júbilo se vio aplastada de repente por el recuerdo de los

acontecimientos de la noche anterior. Pero ella todavía no había terminado.

—¿Por qué me despiertas en medio de la noche?, le pregunté. ¿Y sabéis lo que me respondió? «Tengo que preparar el desayuno. No puedo tener a todo el mundo esperando por culpa de sus caprichos.» ¡Hablarle así! ¡Un cocinero! Oh.

—No te lo comas —terció Hilla—. Lo devolveré a la cocina y en vez de eso te llevaré un huevo cocido.

—¡No quiero un huevo cocido! No probaré ni un bocado de algo que haya cocinado ese hombre; ¡te lo advierto!

El doctor Sane se unió a nosotras, con aire incómodo. Tenía una toalla atada alrededor de su generosa panza y media cara cubierta por una chillona espuma color verde lima.

—¿Por qué no dejas que me afeite en paz? —refunfuñó dirigiéndose a su esposa—. Jaleo, siempre jaleo. Me he comido lo que nos ha puesto, se estaba enfriando de todos modos.

—Vayamos abajo, encontraremos algo de café caliente —ofrecí.

Pero Ujwala lo desdeñó con impaciencia y regresó despotricando a la habitación, cerrándole la puerta a su marido. Fue difícil no sonreír.

Hilla, la práctica, le aconsejó pasar por la habitación de los niños y dijo que más tarde haría que subiesen una bandeja. Él se marchó con expresión adusta.

—¿Qué voy a hacer con todos ellos? —gimió Hilla—. Alif Bey está en la habitación contigua a la mía, quejándose con resaca. No puedo salir al pasillo sin que el señor Bajaj y sus documentos me tiendan una emboscada. El doctor Sane dará comienzo a su número tan pronto como su esposa tenga un intervalo lúcido. Y Dios sabe qué *tamasha*, qué espectáculo se le ocurrirá a ella la próxima vez. Y el cocinero...

Me señaló con un dedo acusador.

—*Tu* cocinero está de los nervios porque Felix Rego le ha pedido que cambie el menú para la comida.

—¡Felix no puede hacer eso!

—Es un desafío o alguna tontería así. Esos hombres se comportan como niños de diez años. ¿*Ahora* qué?

Ramona vino llorando tras girar la esquina con el aspecto de diez furias.

—¡Le he pegado! —anunció, una santa proclamando el martirio.

—Hurra. Todos necesitan que les peguen. ¿A quién ha sido?

—A Alif Bey.

—Oh, bien. Puedo ponerle de patitas en la calle bajo la lluvia. Quita las manos de mi

sobrina y todo eso.

–¡Oh, no, títa Hilla! –exclamó Ramona, horrorizada–. No ha sido eso en absoluto. Está llorando.

–¿Qué?

–Sí. Tiene el corazón roto. De verdad es muy triste, pero cuando me puso las manos alrededor del cuello y empezó a llorar, le aparté. Cuando volvió a hacerlo, le pegué con fuerza.

–Está borracho –comentó Hilla con indignación–. Francamente, ¡debe de ser más fácil dirigir un zoo!

–¡Doctora Hilla! ¡Un momento, por favor!

El señor Bajaj surgió, grande y plateado, blandiendo un fajo de papeles. Hilla soltó un gritito y se escabulló con todo descaro.

Lalli avanzó con valor hacia el señor Bajaj.

–Hilla tiene una crisis en la cocina. ¿Has tomado té? Me he dado cuenta de que no bebes café. ¡Estoy segura de que nos las podremos arreglar todos con un desayuno caliente bajo un tiempo como éste!

Y con esa persuasión tranquila que he envidiado tan a menudo, alejó al señor Bajaj.

Me giré, para irme a hurtadillas al mirador de Framroze, cuando la puerta de Felix se abrió de golpe y él apareció.

–¡Qué mujer! Lo he oído todo. La Sane, quiero decir –aclaró de inmediato–. Apasionada, volcánica.

–Rompiente.

–¿Eh? ¿Estás segura? Debo mirarlo. *Eros rompiente*, suena estupendo, de verdad. ¡Gracias!

–Cuando quieras. ¿Qué es eso que he oído acerca de cambiar el menú en el último momento?

–Ah, olvidé que abogas por su causa.

–No estoy haciendo nada de eso. Por cierto, ¿cómo es que no se derramó nada de ácido oxálico la pasada noche?

–Estaba demasiado ocupado asimilando la historia como para darme cuenta.

–Deberías haberte quedado una copia.

–Apuéstalo. Y del baile de Rafiq la otra noche. La tormenta. La agitación de las

fuerzas de la naturaleza. Un cristal rojo sangre queda perforado por el dentado tenedor de un rayo. ¿Silueta o quimera? A la mañana siguiente... una mancha de sangre se seca.

—¿De modo que ya no insistes con Lalli?

—¡En absoluto! ¿De verdad estaba en la policía?

—Eso creo.

—Personalmente, creo que es una gran idea. Trabajadores sociales para delincuentes sexuales, y asesinatos por la dote y todo eso. Deja a los polis en paz para que se concentren en el crimen. ¡Oh, buenos días, doctor! ¡Qué chaparrón estamos teniendo!

El doctor Sane, acicalado para la jornada, anunció:

—Mi esposa tiene migraña. Sufre terriblemente. Le he pedido que se tumbe hasta la hora de comer.

Dejé a Felix murmurando su solidaridad y me escabullí para volver a mi habitación, donde encontré a Ramona sujetando sobre sí misma con admiración mis capri amarillos ante el espejo. Ese día llevaba una diadema amarilla que elevaba su pelo crespo hasta formar una cascada castaña rojiza.

—Pruébatelos —propuse.

—¿Oh, puedo? —se quitó los vaqueros con regocijo y se introdujo en los capri.

Le quedaban perfectos. También le di la camiseta, y le traspasó cuidadosamente la mariposa plateada de la blusa que se acababa de quitar.

—¿Oh, y qué hay de ti? —gimió, acongojada—. ¿Qué te pondrás?

—El diamante para el ombligo de Ujwala Sane.

Ramona se rió como una tonta.

—Apuesto a que aparecerá en mallas para la clase de Rafiq. Arpita dice que tiene unas con estampado de piel de tigre.

—Qué apropiadas.

—Estás realmente desanimada esta mañana, ¿verdad?

—¡Todo el mundo parece estarlo!

—Pobre Alif Bey. Huele fatal.

—Es un gran escritor —repliqué.

Parecía estar diciéndolo todo el tiempo.

—No deja de decir que no tiene nada por lo que vivir. No hará ninguna tontería, ¿verdad? Quiero decir, matarse o algo así.

—Si quiere hacerlo no podemos detenerle. Pero confiemos en que lo posponga hasta

llegar a casa, en lugar de arruinar la vida de Hilla.

—Oh, sólo estás fingiendo. Apuesto a que gritarías si le pasase algo. Vimos un ensayo suyo en undécimo curso, fue mortal, *yaar*. No pude hacerme una idea acerca de qué hablaba el tipo. Lo dejé a la mitad.

—Vamos, tomemos un poco de café.

—Ya me he tomado el mío. A Tarok le ha dado un ataque, ¿te lo ha contado mi tía? Felix ha pedido mayonesa, a montones. No estaba en el menú, y ahora no hay tiempo, así que Tarok se ha puesto a preparar el resto de la comida como un loco para poder batir en paz huevos sobre el hielo, me ha dicho. ¡Vaya vida para un hombre!

—¿Qué quieres que haga? ¿Salir y matar un oso para el desayuno?

—El desayuno consiste en *hoppers* y estofado y huevos florentinos con mermelada de piña. Me pidió que te mencionase en especial los *hoppers*. ¿Qué son?

—Vamos, ¡te lo enseñaré!

Bajamos corriendo las escaleras, animadas.

Chili entró a la deriva, con aspecto pálido. Arrastró una silla hasta nuestra mesa y bostezó.

—¿Cómo está la princesa esta mañana? —preguntó, burlonamente.

—Gracias, Chili. Nunca hubieses adivinado que estaba medio histérica con aquel *sari* —soltó Ramona de corrido—. Probablemente lo habría dejado de no ser por tu ayuda.

Chili le puso una cara divertida.

—¿Por qué estás tan apesadumbrada? —me preguntó.

No creí que se me notase. Con cobardía, culpé al tiempo.

Chili asintió.

—Sí. Yo también necesito el sol. ¿Sabes?, una vez en Londres me pasé sin ver el sol durante una semana entera. Estaba tan enferma que creí que me iba a morir. Pero entonces el médico dijo que estaba TRISTE. ¿Me lo dice usted?, le contesté; sé que estoy triste y que no es normal. Pero al parecer tenía una enfermedad que se llama TAE, «trastorno afectivo estacional». En inglés se llama SAD, triste. La pillas si no ves el sol.

Ambas me examinaron como si estuviese terminal.

Era imposible tenerle aversión a Chili. No obstante, estaba molesta con ella. A quien detestaba era a Tarok.

—Hoy es el gran desafío culinario, ¿verdad? ¿Con los siete platos? Caramba, ¡de veras que vivimos para comer! Apuesto a que he engordado diez kilos este fin de semana.

Las sinceras protestas de Ramona quedaron interrumpidas por la voz de Rafiq:

—*Chalo*, vamos, ¡hagan algo de ejercicio, señoras! Ramona, ¡trae a tus amigos!

Ramona se terminó el plato con prisas. Yo di una excusa, pero Chili dijo que tendría que ir a mover el cuerpo, como decía Ramona.

—Pero sólo media hora, ¿de acuerdo? Tengo que recuperar sueño perdido o mañana estaré hecha una ruina. Simplemente tengo que irme a la habitación a las once, tomarme la vitamina y descansar un par de horas antes de la comida, o mañana tendré el cutis como el barro.

Me sentí injustificadamente sola cuando se marcharon. Luché contra las ganas de llamar a la puerta de la cocina. Se dijo que Tarok había explotado a causa de la mayonesa, y lo último que necesitaba en ese momento era un enfrentamiento.

¿Y *con qué*, en realidad, podía enfrentarme a él?

Al final, ¿cómo se juzga una relación? Si es a través de las palabras, entonces debemos prepararnos a que nos traicionen siempre.

Tuve un pensamiento más alentador. Quizás para entonces todas las langostas se habían salido de la cesta y avanzaban hacia el tocador de La Sane. Más o menos en aquel momento deberíamos escuchar un grito...

—Hey, estás aquí. Te he buscado por todas partes. No te he visto ni un momento esta mañana. ¿Qué pasa?

Su rostro, borroso a través del vapor que ascendía de mi taza azul real, que él llevaba, fue la visión más bienvenida del mundo.

Y entonces me acordé, y mi sonrisa decayó y sus ojos se nublaron. La cólera que sentía amainó y en su estela dejó una risa áspera y oscura, como fragmentos de un cristal roto.

—¿Qué estás pensando?

—Que las langostas deben de haber llegado hasta La Sane en este momento.

—¡Ay!, las lancé al congelador no hace ni diez minutos.

—¿Entonces no entran en el menú? ¿Qué hay de la mayonesa?

—Rego tendrá lo que quiere. Langosta con mayonesa; aunque ¿qué tiene eso de estupendo?... No me lo puedo imaginar. Lanzarla al congelador durante veinte minutos es la muerte más tranquila para una langosta, pero Felix merece algo más doloroso. Sin embargo, eso no es lo que estabas pensando.

—No, no lo era. Pero no importa.

–Tus ojos me dicen que sí.

–Entonces, después de la comida. Después de la langosta con mayonesa.

–No para ti. Especialmente para ti, voy a servir mi exquisitez corsa.

–¿Qué es?

–Puro cielo. Langosta con su langostinidad ensalzada por una crema delicadamente sazonada, servida sobre un nido de cabello de ángel.

Y, tras cubrir mis manos con las suyas durante un instante, se marchó.

Me terminé el café y decidí interrumpir el análisis y la conjetura hasta después de comer. Tarok no parecía cargar con ningún tipo de secreto, fuese doloroso o feliz. Lo más probable, siendo un completo profesional, es que hubiese borrado de su mente la promesa que le hizo a Chili hasta tener lista la comida.

Era estúpido por mi parte, ciertamente, mirar más allá del fin de semana.

Además, casi había terminado.

Haría como si nada hasta la mañana siguiente y después nos marcharíamos y no volvería a verle nunca. Regresaría a mi pulcra y ordenada vida en Utkrusha, haciendo erupción, como Lulu, una vez a la semana, y el resto del tiempo tenía libros que escribir, terrible material fúnebre que garantizaba conducir a los lectores hacia el suicidio inmediato.

Entonces, como era natural, fui a la biblioteca.

Había esperado hacerlo desde que llegué, pero hasta aquella mañana nunca había estado gratamente sola. No puedo, sencillamente no puedo soportar la compañía humana ante una estantería. La biblioteca de Framroze era la única habitación que la arquitecta de Hilla había dejado intacta. Era grande y en un día agradable estaría aireada y luminosa. Tenía ventanas altas con asientos bien mullidos que daban al camino de entrada. Aquella mañana un remolino acuoso era lo único que podía verse a través de los cristales. Había un reflejo fantasmal en el aire, y por un momento tuve la tentación de abandonarme en el sillón con forma de vientre materno, contenta de hundirme todavía más en mi particular ciénaga de desesperación.

Al final encendí las luces y el lugar saltó a la vida. Los libros me contemplaban desde todas las paredes, el dorado mate de sus tapas desgastadas se encendía bajo la llamarada tibia de las lámparas. Éstas también eran de la época de Framroze, sus anchas pantallas de porcelana creaban albercas de oro sobre el suelo de linóleo.

La siguiente hora fue la gloria. Al final, me llevé el libro al asiento de la ventana, y evité el sillón. Estaba un poco irritada por haber cogido a Browning. Encontré la línea que andaba buscando, pero eso me devolvió a mi presente inquieto. Tendría que ocuparme de ello de verdad tras la exquisitez corsa... para la cual ya no tenía nada de apetito.

Me despertó una tos. Alif Bey.

—Hace tiempo que quería tener unas palabras contigo. Leí tu libro la pasada noche.

Alif Bey había recuperado el aplomo y en aquel momento estaba preparado para representar a Néstor.

—Corres el gran peligro de convertirte en una escritora inteligente. Inteligente en sentido peyorativo, por supuesto.

Peyorativo. Como *consentir*, no es una palabra que se escuche. Traté de encontrar una salida adecuada.

—Tu mente no es lo bastante curiosa. Eres demasiado confiada. Nunca serás una buena escritora a menos que aprendas a sospechar. No debes fiarte de nada. Necesitas una mente como la de nuestro cocinero.

—¿Tiene una mente desconfiada?

—Si necesitas preguntarlo, tengo que concluir que fuiste totalmente ajena al juego que desarrolló la otra noche.

—Nos picó.

—¡Oh no, no! Ese término es demasiado suave. Jugó con nosotros. Nos amenazó. Nos torturó. Nos condujo a un centímetro del asesinato.

—¡Desde luego eso es demasiado radical!

—¿Lo es? Deberías preguntarle a tu tía en algún momento.

Me encogí de hombros. No quería debatir sobre el cocinero.

—Una mente como la de Tarok es inestimable. ¡Desearía tener una mente así! Bueno. ¿Qué escribes en estos momentos?

—*El cuaderno de bitácora de Lulu* —contesté de inmediato, decidida a sorprenderle.

Se rió.

—¡Santo cielo! ¿Es tuyo? ¡Me encanta! ¡Es fabuloso!

Entonces me desconcertó. No podía imaginarle disfrutando con una idiota como Lulu. Pero al parecer, lo hacía, puesto que habló de ella un rato.

Yo también habría disfrutado, pero no podía dejar de pensar todo el tiempo en el

zapato de Lola. Aquel acto de maldad simplemente no encajaba con este hombre, pero eso se notaba, ¿o no?

¿Podía haber sospechado a las diez de la pasada noche que antes de las doce Tarok le estaría prometiendo a Chili el cielo para siempre?

Nunca puedes saberlo.

Alif Bey mencionó el nombre de Lola muy pronto.

—Mira a Lola, por ejemplo. Tiene una buena historia. Tiene una historia estupenda. Pero no sabe cómo contarla. Su manuscrito se lee como un informe municipal. Por cierto, así fue como nos conocimos. Ha estado intentando escribir su autobiografía. Por fin esta semana terminó el maldito texto. No es bueno. Se lo dije. Puedes imaginarte cómo le cayó eso.

Guardé silencio y me di un sobresaliente por el tacto.

—De todos modos, no le culpo por querer escribir su vida. Hay dinero en ello. Aparte, no se lo tiene que imaginar todo. Le envidio eso. Tú y yo, que vivimos vidas aburridas y sin interés, tenemos que inventarnos otras peligrosas para escribir decentemente.

—Desde luego Felix lo hace.

—A eso no lo llamas escribir, sin duda. Ese hombre tan sólo refunfuña. He oído que esta mañana ha puesto histérico al cocinero.

Me negué a derivar en aquello.

—Ahora que hemos comentado mi libro hasta la muerte —repliqué con firmeza—, hágame sobre *El pensamiento ciclista*.

Hizo una pausa, con una mano sobre la frente. No había nada teatral en el gesto. Era simplemente desesperanzado.

—No hay pensamiento ciclista —dijo entre dientes—. Todo es una farsa. El pensamiento ciclista nunca existió.

No supe qué decir.

—A mi edad, descubrir que has construido tu vida sobre un mito llega demasiado tarde, demasiado tarde.

Se levantó para marcharse.

—Tengo un dolor de cabeza terrible —dijo, descendiendo a lo mundano—. No hay café, el cocinero se ha encerrado en la cocina.

—Debe de haber dejado un poco fuera en la despensa. Normalmente lo hace.

Se marchó arrastrando los pies, con su fe en los ángeles guardianes vencida para

siempre. ¿Dónde estaban las magníficas criaturas que poblaban sus libros? ¿Mujeres con brazos como cabezales, pechos como almohadas Dunlop, corazones como cocinas donde siempre es la hora de comer? ¿Dónde estaban, de hecho, las nieves de antaño?

Mi frágil paz se hizo añicos.

Todavía no eran ni las once y media. Tenía que matar un par de horas antes de volver a hacerle frente a Tarok.

Eché un vistazo a mi alrededor, sin orden. En la parte trasera de la estancia había un cuadro grande apoyado de cara a la pared, probablemente el retrato del que Hilla había hablado la pasada noche. Lo levanté con dificultad, y le eché un vistazo. Me sobresalté al ver a Ramona mirándome fijamente desde aquel marco ornamentado. Si ésa era la madre de Hilla, el parecido era asombroso. La mujer del retrato era muy joven, apenas mayor que Ramona. El artista había sido sutilmente halagador, utilizando tonos pastel luminosos para realzar la frescura de la juventud. No se parecía ni lo más mínimo a la figura trágica de la infancia de Hilla. Pero así era como Hilla quería recordarla.

—¿Sabes si queda algo de café?

En esa ocasión se trataba de Ujwala Sane, con expresión de mártir, su *salvar kamiz* púrpura era, con mucho, el atuendo de la tragedia.

—La cocina está cerrada. El cocinero no va a abrir la puerta. ¿Qué está haciendo dentro?

La portavoz del cocinero, *c'est moi*.

—Hay café en la despensa. No se debe molestar al cocinero. Tiene muchos huevos que batir.

—¡Qué locura! Le falta un tornillo, sin ninguna duda. No he conseguido mi tostada con champiñones.

—¿Te gustó el baile de Rafiq? —pregunté con furia, decidida a dejar de hablar del cocinero.

—¡Horrible! ¡Sólo me gusta lo clásico!

—Los niños van a ofrecer un espectáculo mañana. ¡Están entusiasmados con ello!

—Ja. Danza lluviosa, danza dolorosa. Es tan torpe, Arpita, sin encanto, sin gracia, ¡nada! Nadie puede creer que sea hija mía.

Por suerte, su esposo me salvó de responder.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de manera cortante—. Ve y échate hasta la hora de comer. ¿Quieres que te dé un ataque de verdad?

—Quería café —contestó ella con un hilo de voz, como una niña a quien han regañado.
—Te llevaré café más tarde. Puedes dormir dos horas antes de comer. Vamos, ahora.
Se marcharon.

Esta vez no hice nada para evitar el sillón con forma de vientre materno. Me hundí en sus cojines lujosos, disfrutando del silencio.

Los sonidos llamaban a la parte exterior de mi cáscara. El oleaje del mar, el traqueteo severo de la lluvia. La voz de Rafiq pidiendo ritmo. Algo pesado que alguien movía. Pies que iban a un lado y a otro del pasillo.

Me pregunté qué estaría haciendo Lalli. Había algo que tenía que contar...

Debí de quedarme dormida.

Cuando me desperté, atontada y hambrienta, el reloj me dijo que eran casi las dos.

Me levanté a duras penas del sillón y, con aire de culpabilidad, salí paseando.

Estaban todos reunidos en el vestíbulo. El salón, debería decir. Pero era un vestíbulo, con un elevado techo ornamentado, profundas ventanas en saliente y muchos espacios elegantes abiertos y conservados por la inteligente decoradora. El mobiliario era en su mayoría el rococó de Framroze, pero había una o dos piezas menos insistentemente falsas. Las antigüedades más frágiles y valiosas estaban tras un expositor que las preservaba. No había mesas contra las que pelarme las canillas, la alfombra no sobresalía con disimulo para rozarme los tobillos, y los cuadros, fotografías descoloridas del puerto de Bombay, no invitaban al comentario. Era una estancia en la que estar cómodo, y ciertamente todo el mundo se sentía cómodo allí.

Alif Bey estaba dormido sobre la *chaise longue*. El doctor Sane estaba sentado solo ante una mesita, frunciendo el ceño sobre un fajo de documentos. Hilla, Lalli y Felix discutían animadamente. Probablemente Chili seguiría echando un sueñecito en su habitación. Rafiq y su troupe tampoco estaban, y supuse que Ujwala continuaba peleada con la migraña.

Felix exclamó:

—¡Mirad lo que tenemos! Algo mejor que el ácido oxálico. Imagina la escena... Lalli con seda púrpura...

—Sienes de marfil, ojos de media luna.

—Me alegra que te acuerdes —aprobó—. Seda púrpura. No, mejor que sea azul. ¿Lo captas? Azul de secreto profundo de medianoche. Alrededor del cuello, zafiros. Dos lágrimas de azul encendido caen desde sus orejas de cauris.

»Mira al otro extremo de la mesa, recordando. Después se quita un pendiente con rapidez, se inclina y lo deja caer en el vaso de él. «Bebe para mí», murmura con languidez.

Lalli parecía recatada.

–¿Qué hay en el vaso? –quise saber.

–Curasao. También azul. Él bebe. No es un zafiro en absoluto... es puro sulfato de cobre. Antes de que se dé cuenta... muerto.

–El acto de Cleopatra.

–Sí. Estaba en nuestro libro de química del colegio. ¿Fue una perla, verdad? Lo tengo. El sulfato de cobre es letal, amiga, simplemente letal.

–¿Pero se disolverá en curasao? –pregunté.

Felix hizo caso omiso con desdén.

–Hilla, tendrás el placer de ver a tu madre durante la comida –comentó el señor Bajaj, sobresaltándonos a todos.

Resplandecía, fragante e impoluto, vestido de blanco recién planchado. El pelo húmedo, alisado hacia atrás desde la frente, lucía un brillo de aluminio. Explicó que había colgado el retrato de la pared del comedor, y en aquel momento necesitaba que Hilla aprobase el ángulo. Había sido un trabajo caluroso y polvoriento, contó, y estaba contento de haberse refrescado con una ducha justo a tiempo para la comida.

–Regresaste antes que yo –dijo sonriendo abiertamente al doctor Sane, que le había ayudado con el cuadro–. ¿Le devolviste la cuerda a Tarok?

–No, la cocina todavía estaba cerrada, así que la dejé en la despensa cuando fui allí a por café –respondió el doctor Sane.

Al parecer todos habían tratado de entrar en los dominios de Tarok, y nadie lo había logrado.

–Con todo, tu cocinero es un hombre de palabra, Hilla –rió el señor Bajaj–. Tus invitados habían olvidado su promesa, pero justo a las once y cuarto me encontré con él en el pasillo, llevando un rollo de cuerda de nailon y tijeras, de camino al comedor. «A Hilla le gustaría tener allí el retrato cuando vayamos a comer», me dijo. «Vete a batir esos huevos», le respondí. «Déjame esto a mí.» Entonces se comentó el parecido de Ramona con el retrato, y Felix se arrepintió en voz alta de no haberla incluido en su desastre del sulfato de cobre. Cuando el reloj dio las dos nos sobresaltamos.

–Será mejor que vaya a buscar a Rafiq y a los niños –se ofreció Felix–. Ésta no es una comida a la que nos podamos permitir llegar tarde.

También el doctor Sane fue en busca de su esposa con migraña.

Para mi sorpresa, Tarok no apareció.

Excepto Chili y la señora Sane, a las dos y cuarto estábamos todos reunidos en el

vestíbulo. La mesa todavía no estaba puesta. A las dos y media, Hilla rompió la regla esencial de no molestar al cocinero en ningún caso. Regresó, con aspecto irritado. La cocina seguía cerrada y cuando llamó a la puerta no hubo respuesta.

—Dejémosle en paz —aconsejó Rafiq—. Todos los artistas se ponen nerviosos a veces. El señor Rego está esperando con papel y lápiz, de modo que Tarok quiere un respiro. Esperemos un poco. Más apetito.

Ramona, deseosa de contar su aventura matutina con el ejercicio corporal, me apartó con urgencia.

Ya pasaban de las tres cuando Lalli apareció en la puerta... Ni siquiera la había visto dejar la habitación.

No entró. Se quedó de pie en silencio hasta que nos dimos cuenta de que estaba allí. Las palabras se congelaron. Un terror frío se apoderó de mí al ver su quietud.

Lo supe antes de que hablase.

Esperé a escuchar sus palabras en un tormento insoportable.

El cocinero estaba en la cocina. Le habían golpeado en la parte trasera de la cabeza, y estaba muerto.

A partir de este momento, debo tener cuidado con mi narrativa. Mi propia agitación no es parte de la historia. Creo que perdí el conocimiento cuando Lalli hizo el anuncio. Lo siguiente que recuerdo es el tamaño grande y confortable de Hilla abrazándome, como si me hubiese hecho pedazos y tuviesen que volver a juntarlos.

Regresé despacio a una habitación llena de extraños que miraban de forma fija y hueca a la mujer que estaba en la puerta.

¿Quién era? ¿Por qué se dirigía a mí?

Habló:

—Te vas a sentir así durante mucho tiempo a partir de ahora. Irreal. Como si fuese una pesadilla, y al final te despertarás. Escucha con atención. Esto es cierto. Está pasando ahora. Tarok Ghosh ha muerto.

Se giró hacia los demás.

Entonces la recordé. Era mi tía. Era de la familia. Debería estar abrazándome, debería estar pasándolo mal por mí. Pero estaba de pie, lejana y concentrada en algo bastante diferente. No pude percibir de qué se trataba. Todavía no.

Parecía más alta de lo habitual. Sus ojos tenían un brillo febril que nadie pudo confundir con lágrimas.

—Por favor, quedaos en esta habitación hasta que vuelva. Puede ser media hora o más. Voy a hacerme cargo de la situación y espero que todos cooperéis en cada paso. Estamos aislados hasta que el tiempo mejore. Los teléfonos no funcionan. Todavía tenemos electricidad, pero puede fallarnos en cualquier momento. Por favor, permaneced juntos. La señora Sane y Chili están en sus habitaciones. Las traeré para que se unan a vosotros. Que nadie se marche hasta que yo vuelva. Quedaos tranquilos, por favor.

Dicho esto, cerró la puerta a su espalda.

Los niños, lloriqueando, se agarraban a su padre, que miraba impotente de un lado a

otro de la habitación.

El señor Bajaj dijo:

—Si Tarok Ghosh está muerto, me gustaría verlo por mí mismo. No acato órdenes de ancianas.

—Esta anciana, como injustamente la llama, ha visto más asesinatos de los que usted haya oído hablar jamás —comentó Alif Bey desde su rincón—. Le informo, señor Bajaj, que el inspector de policía acata sus órdenes cuando se refiere a un homicidio.

—El inspector es amigo mío. Le llamaré de inmediato.

Un móvil saltó a su mano. Él soltó un sonido impaciente... obviamente, no funcionaba, como el fijo.

—Esperemos con tranquilidad a que Lalli regrese. Puede atrapar al asesino, y el resto de nosotros nos iremos a casa —continuó Alif Bey.

—¡Atrapar al asesino! —explotó el señor Bajaj—. ¿Está sugiriendo que uno de nosotros es un asesino?

—¿Qué cree que quería decir cuando nos pidió que permaneciésemos juntos? —saltó Felix—. Cállese, hombre.

El señor Bajaj, sorprendentemente, se calló. Arpita y Darshan se habían arrastrado hasta mí. Su terror era mudo. Sus cuerpecitos estaban helados, y temblaban. Los rodeé con los brazos y los abracé fuerte. Ramona se aferró a Hilla como una loca.

Rafiq y Felix estaban en cónclave.

Felix tomó la palabra:

—Hilla, habrá que hacer muchas cosas difíciles. Rafiq y yo nos haremos cargo de eso. ¿Qué hay de la familia de Tarok?

—No tenía a nadie —respondió.

A nadie excepto a mí.

—Nos tenía a nosotros —replicó Rafiq con brusquedad—. Somos su gente.

—Y uno de nosotros le ha asesinado —contestó Hilla—. En mi casa. Era mi invitado. Alguien le ha hecho daño y le ha destruido.

La envidié. Podía llorar. Supe que yo tendría que esperar mucho tiempo hasta que llegasen las lágrimas.

Felix se acercó a mí.

—¿Es cierto... lo que Alif Bey ha dicho de Lalli?

—Por supuesto. Ahora está retirada, pero aun así la policía todavía la llama. Ahora se

gana la vida de ese modo. Asesinos, ladrones, estafadores, secuestradores. Conozco a uno cada semana.

–Debe de creer que soy un idiota. ¿Crees que me dejará meterme en éste?

–Todos estamos metidos, ¿no? –repliqué con cierta amargura.

Tarok ya era un recuerdo. Lo que quedaba era el cuerpo. Tarok no se habría divertido con la idea de Felix deleitándose con sus manchas de sangre.

–Puedes incluso hacer un libro de esto –seguí con maldad–. *Cocinero de carroña*.

–Hey, es un título fantástico.

Ciertamente, costaba muy poco hacerle feliz.

Las ideas se me agolpaban en la cabeza todo el tiempo, tratando de recordar la última vez que vi a Tarok. No pude recordar nada. No pude recordar su cara. Ante eso, se abrió el abismo.

Lalli regresó más pronto de lo esperado. Me envió a buscar a Chili y a la señora Sane.

–Tráetelas contigo.

Odié marcharme del salón. Atravesé el vestíbulo con prisa, intentando no pensar en lo que había más allá. Subí corriendo las escaleras y llamé a la puerta de la señora Sane. Se abrió al quinto golpe. Su habitación estaba oscurecida por un chal grueso sujeto de lado a lado de la ventana. Tal como lo denominan educadamente los escritores, iba vestida en «paños menores»... en su caso unos estilo anciana, anchos, de tono marrón. El *dupatta* púrpura le envolvía, como un turbante, la cabeza con migraña. Había un gran parche húmedo que le cubría un ojo y le daba un ligero aire pirata.

–¿Qué quieres? –preguntó con exasperación–. Mandé un mensaje con Devdutt. No quiero comer. Tengo una migraña terrible. He estado tumbada con una compresa fría.

Hizo un gesto de dolor mientras apretaba el parche húmedo sobre el turbante.

–Ha ocurrido un accidente.

No sé qué me hizo decir aquello. A menos que fuese asesinato por accidente, lo que sonaba a un título de Felix Rego.

Esperó a que continuase.

Hubo algo extraño en eso, pero no pude precisarlo.

–Se ha pedido a todo el mundo que se reúna en el salón.

–¿Quién lo ha pedido?

–Lalli.

–¿Qué quiere ahora?

–Quiere que nos reunamos en el salón para decidir cómo manejamos la crisis.

–¿Por qué está dando órdenes? ¿Qué crisis? Si hay alguien enfermo, el doctor Sane está disponible. Para cualquier otra crisis, llamad a la policía. Mi primo es inspector adjunto.

–Lalli es policía. Está investigando el crimen.

–¿Qué crimen?

–Han asesinado a Tarok Ghosh.

Hubo un momento de silencio. Después Ujwala Sane se rió.

–Eso no es un crimen. Es algo de lo que alegrarse.

Mantuve un silencio obstinado. Rápidamente quedaba claro que tendría que pasar las siguientes horas olvidando a Tarok. Tenía que estar aquí, ahora. Viendo, escuchando, tocando. Tenía que conectarme al presente.

Si Ujwala Sane había pensado que su risa me fastidiaría, se habría llevado una decepción.

Todavía riendo, dijo alegremente:

–¿Te sientes mal, verdad? No importa. Lo superarás. Está bien, *baba*⁶, dile a tu títa que iré.

–Se supone que tengo que llevaros abajo a ti y a Chili.

–¡No puedo ir así! Ve a llamar a Chili mientras me cambio.

Seguí su consejo, pero Chili estaba completamente dormida tras su agitada noche. Con el enorme déficit de sueño de la semana anterior, era lo esperado. Dejé de aporrear su puerta y volví con Ujwala. Se había puesto un *salvar kamiz* blanco. Ahora llevaba el *dupatta* púrpura alrededor del cuello.

Cuando nos aproximábamos al salón, me apartó y entró de forma teatral, arrancando a los dos niños del lado de Hilla y sofocándolos a besos.

–Devdutt, debemos irnos ahora. DE INMEDIATO. No permitiré que mis hijos permanezcan un minuto más bajo este techo. Ni siquiera UN MINUTO. Lo siento, Hilla, tienes buen corazón pero esto es demasiado para nosotros. Somos gente respetable, de buena familia, y no estamos acostumbrados a estas cosas. Por favor, ahora no me digas que no te lo advertí. Sabía que terminaría así. En el momento en que vi a ese cocinero supe que era basura de carretera y ahora lo ha demostrado.

Me quedé sobrecogida por su estupidez. Era magnífica, operística, completamente

irrefutable.

Alif Bey soltó una risotada, aguda y sonora, que con rapidez transformó en tos. El doctor Sane lanzó a la estancia una mirada de súplica mientras razonaba con su esposa con tono amenazante, en voz baja.

–Chili todavía está profundamente dormida –le dije a Lalli.

Asintió de modo distraído, mientras sus ojos rastrillaban la habitación.

Dejaron de hablar y la miraron. Durante mi ausencia, el señor Bajaj debía de haber hecho su pregunta y obtenido respuesta. En aquel momento estaba enfurruñado en un rincón. Había muy poca anarquía en el aire.

–El cuerpo ya está listo para que lo movamos –comentó Lalli–. Rafiq y Felix, necesitare vuestra ayuda.

Me miró de manera inquisitiva.

–Debo verle –pedí.

Ella asintió.

Los tres la seguimos a la cocina. Cuando Lalli abrió el cerrojo, Felix se apresuró tras ella. Rafiq retrocedió para dejarme entrar.

Tarok estaba desplomado sobre la mesa de trabajo en el centro de la cocina. Había caído hacia delante, todavía estaba sentado en el taburete de madera desigual que tanto le gustaba. Su rostro no miraba hacia la puerta, y eso me alegró. Me daba un poco de tiempo para prepararme. Un brazo colgaba flácido a un lado. El otro se extendía sobre el banco, con un puño agarraba un tenedor, con los dientes palmeados cubiertos de yema de huevo cuajada. La parte trasera de su cabeza brillaba púrpura, el pelo espeso apelmazado por la sangre. Un mar de sangre había teñido el cuello de su camisa de un carmesí denso. Sobre él, la piel oscura del cuello lucía un lustre enojado. Su rostro, contraído en una mueca de intenso dolor, yacía sobre un charco cuajado de sangre y yema de huevo. El banco estaba resbaladizo por el agua. Mis pies tocaron un bloque de hielo. Me retiré apresuradamente, pero no antes de que se deslizase un poco sobre el suelo. El suelo, que estaba salpicado de yema de huevo. Vi el cuenco de acero vuelto hacia arriba bajo el fregadero. Debió de haber rebotado desde el banco al caer Tarok, y rodar por el suelo de la cocina antes de ir a parar bajo el fregadero.

Lalli no me prestó atención. Les dio instrucciones a Felix y Rafiq en voz baja y después se dio la vuelta y me obligó a salir de la cocina. Recorrimos el pasillo hasta la

biblioteca. Lalli cerró la puerta y me sentó en el sillón de Framroze con forma de vientre materno. Colocó una silla cerca de mí y se quedó callada.

El silencio de Lalli me ha consolado con frecuencia, pero nunca antes había sentido su poder para infundir vigor. En aquel momento no me consoló en absoluto. Agudizó mi angustia y me transmitió fuerza.

–Necesito tu ayuda –dijo al final–. Savio no está aquí. Hilla está demasiado destrozada. Rafiq puede tener más problemas por delante. Felix es inútil. Necesito tu ayuda.

–Por supuesto.

–Toma notas.

Señaló con la cabeza el taco de papel que descansaba sobre el escritorio.

–¿Es uno de nosotros?

–Sin duda.

–¿Lo atraparás?

–O la atraparé. Sí.

–Pero... ¿no necesitas equipamiento? ¿Material forense?

Lalli suspiró.

–Sí, sí. Lo necesito. Haré una inspección formal un poco más tarde, y recopilaré pruebas, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo vamos a estar aquí atascados. Debo conseguir respuestas pronto, simplemente no puedo esperar los informes de laboratorio. Ahora tendremos que volver a la escena del crimen para hacer una inspección. Francamente, dejando aparte el meollo de la cuestión, todo el equipamiento que necesitas para resolver un asesinato está entre tus oídos.

Pero yo estaba impaciente por conseguir detalles. Era simple: necesitaba saber.

–¿Cuándo murió exactamente?

–Alrededor de las doce, diría. Más o menos tres horas antes de que descubriese el cuerpo.

–¿Cómo lo sabes?

–Por la temperatura del cuerpo. A temperatura ambiente, un hombre de su tamaño, diría que tres horas antes. Hilla tiene un botiquín completo de primeros auxilios, encontré un termómetro. La pérdida de calor es de alrededor de 1,5 grados por hora tras la muerte, pero estaba boca abajo sobre un charco de agua helada, de modo que tengo que tener eso en cuenta. No pudo ser más tarde, por los huevos.

–¿Qué pasa con los huevos?

Felix nos interrumpió. Llevaba en una bandeja tazas de café humeante (instantáneo, a decir por el olor) y sándwiches. Me estremecí.

–¡Tienes trabajo que hacer! –me soltó Lalli con frialdad mientras plantificaba una taza frente a mí.

El café me escaldó la lengua, pero lo agradecí.

–Felix, ¿qué es un Baked Alaska? –preguntó Lalli.

Un destello de información brotó en los ojos de él.

–¡Así que eso fue lo que hizo!

–¿Qué?

–Eso es lo que utilizó para las claras. Le desbaraté la carta pidiendo mayonesa para la langosta en el último momento. Él explotó, debisteis de enteraros. Parte del acuerdo del desafío era que no hubiese desperdicios. Necesitaría unas quince yemas de huevo para la mayonesa. Eso dejaría quince claras... De modo que decidió hacer un merengue para el Baked Alaska.

–¿Qué es?

–Claras y azúcar, básicamente. Al principio había planeado otro postre, pero los ingredientes básicos eran los mismos, bizcocho y helado, de modo que el cambio no iba mal. Baked Alaska tan sólo consiste en capas de bizcocho y helado cubiertas de merengue y horneadas justo antes de servir.

–Gracias, Felix. ¿Rafiq está listo?

–Sí. Cuando tú lo estés.

Lalli me tocó la cabeza con dulzura y se acercó un segundo:

–Quédate aquí y apunta lo del Baked Alaska –pidió.

Sabía lo que estaban a punto de hacer. Iban a mover el cuerpo de Tarok. Había oído a Savio decir lo crucial que era estar cerca cuando se movía un cuerpo. Siempre se encontraba algo. O se tenía la esperanza de hacerlo. Todo sonaba muy impreciso. Detesté la idea. Tarok nunca confió en la esperanza.

Esperaba cámaras, un despliegue reluciente de acero y celofán, dedos atareados seleccionando, recogiendo, toqueteando, escribiendo. Aspiradoras. Cámaras de infrarrojos. Material de alta tecnología directamente sacado de la televisión en horas de máxima audiencia. A Tarok le iban a estafar, sin todo eso.

Rafiq y Felix habrían preparado una cámara fría. Probablemente la habitación del propio Tarok, contigua a la cocina, con el aire acondicionado a tope. Y todo ese hielo esperando en el congelador. Gracias a Dios por la electricidad. Lo tumbarían sobre una superficie plana, improvisarían una iluminación fuerte. Quizás habrían conseguido una cámara, aunque no pude recordar a nadie sacando fotos ese fin de semana, ni siquiera de Ramona en todo su esplendor.

Lalli cortaría la ropa manchada de sangre e iniciaría un examen detallado.

Lo peor de todo era que seguía pensando en él, desde cualquier dimensión que ocupase en aquel momento, mirando con aquel brillo irónico. Podía escuchar el humor mordaz en su voz, ver su mirada cómplice al cruzarse con la mía. Me di cuenta de que, más allá del dolor, siempre permanecería en mí como una piedra de toque de verdad e ironía.

Entonces me arrugué, desconcertada por mi pérdida. Pero, enseguida, la ira me endureció.

Me sentía enfadada conmigo misma, por la desazón que me había amargado la mañana. Me sentía enfadada por mi enfado con Tarok, que todavía me dolía sin razón.

Hablaría sinceramente con Chili. No le mostraría rencor. No le echaría la culpa por

asediar a Tarok.

Tomé aquellas determinaciones mientras transcribía la conversación que mantuvieron la noche anterior y que yo alcancé a escuchar.

Cuando Lalli regresó, me llevó corriendo a la cocina, de modo que dejé mis apuntes sobre la resma y no coloqué ningún pisapapeles encima. Ya tendría tiempo de pensar en ello más tarde.

Al entrar, recordé mi primera mañana allí y me sentí enferma de dolor. Recordé cómo se deslizaba la luz del sol entre nosotros mientras tomábamos café sentados en aquella habitación amplia y aireada, deliciosamente iluminada por una cristalera orientada hacia el este. Imaginé a Tarok sentado en el banco. Habría estado dando la espalda a cualquiera que entrase por el almacén. (No hay puerta entre la cocina y el almacén, sólo un cortacircuitos en la pared que hay en medio. La encimera de la cocina se extiende por dos paredes. El pasaplato que da a la despensa está colocado sobre la encimera, el que da al comedor está más a mano.) Cuando Lalli fue a buscar a Tarok a las tres, la puerta de la cocina estaba cerrada por dentro. Contigua a ella, al final del pasillo, está la puerta del almacén. Ésa tenía el pestillo echado por fuera. La ventana de la cocina estaba bien cerrada a causa de la lluvia. El pasaplato que daba al comedor estaba cerrado y con el pestillo echado por dentro. El pasaplato que daba a la despensa estaba cerrado, pero no tenía el pestillo echado.

Si el asesino hubiese entrado por la puerta principal, entonces Tarok le habría dejado pasar. Extremadamente improbable, por cuanto había insistido en mantenernos a todos a raya. El cartel de NO MOLESTEN, todavía colgando, me recordó lo tenso que se podía poner.

La única forma en la que el asesino pudo entrar fue por la puerta del almacén. Esa puerta, recordé entonces, nunca se cerraba con pestillo por fuera. De hecho vi a Tarok pasarle el pestillo por dentro cuando cerraba por la noche.

¿Entonces la había dejado abierta? Improbable. La puerta estaba al final del pasillo, orientada hacia un lateral de la casa. La escalera en espiral terminaba casi en el umbral. No estaba protegida por aleros. La lluvia la golpeaba. Dejar la puerta abierta habría inundado el almacén en un momento. Tarok nunca hubiera hecho eso.

—¿Bien? —preguntó Lalli.

Todavía estábamos de pie ante la puerta de la cocina.

—No es posible que el asesino entrase por la cocina a menos que Tarok le dejase pasar. Habría cerrado por dentro tanto la puerta de la cocina como la del almacén.

—¿Y Tarok habría dejado entrar a alguien?

—No, no lo creo.

—Yo tampoco. Entonces es un asesinato de habitación sellada, ¿verdad?

—Casi suenas satisfecha por ello.

Sonrió.

—Las habitaciones selladas siempre me satisfacen, porque es muy divertido abrirlas.

Fruncí el ceño.

—No es posible que el asesino se metiese por el pasaplatos.

—A menos que estuviese en una novela de misterio de Felix Rego.

—De modo que ¿cómo entró?

—Si entras en el almacén y pasas el pestillo, te lo enseñaré.

No me gustó hacerlo, pero lo hice.

Cerré la puerta desde dentro, pasando el pestillo que había en la parte superior.

Antes de que transcurriese un minuto, la mano de Lalli apareció por el ventilador. Era una ventana giratoria. La abrió con facilidad, deslizó la mano y descorrió el pestillo, que resbaló sin ruido, como si lo hubiesen engrasado. Abrí la puerta de golpe y salí corriendo. No se la veía por ninguna parte.

—¡Aquí arriba!

Ahí estaba, en la escalera en espiral, completamente empapada. Inclinandose sobre su curva abrupta, alguien del peso de Lalli podía alcanzar con facilidad el ventilador. El resto era sencillo. Era tan obvio que podría haberme golpeado en la cara.

—Ya ves cuánto daño puede hacer una etiqueta —murmuró Lalli—. Tarok lo sabía. Odiaba las etiquetas. Habría odiado la idea de una habitación sellada. Vamos, entremos con el asesino.

Cuando entramos juntas en el almacén, sentí, por primera vez, el escalofrío de la muerte violenta. Hasta aquel momento me había enfrentado a la pérdida. Incluso cuando vi el cuerpo de Tarok, lo que sentí fue desesperación, el aplastante desconcierto del dolor. En ese momento, de pie en aquella habitación vacía, el aterrador acto del asesinato y la terrible compulsión que lo había estimulado palparon en el aire húmedo. Había odio, ira y repugnancia en aquella habitación. Imaginé todo eso, sentí todo eso.

—¿Qué ves? —preguntó Lalli.

Entonces contemplé la habitación como un escenario del que se habían marchado los actores. A partir de aquellos objetos de atrezo desperdigados tendría que reconstruir la obra.

El almacén tenía un congelador, y el cajón sobre el que había visto a los niños sentados aquella tarde, comiendo helado. ¿Fue sólo dos días antes? Había pasado toda una vida desde entonces. Junto al cajón había una enorme cuba de cinc con un bloque de hielo, todavía en su arpillera recubierta de serrín. Alrededor, rocas satélites de hielo. Un destello metálico me llamó la atención. Sobre el suelo había un pequeño piolet.

—¿El arma?

Lalli negó con la cabeza.

—No encaja con la herida.

No pude ver nada más.

—¿Qué más vio el asesino?

—¿Hace dos horas? Vio a Tarok.

La entrada a la cocina quedaba a mi derecha. Justo delante de mi línea de visión, el banco de Tarok. Estaba sentado allí, batiendo aquellos malditos huevos cuando el asesino le vio. Estaría de espaldas al intruso. ¿Levantó la vista, se giró y lo saludó?

—No. No vio al asesino —asombroso, pero así es Lalli—. A menos que lo asesinases *tú*.

—¡Qué!

—Disculpa si te he ofendido, pero lo digo de manera lógica. Tarok tenía los nervios de punta. No habría vuelto a batir huevos sabiendo que tenía compañía. Habría llevado al intruso a la puerta y la habría cerrado con firmeza tras él. Pero si *tú* fueses el intruso... habría seguido batiendo huevos mientras hablabais, no le habría importado darte la espalda. Se sentía seguro contigo.

—¿Seguro?

—Sí. ¿No te diste cuenta de eso? Un hombre que ha vivido como Tarok nunca baja la guardia a menos que se encuentre realmente a salvo con alguien. Bajaba la guardia sólo contigo. Podrías haberte acercado a él haciendo tanto ruido como quisieses, hacer que siguiese hablando y golpearle en la cabeza. Confiaba en ti completamente. Por desgracia, el asesino no lo hizo de ese modo.

—¿No?

—No. Él, o ella, se quedó de pie un poco más a la izquierda de donde estás tú, vacilando. Creo que se quedó ahí echando chispas, sin estar completamente seguro de lo que quería hacer. Entonces vio el arma. La cogió, avanzó de puntillas, y descargó un golpe desde arriba y con la mano derecha.

—Espera. Estás suponiendo. ¿Cómo sabes, por ejemplo, que vaciló, o que permaneció de pie echando chispas? Es una conjetura.

—De acuerdo. Su estado emocional es una suposición. Pero hay evidencias físicas que demuestran que se quedó de pie vacilando. Mira.

Sobre las baldosas color crema había manchas de barro, apenas pude discernir una huella, desdibujada en otra mancha deforme.

—Pie grande. Un nueve, diría. Muchas mujeres tienen los pies grandes. La huella está demasiado borrosa como para decir algo de la suela, pero ahí hay dibujos. Una suela de vinilo, lo más probable, pero la mayor parte del calzado para el monzón tiene dibujos. Fíjate en la mancha. Es el tipo de huella que dejas cuando cambias el peso de un pie a otro. Además hay mucho de eso, así que diría que estuvo aquí unos cuantos minutos. Estaba nervioso. Después avanzó de puntillas.

—¿De puntillas?

—Seguro. Dos de esas manchas que tienes delante lo sugieren sin duda. Y después golpeó.

La seguí hasta la cocina. El banco y el suelo todavía no se habían limpiado. El bloque

de hielo se había reducido hasta convertirse en una pequeña roca llorosa.

—El arma era lisa, roma, redondeada. Impactó con fuerza considerable... suficiente para rasgar la piel y dejarle sin sentido temporalmente.

—¡Temporalmente! ¡Le *mató*!

—No es cierto. Por supuesto sólo podré estar del todo segura tras la autopsia, pero no hay fractura del hueso parietal bajo la herida. Tuvo una contusión. Dudo que esa fuerza bastase para causar una lesión intracraneal. Sangró un poco.

—¡Un poco!

—Sé que parecía mucho, pero una herida de ese tipo en el cuero cabelludo por lo general sangra torrencialmente. Tenemos ese poco sobre la mesa y el cuello de su camisa estaba empapado, pero ya está. Debería haber sangrado más. Habría sangrado más si...

Se detuvo y se zambulló de repente bajo el banco. Cuando se incorporó, los ojos le brillaban. Ocultaba algo tras la espalda.

—Habría sangrado más si... —apunté.

—¡Si no hubiese sido asesinado poco después!

Hizo oscilar un trozo de cuerda delante de mí.

—¡Con esto!

Di un grito ahogado.

Reconocí la cuerda. Era un trozo del rollo de cuerda de nailon que se había utilizado para colgar el retrato.

—Poco después de que se desplomase sobre la mesa, aturdido por esa herida en la cabeza, en pocos minutos, Tarok fue estrangulado con este trozo de cuerda de nailon —explicó Lalli despacio—. Cuando examiné el cuerpo me di cuenta de que le habían estrangulado con una ligadura estrecha. La marca sugería una cuerda retorcida. Más bien como ésta. Tendré que compararla con la marca.

—No lo entiendo. ¿Por qué estrangularle *después* de darle un golpe? ¿Por qué no estrangularle en primer lugar?

Aquello me produjo una visión demente del asesino, cronómetro en mano, inclinándose sobre Tarok tras haberle golpeado. Si no estaba muerto en el tiempo estipulado, cambiaría al plan B.

—No sabías que había sido estrangulado cuando nos dijiste que estaba muerto, ¿verdad?

—Claro que sí. Vi la marca de la ligadura cuando le corté la ropa. Pero había otros

indicios. En realidad no quieres escuchar los detalles.

–Sí quiero.

Quería ver al enemigo. Tenía que hacerlo.

–Rostro congestionado: su rostro estaba más que moreno. Pequeños derrames en la piel, desde la cavidad nasal. Hemorragias localizadas, petequias. Todo eso sugiere estrangulación. Además supe que había sido estrangulado poco después de la primera herida porque había sangrado muy poco...

–¿No necesitas un médico para estas cosas? –quise saber–. ¿Un forense o algo?

Lalli sonrió.

–¿Necesitas una titulación? Tengo un doctorado en medicina forense. ¿Te basta?

Durante todo ese tiempo Lalli había estado rondando por la cocina, abriendo la nevera, el horno, el microondas, echando un vistazo a los cacharos tapados y a los platos que había sobre la encimera. No dejaba de echar miraditas a un pedazo de papel. Me di cuenta de que era el menú. Cogió de la nevera un cuenco lleno de espuma blanca para enseñármelo. Era la mezcla de merengue, dijo. Se cernió sobre el despliegue fastuoso que Tarok había reunido, y que tenía preparado para transportarlo luego a la mesa del comedor. El resplandor del vidrio, el cristal y la loza, la plata pulida y la pila de mantelería de encaje, blanca como la nieve, daban una nota espectral de lujo a la estancia de la muerte.

–Acababa de empezar a batir los huevos cuando le atacaron. Observa, algunas de las yemas todavía están enteras. Mira el aceite.

Había una pequeña jarra de cristal con aceite sobre el banco. Aún de pie, milagrosamente. Estaba casi llena. Lo más probable es que no hubiese comenzado a añadirlo.

–Cuando entré, la yema derramada estaba casi solidificada del todo. A temperatura ambiente la yema tarda alrededor de una hora en formar una capa. Debería haberse derramado unas tres horas antes para alcanzar la consistencia dura que presentaba. Ése sería más o menos el momento de la agresión. Encaja con el momento de la muerte por la temperatura del cuerpo. Así que ya ves, todo cuadra.

–Todavía no responde a mi pregunta. ¿Por qué matar a un hombre dos veces?

–Creo que el asesino sólo apretó una vez. Con rapidez, sin duda. Lo estrangularon de forma experta. El asesino lo ha hecho antes.

–Pero...

—Oh, la herida de la cabeza es un asunto distinto. Aquí estamos tratando con dos mentes diferentes. Una impulsiva, violenta, pero que se asusta con facilidad. La otra... fría, oportunista, arrogante.

No escuchaba.

Una fría oleada de miedo me atormentaba el pensamiento.

Se abalanzó sobre mí hasta que me convertí en una helada columna de miedo. Miré fijamente a Lalli, demasiado asustada para hablar.

¿Qué había hecho?

Mi mezquino disgusto no me había dejado contarle a Lalli algo que debería haber mencionado horas antes.

Sus palabras chocaron como platillos dentro de mi cabeza, destrozándome los huesos con su sonido metálico.

Creo que el asesino sólo apretó una vez. Con rapidez, sin duda. Tarok fue estrangulado de forma experta. El asesino lo ha hecho antes.

Dejé que Lalli me condujese hasta una silla en el almacén. Tragué el agua que me dio. Abrí la boca para hablar, pero las palabras no aparecieron. Entonces recordé los apuntes que había redactado. Lalli podría leerlos. Me levanté, y arrastrándola conmigo me apresuré hacia la biblioteca.

La resma de papel me observó blanca y virgen. Los apuntes que había escrito no estaban...

Entonces las palabras fluyeron, todo el terror que me había bloqueado la garganta durante los últimos diez minutos se liberó. Lalli no esperó a que terminase. Subió corriendo las escaleras, mientras yo tronaba tras ella.

Golpeó en la puerta de Chili sólo una vez. Después se giró hacia mí.

—Ve a por Rafiq.

Regresé corriendo al salón. Él levantó la vista cuando entré. No tuve que decir ni una palabra. Pasó por mi lado y subió corriendo las escaleras.

¿Cómo supo adónde ir?

Lalli todavía estaba luchando con la puerta de Chili. Se retiró en silencio cuando Rafiq se acercó. Él echó un vistazo a la pesada madera de teca de dos piezas y no tardó un minuto en arrojar su peso contra ella. Cogió una silla, se subió, se quitó la camiseta, se envolvió el puño con ella y rompió el tragaluz. Entonces metió un brazo y abrió el pestillo.

Lalli hizo un gesto para que nos echásemos atrás y entró sola en la habitación. A mi lado Rafiq pronunció un quedo aullido de desesperación. Era el grito animal del dolor, antiguo, revelador. No tuve que mirar por encima de Lalli para saber la verdad.

Chili yacía despatarrada sobre la cama, las sábanas hechas una maraña salvaje, el pelo abierto como un abanico, como una telaraña negra sobre las almohadas. Su rostro, teñido y crispado, irreconocible, estaba untado con una espuma manchada de sangre. Había sangre sobre sus labios, formando un hilito alquitranado que le recorría la mejilla. Tenía los ojos abiertos, vidriosos y apagados.

De manera extraña, mi primera sensación fue de indignación porque la muerte también la hubiese estropeado. De su gracia menuda y delicada, de su encanto vibrante, no quedaba ni el más mínimo rastro.

El primer pensamiento de Lalli, sorprendentemente, fue para Rafiq. Se retiró hasta donde él estaba, de pie, doblado contra la pared, mirando la cama con los ojos desorbitados. Le dedicó a Lalli una mirada inquisitiva.

Ella asintió con gravedad.

—Le cogeré.

Nunca la había visto tan enfadada. ¿*Cogerle*? ¿Sabía quién era el asesino? ¿El asesino también había golpeado aquí? ¿O era un suicidio?

En alguna parte sentí una puñalada de envidia. Chili había vuelto a superarme. El asesinato de Tarok no había producido esta furia en Lalli. No era tan importante para ella...

Me equivocaba.

Dijo:

—Ya ha matado dos veces. Volverá a matar.

Su convicción me irritó. ¿Cómo podía suponer tanto?

—Vuelve a la biblioteca. Toma notas. Escríbelo todo. Cada palabra, cada gesto que recuerdes sobre Chili. Todo lo que te dijo. Nada es demasiado banal. Escríbelo. Tú también, Rafiq. Hacedlo. Ahora. Tengo trabajo aquí que es mejor que haga sola. No se lo digáis a los demás todavía.

Tuve que arrastrar a Rafiq. Le empujé hasta una silla en la biblioteca y le conté lo de las notas desaparecidas. Le conté lo que había en ellas... Con temor, pero se lo conté.

—¿Crees que alguien leyó lo que escribiste, subió y la mató?

—No. No sé mucho sobre estas cosas, pero parece que lleva muerta bastante tiempo.

Sacudió la cabeza con asombro.

—Esta mañana estaba tan bonita, tan llena de vida. Le pregunté si quería un papel en el Baile de la Lluvia. Aplaudió como una niña, «Oh, ¿qué puedo ser?». Tan llena de felicidad.

Se vino abajo, con fuertes sollozos. Todo el mundo parecía capaz de llorar menos yo.

Tembló de dolor, levantando la mirada de cuando en cuando con los ojos vacíos. No había nada que pudiera decirle. No había nada que pudiera decirme. Estábamos, con nuestras respectivas penas, completamente solos.

Lalli entró. Parecía *vieja*.

—Chili lleva muerta más de seis horas. Ahora son más de las seis. Probablemente murió antes del mediodía. ¿Alguno de vosotros la vio esta mañana?

Rafiq repitió lo que me había contado antes, con voz tranquila y dura.

—¿Y qué papel le diste en el baile?

La pregunta de Lalli me sorprendió. En aquellas circunstancias, sonaba frívolo, casi lascivo.

—*Bijlee*. Era el rayo, tan repentina, tan brillante, peligrosa...

Su voz se volvió triste y se replegó. Abandonó el inglés como a una camiseta sucia, y dijo en urdu:

—Como el rayo, me cegó. Como el rayo, me engañó.

Lalli ignoró aquello.

Se giró hacia mí. Yo conté lo que recordaba de aquella mañana. Por desgracia, en cuanto a aquel encuentro me acordaba mejor de mis propios sentimientos que de las palabras que intercambiamos. No lo mencioné ahora.

—Recuerdo que comentó que sólo podía bailar media hora. Después tenía que recuperar el sueño o tendría la piel mal para el rodaje de mañana. «Me tomaré mi vitamina y descansaré un par de horas antes de comer», dijo.

—Se tomó esa vitamina —respondió Lalli en tono grave—. Murió a los pocos minutos de habérsela tragado. ¿Qué desayunó?

Traté de recordarlo. Tenía en la mano una taza de café, nada más. Tampoco recordé que se la terminase.

—Ah —replicó Lalli, como si yo hubiese hecho un descubrimiento.

—Pero ¿cómo es posible? —espetó Rafiq—. El primer día se tomó seis, no pasó nada.

—Aquéllas eran vitaminas. Ésta era veneno. Las vitaminas de Chili no eran píldoras,

eran cápsulas. Es fácil alterar una cápsula. Vaciarla y rellenarla con cualquier otra cosa – se detuvo, buscando nuestros rostros–. Rafiq, quiero que hagas guardia ante la habitación de Chili. He pasado el pestillo de la puerta. Nadie debe entrar hasta que yo vuelva. Por favor, quédate con ella.

Rafiq se marchó antes de que Lalli hubiese terminado.

–¡Veneno! –estallé con enfado–. ¡Hablas como si la gente se pasease con veneno en los bolsillos! ¿Qué veneno, en todo caso? No me digas que se trata de esa vieja castaña, el extraño veneno oriental desconocido para la ciencia moderna. Ese farol es suficiente para entretener a Rafiq, pero no es lo bastante bueno para mí.

–No es un farol. Nada de veneno oriental. Gránulos de cianuro sódico. El veneno para las ratas de Hilla. El mismo que Ujwala Sane le ofreció amablemente a Chili la pasada noche.

–¡Dios mío! ¿Crees que Chili tomó eso?

–¿Que lo *tomó* con intención suicida? No. Todas las cápsulas del bote están adulteradas con cianuro. Si lo hubiera hecho ella misma, sólo habría llenado una o quizás dos, o si de verdad estuviera desesperada por tener éxito, cuatro o cinco. No treinta y tantas cápsulas. Eso es lo que he estado haciendo todo este tiempo, vaciar las cápsulas del bote. El material es el mismo que el que contiene el paquete de matarratas... tiene el mismo aspecto, por lo menos. Y no hay duda en cuanto a la causa de la muerte. Envenenamiento por cianuro. Se puede oler.

No podía asimilarlo. Parecía teatral, increíble.

–Pensaba que el cianuro desapareció con los Borgia –repliqué.

–Ése fue Nerón, no Lucrecia. Agua destilada de laurel de cerezo. La llevaba a todas partes. Los Borgia usaban arsénico. El cianuro es moderno. Irak lo utilizó en el 98 contra Irán. Por supuesto, para entonces los europeos y los estadounidenses se habían olvidado por completo del insecticida Zyklon B. Sin embargo, es inusual encontrarlo en casa. La conversación durante la cena de la otra noche, los estúpidos comentarios de Ujwala Sane... todo eso prácticamente colocó el arma en las manos del asesino. Nunca hablo sobre asesinatos. Nunca.

Temblaba de furia.

–¿Crees que lo hizo Ujwala Sane?

–Si lo hizo, su jactancia no tiene comparación en la historia del crimen. No, es una

mujer peligrosa, pero estúpida. Por supuesto, todos los asesinos que he conocido eran gente estúpida.

Caminó con enojo, y después se arrojó sobre el asiento bajo la ventana. Tenía la voz ahogada por las lágrimas, pero eran lágrimas de ira, no de pena.

—Tenemos que contárselo a Hilla. Esto va a destrozarla. La traeré aquí y se lo contaré. Pero después debo volver a la habitación de Chili. Tú te quedarás con Hilla. No te separes de ella.

Si Rafiq se mostró conmovido por la muerte de Chili, la reacción de Hilla no fue menos intensa. Tras la consternación inicial, insistió en subir a la habitación de Chili de inmediato. Rafiq y yo esperamos fuera mientras las dos observaban a la muchacha muerta.

Un espantoso *déjà vu* me oprimió. Sólo dos días antes me encontraba en ese preciso lugar, a la misma hora, mientras escuchaba a una mujer sollozando. Aquella tarde, Chili había tomado también vitaminas en un gesto operístico de desesperación. Ésta era la cara oscura de esa comedia. Las vitaminas de Chili habían pasado de ser estúpidas a ser mortales. La muerte, tan esquiva cuando se la cortejaba con llanto, la poseía entonces sin una lágrima.

Junto a mí, Rafiq respiraba de forma ronca. De vez en cuando hacía movimientos impacientes como si le fuese a reventar la piel.

Por fin, Lalli y Hilla salieron. Se llevaron a Rafiq hacia el pasillo. Pasaron por mi lado en silencio, dejándome dar la noticia.

Traté de sonar pragmática, preparé un comunicado. Y, por supuesto, cuando las pronuncié, las palabras salieron todas equivocadas.

Todo el mundo levantó la vista cuando entré.

Cerré la puerta con cuidado detrás de mí y eché el pestillo. Recuerdo que me pregunté por qué.

Levantaron la vista, leyendo mi rostro antes de que las palabras se derramasen en una ráfaga embrollada.

—Chili ha muerto. Han echado su puerta abajo. Lalli cree que la han envenenado.

El silencio fue absoluto.

Después Ujwala Sane se rió.

—¡Robert Bruce! Sabía que me acordaría del nombre. Si no tienes éxito al principio, inténtalo, vuelve a intentarlo. ¿Os acordáis, Arpita, Darshan, de vuestra lección de historia? Cuántas veces lo intentó esa Chili. Al final le di un buen consejo, creo. Inténtalo, vuelve a intentarlo. ¡Veis, Arpita, Darshan, justo como una araña ganadora! ¡Al final ha tenido éxito!

—Lalli cree que Chili ha sido asesinada.

—¡Lalli cree, Lalli cree! ¿Quién es esa Lalli? ¿De dónde viene? ¿Sin apellido siquiera? Sólo eso... ¿Lalli? Como cualquier hija de vecina *deshi* —lugareña—. ¿Por qué cree tanto? —despotricó Ujwala.

—Su trabajo es pensar —replicó el doctor Sane de forma brusca—. Y el tuyo ahora es callarte. No digas nada, ¿me oyes? Nada. Cada vez que abres la boca es un desastre. Ahora cállate.

Su esposa soltó un grito dolido y se irguió indignada.

—He soportado muchas cosas, pero esto es el FINAL —anunció.

En cuanto al estilo de las salidas, aquélla fue una auténtica V. Shantaram. Pero su

condición de mujer ultrajada no pasó de la puerta, donde yo permanecía con la espalda firmemente apoyada. Cambió de opinión y se desmayó sin convicción sobre un sofá especialmente mullido.

Este breve entretenimiento sólo sirvió para acentuar el horror de nuestra situación.

El doctor Sane continuó:

—Lalli necesitará mi ayuda. Esto se ha convertido en un asunto grave.

Como si el asesinato de Tarok hubiese sido una frivolidad pasajera.

—Si espera un poco, doctor Sane, Lalli vendrá. Estoy segura de que requerirá su ayuda. Está con Hilla en este momento.

Me di un sobresaliente por la astucia. Mi siguiente tarea era descubrir quién había abandonado la habitación sobre las seis.

Un pinchazo algo suave obtuvo respuestas. Todos lo habían hecho. Cualquiera podría haberme robado los apuntes, pero probablemente había sido Felix. Era el tipo de cosa que la gente solía hacer en sus libros. En general, se comían las pruebas. Si se ciñese al guión, el primer síntoma de un cólico debería golpearle en cualquier momento.

Ramona y los niños se arremolinaron a mi alrededor. En voz baja, Arpita dijo que habían comido. Felix había preparado sándwiches.

—Creo que había comida dentro —comentó Ramona—. Los comimos rápido antes de poder pensar en ello.

Darshan empezó a llorar. Lo hizo en silencio, de modo desconsolado, y nada podría reconfortarle.

—Está disgustado porque comimos las cosas que nos dio Tarok —explicó Arpita con cierto desdén—. La locomotora y la rosa, y la piel de manzana más larga del mundo. Piensa que podríamos haberlas guardado. Ahora no tenemos nada.

Al cabo de un momento, preguntó:

—¿Dónde está Chili ahora mismo?

Nadie respondió.

El señor Bajaj añadió:

—¿Dónde está ese bailarín? Hay otro asesinato y no le veo por aquí.

—¡Sí!

Ujwala Sane se levantó de manera teatral.

—Ayer le vi mirando a Chili. Fíjate cómo te mira ese hombre, le dije, no hables con él.

Ya sabes cuál es su origen. No es respetable. Le advertí. Sin embargo él la miró de esa forma, ¡tanto rato! No era normal.

Alif Bey se rió.

—Todos mirábamos así a Chili. Era perfectamente normal.

El hecho de que Hilla y Lalli entrasen justo entonces impidió que Ujwala reaccionase. Hilla se desplomó, aturdida, sobre una silla.

Lalli habló:

—Ya sabéis que Chili ha muerto. Murió hoy sobre el mediodía, poco después de irse a su habitación a echar una siesta. Fue envenenada. Rellenaron con matarratas las cápsulas de vitaminas que solía tomar por las mañanas...

Ujwala volvió a soltar su gemido de Casandra.

—¡Os lo dije! ¡Se lo dije a todo el mundo! ¡Lo sabía! ¡En cuanto lo oí, lo supe!

Lalli no le prestó atención.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Alif Bey señalando con gesto desesperado la ventana donde la lluvia todavía golpeaba con furia.

—Quieres decir, ¿quién es el siguiente? —terció Felix.

—No más asesinatos —replicó Ujwala—. Ya ha terminado. Esa Chili asesinó al cocinero, después se mató. Tenían un romance. Se acabó.

Habló con vivacidad, y con gran convicción, asintiendo para darse la razón a sí misma. Todo el mundo la miró fijamente y con incredulidad.

—No. Eso no es cierto. Chili no mató a Tarok —afirmó Lalli—. El examen que he realizado muestra que ella murió hace más de seis horas, probablemente antes que Tarok. No creo que la causa de estos asesinatos sea un romance echado a perder. Es un asunto que nos implica a todos. Veo que habéis comido algo. Bien. No vais a salir de esta habitación durante la noche. No podéis subir a vuestras habitaciones. Por favor, utilizad el baño de este piso. No tenemos forma de conseguir ayuda hasta que el tiempo no mejore. Ahora os tomaré declaración en la biblioteca.

—¿Cuánto durará eso? —preguntó Alif Bey—. ¿No puede esperar a mañana por la mañana?

—No. Empezaré ahora y os escucharé uno a uno.

Se fue muy ofendida antes de que pudiesen cuestionar aquello.

Una ráfaga de indignación recorrió la habitación. Hilla levantó una mano cansada para sofocarla. Les habló con lo que sólo puedo calificar como enorme paciencia, y dio por

terminado su llamamiento a la cooperación rompiendo a llorar. Como es natural, todo el mundo se comportó bien después de aquello.

Me uní a Lalli en la biblioteca.

Eran casi las nueve. Todo parecía irreal.

Lalli me lanzó el taco de papel. Había una taza de café recién hecho. Lo bebí con gula.

—Felix nos va a conseguir algo de comer. Quería participar en esto. Me he negado.

—¿Entonces es sospechoso?

—Sí. Como tú. Tenías motivo, oportunidad. El arma se encontraba con facilidad. Necesito comprobar tu coartada. Yo tuve oportunidad, no tengo coartada, tenía el arma, pero no motivo. En las próximas horas encontraremos a alguien con motivo, oportunidad, arma y sin coartada... pero no habrá cometido estos asesinatos. Nada funciona según las reglas en lo que se refiere al asesinato.

—¿Entonces cómo lo averiguas?

—Depende del asesino. De la presión que sienta. De su soledad. Su desesperación.

—¿Soledad?

Había leído montones de historias policiacas, pero nunca había oído eso antes.

—La mayoría de los asesinos que conozco han asesinado por soledad o desesperación. Miedo a la soledad, miedo al abandono. Desesperación porque no parece que existan otras opciones. Pero siempre hay otras opciones. La gente hace cosas estúpidas cuando se desespera. El asesinato es un acto de enorme estupidez.

—Soledad, desesperación... son emociones que habría concedido a la víctima...

—También. Después está el diálogo, ya sabes, antes del acto en sí. Es importante darse cuenta de eso.

—¿Quieres decir que hablan el uno con el otro? ¿Asesino y víctima?

—No con palabras. No. En realidad las palabras son una forma muy superficial de comunicación. Hay formas más profundas, más inmediatas.

Sacudí la cabeza. Sus palabras no tenían sentido para mí.

Pero después nada lo tuvo, ya no.

Sólo podía pensar en la conversación que escuché la pasada noche. Por mucho que lo intenté no pude recordar el tacto de las manos de Tarok.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —suspiró Lalli—. Hay trabajo que hacer. ¿Le has contado a alguien lo que oíste?

–Sólo a Rafiq.

–A partir de ahora, no hables. Sólo escucha. Empezaremos con Alif Bey.

Aquél habría sido el momento lógico en el que relatar *todas* las conversaciones furtivas que había escuchado. No sé por qué, no lo hice.

Alif Bey entró con paso decidido, muy distinto de su habitual andar pesado y desanimado. Mantenía una mirada aguda, la barbilla belicosa, maneras enérgicas.

–Quiero que sepáis que me considero completamente responsable de la muerte de Tarok Ghosh –comenzó.

Después se sentó con aplomo considerable y se quedó mirando de forma desafiante a Lalli.

–¿Lo asesinaste? –preguntó ella... tratando de entablar conversación, como quien pregunta por el tiempo.

–No de forma física, no. Pero actué en connivencia con las circunstancias que provocaron su muerte.

–¿Conspiraste para matarle?

–No directamente. Fui partícipe de la idea de la fiesta de varios días, una situación forzada donde la gente de temperamentos opuestos debe mantener una proximidad educada. Es una situación que sería intolerable para una rata de laboratorio. También actué en connivencia con la idea de esta extensa orgía gastronómica. Eso me hace responsable de la náusea de Tarok ante el espectáculo de una voracidad humana prácticamente insaciable. Fui parte del enorme engranaje que condujo a su muerte.

–Tarok no murió por un ataque cardíaco o un derrame cerebral. Fue asesinado.

–El método es irrelevante. Por la propia condición de su existencia, el chico estaba destinado a tener una muerte prematura.

–En eso estoy de acuerdo contigo –respondió Lalli, desconcertándose.

–Y si fue asesinado, yo fui parte del *ethos* del asesinato.

–Eso también lo admito.

–Bien. Entonces no hay nada más que decir.

No levantó las muñecas para que lo esposasen, pero casi.

—Sólo hay unos pocos detalles que clarificar —siguió Lalli en voz baja.

Él hizo un gesto expansivo con la mano. Se reclinó en la silla. Me di cuenta de que no se apoltronó como de costumbre. Cauteloso como un gato.

—¿Desde cuándo conocías a Tarok Ghosh?

—Le conocí este fin de semana.

—Cuéntame, tengo curiosidad, ¿qué pensabas de él?

Alif Bey me lanzó una mirada, después rápidamente apartó los ojos.

—Era un cocinero maravilloso, por supuesto. Un verdadero artista. Aparte de eso... inquieto, curioso, inteligente. Podría ser peligroso. Como he dicho, un verdadero artista.

—¿Peligroso?

—Era un entrometido, ¿verdad? Irritó a mucha gente en la cena la pasada noche.

—¿Te irritó?

—Podría haberlo hecho, si yo hubiese estado con otro ánimo. Normalmente, no me importa que ataquen mi privacidad.

—La otra noche pareció que disfrutabas.

—Me gustaba ese hombre. Lamento su muerte más allá de lo que dicta la buena educación. Me gustaba. Me gusta poca gente. Y yo les gusto a muchos menos.

—¿Cuándo le viste hoy por última vez?

—¿Hoy? No le vi para nada. Hubo algún tipo de altercado por la mañana. La señora Sane, creo. Le busqué sobre las once. Tenía un dolor de cabeza espantoso. Pensé que un poco de café ayudaría. Pero la puerta de la cocina estaba cerrada con un ostentoso cartel de *No molesten*. Eso fue justo antes de encontrar a tu sobrina aquí, en la biblioteca. Después de eso fui al salón a contemplar a los animales. Seguía allí cuando trajiste la noticia de su asesinato.

—¿Tienes dolores de cabeza frecuentes?

—Sólo cuando he estado bebiendo. No he probado ni una gota desde que Lola se marchó. Imagino que sabes eso.

—Tuvisteis una pelea.

—Una seria. Se marchó cuando todavía estaba dormido. Se marchó sin decir una palabra, dejando todas sus cosas, para que yo cargue con ellas. No voy a hacerlo. Lo dejaré todo aquí. Esa mujer cree que todo hombre es su bestia de carga.

—No te entusiasma mucho la idea de hacer las paces, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo. Pero ya que lo preguntas, no. No soy un tipo impresionable,

pero ante ciertas cosas trazo una línea definitiva.

—¿Y Lola no?

—Al parecer.

En aquel momento estaba irritado.

Lalli preguntó:

—¿Y qué hay de los demás? ¿Hay alguno que sea un viejo amigo tuyo?

—Ninguno, excepto Hilla. Y ni siquiera eso es estrictamente así. Jimmy Driver era amigo mío. Al principio fuimos compañeros de borracheras, después amigos. No era el perdedor que aparentaba. O quizás sí. Como yo. Ambos éramos perdedores.

—¿Qué hay de Chili? ¿La conocías?

—Nos vimos un par de veces en fiestas. Eso forma parte de mi otra vida, la que me paga las facturas. Una muchacha dulce, todavía no estaba en la adorable categoría de mujer, si entiendes a qué me refiero. Llevada a la locura, he oído. Un penoso desperdicio de juventud y belleza. ¿Por qué no se darán cuenta los jóvenes de que no necesitan probarse a sí mismos? No tienen que sufrir. Basta con ser jóvenes. En sí, eso es el paraíso.

Más parloteo de ése y habría hecho un agujero en el techo. No podía desconectar porque estaba tomando apuntes.

—Es bueno ver que el arte de la taquigrafía aún perdura —comentó Alif Bey—. Los ordenadores han eliminado toda la alegría de escribir, ¿verdad?

Cuando la puerta se cerró tras él, me enfrenté a mi tía.

—¿Cómo has podido soportar toda esa palabrería? Por Dios, Lalli, el tipo es un farsante total.

—¿De verdad? Pensé que era un gran escritor.

—Sigue burlándote de mí, pero es la verdad. Está lleno de mentiras.

—Qué raro, yo sólo he detectado una. Cuéntame las otras.

Respiré hondo y me lancé a la complicada historia de mi carrera de acechar a escondidas conversaciones ajenas. Lalli silbó mientras relataba el momento de Sane.

—Vaya, ¿ella es *Mohini*? ¿Quién lo habría imaginado? Qué idiota debe de sentirse el tipo ahora.

—Eso no es todo. Todavía falta lo de Lola.

Así que se lo conté, y terminé con lo de mi descubrimiento del zapato de Lola.

—Eso fue algo realmente malintencionado, lanzar sus zapatos a la alberca, sabiendo lo patéticamente orgullosa que estaba de ellos. «Tú y tus zapatos baratos», le oí decir mientras discutían en las escaleras. Después ella le golpeó con esos tacones. Recuerdo su brillo sobrecogedor en la oscuridad. Y cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que le arrancó los pendientes a Lola.

—¿Cuáles, aquellos móviles?

—Sí. Encontré uno de ellos atrapado en los helechos del comedor la pasada noche cuando estábamos recogiendo la cena. Ya sabes, en una de esas macetas que pusimos cerca de la puerta.

—¿Qué hiciste?

—No supe qué hacer. Tarok lo volvió a poner en su sitio. Estaba conmigo cuando lo encontré.

—¿En los helechos?

—Por lo que sé todavía está allí colgado.

—¿Lo vio alguien más?

—Sólo Tarok. Parecía desconcertado. Pareció desconcertado gran parte del día de ayer. Traté de no pensar en la mirada de sus ojos después de que nos besásemos.

Pero Lalli ya no me escuchaba. Tenía la mirada abstraída, apuntando hacia lo lejos.

Terminé de tomar notas y fui a llamar al siguiente de nuestra lista. Rafiq Khan.

–Primero encuentra a quien los mató. Después déjame a mí.

Tras aquella afirmación realista, hubo poco que sacar de Rafiq.

Al mencionar el nombre de Chili, perdió el control. Miró a su alrededor como un desaforado que buscara escapatoria.

Lalli le calmó diciéndole con tono reconfortante palabras que no significaban nada en absoluto. Pero sirvieron para devolverle al presente.

–Ella me mató –dijo–. ¿Qué puedo decir? Me destruyó.

Para mi sorpresa, Lalli respondió:

–Sí. Tendrás que vivir con eso, Rafiq.

Él levantó una mirada ciega, desconcertada por el dolor y la rabia. Lentamente la posó en Lalli con el horror de quien cae en la cuenta de algo.

–¿Qué me pasará ahora? –susurró.

Extendió sus manos grandes sobre la mesa y nos miró fijamente. Esperaba una respuesta.

Lalli contestó:

–Eso depende de lo que suceda a continuación, Rafiq. Ya lo sabes. Sólo podemos esperar. Pero hasta entonces...

Asintió.

–Hasta entonces dime qué hacer, lo haré. Primero haz tu trabajo, después haré el mío.

–¿Se te ocurre quién podría haber querido hacer daño a Chili?

–Sólo alguien a quien ella rompiera el corazón. Sólo alguien a quien ella destruyese. Si estuviese aquí ahora, la mataría por el dolor que me ha causado.

Lalli pareció no inmutarse por la increíble falta de lógica de todo aquello.

–Rafiq, ¿crees que Tarok estaba enamorado de Chili, o ella de él?

Como respuesta, Rafiq se giró hacia mí. No pude mantener su mirada dura e

interrogante.

Sin decir palabra, se fue de la habitación.

—¿Y ahora de qué va esto? —quiso saber Lalli.

—Le conté lo que oí la pasada noche.

—¿Y es posible que él también lo oyera?

El lugar estaba plagado de gente que escuchaba conversaciones ajenas. Y con aquel tiempo salvaje. Era peor que un malecón público una magnífica noche de verano. Cualquiera que estuviese en alguna de las siete habitaciones que daban a la terraza podría haber escuchado cualquiera de aquellas conversaciones. Pero, de igual modo, cualquiera que merodease por las sombras de los aleros también podría haberlas oído.

Lalli prosiguió:

—Vamos con el señor Bajaj.

También el señor Bajaj, como Alif Bey, entró con determinación.

Aqué! era su pavoneo todopoderoso, imaginé, la fanfarronería que intimidaba en las salas de juntas. Pero la intimidación estaba muy alejada de su mente. Le dedicó a Lalli un saludo respetuoso con la cabeza, a mí una mirada comprensiva, y se sentó con todo el aspecto de un hombre listo para ayudar.

—Me voy al amanecer —anunció—. Dos cadáveres en una casa con niños pequeños es algo intolerable. Cogeré mi Pajero y llegaré al pueblo de alguna manera. Me iré al amanecer.

—Si hay amanecer.

Lalli señaló la ventana donde las elevadas lanzas de la lluvia resbalaban sobre la barra brillante de luz eléctrica hasta perderse en la noche monótona.

—Siempre hay un amanecer —replicó él con enorme seriedad—. Se ha de esperar, pero al final el amanecer llega. He vivido muchas noches largas, tan oscuras como ésta.

—Ahora el amanecer parece muy lejano —apuntó Lalli—. A menos que pueda ayudarnos.

—Cualquier cosa, haré cualquier cosa para terminar con esta pesadilla para la pobre Hilla. Ha sufrido demasiado. Sólo diga qué puedo hacer para ayudar. Ahora haga sus preguntas y responderé con la mayor claridad posible.

—Gracias, señor Bajaj. Si todo el mundo fuera tan cooperativo como usted, mi trabajo sería mucho más sencillo. ¿Desde cuándo conoce a Tarok Ghosh?

—No le había visto nunca antes de este fin de semana. Me mostré muy escéptico

cuando llegué y Hilla debatió su plan conmigo. Lo desaprobé. Pero era un cocinero magnífico. ¡Ese *resham kebab*! Ay...

—¿Qué hay del *steak tartar*?

—¡Ah, su broma sobre la carne de caballo! ¡Me sentí halagado! Que te preparen un plato especialmente para ti es un gran honor. Ayer nos honró a cada uno de nosotros. Y mire cómo le hemos pagado.

—¿Pero el *steak tartar* fue apropiado? ¿Cría caballos?

—Nada tan ambicioso, me temo. Tengo un semental, *Bruno*. Ha ganado un par de carreras. Hace tiempo tuve varios caballos buenos, pero para mantener un buen establo necesitas algo más que dinero. Necesitas tiempo. Me gusta cuidar personalmente de los caballos. Te respetan si les tratas bien.

—No es una habilidad fácil de aprender.

—He tenido alguna experiencia. He montado en un rodeo. Texas me creó. Sí, se podría decir eso, de muchas maneras, Texas me creó. Pero nunca he vuelto desde que regresé a casa. Nunca. Éste es mi hogar. Mis raíces están aquí. Aquí me quedo.

—Usted es un hombre de negocios, señor Bajaj. ¿A qué se dedica exactamente?

—Una pregunta difícil. ¡Tengo tantas carreras! Hice fortuna con el aceite, después me moví a áreas menos competitivas. Compró negocios enfermos, los hago funcionar de nuevo. Por el momento trabajo casi exclusivamente en el sector de la electrónica.

—¿Tiene pensado colaborar con Hilla para convertir este lugar en un hotel?

—Lo pensé antes. Ahora no estoy tan seguro. Después de estas tragedias, la propiedad se convertirá en un hándicap. Las noticias circulan.

—¿Cuándo ha visto hoy a Tarok por última vez?

—Puedo responderle de forma precisa. Once y cuarto. Me encontré con él en el pasillo, justo frente a su puerta. Llevaba un rollo de cuerda de nailon y unas tijeras. «A Hilla le gustaría que colgásemos el cuadro antes de comer», dijo. «Me queda mucho trabajo por hacer», me contó. «Así que ahora voy a encerrarme en la cocina. He dejado unos aperitivos y café en la despensa por si la gente tiene hambre. Cuando termine con el cuadro, por favor vuelva a dejar estas cosas en la despensa.» Ésas fueron sus palabras.

—¿Y qué hizo con la cuerda?

—La llevé al comedor, donde entré a comprobar el lugar en que debería ir el cuadro. Después llevé el cuadro desde la biblioteca y traté de hacer el trabajo sin ayuda de nadie. Pero era un poco pesado. Necesitaba ayuda para levantarlo. De hecho, mientras lo

estaba levantando, el reloj dio la media, lo que me sobresaltó, ¡casi se me cae el cuadro! También por eso sé la hora de forma tan exacta. Así que dejé el cuadro allí y fui al salón a pedir ayuda.

—¿Quién le ayudó?

—Devdutt y Felix. En unos diez minutos tuvimos el trabajo hecho.

—¿Qué pasó después?

—Nos quedamos de pie charlando sobre el cuadro durante un rato. Devdutt dijo que iba a prepararle un poco de café a su mujer, preguntó si queríamos, y tanto Felix como yo dijimos que no. Le di el rollo de cuerda y las tijeras para que las devolviese. Me había cubierto de polvo y estaba cansado, de modo que subí a mi cuarto. Sentí un ligero malestar en el pecho. Me hicieron un bypass el año pasado y tengo que ir con cuidado. Me tendí sobre la cama durante una hora más o menos. Después de eso me sentí mejor, puede que durmiese un poco, no lo recuerdo. Me di una ducha, me cambié, bajé con buen apetito... ¡y me encontré esto!

—¿Qué hay de Chili? ¿La conocía de antes?

—En absoluto. Me habían dicho que es una *top model*, internacional, pero viéndola era difícil de creer. La vi ayer en la cena por primera vez. No me impresionó.

Lalli asintió de modo alentador. Aquel día le gustaba el señor Bajaj. Quizás, como a mí, le impresionó la respuesta del tipo ante una crisis. Un cambio reconfortante con respecto a la pose estética de Alif Bey.

—Las dos muertes no están necesariamente relacionadas, ¿verdad? —preguntó él—. Oí que la chica tuvo varios intentos de suicidio hace poco. Decepcionada en el amor. Las chicas a esa edad son muy sensibles. Los chicos son animales.

—¿Tiene una hija?

Sus ojos se volvieron opacos.

—Tenía una hija. Hija única. La perdimos justo antes de que cumpliese diez años.

—Lo siento.

—Fiebre cerebral... ¿cómo se llama?... meningitis. Cualquier tragedia que le suceda a una chica joven me afecta profundamente. Este año habría cumplido diecinueve.

Tal vez por ello su esposa se comportaba de forma tan cruel con sus jóvenes estudiantes. Deseé poder juzgarla de forma más comedida.

—¿Qué hay del resto de la gente, señor Bajaj? ¿Los conoce bien?

—Sólo a Hilla y a los Sane. Son viejos amigos.

Entonces él se hizo cargo de las preguntas. Interrogó a Lalli sobre el procedimiento, sobre lo que pasaría cuando se restableciese la comunicación. ¿Debería ir a la comisaría de Malad o acudir directamente a su amigo inspector?

A todo aquello, Lalli respondió con infinita paciencia.

–Me iré al amanecer –terminó él, como coda a su recital.

–¿Cuántas mentiras has detectado esta vez? –preguntó Lalli cuando el señor Bajaj se fue.

–Ni mentiras, ni conversaciones secretas, ni rumores. Estaba bien preparada para odiar a este tipo cuando supe que era el marido de Lata Sandeha, pero parece el más decente de todos. Honesto. Servicial.

–Lo que nuestro siguiente sospechoso puede no ser. Llama al doctor Sane.

Y fue entonces cuando me acordé del sueño medio reconstruido que me despertó el viernes por la mañana. Tarok y el doctor Sane hablando en la terraza.

«Ya no me importa. Quienes me importaban están muertos. Se terminó. Nunca me has visto antes...», dijo la voz de Tarok.

Le conté a Lalli lo que pude rescatar de mi cerebro confuso. El resto estaba perdido en los acres grises de un sueño.

–Mi esposa está teniendo una crisis –fue la afirmación de partida del doctor Sane–. Espero que esto no dure demasiado.

–Entonces iré directamente a las preguntas importantes. ¿Qué ocurrió cuando fue a la despensa a prepararle café a su esposa?

–¿Cómo sabe eso?

–Todo el mundo parece saber que se dirigió ahí después de colgar el cuadro. ¿O cambió de opinión?

–No. Fui a la despensa. Preparé ese café. Lo subí a la habitación. Me senté con Ujwala para intentar que se lo tomase, y, después de charlar un poco, volví a bajar.

–¿Qué llevaba cuando entró en la despensa?

–Nada. Oh, Bajaj me pidió que llevase de vuelta la cuerda y las tijeras a la despensa. La puerta de la cocina estaba cerrada, ya sabe. El cartel de *No molestar* estaba puesto. Así que dejé aquellas cosas en la despensa.

–¿Dónde las puso?

–Sobre la encimera. Es decir, no la encimera con el calentador y las tazas.

–¿En el otro extremo de la L?

–En efecto. Es una encimera en forma de L.

–¿Estaba abierto el pasaplato?

–No me di cuenta.

–Está justo encima de donde dejó la cuerda y las tijeras. A la altura de los ojos.

–Estaba cerrada.

–¿Puede recordarlo ahora?

–Sí, recuerdo que pensé que podría intercambiar alguna palabra con Tarok, pero entonces vi que estaba cerrada, y no quise llamar.

–¿Cuánto tiempo estuvo en la despensa?

–Lo que tardó en hervir el agua. Mi esposa toma café solo. Todo lo que tuve que hacer fue poner alguna cucharada de café instantáneo.

–¿Y qué hizo hasta que hirvió el agua?

–Nada.

–Doctor Sane, la memoria es algo incierto. Han de darle pie. Mientras estaba esperando a que hirviese el agua, curioseó en los dos botes que había junto al calentador. Pareció abochornado.

–Sí. El primero contenía rodajas de plátano frito. Puede que comiese unas pocas.

–¿No abrió el otro bote?

–Oh, sí, lo hice. Galletas. No me gustan las galletas.

–Ahora que puede recordar los hechos con claridad, trate de recordar si oyó algún ruido o movimiento.

–No. No recuerdo nada.

Lalli cambió el curso de repente.

–A Chili la asesinaron con matarratas. Oímos a Ujwala hablar de él anoche. El asesinato se desarrolló en esos términos.

–No debe sospechar de ella –replicó con urgencia–. A veces Ujwala habla como una idiota, por orgullo de clase. Su familia es muy aristocrática. Se siente avergonzada por mezclarse con gente ordinaria como nosotros. No puede sospechar de ella, no puede interrogarla, soy su marido, tengo derecho a protegerla, por favor, tenga en cuenta que tenemos dos hijos pequeños e inocentes.

–Cálmese, doctor. No sospecho que su esposa asesinase a Chili. Pero me gustaría saber si expresó alguna animadversión hacia ella.

–Sólo el odio que siente hacia todas las mujeres hermosas. Tiene un temperamento muy celoso. Pero su corazón es puro. Por favor, créame.

Lalli se encogió de hombros con escepticismo.

–Además, no tiene una mente así, no puede calcular o planear. Dudo que sepa siquiera que una cápsula se puede abrir y vaciar.

–¿Qué tipo de mente tiene?

–Impulsiva. Rápida. Precipitada. Seguida de un arrepentimiento profundo.

–¿El tipo de mente que da rienda suelta a su enojo con un golpe veloz? ¿Agarrando cualquier arma a su alcance?

El doctor Sane se quedó callado. Se miró fijamente las manos temblorosas.

Lalli siguió:

—¿Por qué se mostraba su esposa tan hostil con el cocinero?

Volvió a responder pesadamente:

—Orgullo de clase. En su familia, un cocinero es un sirviente y un sirviente es un esclavo.

—¿Y comparte esa opinión?

—Soy democrático. Confío en criar a mis hijos para que piensen como yo. Pero es muy pronto para decirlo. Así es el matrimonio.

—Así es el matrimonio —se hizo eco Lalli con un suspiro muy conyugal—. ¿Qué tiene que ver usted exactamente con el aceite de mostaza, doctor?

Por un momento pareció desconcertado. Después se tranquilizó con una risa ligera.

—Me temo que mi amigo exageró un poco sobre eso la otra noche. ¡No soy un experto! Tarok lo juzgó así porque me oyó testificar en un caso que implicó a varios amigos suyos.

—¿En 1985?

—¿Eh? No, no, en 1988. Fueron exonerados.

—¿Los amigos de Tarok fueron exonerados?

—Sí, de modo que pensó que yo había hecho maravillas. Sólo estaba siendo generoso.

—¿Recuerda sus nombres?

—Me temo que no, fue un asunto muy nimio y hace mucho tiempo. Eran pequeños comerciantes, que empezaron también siendo chicos de la calle, como Tarok. Ellos no lo hacían tan bien como él, pero les siguió la pista a sus amigos.

—No lo entiendo, doctor Sane. ¿Exactamente de qué forma aportó pruebas en un caso como éste?

El doctor Sane se rió.

—En aquellos tiempos, yo también era pobre como ellos. Tenía una pequeña consulta en Kalbadevi, atendía sobre todo a trabajadores, tenderos, gente pobre. Tuve que explicar mis descubrimientos clínicos ante el tribunal. No había señal de envenenamiento o adulteración en el aceite. Recuerdo que entonces conocí a Tarok. Le reconocí de inmediato cuando le vi aquí. Él también se acordó. Así que ya ve, éramos viejos amigos.

—¿Quizás la señora Sane también le recordaba?

—No, no. Ujwala no sabe nada de todo aquello. Fue mucho antes de conocerla.

—¿Ya no pasa consulta en Kalbadevi?

Se rió con facilidad.

—¡No, gracias a Dios! Ahora tengo una buena clientela. Gente civilizada.

—Entonces Ujwala le dio buena suerte —sonrió Lalli.

Él también sonrió, una generosa sonrisa apreciativa que le quitó varios años a su rostro pálido.

—¡Fui afortunado por casarme con ella! Mi familia es de clase media. Clase media alta. Respetable, pero clase media. Su familia son los Bolinjkar. Azúcar, ya sabe.

—¡Ujwala sabía que se casaba con un hombre de éxito!

El doctor Sane se rió menospreciándose a sí mismo, frotándose el cuello con gesto infantil.

—¡Quizás! Acababa de empezar a pasar consulta en Opera House cuando se concretó mi matrimonio. Su padre pensó que yo era un tipo con mucho futuro, mucho mejor yerno que algún rico inútil.

—¿De modo que él había oído hablar de sus habilidades?

—Ujwala era paciente mía, de hecho. Un problema menor, pero su padre quedó impresionado por el modo en que lo manejé. Supongo que vio en mí buenas cualidades, Ujwala necesitaba una influencia estable. Definitivamente, el matrimonio ayudó en mi carrera. ¿Por qué debería ocultarlo?

Apreté los dientes y esperé la frase inevitable. Y entonces llegó:

—¡Soy un hombre práctico!

Lalli todavía no había terminado con él. Entonces lanzó fuerte.

—Doctor Sane, no puedo evitar hacerle esta pregunta a un hombre de su experiencia... Después de todo, quién mejor que un médico puede juzgar la psicología humana. ¿Quién cree que es el asesino?

No pestañeó. Se reclinó en la silla con una sonrisa madura.

—¡Es un crimen por envidia! Ha estado comiendo plato tras plato, y cada uno superaba su expectación más salvaje. Está frustrado por su propia ineptitud, probablemente sexual tanto como culinaria. Le aconsejo que lea sus libros. Primero el cocinero, después la chica, ambos deseos inalcanzables.

—Quiere decir...

—¿No es obvio? Felix Rego.

Fui severa con Lalli.

—Me avergüenzas —dije—. Se lo ha tragado. Y el tipo es tan cándido que lo ha destapado todo.

—¿Lo es?

—Por supuesto es un poco triste con qué facilidad ha creído en la culpabilidad de su esposa. Pero de verdad no puedes juzgarle por sus valores. Son espantosos, pero no le convierten en un asesino. Al menos no ha mentido.

—¿No?

—No de manera perceptible.

—Tengo que verificar algunas fechas con su esposa, de modo que me reservo el estruendo para después.

—Noté que no dijiste nada acerca de que Tarok fuera estrangulado... ¿No crees que merecía saberlo?

—¿Merecerlo? ¿De qué forma ha merecido algo?

De vez en cuando mi tía me demuestra lo poco que la conozco.

Nunca antes había visto tal frialdad en ella. Sus ojos diamantinos, brillantes, incluso deslumbrantes, eran astutos y punitivos. El desprecio de su voz me hizo estremecer. Claramente, en su libro, nadie podía caer tan bajo como Devdutt Sane.

Felix Rego entró como un conspirador.

Acercó la silla y se apoyó sobre la mesa, con las palmas hacia abajo, agazapado, listo para saltar.

—Deberíamos atraparla ahora —gruñó—. Antes de que golpee de nuevo.

Satisfecho con la impresión que había producido, se reclinó con lentitud. Después comenzó a extenderse, directamente salido de *Cocinero de carroña*.

Quienes hayáis leído el libro notaréis que en ese momento los primeros tres capítulos

todavía no estaban escritos en la mente de Felix. Se zambulló de cabeza en el torbellino psicológico que encontraréis en el cuarto capítulo. Os lo transmito exactamente como él lo dijo:

Durante toda la noche, ella había ahogado el grito de su voracidad, la voracidad profundamente visceral que le retorció las tripas. Se giró con impaciencia hacia el hombre que roncaba a su lado, y, tras apartar las sábanas ligeras, corrió hacia la lluvia.

La lluvia castigaba. Acres desnudos de carne mojada fueron azotados hasta que la sangre brotó, fustigada por los alambres de acero punzante que refulgían con el relámpago.

El flagelante la persigue por la terraza, los pies descalzos resbalan, y ella cae, y se despliega la corola blanca de sus miembros. El relámpago brilla ante la áspera masa de nubes palpitante y negra. Las correas azotan sin cesar. Abriendo los ojos ante el aguijón ácido de la lluvia, profundamente, desde la oscuridad naciente agazapada en su vientre, surge un gemido primitivo. La columna le arde con mil fuegos.

Levanta la cabeza de forma ciega y, con los labios hinchados, agrietados y salpicados de espuma, gime el nombre de él.

Felix levantó un dedo a modo de advertencia cuando Lalli empezó a hablar.

—¡Espera!

La lluvia se detiene. La mujer se levanta. La fiebre la ha abandonado. El aroma de la sangre tiembla en su nariz.

Debe vivir sólo para la venganza. Todo lo demás es un espejismo. Esto, certeza.

Finge tener una migraña. La dejan allí, en la oscuridad, una brasa ardiendo, carbón encendido. Se viste como para un ritual. Después desciende las escaleras serpenteantes.

Ella le sorprende. Una vez más su condición de mujer vil no admitirá la derrota. Engatusa, seduce. Él se ríe de ella.

Ella le golpea...

—¿Con qué? —interrumpió Lalli.

–¡Cualquier cosa, cualquier cosa! –espetó–. Un objeto romo.

–¿Qué objeto romo? –insistió Lalli–. No hay nada similar en la despensa o la cocina.

–Oh. Entonces ella lo llevó.

–De modo que fue premeditado.

–Por supuesto.

–En ese caso, Felix, debería decirte que la herida en la cabeza no mató a Tarok. Fue estrangulado con un trozo de cuerda de nailon de ese rollo.

Felix silbó:

–Pero no vi ninguna ligadura.

Ligadura. Para mí, la palabra conllevaba su significado corriente: lazo, nudo. Pero Felix la empleó con una especificidad que la convertía en el arma del crimen. El hombre del *gore* había investigado.

–No, el asesino quitó la ligadura del cuello de la víctima. Fue veloz, brutal, eficiente. No me sorprendería descubrir que lo ha hecho antes.

–Entonces es un caso clarísimo.

–¿Lo es?

–Por supuesto. El doctor Sane entra en la despensa para prepararle café a su esposa... todos sabemos eso. Abre el pasaplatos, ve a la esposa. La esposa se retuerce las manos, se acerca a la ventanilla, dice que Tarok todavía no está muerto, sólo aturdido. Doctor Sane al rescate. Corta un trozo del rollo, salta por la otra puerta. Ella le abre. Sane termina el trabajo. Salida del matrimonio por las escaleras en espiral, después de cerrar la puerta de la despensa.

–¿Qué hay del café? –pregunté–. Él sí le subió café a la habitación. La taza seguía allí cuando fui a llamarla.

–Eso es fácil. Se la pasó por el pasaplatos antes de dejar la despensa. La subieron.

La visión de la señora Sane huyendo de la escena del crimen acribillada por la lluvia, aferrada aún a su taza de café negro, definitivamente encajaba en *Cocinero de carroña*.

–¿Qué hay de Chili? –preguntó Lalli.

–Es el asesinato de un médico, ¿no? ¿Llenar cápsulas con veneno? Lo más probable es que los Sane se quedasen toda la noche despiertos haciendo eso.

–¿Y su motivo?

–Oh, nunca me molestó por el motivo. El asesinato es un capricho. Ujwala es una auténtica primitiva, toda ella ira y apetito.

–Muy persuasivo, Felix. No me sorprende que tus libros parezcan tan reales.

–¡Gracias! Eso significa algo, ¡ viniendo de ti!

–Espero leer lo que escribirás cuando esto haya terminado. Ahora dime, ¿cuándo abriste el pasaplato exactamente?

–¿Qq... qué? –Felix no supo qué decir.

–Oh, vamos, ¡no esperabas que no me diese cuenta de eso! Sólo necesito saber cuándo. ¿Fue antes o después de que el doctor Sane fuese a la despensa con el rollo? Ahora no me digas que no fuiste a la despensa, porque sé que lo hiciste.

–De acuerdo, de acuerdo, tranquila. Fui a la despensa, ¿vale? Fui al volver del lavabo. Pensé en echar un vistazo a los refrigerios que Tarok había dejado allí. Era alrededor de la una y cuarto. Había dos tarros. Uno estaba casi vacío... rodajas de plátano frito, el otro tenía galletas. De jengibre. Cogí una. Nunca desayuno, de modo que estaba un poco hambriento. No recuerdo haber abierto el pasaplato.

–¿Por qué?

–¿Por qué, qué?

–¿Por qué no recuerdas haber abierto el pasaplato?

–¡Porque no lo abrí!

–O quizás no lo recuerdas porque tienes que olvidarlo. Abriste el pasaplato, Felix, y preferirías olvidar lo que viste por él. Felix, ¿qué viste?

Se quedó muy callado.

–Desde la ventanilla cualquiera con un campo de visión normal puede ver hasta el centro de la cocina. ¿Le pasa algo a tu vista, Felix?

Felix respondió:

–No maté a Tarok Ghosh.

–No he preguntado si lo hiciste. Sólo quiero respuestas a dos preguntas. A: ¿Qué hora era cuando abriste el pasaplato? B: ¿Qué viste a través de él?

Todo su donaire le abandonó. Miró alrededor de modo desaforado, intensamente confundido.

Para mi sorpresa Lalli se levantó de la silla y se acercó, se quedó de pie a su lado y posó una mano tranquilizadora sobre su hombro. Tardó un poco, pero al final se relajó. Lalli no volvió al lugar donde estaba. Acercó una silla y la puso junto a la de él.

Felix declaró:

–Fui a la despensa sobre la una y cuarto. Me comí una galleta. Abrí el pasaplato con

cautela, pensando que Tarok no se daría cuenta. No lo abrí del todo al principio. Después, al no verle, lo abrí más o menos hasta la mitad. Buscaba el asunto esencial, ¿sabes? Los platos antes de que los arreglase y decorase con la guarnición. Un arreglo ingenioso puede ocultar multitud de pecados. Como esperaba, la mayoría de los platos fríos estaban sobre la encimera. Sí, podía ver el centro de la cocina, pero sólo el suelo, no el banco o a Tarok, no desde donde estaba de pie, sin abrir más la ventanilla. Y entonces vi aquello.

—¿Aquello?

—El huevo derramado sobre el suelo. Le di un punto en contra por eso, que Dios me perdone. Pero juro que no vi nada más.

—Muy bien. Por supuesto cuando se supo la noticia no me lo contaste porque se te ocurrió que el asesino habría entrado por el almacén. Como *tú*, ¿verdad?

Aquello me dejó sin aliento. Felix parecía noqueado. Lalli siguió presionando.

—Cuando te diste cuenta de eso, decidiste reservarte lo que habías visto por el pasaplatos. Pero ahora será mejor que hables, Felix. ¿Qué hacías en el almacén? ¿Cuándo estuviste allí?

—Fue un poco después de las doce... doce y cuarto, quizás. Dejé el salón para subir a mi cuarto y coger una copia de mi último libro para Alif Bey. No fui a mi cuarto, no de inmediato. Pasé junto a la cocina sólo por curiosidad... y entonces vi que la puerta del almacén estaba abierta. Sólo estuve allí un momento. Sólo entré, cogí el cubo...

—¿El qué?

—El cubo de la basura. Lo dejó cerca de la puerta, ya sabes. Lo arrastré hasta un lateral de la casa. Le eché un vistazo rápido, lo volví a dejar donde estaba y me marché tan silenciosamente como pude. Subí a mi cuarto después de eso. Me sequé el pelo. No estaba demasiado sudado y no se evidenciaba en mi camiseta negra. Volví al salón. Nadie había notado siquiera que me había marchado.

—¿Qué buscabas en la basura? —preguntó Lalli.

—¡Tantos cocineros utilizan salsas instantáneas y preparados y aliños! ¡Cocina continental! Un escándalo en estos tiempos. Una mañana perspicaz en Crawford Market y puedes improvisar una comida de *gourmet* para el mediodía... sacándola de sus paquetes. No iba a tolerar algo así, ¿no? Siempre inspecciono la basura. No había sino basura honrada en el cubo de Tarok.

Era tan típico. Felix Rego tenía la moral de un gato callejero.

Continuó:

—No le maté. Me gustaba. ¿Por qué no me crees?

—Oh, te creo —respondió Lalli.

Pareció indignado.

—¿Qué piensas de la muerte de Chili, Felix? —preguntó Lalli.

—Si me preguntas, se suicidó. Conocí a su ex. Un imbécil sin corazón. La muchacha estaba más destrozada de lo que mostraba. ¿Y sabes qué? Sabía cómo llenar una cápsula. Me lo contó el día que intentó matarse con aquellas seis cápsulas. «La mejor forma de matarte es llenar con veneno una de estas cápsulas», me dijo. «Parecen tan bonitas, y no saben a nada.» Lalli, estoy seguro de que Chili se suicidó. Y ahora Rafiq lo ha entendido mal. ¿Te has dado cuenta? Cuando atrapemos al asesino, tendremos que cuidar de Rafiq... ¡o habrá otro asesinato!

Me percaté del «tendremos» con irritación. Lalli no se inmutó.

—Cuéntame, Felix, ¿de qué manera concreta haría Tarok esa mayonesa?

—Bueno, con este tipo de tiempo, en especial si vas a preparar una cantidad grande, es mejor batir las yemas sobre hielo. Un buen cocinero nunca utiliza una licuadora o una batidora eléctrica. Demasiado calor. Puedes colocar el cuenco en un abrevadero de hielo, o excavar un agujero en un bloque grande de hielo y apoyar el cuenco encima, lo que te deja ambas manos libres. El aceite ha de añadirse gota a gota, o se cortará, y no conseguirás una emulsión fluida. Yo utilizo aceite de oliva, pero a algunos chefs les gusta el de sésamo... ¿sabes, aceite de sésamo? Tarok escogió ése. La técnica es muy sencilla. Rompes los huevos, separas las yemas, bates con un tenedor hasta que la yema se rompe, añades aceite gota a gota, batiendo todo el tiempo, con un movimiento de muñeca fuerte y regular hasta que haya alcanzado la mitad del volumen. Después puedes mezclarlo más rápido con el resto. Es todo lo que hay que hacer a menos que quieras añadirle sabor, de ajo, por ejemplo, o mostaza... lo que sea.

Lalli no tenía más preguntas para Felix.

—¿No te importa si uso el título? —me preguntó.

Negué con la cabeza, estupefacta, y se marchó.

—¿Qué título? —preguntó Lalli.

—*Cocinero de carroña*. Así es como va a titular su próximo libro.

—Dios mío. Habló de su libro, ¿verdad?

—Casi. Todavía ahondará más en su bolsa de adjetivos húmedos.

–Puaj. De todos modos, tenemos que darle las gracias. Ahora tenemos nuestra arma roma.

–¿La tenemos?

–Sí. Pero oigamos primero a Ramona.

Ramona irrumpió.

–Pensé que no me ibais a llamar nunca. No puedo soportarlo más. Tengo que hablar. Tienes que traer a Lola. De inmediato. Lo sabe todo.

–Siéntate y cállate un momento, Ramona –pidió Lalli con tono pedagógico–. Cálmate, por favor. Habla con frases claras y completas. Cualquier cosa que nos digas puede ser de extrema importancia.

Si hubiese dicho «muy importante», no habría funcionado. Extrema importancia dejó a Ramona con los ojos desorbitados por la gravedad.

–¿Qué sabe Lola? –preguntó Lalli con delicadeza.

–Sabe lo que Chili quería contarte. Sé que Chili nunca lo hizo, porque eso es lo último que me dijo, justo antes de subir a su habitación. Dijo: «Tan sólo si Lola estuviese aquí, podría contárselo todo a Lalli y librarme de mi preocupación». Esas palabras exactas. «Lola no me dejó contarle y ahora Tarok también dice que no debo hacerlo. ¡Espera! ¡Todo el mundo me pide que espere!» Eso fue lo último que me dijo. ¡Quizás fue lo último que le dijo a alguien!

Ramona perdió el control y sollozó en serio. Lalli esperó con paciencia hasta que los primeros paroxismos amainaron. Después preguntó:

–¿Qué más te contó Chili?

Ramona se sonó la nariz con un pañuelo de papel hecho jirones y contestó:

–No estaba embarazada.

–¿Te dijo eso?

–No exactamente. Dijo que nunca llegó hasta el final con su novio, nunca confió en él en realidad, y gracias a Dios o incluso podría estar embarazada. De todos modos, eso es lo que la gente está diciendo ahí fuera. Que se mató porque estaba embarazada. ¿Qué les

importa, de todos modos? ¿Eso es todo lo que pueden pensar? ¿Qué hay de su vida? Toda su hermosa vida, años y años ahora perdidos, ¿qué hay de eso?

Y en realidad aquello fue todo lo que Ramona pudo decir.

En cuanto al resto, a ratos se mostró incoherente y a ratos indignada.

—Fui realmente mezquina con Chili aquel primer día —afirmó—. Pensé que sería una esnob, al ser tan rica y famosa y bonita. Pero, ¿sabes?, no era así en absoluto. Era agradable y amigable. Era una persona hermosa. Y tampoco era tan rica. ¿Visteis lo que se puso para mi cena? Quiero decir que habríais pensado que se vestiría para algo formal, ¿no? Pero no, sólo aquel *salvar kamiz* anticuado y sin gracia. Puedo prestarte algo mío, le ofrecí, aunque en realidad tenía miedo de que lo estirase, no llevamos realmente la misma talla. Pero se rió y dijo que era agradable ir cómoda por una vez. De verdad lo sentí por ella.

Una mirada de dolor cruzó el rostro de Lalli y supe que estaba pensando en el Rami Kashou que Chili no se llegó a poner.

Ramona siguió parloteando.

—Sabéis qué, somos del mismo instituto, y ella conocía todos los cotilleos y eso. Le estaba contando lo mucho que nos asusta ir al laboratorio de física y la cantidad de ellos que han abandonado la ciencia por eso y, qué sorpresa, estuvo justo allí cuando ocurrió.

—¿Cuándo ocurrió qué?

—La leyenda urbana. Hay un fantasma que aparece los viernes por la tarde.

—¿Y Chili conocía la historia?

—¡No! ¡Conocía al *fantasma*! Era su mejor amiga. Por supuesto entonces no era una fantasma, era Payal. Y después se ahorcó de las poleas en el laboratorio de física.

—¿De forma que a eso le llamáis leyenda urbana?

—Sí. Se supone que el edificio de ciencias está como embrujado. Y los viernes, el segundo viernes del mes, nadie se acerca a más de un kilómetro. Fue entonces cuando Payal se ahorcó. No sólo fue un suicidio, ¿vale? Conlleva muchas historias. Pensé que Chili conocería detalles, y en realidad dijo que sí, pero no lo podía contar porque Lola le había dicho que no lo hiciese. Lola lo sabía todo, dijo. Lola es estupenda y todo eso, pero da un poco de miedo. No me gustaría cruzarme con ella. Pero *tú* puedes, tía Lalli. Puedes *hacer* que te lo cuente ahora, obligarla. Quizás por eso murió Chili.

Sonaba ridículo, pero Lalli fue dulce con ella, la dejó hablar, y le dijo que al día

siguiente, cuando todo aquello hubiese acabado, deberían realizar el Baile de la Lluvia para animar a la pobre Hilla.

—Ahora intenta dormir un poco —sugirió—. Debe de haber al menos un sofá en el que Alif Bey no haya roncado.

Ramona se rió tontamente. Agarró a Lalli en un abrazo repentino.

—Sé que harás las cosas bien —afirmó.

—La fe de los niños supone una responsabilidad espantosa —suspiró Lalli—. Será mejor que me ocupe de esto. Estaré un rato fuera. Quédate aquí. No te preocupes si no vuelvo enseguida.

Probablemente se fue a comprobar algún detalle truculento. La habitación de Tarok tenía aire acondicionado, y para disgusto de Rafiq, habían colocado allí los dos cuerpos.

Pasó casi una hora hasta que Lalli regresó, duchada y fresca con un vestido blanco de Lucknow. Traía un plato de las galletas de jengibre que Felix había probado. En la otra mano llevaba una bolsa de plástico que dejó en el suelo. Lo que me recordó...

—¿Cómo supiste que Felix había abierto el pasaplatos? —pregunté—. ¿Migas de galleta?

—No. No lo sabía. Lo supuse.

El pelo mojado, echado hacia atrás con rectitud, le daba un aspecto serio. Se erizó de modo amenazador. Sus manos pequeñas tenían el acerado aspecto de unas garras. Me dedicó la mirada de una extraña:

—Ve a por Alif Bey.

Entró con aire arrogante. Su melancolía se había visto reemplazada por una especie de engreimiento desdeñoso. Cogió una galleta:

—En la jerga de un centro de atención al cliente... ¿En qué puedo ayudarla?

Lalli apartó las galletas.

Con enorme parsimonia, sacó algo de la bolsa. Cayó sobre la mesa con un ruido sordo y apagado. Era un paquete de plástico de color claro. En su interior, cubierto de barro, deformado, pero todavía fácilmente reconocible, estaba el zapato de Lola.

Alif Bey se arrugó.

—¿Reconoces esto?

Sonrió de forma débil.

—De hecho, sí. Se parece mucho al ridículo zapato de Lola. Pensé que los llevaba puestos al marcharse. Sus otros zapatos están arriba, en nuestra habitación.

Se rió de repente.

—¿Te lo puedes imaginar? Así es Lola. Debió de quedarse toda la noche echando chispas, y con la primera luz se marchó a pie. No la culpo. No soy una visión agradable por la mañana temprano. Sale pisando fuerte y hecha una furia... ¡pero hasta dónde puedes pisar fuerte con esos tacones ridículos! Debió de quitárselos, echárselos sobre el hombro y continuar descalza. Es su estilo. ¿Dónde está el otro?

—Sólo encontré éste.

—¿En la carretera de la playa?

—No. En una pequeña alberca en el jardín trasero. Está un tanto fuera de ruta, ¿verdad?

—¿En una alberca? Quizás un cuervo lo dejó caer allí o lo arrastró una rata. Un cuervo, lo más probable. A los cuervos les gustan las cosas llamativas.

—También encontré esto.

Colocó el pendiente de Alexander Calder sobre la mesa.

—También es suyo —su voz se había vuelto muy suave—. Esto me preocupa. No lo habría tirado. Le encantan estos pendientes. Pondría la casa patas arriba si perdiese uno. Es como una niña con sus baratijas. No le importan nada las joyas, pero mataría por las baratijas.

—¿Sobre qué discutisteis?

—Una pregunta indiscreta.

—Responde, por favor.

—Lo habitual. Las cosas no han ido bien entre nosotros. En realidad no somos compatibles.

—¿Vuestras peleas se vuelven violentas a menudo?

—No. Nunca. No soy un hombre violento. Detesto la violencia.

—Y sin embargo fuiste cruel aquella noche.

—Estaba borracho.

—¿O enfadado?

—Eso también. Estoy borracho con frecuencia, pero nunca había sido violento antes.

—¿Por qué estabas enfadado?

—Su infinita prepotencia. Siempre me ha avergonzado. Cuando comenzó con el número de «a nosotros» y «nosotros» quise que acabase. No necesito esto, dije. No necesito cavar en profundidad para encontrar el oro. No me importa de qué forma saca provecho de sus desgracias.

—¿No puedes decirme qué ejemplo de su prepotencia te enfadó?

—No. Tendrás que preguntarle eso a ella.

—Y después dices que te quedaste dormido.

—Perdí el conocimiento.

—Y no tienes idea de cómo fue a parar este zapato a la alberca, o dónde arrojó el pendiente.

Para mi indignación, gimoteó.

—Estoy asustado. Estoy muy asustado.

Sus ojos aterrorizados se dirigieron a la puerta.

—Dame algo —suplicó—. Haz que se vaya.

—¡Oh, por Dios!

Nunca había visto a Lalli tan impaciente antes. Lo levantó de la silla de un tirón y le

dejó marcharse de forma brusca. Sólo tenía dos opciones. Desplomarse o tambalearse sobre sus pies y marcharse. Se marchó.

—Está mintiendo —opiné—. Claro que tiró el zapato a la alberca. Es un hombre malintencionado. Dijo las cosas más horribles sobre ella. Puede ser muy cruel.

—¿Cruel? No, no es un hombre cruel. Simplemente no soporta la presión, y a ella le sienta bien. A ella le parece embriagadora. A él, opresiva. Ella no se da cuenta, mantiene la presión. Él explota.

—Tendrás que hablar con Lola.

Lalli se encogió de hombros.

—Es posible que no pueda hacerlo. Pero Lola me hablará.

Fui al pasillo a tomarme un respiro.

Como Alif Bey, tampoco quería hacerles frente a todos ellos. Cada uno apuntaba con el dedo de la sospecha a su vecino o vecina. Ocultaban sus miedos bajo una espuma de mala intención. Pero su punzante aguijón desaparecería tan pronto como comenzase el día. De aquello, no obstante, no había indicios. Pasaban de las cinco en mi reloj pero nadie lo podría decir a juzgar por la catarata negra que rugía fuera. Lalli debió pasar un mal rato en su viaje a la alberca.

El mar gruñía con voz ronca sobre todo aquello. De repente mis piernas no se sostuvieron más, me desplomé sobre el suelo, la espalda contra la pared fría y húmeda. Todo cesó menos la lluvia. Todo lo demás era un vacío, sin rasgos, sin nombre. No había nada excepto la lluvia.

Ujwala Sane se sentó a regañadientes. Con el gruñido desafiante de una gata atrapada en una cesta. El turbante estaba colocado hacia atrás alrededor de su cabeza. Se había secado mal y desprendía oleadas de humedad con olor a moho cuando movía la cabeza.

—¿Cuánto tiempo nos vas a tener aquí? —ladró—. ¡Esto es demasiado! Somos gente respetable, nunca se han oído cosas como ésta en nuestra familia.

—Compórtate, Ujwala —pidió Lalli—. No trates de parecer más tonta de lo que eres.

Me quedé estupefacta. En realidad Lalli la estaba tratando *racionalmente*.

—Háblame de tu migraña —invitó Lalli.

Ujwala Sane no pareció en absoluto sorprendida. Como la mayoría de los hipocondríacos sólo consideró natural que su dolencia fuese de interés general. Describió el aura con cierto detalle, y estaba agonizando con un auténtico ataque cuando Lalli la interrumpió.

—Sí, pero ¿qué pasó hoy? ¿Cuándo comenzó el ataque? ¿Qué medicación tomaste?

La mala conducta del cocinero lo había provocado, ¿qué más? ¿Era necesario que Lalli preguntase? ¿Y volver a alterarla?

—De acuerdo, sáltate eso —concedió Lalli a toda prisa—. Pero intentaste verle por la mañana más tarde. ¿Por qué?

—Quería darle bien —contestó—. ¿Qué se creía? ¿Que soy una ordinaria, una *kachra*, como esa Chili y esa Lola? —se giró de forma triunfal hacia mí—. En casa de mi madre, no tengo que levantar un vaso de agua.

—¿Entonces te lo vierten en la garganta? —pregunté, pero Lalli irrumpió.

—¿Alguna idea acerca de qué hora era?

—¿Cómo voy a saberlo? No es asunto mío saber esas cosas. Haz tus preguntas rápido y deja que nos vayamos.

—Entonces, sólo unas cuantas preguntas más. Subiste a tu habitación poco después de

las once, según tu marido. ¿Qué hiciste?

–¿Qué haces cuando te duele la cabeza? ¿Bailar? ¿Como ese bailarín *zopadpatti* –de los barrios bajos–? Todo es culpa de Hilla. Después de todo lo que hemos hecho por ella, así es como nos paga.

Me horrorizó ver a Lalli inclinarse y dar palmaditas al turbante púrpura mientras murmuraba:

–Sí, sí, tan terrible para ti, pobre niña.

Ujwala Sane le agarró la mano y rompió a llorar.

–De modo que subiste para tumbarte. ¿Te dormiste? –preguntó Lalli con amabilidad.

–Sí. No. No estoy segura. Sentía un terrible martilleo en la cabeza.

–Veo que ahora te sientes un poco mejor.

–¿Mejor? ¿Con mis inocentes hijos expuestos cada minuto al asesino?

–¿Y quién crees que es el asesino?

–No lo sé. No sé nada de esas cosas. Sólo soy esposa y madre. Mi marido y mis hijos... eso es todo lo que me importa. No soy inteligente como tú; pero tú no sabes lo que es tener esposo e hijos, ¿verdad?

Lalli respondió a este extraño ataque con un serio asentimiento.

–Sí, de hecho entiendo lo que intentas decir. Para ti, tu esposo y tus hijos tienen prioridad sobre todo lo demás.

–Sí, eso es –desvió toda la artillería hacia mí–. Si no me hubiese casado habría hecho muchas cosas. He oído que escribiste un libro. Déjame decirte que podría haber escrito muchos libros, no sólo uno.

–Todavía puedes –respondí.

Parecía terriblemente importante calmar aquellas ansias.

–No. Ahora no. Todo eso ha terminado. Sólo cuentan mi marido y mis hijos.

–Te sientes como cualquier buena madre debería –apuntó Lalli.

–Soy una buena madre. Soy una muy buena madre. Pregunta a Hilla. Conoce a muchas madres todos los días, pero sólo tiene una cosa que decirme: «Ujwala, todavía he de ver a una madre como tú».

La señora Sane hacía acopio de una colección de halagos ambiguos.

–Tu matrimonio es muy exitoso. El doctor Sane es un hombre muy feliz.

–Es un dios –respondió simplemente–. *Dev-manoos* –de Dios mismo–, ¿sabes? Como

la Madre Teresa. Ha pasado la mayor parte de su vida trabajando para los pobres. Siempre dice: primero *seva*, el servicio, sólo después *mewa*, lo dulce.

—¿Oh?

—Sí. Solía trabajar en Kalbadevi antes de que nos casásemos. Todos eran pacientes de clase baja, sucios trabajadores, realmente, borrachos la mitad del tiempo y con poca fuerza de voluntad, que no pagaban ni una *paisa*. Tenía un sitio pequeño, como una cabaña. Lo he visto con mis propios ojos. A veces voy a Kalbadevi para vender *zari* vieja —la tela de *sari* bordada con hilo de plata auténtica recubierta de oro— o comprar *Surti undhiyo*, la especialidad vegetariana típica de Surat, la mejor de la ciudad sólo la puedes conseguir allí, ya sabes. Él solía trabajar duro día y noche.

—Pero consiguió su recompensa. Se casó contigo.

—No, no, no digas eso, da mala suerte. La suerte fue mía por encontrar un marido como él. Su recompensa procedía de sus pacientes. Una vez salvó la vida del mismísimo Mirajchand Sethia. ¿Has oído hablar de ellos? ¿Los Sethia? ¿Refinerías Taj? Le estaban muy agradecidos a Devdutt. Le compraron un sitio pequeño en Opera House. Era muy pequeño, en absoluto lo que mi padre nos dio, pero era un comienzo. Todos los amigos de los Sethia comenzaron a acudir a Devdutt. Un año después, en 1988, nos casamos.

—Tu esposo me ha contado que tú también eras paciente suya, así os conocisteis.

—No, no, nada de eso. Excepto por la migraña, estoy muy sana. Ninguna otra enfermedad. Hoy en día, mi marido es el médico más famoso de Bombay. Ministros, estrellas de cine, y todos con cita previa. Lo siento, dice Devdutt, puedes ser ministro o presidente del tribunal, pero estás completamente a merced de mi secretaria. Pero cuando le conoce, ningún paciente lo deja jamás. No es grandilocuente. Es un hombre muy sencillo en el fondo.

—Creo que tú también eres muy sencilla en el fondo, Ujwala. Por eso me entristeció tanto que fuese el doctor Sane quien llevase el arma del crimen a la escena de la muerte de Tarok Ghosh. Ya sabes, el rollo de cuerda de nailon que se utilizó para colgar el retrato de la madre de Hilla.

Se quedó mirándola fijamente, los ojos grises se le salían de las cuencas poco profundas.

—¿Qué arma?

—Tarok Ghosh fue asesinado con un trozo de cuerda de ese rollo. Le estrangularon hasta la muerte. El doctor Sane lo llevó a la despensa cuando fue allí a prepararte café.

Pocos minutos después, Tarok fue asesinado. El asesino se acercó a hurtadillas por detrás cuando estaba sentado en el banco batiendo huevos... y de forma rápida y experta lo estranguló con esa cuerda.

Su rostro parecía una papiroflexia torcida, traslúcida, blanca como el papel, apretada con extraños pliegues y arrugas.

—El cocinero murió porque le dieron un golpe en la cabeza. Eso es lo que nos contaste —habló con voz distante.

—Cierto. Le golpearon en la cabeza, pero esa herida no lo mató. Sólo lo dejó sin sentido. Poco después, fue estrangulado con un trozo de cuerda.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—¡Si piensas que mi marido lo hizo, te equivocas! Vino a mi habitación con el café. Después se quedó conmigo hasta la hora de comer.

—Eso no es lo que él dice.

—Te digo que no pudo matar al cocinero. Te lo digo. Es suficiente.

—Encontré esto en la herida de la cabeza de Tarok.

Lalli puso un sobre de plástico sobre la mesa, deslizó una hoja de papel blanco por debajo. Serpenteando sobre aquella claridad blanca había un único hilo púrpura. Era el púrpura inconfundible del *dupatta* de Ujwala Sane.

—Quítese el *dupatta*, señora Sane. Me gustaría examinarlo.

—No.

—Necesito tu *dupatta*.

—Llamaré a mi hermano, él te enseñará. Es abogado. No diré ni una palabra más hasta que haya hablado con él.

—Como te plazca. Ahora puedes irte.

—Lo hizo —comenté.

Parecía una idea increíble.

—No entendía lo que tenía que ver su *dupatta*.

—Cuando fuiste a su habitación a llamarla, ¿lo llevaba puesto?

—Sí, como turbante enrollado alrededor de la cabeza. Estaba húmedo. Dijo que era una compresa fría.

—Llevaba un *salvar kamiz* a juego ayer por la mañana. Cuando la llevaste al salón, se

había cambiado y se había puesto este conjunto blanco.

—¿Y? Quizás éste era más cómodo.

—O quizás el otro estaba mojado.

—¿Mojado?

—Es lo único que constituye una prueba definitiva. Quien hubiese subido o bajado la escalera en espiral se habría empapado. Quien no estuviese empapado no podría haber abierto la puerta del almacén a través del ventilador.

Parecía algo arriesgado a partir de lo cual juzgar un crimen.

—¿Entonces por qué no se deshizo del *dupatta* también?

—Ajá. Ahora estás pensando. Es un poco como *La carta robada*, ¿verdad?

El clásico de Poe con la frase inmortal: *¿Dónde esconderías una hoja? En el bosque.*

No pude entender el paralelismo.

—La ropa sólo estaba mojada. Se la quitó sin pensar. El *dupatta* era más íntimo. Lo ocultó donde nadie pudiera buscarlo. *Se lo puso*. Puede que lavase las manchas de sangre, pero no podía estar segura de que no se viesen. De modo que lo llevó tal y como estaba, húmedo, como remedio contra la migraña. Eso fue inteligente.

—Pero...

—Oh, le golpeó con el *dupatta*. Envolvió con él un pedazo de hielo de la cuba, lo hizo girar y lo soltó. Puede convertirse en un arma extraordinariamente letal. Felix nos contó, recuerda, que Tarok excavó en un bloque de hielo para dejar el cuenco. Conociéndole, cincelaría una roca pulcra con el piolet. ¿Te acuerdas del pájaro de fruta? Tarok no era el tipo de hombre que se quedaría con un puñado de nieve medio derretida al atacar un bloque de hielo. Ella cogió un pedazo manejable de la cuba de hielo, justo de la medida exacta para causar esa herida. Por supuesto, podría haber usado el piolet con mayor facilidad, pero estaba oculto bajo la arpillera. Probablemente no lo vio.

—Es una manera extraña de golpear a alguien, con un pedazo de hielo.

—Es extraño golpear a alguien. No es normal ceder al impulso. Es una elección de arma indisciplinada, bastante salvaje. Transmite la intensa presión que sintió. No entró para herirle... no físicamente. Quedó desconcertada por la furia. Intenta llamar a su puerta... no hay respuesta. Su esposo la escolta de vuelta a la habitación, hace que se tumbe, la deja. Se pone incluso más furiosa. Apenas se percata de la lluvia, creo, cuando irrumpe en el almacén. Y allí está él, sentado, de espaldas a ella, frío como el hielo, batiendo huevos. Hay algo muy insoportable en cuanto a que el objeto de tu furia no se vea

afectado por ella. Agarró lo primero que vio, lo envolvió en su *dupatta*. Para una atleta, el resto fue tan sencillo como el lanzamiento de peso.

»Cayó de inmediato. Sangró. Estaba horrorizada, creo. Subió corriendo las escaleras, dejando la puerta abierta.

–Con todo, le mató –afirmé obstinada. Un peso enorme me oprimía.

–De intención, sí. De hecho, no. Tarok está sin sentido, herido, sangrando. La puerta del almacén está abierta. Un asesino entra.

–¿Por la puerta abierta del almacén?

–Eso creo.

–De modo que, de nuevo, esa persona, tampoco entró con intención de asesinar. Vio a Tarok herido, pero no muerto. Terminó el trabajo yendo a la despensa, cogiendo un trozo de nailon, regresando a la cocina y estrangulándole. Es algo un tanto torpe.

–Y el asesino no es torpe. No, creo que entró con el propósito de asesinar. Entró con la cuerda de nailon con la intención de estrangular a Tarok. No fue tanto un asesinato por impulso sino por oportunidad. Un crimen brillante.

–Pensé que dijiste que los asesinos son estúpidos –le recordé.

–Deslumbrados por su propia brillantez, hacen cosas estúpidas. Éste colocó la cuerda.

–¿Colocó?

–Seguro. La dejó a propósito. Para transmitir cierta idea que ha estado propagando sutilmente desde entonces.

Y por mucho que pregunté, no conseguí que me dijese nada más.

Lalli no dudaba, pues. Ujwala Sane había confesado golpear a Tarok. El doctor Sane terminó el trabajo de forma eficaz. Era deprimente pensar que Felix lo supo primero.

Yo seguía sin estar convencida.

La muerte de Chili no podría haber sido ideada por los Sane. Era demasiado innecesaria.

Además, yo conocía al asesino.

No sentía rabia. No sentía lástima. Sólo compasión y terror; sólo por la gracia de Dios, seguí.

Lalli había dejado la declaración de Hilla para el final. Me pregunté qué haría ahora, cuando pensaba que ya tenía al asesino.

–Creo que seré capaz de superarlo todo menos lo de Chili –comenzó Hilla con abatimiento–. No es que no me importe Tarok, me importa, me importa, ¡pero Chili era mi niña! ¡He cuidado de ella desde que era un bebé! ¿Sabíais que no tenía familia? Su madre murió de cáncer cuando tenía cinco años. La crió la abuela, con mucho cariño, debo decir. Entonces, el año pasado la vieja señora murió. Cáncer de nuevo. Por suerte, para entonces Chili ya estaba afianzada, por así decir. Una o dos críticas internacionales, un rodaje en Roma, uno en París. Claramente, estaba lista para llegar lejos. Fue un gran alivio tras el espantoso altercado en el instituto.

»Y entonces, cuando la abuela murió, la muchacha aceptó a ese asqueroso por despecho. Nunca me gustó, ya sabéis. Demasiado mayor para ti, le dije, pero ¿quién escucha? Me alegró que tuviese el sentido común de deshacerse de él cuando lo descubrió.

»Te digo una cosa, Lalli, a pesar de esos estúpidos intentos previos, Chili nunca se suicidaría. Estaba demasiado enfadada con la muerte. Cuando su abuela estaba enferma, vio a mucha más gente en el hospital, se quedaba a echar una mano, para cuidarles. Era una niña adorable.

En realidad las lágrimas de Hilla no habían cesado desde que le dijimos lo de Chili, y en aquel momento su rostro permanecía contrahecho en un paroxismo amargo de dolor.

Lalli dijo:

–Chili no se suicidó. Cuéntame lo del altercado en el instituto.

–Creo que nunca se recuperó de verdad de esa pena. Tenía aquella amiga, se llamaba Piyush... o... Payal. Un día esa muchacha se ahorcó en el laboratorio de ciencias después de las clases. Se corrió el rumor de que estaba embarazada, pero eso siempre se dice cuando una mujer se suicida... Deberías oírles hablar sobre Chili en el salón. De todos modos, el asunto no acabó ahí. La policía descubrió que aquella muchacha había sido

prostituta, de las que dan citas por teléfono. Entonces su familia se lanzó sobre Chili, acusándola de corromper a su hija. Chili acababa de conseguir su primer trabajo como modelo, lo que al parecer la convertía en alguien «de esa clase». Fue tremendamente traumático para ella.

—¿Chili habló de ese asunto hace poco contigo?

—¡Qué extraño que preguntes! De hecho sí lo hizo, cuando estaba ayudando a que Ramona se arreglase. Dijo que había un tráfico regular de chicas del instituto a los así llamados «hoteles» en Juhu. Para horror mío, Ramona lo sabía. Al parecer, todas lo saben, es un tinglado abierto en el instituto. Y, entonces, cuando salimos de la habitación de Ramona, Chili dijo: «¿Te acuerdas de Payal? La policía me preguntó por los novios de Payal. Pero ella no tenía novio. La única persona que la recogía del instituto de vez en cuando era su tío. Sus padres dijeron que no tenía ningún tío. Le vi muchas veces, y Payal decía que era maravilloso. Todos pensaron que me lo había inventado, pero ¿sabes qué, Hilla?, sigo teniendo pesadillas con aquel tío. Y no te lo vas a creer, pero Lola también sabe de él. Dijo que me lo contaría todo más tarde». Supuse que se trataba tan sólo de algún miedo tonto de Chili. El tío, el coco.

—No me extraña que Chili le echase el ojo a Lola —comenté—. Lola tiene el coraje de ponerse de pie y escupir a la gente que la hiere. A veces pienso que hace bien al utilizar su pasado como ariete.

—Pero sólo a veces —contestó Hilla—. Ella y ese Alif Bey... ¡uf! ¿Por qué se tiene que practicar sexo justo en medio del salón?

—¿Lo hicieron? —preguntó Lalli.

—En realidad no, eso habría sido más normal. Sólo detesto el modo en que lo muestran todo en público. Iros a casa a pelear, digo yo.

—Pero esto es un asesinato.

—¿Qué tenían que ver los pobres Tarok y Chili con las embrolladas vidas sexuales de esta gente? Mira cómo siguen adelante, los Sane y Alif Bey y Lola y Felix.

—¿Felix?

—Con La Sane, ¿no? Responde a mi pregunta, Lalli. ¿Qué tenían que ver Tarok y Chili con las vidas de esta gente?

—Eso es, ¿qué? —caviló mi tía.

Hilla cogió la mano de Lalli entre las suyas.

—Lo superaremos. Venderé la casa. Lo dejaremos todo atrás. Lo olvidaremos.

–Haré que esto pare, Hilla, pero nunca desaparecerá.

–¿Quieres decir que puede haber más asesinatos? –preguntó Hilla con voz apagada.

–Intentaré detenerlo. Si el tiempo continúa así, me veré obligada a ser radical.

Hilla se puso en pie para irse.

–Todos son amigos de Jimmy. Los Sane, Bajaj, y también Alif Bey. Siempre fueron una mala idea, los amigos de Jimmy. Ahora he terminado con ellos, después de esto. No les debo nada. No estoy diciendo que ellos me hayan causado estos problemas, pero ya basta.

Se detuvo en la puerta y le preguntó a Lalli:

–Yo puedo olvidarlo, pero para ti nunca desaparece, ¿verdad?

–Nunca.

–¿Y?

–¿Y qué me pasa a mí?

–Sí, Lalli. ¿Qué te pasa cuando atrapas al asesino?

–Se parece a cuando tienes que tratar con un bebé muy enfermo. Piensas que lo estás intentando todo, pero sabes que no estás haciendo un carajo, sólo estás ahí mientras el bebé lucha por vivir. Yo también hago lo mismo. Entro en una mente tan oscura y solitaria que me asusto. Tengo que darle sentido a ese miedo. Es inhóspito.

–Qué vida has elegido. Yo no podría soportarla, ni un momento.

Lalli sonrió.

–¿No vas a arrestarles? No formalmente, sólo encerrarles o algo así –pregunté.

–Oh, puedo hacer un arresto ciudadano, como tú. ¿Pero arrestar a quién?

–A Ujwala Sane y su marido. Y quizás a Alif Bey.

–¿Qué, a los tres?

–Eran amantes, ¿no? Alif Bey y Ujwala Sane. Un fin de semana turbio en Silvassa.

–Lo parece. Y Tarok lo sabía. Ella estaba asustada... quizás fue más que un fin de semana turbio. No creo que a Alif Bey le importase nada cuando Tarok mencionó Silvassa.

–Entonces fue el doctor Sane.

–O cualquiera de los otros. Todos están mintiendo. Todos tienen algo que ocultar. Eso no les convierte en asesinos.

Nos quedamos un rato sentadas en silencio, escuchando el barullo del viento y la

lluvia.

Estaba muy cansada, la habitación se desdibujaba a mi alrededor.

—Escríbelo —dijo Lalli—. Voy a estar fuera un rato.

En algún momento de mi sueño incisivo y agotador, la noche terminó y comenzó un nuevo día.

Era tarde, al menos eso decía mi reloj. Siete y media. Fuera, los elementos enfurecidos negaban cualquier hora.

Tras un primer momento despierto con la mente en blanco, los miedos agazapados llegaron deprisa y volvieron a reclamarme.

Tarok y Chili habían muerto. Muerto de forma violenta. Golpeados por una mano desconocida que esperaba pacientemente al margen hasta que llegase el momento de golpear de nuevo. Unidos en la impotencia, estábamos atrapados en aquella cárcel vasta y fría que se volvía más siniestra a cada hora. Nuestras vidas abarrotadas se habían mezclado de alguna manera, y mentíamos y fingíamos, dada nuestra desesperada necesidad de escaparnos de la culpa del vecino. Todo gesto era falso, cada palabra una mentira. Estábamos ligados a aquella realidad virtual de propósito malévolo e intercambio cortés.

Era una situación que habría provocado la indignación de Tarok. Por primera vez desde que sucedió, pensar en él no fue doloroso. Descubrí que podía conversar con él, anticipar sus respuestas. Lo verdaderamente espantoso era la *realidad* sobre él, la cáscara hecha añicos que conocí como Tarok, el hecho de que en realidad no era él en absoluto.

Aquella mañana la conversación que escuché entre él y Chili no tenía nada de amenazadora. Quizás porque entonces entendía lo nerviosa y triste que había estado Chili. Chili había ganado en dimensión con la explicación de Ramona. Ahora era más real que cuando estaba viva. Pero, me recordé a mí misma, todo lo que sabíamos de ella era el pasado remoto, sus miedos y ansiedades, nada que ver en absoluto con los acontecimientos extraños del día anterior.

Cuanto más pensaba en ello, más ciertas parecían mis sospechas. Tendría que enfrentarme al asesino. Quizás éste optaría por una salida honrosa.

Mientras tanto, todo lo que quería era sol, vida. La habitación cerrada daba una sensación inexplicablemente fría. El aire estaba viciado con la culpa y la estratagema. Mis músculos, apretados en aquella silla en forma de vientre, se sentían como en rígor mortis. Quería salir.

Me tambaleé hasta el baño, y de camino tropecé de nuevo con una cita secreta. Ahora escuché sin remordimientos.

—Me has hecho esperar mucho —dijo Ujwala Sane—. Ahora tengo que volver. ¿Qué querías? ¿Por qué me has pedido que nos veamos?

—Apenas sé por qué, excepto que quería verte. Todavía me desconciertas, Mohini.

—Ese nombre, no. ¿Entiendes? Ese nombre de nuevo, jamás. No después de lo que pasé ayer...

—Eso es de lo que quería hablar contigo. ¿Por qué lo hiciste?

Se produjo un silencio denso. Al final preguntó:

—¿Qué es esto, chantaje?

Alif Bey aguantó la respiración de repente.

—No me merezco eso. No tengo nada más que decirte, ni ahora ni en el futuro. Te lo suplico, piensa y actúa con más responsabilidad. ¿De qué estás tan asustada?

—Ahora no estoy asustada de nada. Si insistes en regresar a mi vida, estaré asustada de ti como lo estaba de ese cocinero.

—Me estás amenazando.

—Piensa eso si quieres.

—Tienes hijos, hijos preciosos. Por favor...

—No son hijos tuyos.

—Sí, pero Sane es un buen tipo, a él le debes el hecho de actuar con más responsabilidad.

—Quédate callado o te haré lo mismo.

—Tus amenazas no me dan miedo. Tu mente me asusta. Tu soledad me asusta. ¿Quién puede consolar tu soledad? Pero supongo que me dirás que nunca estás sola.

—Por supuesto que nunca estoy sola. Tengo a mi marido. Tengo a mis hijos. Ahora nada me los puede quitar.

—Te dejaré con ellos —Alif Bey suspiró y se marchó.

Esperé a que se hubiese marchado, después seguí a Ujwala Sane al baño. Levantó la mirada desde el lavabo.

—¿Cuándo va a terminar esta tontería? —quiso saber.

¿Cómo se habla con una asesina? No podía mirarla a los ojos. Me habría ido dando tumbos, pero me bloqueó el paso.

—Dile a tu tía que tenga cuidado —avisó—. Dile que no sabe con quién está tratando. Dile que se ocupe de sus propios asuntos y piense en su propia seguridad. Dile eso.

En mi interior todo me impulsaba a golpearla con furia. A una distancia remota oí mi propia voz que decía:

—Le daré tu mensaje.

¡Qué estupidez decir tal cosa! Y después pasé por delante de ella, el bendito agujón del agua fresca despertó mi rostro insensibilizado. Cuando me volví más tarde, se había marchado.

Estaba hambrienta de forma indecente. Miré a hurtadillas por el salón. Todavía estaba envuelto en las formas del sueño. Estaban todos allí, excepto Lalli. Todos, sin excluir al asesino, durmiendo el sueño de los justos.

Volví a la biblioteca para encontrar a Lalli con el ceño fruncido sobre mis apuntes.

—¿Crees que podrías soportar ir a la despensa? —preguntó—. De forma sensata Felix ha trasladado allí algunas provisiones. Unas tostadas calientes y café estarían muy bien.

No quería. No lo podía soportar. Pero fui.

Me concentré en preparar café, encontré mantequilla y mermelada, tosté pan.

No me pude marchar con tanta facilidad.

Abrí el pasaplato.

La cocina me devolvió una mirada desolada, con la sensación de muerte que contienen los monumentos viejos. Una sensación de vida congelada en su cúspide, la música detenida en la nota más alta, una risa silenciada.

El banco, todavía húmedo después de que Felix lo fregase la noche anterior, parecía secreto y negro, un altar que aguardaba un asesinato ritual como parte de algún complejo culto al odio.

Debí haber visto fantasmas. Debí haber visto al asesino en su avance sigiloso, el descanso eterno rápido y cruel, debería haber visto eso.

No vi nada.

Cerré la ventanilla hasta la mitad, como hizo Felix. El banco y su ocupante fantasmal quedaron fuera de mi campo de visión, y todo lo que podía ver era el suelo, una aguda cuña sesgada de baldosas relucientes, donde no quedaba ni rastro de las manchas de la muerte.

Regresé aturdida a la biblioteca. Lalli le dio un bocado agradecido a la tostada. El aroma caliente y azucarado de la piña cortó el aire. Meforcé a tomar el café. Sabía asqueroso.

—Rafiq estuvo aquí hace un momento —dijo Lalli—. Recordó algo que le contó Tarok... sobre el doctor Sane. No tenía sentido para él, pero me lo quería contar. Tarok le dijo que conoció al doctor Sane «antes de la plata». No le pidió a Tarok que lo explicase, y no tenía ni la menor idea de qué significaba.

—Ahora todos harán lo mismo —repliqué—. Se señalarán con el dedo unos a otros.

—Oh, ¿crees que eso es lo que pretendía Rafiq? De todos modos, he tenido suerte. La tengo a menudo, ya sabes. Mira, mira lo que he encontrado.

Me acercó un pequeño volumen. Reconocí el libro que había estado leyendo la mañana anterior. *Las obras completas de Browning*. Lo había olvidado en el asiento junto a la ventana.

—La suerte es una parte importante de la investigación —rió—. ¡Y soy una detective afortunada!

Estaba desconcertada. ¿Qué tenía que ver Browning con esto?

—¿No oíste a Tarok citando a Browning?

Sí lo hice, de hecho.

—Le oí citar a Browning al menos dos veces, de modo que le pregunté si era su poeta favorito. Se rió y dijo que Browning era su *único* poeta. En su huida desde Dhaka, uno de los pocos tesoros que salvó fue el ejemplar de su padre de los poemas de Browning. Era su posesión más preciada. Durante años, el único libro que tuvo para leer. «Conozco del revés todos y cada uno de esos poemas, así que siento que conozco del revés a ese hombre. Y lo más extraño es que, cuando estuve en Londres, averigüé sobre su vida, su matrimonio, y, ¿sabes qué?, nada de aquello tenía relación con el hombre que conocía», me contó Tarok. Después, por supuesto, cuando vi este libro establecí la conexión.

—¿Con el doctor Sane?

–Ajá. *Nos dejó sólo por un puñado de plata, sólo por una cinta que atar en su abrigo...*

Me acordé de ese poema. Lo aprendí con pesadez en la escuela.

–*El líder perdido*, incluido de forma constante en las antologías.

–De modo que ésa es la historia del doctor Sane. El asunto del aceite de mostaza. Mintió sobre ello. Le pregunté si sucedió en 1985, porque hubo una serie de muertes a causa de una epidemia de hidropesía aquel año, envenenamiento por aceite de mostaza de cardo blanco adulterado. Rápidamente contestó que no, que sucedió en 1988. Lo dijo con demasiada rapidez como para que el año 1988 no fuese importante para él. Lo era. Se casó ese año, Ujwala nos lo contó. Ella nos contó también que para entonces él había dejado Kalbadevi y había puesto en marcha una consulta para la comunidad de la zona de Opera House. Dijo que salvó la vida de Mirajchand Sethia... de Refinerías Taj. ¡Ahora es fácil leer la historia del doctor Sane!

–Todavía no lo entiendo.

–Los amigos de Tarok no eran pequeños comerciantes como sugirió el doctor Sane. Eran *pacientes* del doctor Sane. Mirajchand Sethia tuvo que responder por el aceite adulterado que vendía. Cuando el asunto llegó a los tribunales, el doctor Sane tuvo que presentar pruebas médicas. Las víctimas lo consideraban su defensor... hasta que aceptó ese puñado de plata de Sethia. Probablemente el doctor Sane cambió su historia en el estrado de los testigos, y dijo que no había signos de envenenamiento por cardo blanco en sus pacientes.

»El médico joven y pobre, filántropo y dedicado, no pudo ayudar más a sus pacientes. No pudo contar una mentira. No pudo decir que el aceite de mostaza que les lisió y les mató estaba adulterado porque había pruebas para demostrar que no lo estaba.

»Sethia debió de arreglar eso. El aceite tenía autorización de la Ley de Alimentos y Drogas, comprada, sin duda, a un precio astronómico por Refinerías Taj. Me pregunto cómo llamaría el doctor Sane a la enfermedad misteriosa que aquejó a tanta gente... fiebre vírica, probablemente, ese conveniente y absurdo disfraz para las enfermedades no diagnosticadas. Las víctimas eran pobres, anónimas, oscuras. El doctor Sane era ambicioso. Mirajchand Sethia estaba dispuesto a ser generoso.

»Los Sethia se libraron por las pruebas del doctor Sane. Las víctimas no obtuvieron indemnización. Un año después, el doctor Sane le dio la espalda a Kalbadevi y logró que los Sethia le comprasen un sitio para fanfarronear en Opera House.

–Pero eso es vergonzoso.

–No puedes caer más bajo, estoy de acuerdo.

Pensé en la ira en la voz de Tarok cuando le presentó al doctor Sane su pescado con mostaza. Recordé el desprecio de Tarok: «Que nunca te dé pena», fueron sus palabras. «Espera a oír mi historia.» Murió sin contarla. Ahora la conocía de manera poco sistemática, por casualidad, ordenando el rompecabezas de los fragmentos perdidos.

Lalli recogió la bandeja.

–Voy a estar ocupada durante un rato. Estaré arriba en mi habitación, si me necesitas. Si el señor Bajaj trata de irse, retenlo con los demás y avísame.

Y diciendo eso, se marchó.

Cogí el libro de Browning y leí *Mi última duquesa* con el corazón dolorido.

Todo el mundo durmió hasta tarde. A las diez en punto el salón todavía parecía lleno de cuerpos, formas aletargadas, inanimadas. El señor Bajaj se abrió camino por encima de Rafiq, que había caído dormido después de su breve intervalo lúcido y en aquel momento yacía sobre la alfombra como un árbol desarraigado.

–Voy a lavarme –anunció–. Después de una taza de café, arrancaré el coche. Luego ya veremos cómo salir de esta situación.

«Veremos» sonaba optimista. La visibilidad era prácticamente nula, con una lluvia espesa y gris todavía soplando a ráfagas.

–Debemos hacer algo. Mira cómo hemos dormido todos. Como si estuviésemos drogados. Es la tensión. Soy un hombre de acción. No puedo quedarme aquí sentado sin hacer nada. Por suerte el Pajero es un coche fuerte. Dejadme ver si lo logramos.

Recordando las instrucciones de Lalli respondí:

–Le traeré algo caliente para desayunar en diez minutos.

Subí corriendo a la habitación de Lalli.

Lalli contestó:

–Que tenga buena suerte. Y es mejor que vaya solo. Si Felix o Rafiq se presentan voluntarios, diles que les necesito aquí.

Preparé té, y volví al salón con la esperanza de llevar suficientes tazas en la bandeja. Tal vez estuviesen todos despiertos para entonces. Lo estaban. El señor Bajaj vetó el ofrecimiento de ayuda por parte de Felix. Rafiq frunció el ceño en silencio. Felix dijo que prepararía el desayuno para todo el mundo, y se retiró. Al cabo del rato escuchamos el rugido del coche del señor Bajaj mientras los faros recortaban arcos brillantes en la lluvia cegadora.

–Estos hombres de acción, cómo me cansan –suspiró Alif Bey.

–Al menos él está haciendo algo –replicó Ramona con brusquedad.

—Sí, le estoy muy agradecida al señor Bajaj —añadió Hilla con tono apagado. Su té permanecía intacto.

La señora Sane comentó:

—Ya no tenemos que esperar más. Devdutt conseguirá un taxi.

Devdutt no se movió.

Rafiq se levantó de un salto, mucho más alto que nosotros.

—Terminad el desayuno rápido, niños. Ramona, ahora no se te permite llorar. Primero practica, después te haré llorar. ¡Vamos! Debéis descansar después de comer, de modo que ésta es la última oportunidad para practicar. El espectáculo comienza esta tarde a las seis en punto.

—¿Espectáculo? —la voz de Hilla se elevó en un gemido—. ¡No podéis hacer un espectáculo hoy, Rafiq! ¡No es decente!

—Los niños han ensayado el Baile de la Lluvia —respondió Rafiq con firmeza—. Mientras esperamos, ¿por qué no mirar? Después representaré Annapoorna, dedicada a mi amigo Tarok.

Nos quedamos mirándole fijamente.

Rafiq continuó con una sonrisa dura:

—Todas las señoras de Breach Candy quieren que haga un espectáculo especial por Somalia. Me hablan una hora entera de Somalia. Así que preparo este baile, Annapoorna, para la gente hambrienta. Y pregunto, ¿por qué por Somalia cuando los niños tienen hambre en Govandi? Les digo allí hay niños en barriadas, en las calles, con peor aspecto que los niños de Somalia en la televisión. Queréis hacer un espectáculo de caridad, id a decidles a vuestros patrocinadores que todo el dinero vaya para los niños de las barriadas, niños de la calle, niños de las estaciones, cada *paisa*... comida, medicamentos, ropa, quizás también la escuela. Enorme publicidad para los patrocinadores, enorme publicidad para el adorable corazón de las señoras de Breach Candy. Pero dicen... ¡NO! Somalia o nada. Así que yo digo... nada.

»Ahora dicen que Rafiq sólo va tras el dinero. ¿Qué le importa si los niños se mueren en Somalia?, él tiene el estómago lleno, ¿no? Preparé este baile para los niños que no tienen comida. Ahora lo bailaré hoy para ese niño de la calle que dio comida a todo el mundo. Es justicia.

Hilla asintió y Ramona hizo una petición rápida para ir a su habitación, puesto que el célebre bustier debía ser rescatado a tiempo para el baile.

Alrededor del mediodía, el señor Bajaj regresó... sin su Pajero. Parecía a punto de desplomarse, cubierto de barro de forma tan espesa que ni siquiera el aguacero había sido capaz de limpiarle del todo. Escuchamos su historia lamentable después de que Felix lo reanimase, y, en general, lo desintoxicase con agua caliente y jabón. Se inquietó al saber que el café tenía incorporada una generosa copita de brandy.

–Tonterías, necesitas recuperarte durmiendo –replicó Hilla con firmeza–. Por una vez estoy del todo de acuerdo con la bebida.

Había bajado la mitad de la colina cuando los frenos fallaron. Intentó meter las marchas y frenar con el motor. El coche se detuvo, pero se atascó en un banco de lodo que se licuaba con rapidez y se hundió sin más. A lo largo de la hora siguiente trató de sacarlo... en vano. Al final, intentó lo imposible... continuar a pie. Muy pronto, estuvo cerca de compartir el destino de su coche.

–Decidí no daros el placer de otro cadáver más –afirmó con jocosidad espantosa.

Nadie se rió.

Lalli se quedó al margen de todo esto. Hilla dijo que probablemente estuviese recuperando el sueño.

Pero yo había visto antes a mi tía en un caso. Se volvía estrictamente insomne hasta que el asunto terminaba.

No pude soportar estar con todos ellos.

Fui a la biblioteca y hundí la cara en un libro, dejando que las líneas se difuminasen y se disolviesen en mi propio vacío. Podía oír los pies de los bailarines sobre el parquet, sumándose a mi aflicción. Estaba dividida entre mi sentido natural de justicia y una terrible comprensión de la desesperación del asesino. Lalli se había ido por las ramas. No podía culparla, en realidad, por llegar a todas las conclusiones equivocadas.

Ella carecía de la fuerza emotiva que me impulsaba. El amor puede cegarte ante los defectos de la persona amada, pero ciertamente enciende el reflector en tu propia alma. Al verme a mí misma bajo esa luz fuerte, pude, con empatía, ver también... al asesino.

Poco a poco caí en la cuenta de que debería hacer algo. Además, no quería que Lalli pareciese tonta.

Fui al estudio a observar a los bailarines. Estaban concentrados en la música y no se percataron de mi presencia. Al final, se detuvieron.

–Traes contigo el sol. El Baile de la Lluvia ha terminado –afirmó Rafiq.

Tenía razón. No me había dado cuenta. La lluvia había amainado hasta una

luminosidad de fibra de vidrio, que contenía en su engranaje acuoso un rastro furtivo del sol. Los niños corrieron hacia la veranda con gritos entusiasmados.

Rafiq se giró hacia mí.

—¿Qué te preocupa tanto? Tristeza, sí, miedo, sí, pero no tienes miedo, estás preocupada.

—Debes hablar con Lalli —solté—. Es mejor así, Rafiq. Ella te dirá qué hacer.

Cerró los ojos y se estremeció.

—Ya me lo ha dicho. Qué hacer, cuándo hacerlo, cómo hacerlo. Lo haré.

En un impulso le agarré las manos, dominada por una confusión que no pude definir.

—Cálmate —pidió Rafiq con voz de hielo—. Yo también estoy aprendiendo a calmarme. Es necesario. Por quienes han muerto y por quienes deben vivir más allá de este día.

Con esas extrañas palabras, se marchó.

Me quedé en el estudio observando cómo el sol iba ascendiendo poco a poco, como quien ha cometido un delito, hasta más allá de los barrotes cada vez más finos de la lluvia.

Felix sirvió la comida en el comedor. Todo el mundo engulló con abnegación, como si se preparasen para el asedio que estaba por venir.

El señor Bajaj dijo que, aunque la lluvia cesase en aquel momento, las carreteras no estarían transitables al menos hasta el día siguiente. En aquel punto todo dependía del teléfono. Lalli estaba de acuerdo.

–Deberíamos prepararnos para pasar aquí una noche más –anunció–. Pero una con menos incertidumbre y terror.

–¿Lo sabes? –preguntó Felix de forma entrecortada.

–Sí. Pero todavía no he terminado mi trabajo. Ahora todo depende de Rafiq.

Nos detuvimos a medio bocado y miramos fijamente a Rafiq. Él se giró, ruborizándose.

–Sí, Rafiq está ayudando a solucionar esto –afirmó Lalli–. Después del baile... debemos hacerlo en honor de Tarok... después de eso, confío en que Rafiq me permita concluir este asunto.

–Me siento muy enferma –dijo Ujwala Sane en voz muy alta–. No puedo comer esto.

–Entonces deja que traiga un poco de té –contestó Lalli con firmeza–. Vamos, Hilla, preparémoslo. Me apetece una taza después de la deliciosa comida de Felix. ¿No te encantaría una taza brillante de té suave con un toque de limón?... Oh, Felix, ¿tenemos algo de menta?

Ujwala se marchó como un cordero.

–Así es –susurró Felix en voz baja.

–Mi esposa es muy delicada –comentó el doctor Sane–. Estoy muy preocupado por ella.

–Todos estamos preocupados por ella –contestó Alif Bey.

El doctor Sane se erizó:

–¿Qué quieres decir?

Alif Bey, que era un cobarde, se encogió de hombros y se alejó.

–Tranquilo, Devdutt –lo calmó el señor Bajaj de forma efusiva–. Venga, come algo.

El doctor Sane, que ya había comido mucho, le fulminó con la mirada.

Los niños observaban con miedo, sintiendo el peligro.

Lalli regresó muy pronto.

–Déle a Ujwala diez minutos para que se tome el té, después será mejor que la lleve a su habitación y le dé algo para la migraña –le dijo al doctor Sane–. Arpita y Darshan, dejad que mamá duerma un rato. Podéis ayudarme a prepararle sándwiches para cuando se despierte.

–¿Crees que Lalli me dejará hablar con ella? –susurró Felix con urgencia mientras llevábamos los platos de vuelta a la despensa.

–No. Buscas un manuscrito, ¿verdad?

–Me gustaría hacer una escena con los niños, en realidad. Ya sabes, la madre buena en contraste con la mala madre.

–Mantén a los niños fuera de esto –advertí enfadada, sin darme cuenta de con cuánta brusquedad hablé.

–¡Hey! Tranquila, cariño.

–¡Y no te atrevas a llamarme cariño!

Antes de que pudiese evitarlo, le solté una fuerte bofetada. Me quedé horrorizada, pero Felix se agitaba de risa.

–Me tomaré la revancha –rió tontamente–. Te pondré en mi libro.

Aquello me volvió loca de verdad, y si no hubiese aparecido Rafiq me habría puesto a llorar.

–¿Por qué no estás aprendiendo a bailar, Rego? Ven, te enseñaré a bailar, tú me enseñas a preparar *bhurji*, huevos revueltos, muy sabrosos. Entonces sorprenderé a mi *ammi*, a mi madre, cuando vaya a G’ondi... Mira esta comida francesa que me ha enseñado un famoso cocinero francés.

Felix se puso colorado, pero la actitud de Rafiq era tan inofensiva que su ceño fruncido se convirtió en una amplia sonrisa y meneó las caderas bailando de forma exagerada. De repente me vi arrastrada a esa broma enloquecida y cuando Hilla llegó nos encontró muertos de risa.

–Histeria –afirmó resueltamente–. Primero Sane *Bai* y ahora vosotros tres. ¡Que Dios

me dé paciencia!

La paciencia, sin embargo, escaseaba.

Alif Bey y el doctor Sane se gruñían mutuamente. El señor Bajaj, hombre de acción siempre, estaba desmontando su móvil con enfado. Arpita y Darshan se pelearon en voz alta, después unieron fuerzas para meterse con Ramona. Hilla, a punto de gritar, intentaba hacerse escuchar por encima del barullo. El doctor Sane fue convocado para acudir a la cabecera de su esposa. A Alif Bey se le ofreció una copa... que rechazó. Regresó a su pose Recamier, frunciendo el ceño de forma maligna ante el mundo. El señor Bajaj arrojó a la papelera los fragmentos de su móvil y se fue a dormir al sofá. Ramona y los niños hicieron las paces por el bien de un juego de cartas.

Me encontré a Felix y a Rafiq en el pasillo, con Lalli.

—No creo que ninguno de vosotros pueda ayudar en esto —estaba diciendo ella.

Los hombres volvieron sus miradas preocupadas hacia mí.

—Lalli quiere bajar la colina ahora mismo —anunció Felix—. Ha dejado de llover, pero hay un viento fuerte...

—No te preocupes, no saldré volando por la colina —replicó Lalli—. Ella viene conmigo.

Seguí a Lalli al piso de arriba.

Para mi sorpresa, subió al mirador de Framroze. Tenía el telescopio orientado hacia el norte, a la ladera empinada de la colina, por encima de las rocas.

—Echa un vistazo.

El campo apareció lentamente en el foco. Una confusión de roca y matorrales. Después, una masa negra y sin forma. La luz era demasiado débil para distinguir más.

—¿Qué es?

Lalli se encogió de hombros.

—Vamos a descubrirlo.

Nos marchamos en silencio por la puerta trasera.

Lalli avanzó por el terraplén verde, con las rodillas metidas en el fango. No había otro camino, la carretera era un remolino de agua que se lanzaba con urgencia colina abajo. Nos abrimos paso con esfuerzo para rodear la colina. Seguí a Lalli, que caminaba de forma experta, encontrando ramas y riscos a los que asirse que yo habría considerado impedimentos.

El bulto negro había sido arrastrado hacia las rocas, o lo habían arrojado allí.

—¡Baja aquí! —gritó Lalli por encima del viento huracanado—. Desde este punto, ¡mira!

A nuestra izquierda había un saliente de roca como un promontorio. Bajo nosotros el mar hervía con enfado, a poca distancia del bulto que había caído hacia dentro, desviado por un hombro de roca afilada. Yacía curiosamente echado, quince metros por debajo de nosotras.

La carretera se perdía en el compuesto acuoso de fango. En algún lugar por delante de nosotras la luz del sol hacía un guiño perezoso desde los faros cromados del Pajero sumergido del señor Bajaj. No había forma de llegar hasta aquel bulto.

—Espera aquí. Voy a bajar.

Antes de que pudiese protestar, descendió.

La observé, aterrada, recordándome a mí misma que tenía sesenta y tres años, una edad en la que los huesos chasquean ligeramente, y que si se cayese en aquel momento...

No lo hizo.

Ni siquiera quise pensar en cómo volvería a subir. Estaba acucillada sobre el bulto negro. Se puso de pie, me hizo un gesto como si se cortase el cuello, sacó unas tijeras del bolsillo, las levantó para que las viese.

Una ligera corriente de corrupción se elevó por el aire. No podía ver nada excepto la espalda de Lalli doblada sobre la roca. Después se enderezó y se apartó.

Sobre la extensión negra del plástico mojado, boca abajo, el cuerpo de una mujer.

Desde aquella altura, la corta mata de pelo puntiagudo parecía despeinada de forma extraña, mientras el resto del cuerpo estaba decorosamente vestido con aquel uniforme negro. Conocía aquella blusa negra, los pantalones negros fruncidos alrededor de unos muslos abultados. Y supe, sin mirar, que un pie hinchado lucía todavía el pasador enjoyado de un zapato llamativo.

Era Lola.

Era Lola, y estaba muerta.

Me quedé mirando mientras Lalli le daba la vuelta al cadáver. No vi el rostro de Lola. No vi nada más. Estaba demasiado ocupada vomitando en los matorrales, respirando agitadamente y teniendo arcadas hasta que una mano se posó en mi hombro, y como por arte de magia, Lalli estuvo conmigo de nuevo.

Nos sentamos sobre una roca plana. Lalli se había quedado sin aliento. Yo me sentía curiosamente limpia. Por debajo de nosotras, el mar todavía clamaba por Lola.

–Te dije que soy una detective con suerte –comentó Lalli–. Pensé que tardaríamos una semana en encontrarla.

–¿Sabías que estaba muerta?

–Era obvio.

No había nada obvio en eso, por lo que yo veía. Nos quedamos sentadas en amigable silencio, en una paz extraña.

–Tú también lo has sabido, todo el tiempo, desde que encontraste ese zapato. Sólo que no querías afrontarlo.

Tenía razón.

Siempre supe que Lola no iba a volver, que la violencia que la había perseguido toda la vida la atrapó al final. Pero ¿qué significa saber? Es un sentimiento profundo en tu interior, una convicción que no se dice, entonces, sí, supe que Lola estaba muerta.

–De alguna manera, reprimiste la verdad –continuó mi tía despacio–. Le quitaste importancia al zapato. Descartaste el pendiente. Simplemente no querías que fuese cierto. ¿Y por qué? ¿Porque nunca pudo gustarte la pobre Lola? Poco probable. Lo reprimiste porque estabas protegiendo a alguien. Alguien cuyos pies de barro querías que no se notasen.

–Alif Bey, sí. Estaba indignada con él. Pero tampoco lo podía entender, Lalli. Después de aquella terrible pelea en la que casi se matan mutuamente, se pasaron bajo la luz de la luna arrullándose como tortolitos.

–Lamento la hora en la que Hilla te dio esa habitación. Ahora quiero que hagas una cosa. Recuerda la última conversación que pudiste escuchar. Intenta acordarte de las palabras exactas. Inténtalo.

Lo intenté.

No pude recordar ni una maldita cosa de lo que dijeron, excepto el estridente «¡No!» de Lola.

No pude recordar ni una palabra que dijese él.

—Sólo hay una forma de averiguarlo, ¿verdad? Preguntémosle a Alif Bey.

—No podemos dejarla aquí —protesté.

—He vuelto a envolver su cuerpo con esa lona impermeabilizada y lo he arrastrado tan adentro como he podido. Tendrá que esperar hasta que llegue la ayuda.

Mientras regresábamos con dificultad a la casa, en mi mente se sucedían las preguntas. Detuve a Lalli.

—¿Por qué regresó? ¿Cuándo regresó? ¿Dónde estuvo todo ese tiempo?

Tenía una imagen de Lola deambulando por las calles sin rumbo fijo, sin poder entrar en el piso, sin dinero, quizás, serena a la luz de la mañana, arrepintiéndose por la pelea. Haciendo aquella llamada telefónica para tantear el terreno. Después, como un animal golpeado, regresando a él, a rastras, para morir...

Entonces de repente me acordé de Rafiq, que esperaba el indulto.

¿Lo sorprendió ella en plena acción?

Si lo hizo, después esperó todo un día y una noche antes de volver a Ardeshir Villa. Pero no lo logró. Para entonces estaba lloviendo muy fuerte, no logró subir la colina.

Quizás la muerte de Lola no tenía nada que ver con las otras. Quizás había muerto por causas naturales, y a Alif Bey le entró el pánico y la envolvió con lona impermeable y la arrojó por el acantilado.

—No te esfuerces —me aconsejó Lalli, leyendo mi mente como de costumbre—. Lola fue estrangulada, como Tarok. Una mirada superficial no me ha dicho mucho sobre la ligadura —hay demasiada hinchazón—, pero creo que se hizo del mismo modo.

—¿Con esa cuerda de nailon?

—No necesariamente. Pudo haber utilizado cualquier cosa. Pero la estrangularon por detrás, con rapidez. Un hombre con nervios de acero, veloz, decidido, oportunista.

—No es él en absoluto.

—¿Quién?

—Alif Bey.

—No. Pero todas esas características pertenecen al hombre que sé que es el asesino.

—Sé por qué murió Tarok, por qué murió Chili —dije despacio—. Pero ¿por qué tenía

que morir Lola?

Lalli me miró con severidad, abrió la puerta de entrada de un empujón y después de atravesar el jardín trasero subió corriendo los escalones hacia la casa. La seguí. Pasamos con rapidez por delante de la cocina y el almacén, sellados. Subimos lentamente la escalera en espiral, hacia la terraza.

Lalli señaló el montón de sábanas de lona impermeabilizada cuidadosamente dobladas bajo los aleros. Nos metimos en la casa y subimos al mirador de Framroze, donde echamos un vistazo por el telescopio.

Lola ya no estaba a la vista.

Lalli no anunció el descubrimiento del cuerpo de Lola.

En lugar de eso, me mandó llamar a Alif Bey a la biblioteca.

—¿Qué nuevo tormento me traes ahora? —preguntó él con teatralidad.

Lalli respondió:

—Debo insistir en que me cuentes cuál fue el motivo de tu pelea con Lola. Es más importante de lo que imaginas. Déjame asegurarte, con toda seriedad, que no la estarás traicionando en absoluto.

Pareció asustado ante el tono serio de Lalli. Contestó:

—Yo... no puedo ser muy preciso, me temo. Había cosas que me habían disgustado. No era yo mismo. Las cosas no iban bien entre nosotros.

—Tal vez serías capaz de contarme más si te mostrase la declaración de Ujwala Sane. Hizo una declaración formal esta mañana, en la que mencionó su relación contigo. También debo decirte que por ahora el doctor Sane ignora aquella semana en Silvassa en 1988. Tendrán que informarle cuando acusen a su esposa.

—¿Por asesinato?

—Posiblemente. De modo que ya ves, ya sé que estabas en un estado de ánimo desdichado con el constante recordatorio de un antiguo romance. Uno que, me parece, te influyó de forma profunda.

—No fue un romance. Me casé con ella. Todavía estamos casados, supongo, a ojos de la ley. Vivimos juntos una semana. Se fugó conmigo. Nos casamos en el registro, nos quitamos de en medio durante una semana en un cutre centro turístico en Silvassa... Era todo lo que podía permitirme, ¡en aquellos tiempos! Los primeros días... y noches...

fueron embriagadores. Y después me dejó. Todo salió mal. No podía soportarme, dijo. Yo era demasiado... extraño.

Su rostro se retorció con amargura o desprecio. Pasó algún tiempo hasta que volvió a hablar.

—Ella lo era todo para mí —afirmó, simplemente—. Durante años y años viví del recuerdo. Y todo era una mentira.

—¿No intentaste recuperarla?

Alif Bey sonrió.

—Su padre me mandó un par de *goondas* —matones—. Me golpearon... muy suavemente, debo decir. Soy un cobarde, pero no pudieron intimidarme. Era joven, y no era fácil disuadirme. Cuando el viejo se percató de eso, hizo que ella me enviase una tarjeta de boda. Se casó con Sane, una boda de sociedad. Después de aquello.... —se encogió de hombros y se quedó callado.

—No le hablaste a Lola de ella, ¿verdad?

—¡Dios, no! Lola se habría reído. Lola se burlará si el asunto se hace público y tendré que pasar por eso. Soy estúpido, pero no tanto. Nuestra pelea tuvo que ver con Lola, no conmigo. Tenía que ver con todo ese embrollo sórdido de su vida. Lo sabes, ¿no? ¿Lo del abogado?

—Sí. Yo lo agarré.

—¿De verdad? Entonces esto debería interesarte. Lola siempre fue blanda con ese abogado. Yo no podía soportarlo. ¿Tú también te diste cuenta?

—No estaba en disposición de juzgar eso. Nunca hablé con Lola de ese asunto. Llegué al abogado por lo que podríamos llamar una ruta paralela. Mi cliente era otra mujer, una más de las víctimas de aquel tipo.

—Entonces déjame decirte que Lola piensa que el abogado fue el cabeza de turco. Insiste en que el asunto continuará a pesar de que el abogado esté entre rejas. Está bastante obsesionada con esa idea. Dice que la gente o la *persona* que importa de verdad permanece al margen de rumores o escándalos. Me preocupa esa paranoia que tiene. Honestamente ni siquiera puedo llamarla paranoia después de lo que ha sufrido. Pero no me tomo en serio ese miedo. Bueno, aquella noche volvió a surgir y me cansé.

—¿Por qué surgió? ¿Por qué?

—Oh, alguna fantasía estúpida suya. Dijo que ahora estaba segura de quién había

metido al abogado en todo aquello. Por algo que Chili le contó, deduje. Ahora que tenía el nombre, iba a hacerlo bien –se detuvo de repente.

–Sigue.

–No, eso es todo.

–No, no lo es. ¿Quería decir que acudiría a la policía con ese nombre?

–Probablemente.

–Probablemente no. Aquello no te habría puesto furioso. Lola tenía otra cualidad que te desconcertaba. No podías tolerar su conducta moral. Más bien pienso que quería «hacerlo bien» vendiendo su silencio.

–No lo sé, Lalli. No lo sé. Me sonó a chantaje. No me gustó. Sabía muy poco de ello. Me di cuenta de que no la conocía en absoluto. Demonios, ¡empieza a parecer que no conozco a nadie! ¡Le pegué! ¡Quería salir de aquello! No quería a esa bruja peligrosa a mi alrededor. Sigo sin querer. Lo siento. Sé que estoy siendo un canalla, pero en cuanto podamos irnos de aquí me aseguraré de que Lola no se me vuelva a acercar a menos de dos kilómetros.

–¿Entonces por qué hiciste las paces con ella aquella noche, más tarde? Incluso en relaciones tan íntimas, un enfado como el tuyo no se resuelve tan rápido.

–No hicimos las paces. Te dije que perdí el conocimiento. Estaba borracho. Y ella salió. Ciertamente no se me había pasado el enfado entonces, y no lo ha hecho ahora.

–¿Entonces no te diste un paseo a la luz de la luna por la terraza poco después de medianoche?

–¿Con Lola? ¿Después de aquello? Mira, para empezar estaba fuera de combate. Si no lo hubiese estado, después de una pelea de ese tipo, las tretas habituales sencillamente no funcionan conmigo. Tengo un enfado visceral.

–Entiendo.

–¿De verdad?

–Sí. Cualquier otra cosa no sería propia. Dime, ¿crees que Lola decía la verdad?

–¿En cuanto a descubrir la verdad? ¿O en cuanto a utilizarla para chantajear? Ambas cosas, creo, eran ciertas. Aquella noche mostraba un carácter tenso y excitado que no era fingido. Y no creo que esté libre de un momento de chantaje. Lo más probable es que piense que es una forma más limpia de justicia.

–No le tienes mucho cariño, ¿verdad?

–No, no se lo tengo. Pero tampoco le tengo cariño a mucha gente.

–¿Y muchos menos te lo tienen a ti?

–*Touché*.

Lalli todavía no desveló la verdad.

–Supongo que le dirá todo lo que he contado –afirmó sin convicción–. Me va a dar tema de conversación durante un mes. En realidad puede ser esmeradamente cruel.

No teníamos nada con lo que consolarle, de modo que se fue.

–La estranguló a causa de su enfado –le dije a Lalli–. Estoy segura de que fue él, no el doctor Sane. El cómplice de Ujwala.

¿Por qué la empujaba hacia aquel callejón sin salida?

Me miró con dureza.

–Veamos lo que tiene que decir Rafiq –replicó.

Nos reunimos de nuevo en la terraza. Sorprendentemente, el tiempo concedió una tregua, aunque el viento soplaba con voz ronca y el mar amenazaba sin cesar. Formábamos un grupo desaliñado, de alguna forma raído por el sufrimiento.

Ujwala Sane seguía durmiendo, pero el resto de los adultos fuimos en tropel a la terraza cuando Lalli dio la orden. Ramona, por fin con su célebre bustier, irradiaba la alegría de los diecisiete años, que ni siquiera dos asesinatos podrían sofocar. Parte de esa alegría se reflejaba en los ojos cansados e hinchados de Hilla. El anochecer nublado no duraría demasiado. Los faroles que iluminaron el *tandav* de Tarok volvían a estar presentes, alegremente colgados en fila. Traté de no mirar la cuerda de nailon que los sujetaba, y de ignorar el montón de lona impermeabilizada que yacía doblada, reducida ahora a una pieza.

El Baile de la Lluvia fue ágil y vivaz.

Arpita era una hoja y Ramona, de estrás blanco, tenía el auténtico brillo de una gota de lluvia. Rafiq era una nube agitada por la tormenta. Darshan chilló y retozó, dando volteretas para alegría de su corazón, en su papel de viento. La música era estremecedora e inquietante, y, mientras duró, todos olvidamos los asesinatos.

Después aplaudimos y abrazamos a los niños, y se terminó.

No del todo.

Lalli presentó el Annapoorna de Rafiq.

Dijo que había coreografiado ese baile para su amigo Tarok Ghosh, y que le gustaría que fuese un homenaje de todos nosotros a sus numerosos talentos. Tras el baile, Rafiq tenía algo importante que decir. Resolvería el misterio que nos desconcertaba, pondría fin a los trágicos acontecimientos de los días pasados.

Cuando las presentaciones terminaron, todo fue bastante malo.

Me distraje momentáneamente de las palabras a causa de Rafiq, que se materializó

cerca de mi hombro izquierdo. Se había quitado con rapidez la ropa color pizarra que se puso como nube de tormenta. En aquel momento llevaba una malla negra de cuerpo entero. Tenía los ojos asombrosamente perfilados, en contraste con la pintura blanca de su rostro. Se centraron en mí por un instante, después volvieron a retirarse a alguna angustia interior. Sacó una mano en un gesto que me recordó de manera extraña el de Chili cuando pasé por su lado aquella noche en el vestíbulo. Medio saludo, medio rechazo. Con un escalofrío, me hice eco del gesto. Sus ojos me miraron un instante. Después se fue.

La noche entró con sigilo mientras nos movíamos bajo los aleros, ansiosos e inquietos. Habían retirado los faroles.

La terraza estaba tan negra como boca de lobo.

Rafiq apareció en escena, una sombra densa frente a la oscuridad humeante.

Al tiempo, un haz de luz saltó y murió.

La voz grave del *rudra veena* –instrumento de cuerda típico de la música hindustaní– manó, densa, pesada. Las primeras notas profundas del Raag Jinhoti temblaron a modo de presagio. El despliegue lento del estilo *dhrupad* comenzó mientras la terraza se iluminaba alrededor de una columna negra central, tensa, inmóvil. Un foco de luz rodeó a Rafiq. Cuando me giré, vi a Hilla dirigiendo una lámpara enorme. El rayo de luz ascendió por la figura inmóvil de Rafiq, y se detuvo en sus hombros. Era, de nuevo, sin cabeza, un torso de fuerza, carente de vida. Esperó mientras la música completaba su ciclo preliminar de notas. En la pausa, escuché mi miedo.

Es un *raag* que te arranca el corazón, lo oprime de angustia, lo aplasta con el convincente puño de la melodía hasta que ya no hay ningún dolor que resista. La música se abalanza sobre ti y entonces te inunda con innumerables penas. Toda la devastación de la pérdida, la amargura de la melancolía y la dulzura insoportable del recuerdo se engloba en su armonía. No es un *raag* de anhelo. No hay expectativa en su narración, no hay esperanza. No hay duelo. El dolor no es historia. A través de él, el dolor se convierte en tu geografía, familiar, apreciada, ya no es más el malvado gemelo reprimido, sino uno equitativo, coetáneo a la alegría en su lugar en el sol.

La música me quebró, fracturó la dura coraza de mi calma y las lágrimas llegaron por fin, calientes, amargas, ardiendo. O me cegaron, o mantuve los ojos cerrados, pues me perdí los primeros minutos del baile.

Cuando volví a mirar de nuevo, Hilla manejaba de forma muy inteligente el flash a

modo de foco. En aquel momento sólo estaba iluminado el rostro de Rafiq. La máscara blanca nadaba en la oscuridad. Entonces los ojos de Rafiq fueron los de Tarok, azogue en su brillo trémulo, estrechándose con aquella mirada «que veía» y que yo conocía tan bien. Lo captó a la perfección. Saltaba ligeramente, y cada vez buscaba con los ojos un rostro del público. Entonces la luz le iluminó por completo y bailó una pantomima que representaba a un niño hambriento sujetando un cuenco. El trabajo de Hilla, me percaté, era bastante sencillo. Ponía y quitaba una sombra negra cada cinco minutos (lo cronometré con mi reloj). *Ella* marcaba el ritmo. Rafiq improvisaba.

Entonces Rafiq volvió a ser Tarok. El Tarok que nos desafió, haciendo aparecer platos que nos provocaron. Ahí estaba Tarok. Sentado en un banco en el aire, dándonos la espalda mientras la música menguaba y menguaba su timbre, hasta que se convirtió en un latido profundo en el aire. ¿Qué hacía Tarok dándonos la espalda?

La luz se apagó.

Cuando regresó, Rafiq se pavoneaba arriba y abajo, contoneando las caderas, mirando fijamente y con rabia hacia la oscuridad del centro, donde todos sabíamos que esperaba la figura sentada...

Ya no era Rafiq, era Mohini enfurecida. Salió de un salto magnífico... y desapareció.

El foco regresó entonces a la figura sentada. Ya no estaba derecha. Había caído hacia delante, los brazos intentaban agarrar la oscuridad, todavía levitando de forma mágica. Con el siguiente impulso de la música, la luz volvió a cambiar y se centró en su cabeza. Se giró despacio hacia nosotros, reflejando con sus movimientos cada nota lenta e interminable del contrapunto. Se giró, reflejando la angustia de la música, luchando, distorsionándose, esforzándose hasta que bajo aquel insoportable ataque de dolor se quedó inmóvil de repente y cayó hacia delante sin fuerzas.

La música paró.

El público suspiró.

La luz se apagó, y volvió, casi al mismo tiempo.

Entonces Rafiq bailó el último movimiento completamente iluminado, exagerando con el tronco la torsión de la herida.

El ritmo *dhrupad* comenzó su segundo contrapunto, más rápido, más insistente, apartando velo tras velo de pretensión, acercándose cada vez más al centro candente mientras Rafiq saltaba formando un arco amplio y aterrizaba congelado a media caída, con un brazo extendido, el otro balanceándose sobre el suelo, formando un triángulo

perfecto con la línea del costado y la pierna. La perfecta geometría permaneció impecable mientras su cabeza, perdida en la oscuridad, aguardaba a la última nota angustiada de la escala. Mientras la música descendía y caía en picado desde la nota más alta y se sumergía en profundidades plutónicas, giró la cara una vez más hacia el foco con la mueca lenta de la muerte.

Fue espantoso. Fue obsceno. Fue convincente. Simplemente no podías dejar de mirar.

Comenzó el siguiente contrapunto, acelerándose de manera sutil, y Rafiq volvió a interpretar la postura.

De nuevo observamos cómo sus hombros desaparecían, y la máscara de la muerte reaparecía lentamente en un arco incómodo de dolor.

Otro contrapunto, más rápido en esta ocasión, más salvaje, más insistente con urgencia, casi estábamos allí, en el centro ardiente e incandescente, casi, mientras sus hombros desaparecían en la oscuridad.

Y entonces, de nuevo, la mueca blanca de la muerte giró su semblante aborrecible hacia nosotros.

La música caía en picado, caía hasta la nota más baja.

El foco revoloteó como una mariposa de luz sobre el vacío.

Un latido del corazón.

Dos.

Después la voz de Lalli rugió «¡LUCES!», y todo fue un desconcierto.

El foco se arrastró, deslumbrándonos al rebotar mientras Hilla y Felix se apresuraban. La luz se estabilizó, y pudimos ver.

Rafiq estaba tendido sobre el suelo, y Hilla inclinada sobre su rostro.

Me percaté de ello por encima, pues la luz había pasado sobre las figuras y caía sobre el profundo hueco de la escalera. Lalli levantaba la vista hacia mí, con la mirada en blanco, cegada por el flash. Tenía los brazos retorcidos alrededor de algo que chocaba contra ella, negro bajo el resplandor. Lentamente, cuando Felix estabilizó el foco, mi mirada captó la escena.

El brazo de Lalli estaba doblado sobre el cuello de un hombre. Sacudiéndose, su figura enorme empujaba contra la verja de hierro, con el cuello casi roto... era el señor Bajaj.

Lalli lo soltó y él cayó como un bulto ignominioso sobre las escaleras.

—¡Átalo!

Le lanzó a Felix un trozo largo de cuerda. Era del mismo nailon que estranguló a Tarok.

Lalli me dedicó una sonrisa cansada.

–Justicia poética –afirmó.

Rafiq había comenzado a respirar de nuevo, dijo Hilla, pero no tenía buen color.

–Corriste un riesgo tremendo –gritó enfadada–. Podrías haberlo matado.

Lalli no respondió. Parecía terriblemente cansada.

La arrastré hasta mi habitación, la dejé sobre la cama y cerré la puerta. No ofreció resistencia. Su pasividad me asustó.

Maldito Rafiq, *Lalli* era quien no tenía buen color. Había perdido a Tarok. No podía permitirme perderla a ella también.

Tal vez grité las palabras, pues sus manos se posaron sobre mi rostro, mis mejillas húmedas y mi boca balbuciente.

Y entonces apareció Hilla, rodeándonos a ambas con los brazos, riendo y llorando de alivio.

–Esos malditos tipos siempre tienen razón –comentó Hilla–. Las mujeres somos un desastre para este juego.

Rafiq, bajo los competentes cuidados del doctor Sane, se incorporó pronto, con aspecto extraño a causa de aquella máscara de muerte blanca que se había acercado tanto a la realidad. En el cuello lucía un verdugón real donde el señor Bajaj le había dejado la marca con la cuerda de nailon.

–Fue muy repentino –explicó Rafiq con voz ronca–. Temporalización perfecta –afirmó casi con admiración–. ¿Cómo está él, lo sabes?

Yo no había preguntado.

Lo último que oí es que seguía sin sentido. Lalli se preocupó un poco por su ritmo cardíaco.

–No podemos permitirnos perderle ahora –afirmó con frialdad–. No escatiméis esfuerzos en mantenerlo vivo. Cualquier lujo, por favor.

Irónicamente, fue Rafiq quien trasladó la forma inerte del señor Bajaj a su habitación, fue a Rafiq a quien vio primero al recuperar la conciencia. Luchó por levantarse, después cayó hacia atrás, derrotado. Volvió a cerrar los ojos deprisa mientras Lalli pronunciaba las

palabras formales para arrestarlo, acusándole de los asesinatos de Tarok Ghosh, Chili Divadia y Lola Lavina. Rafiq se alzó sobre él hasta que le obligó a abrir los ojos de nuevo.

Observé a Rafiq con terror. Una convulsión de odio recorrió su rostro; después, con la misma rapidez, desapareció. Se dio la vuelta y salió dando zancadas.

Levantó la mirada a tientas cuando me uní a él en las escaleras. Habló:

–Lalli dice que pensabas que yo era el asesino. ¿Cómo pudiste?

Podría haber mentido, pero le debía la verdad.

–Porque tú también escuchaste a Tarok y a Chili aquella noche en la terraza – respondí–. Pero me equivoqué al pensar que te sentiste igual que yo.

Negó con la cabeza.

–No te equivocaste. Me sentí así. Pero no por mucho tiempo. El enfado pasó.

–Sí, el enfado pasa.

Nos quedamos sentados, juntos, en silencio, escuchando llover.

Pasaba de la medianoche cuando Lalli salió de la habitación del señor Bajaj. Había pedido comida y, a ser posible, una taza de té.

Ramona sugirió acompañarla con sándwiches de matarratas.

–No puedo soportarlo, le llamé Tío –estalló–. Oh, ¡nunca lo olvidaré!

La lluvia continuaba con su queja, pero el viento se había apaciguado. Toda la esperanza de la mañana aportaba un escape.

El señor Bajaj estaba encerrado bajo llave. Rafiq hacía guardia ante la puerta. Dijo que le daba algo de paz estar separado de su enemigo por nada más fuerte que una puerta. Una puerta gruesa con cuatro piezas de teca, pude comentar, pero lo dejé correr.

Nos sentamos ante la mesa larga del comedor para comer los sándwiches, bastante descorazonados.

–No puedo ser cocinero en estos momentos –explicó Felix–. Estoy trabajando. Tengo que centrar mi mente en el crimen.

De forma sorprendente, no mostró ninguna gana de investigar la mente del asesino.

A dos puertas de distancia del señor Bajaj, Ujwala Sane roncaba con una felicidad de Valium.

Lalli miró con atención su sándwich como si no fuese capaz de darle siquiera un bocado. Recordé cómo me convenció para que comiese y bebiese en las primeras horas atroces tras la muerte de Tarok. Ahora el resto de nosotros sentía alivio, pero Lalli todavía tenía que llevar la carga más lejos.

–Nos debes una explicación, Lalli –pidió Hilla.

–Sí, no me atrevía a preguntar, pero secundo a Hilla –añadió Felix con rapidez.

–Odio las explicaciones... se prolongan durante páginas y páginas en tus libros, Felix. ¡Debo confesar que me lo salto por completo! –respondió Lalli con picardía.

–Prometo que le haré condensarlo en un párrafo apretado si nos lo cuentas –propuso

Alif Bey.

Parecía devastado. La noticia de la muerte de Lola se propagó despacio por el grupo. Sin embargo, Lalli todavía no había hecho ningún comunicado al respecto.

—Hay dos formas de ver lo que pasó aquí —comenzó Lalli—. La primera es la cadena evidente de acontecimientos. Examinémosla.

»En algún momento entre la noche del sábado y la mañana del domingo alguien adulteró las vitaminas de Chili. Ése fue el primer acontecimiento.

»En algún momento entre las once y media de la mañana y las tres de la tarde del domingo, Tarok Ghosh fue asesinado. Es el segundo hecho.

»Pero se produjo un tercero, desconocido para nosotros, que sucedió antes de esos dos. No voy a entrar en él por el momento.

»El asesinato de Tarok fue un crimen fruto de la oportunidad. La oportunidad la proporcionó un ataque que dejó herido a Tarok, pero que no lo mató. El asesino vio al hombre caído como presa fácil. Entró y lo estranguló. Fue sencillo. Había un rollo de cuerda a mano, la puerta estaba abierta, la víctima no ofreció resistencia. Si era rápido, podría escapar sin que le viesen. Si le veían, daría la voz de alarma. Si le veían, daría la alarma diciendo que había encontrado a Tarok herido y partiría de ahí. Era una situación en la que sólo podía ganar. En cuanto al hecho en sí, estaba muy seguro porque lo había hecho antes.

»¿Cómo es que estaba allí cuando Tarok fue atacado? Las mejores mentiras son siempre las más cercanas a la verdad. Fue a la despensa para cumplir su promesa con Hilla. Fue a recoger la cuerda para el cuadro. Cuando estaba allí, o la curiosidad o un ruido sospechoso le hizo abrir el pasaplatos. Vio al agresor de Tarok huir asustado. Vio a Tarok desplomarse hacia delante y sangrar. Sabía que la herida no sería mortal, pero él podía hacer que lo fuese. Cortó un trozo de cuerda, entró por la puerta abierta del almacén y estranguló a Tarok. Después salió con rapidez. La puerta del almacén seguía abierta.

»Poco después, Felix entró a hurtadillas en el almacén, sacó el cubo de la basura, lo examinó, lo volvió a poner en su lugar y se marchó de nuevo a hurtadillas.

—¡Dios! ¡Quieres decir que entonces ya estaba muerto! —gritó Felix—. ¡Si hubiese entrado!

—Lo habrías encontrado muerto, Felix. El señor Bajaj es un trabajador capaz por lo que respecta al asesinato.

–Pero...

–Sí, a eso iba. El señor Bajaj comenzó a construir una elaborada cortina de humo partiendo de la mentira de que Tarok se había encontrado con él por el pasillo, con el rollo de cuerda.

–¿Cómo supiste que era mentira? –preguntó Alif Bey.

–Digamos que pensé que *todo* lo que conducía al rollo de cuerda era mentira –contestó Lalli–. Lo tomé como dato de partida.

–¿Por qué? –insistió Felix.

–El asesino había tirado la ligadura al suelo, Felix, te olvidas de eso. *Quería* que la encontrásemos allí.

»¿Por qué iba a querer que la encontrásemos? Estaba puesta allí para establecer un punto de referencia. Procedía del rollo que Tarok le dio al señor Bajaj, y que más tarde el doctor Sane llevó de vuelta a la despensa. Por tanto, es fácil concluir que sólo pudo haberse utilizado para matar a Tarok *después de que el doctor Sane lo llevase de nuevo a la despensa*.

»Eso es lo que el asesino quería que creyésemos. En el momento en que lo vi como punto de referencia, supe quién era el asesino.

–Lo que se pretendía era incriminarme –afirmó el doctor Sane con firmeza.

Lalli se encogió de hombros.

–¿Quién cerró la puerta del almacén?

–Yo –admitió asustado el doctor Sane–. ¿Lo sabías?

–¡Y no era la única! El señor Bajaj sabía que en cuanto subiese a ver a su esposa, descubriría lo que ella había hecho. Ella recurría a usted para pedir ayuda o consuelo. Su primer impulso sería bajar, pasar el pestillo de la puerta del almacén por la parte de fuera. Le faltaría el coraje de entrar y mirar. Ilógico, pero perfectamente a tono con su personalidad. Felix casi fastidia al señor Bajaj al abrir el pasaplatos antes de la hora de comer... pero no vio mucho.

Felix pareció agradecido por el aplazamiento.

–Después de que se descubriese el cuerpo de Tarok, el señor Bajaj sólo tenía que sentarse y ver cómo dábamos tumbos en cuanto a horarios y esa cuerda de nailon.

»En cuanto a la muerte de Chili, no había nada que lo relacionase con eso. A las tres de la tarde del domingo, el señor Bajaj se sentó casi por primera vez en treinta y seis

horas. Todavía quedaba el asuntillo del cuerpo de Lola en su coche, pero mientras el tiempo siguiera como hasta entonces, también tenía un plan para eso.

Ésa fue la primera mención que Lalli hizo en cuanto a la muerte de Lola.

Un suspiro recorrió la habitación.

–El tercer hecho, el que dejé para el final, fue en realidad el primero en ocurrir. Esta tarde descubrí el cuerpo de Lola. Fue asesinada en algún momento a primera hora del sábado, poco después de la medianoche, quizás.

»Oyeron al señor Bajaj y a Lola en la terraza. Confundieron la voz de él con la de Alif Bey... un error natural teniendo en cuenta lo que había sucedido antes aquella misma tarde.

»Lola negoció con el señor Bajaj. ¿Qué intentaba venderle? Su silencio, probablemente. Sabía algo sobre el señor Bajaj y estaba dispuesta a utilizar ese conocimiento para sacar provecho. Estaba entusiasmada, incluso triunfal. Cuando les oyeron, parecía tenerlo controlado. Poco después, él la mató. La mató aquí, en algún lugar, o en esta habitación o en el salón, porque bajaron juntos la escalera, a hurtadillas, para una cita clandestina.

»Cuando se sintió segura de tenerlo bajo su poder, él la estranguló. Un crimen sencillo. Después llevó el cuerpo al garaje, regresó a la terraza para coger una capa de lona impermeabilizada, envolvió el cadáver y lo colocó en el maletero de su coche. Le vieron cruzar la entrada de regreso a la casa. Por desgracia para él, uno de los zapatos de Lola se cayó. Lo descubrió en el camino de vuelta, quizás tropezó con él. Para entonces debía de estar agotado. Lo tiró a la pequeña alberca que hay en el jardín trasero. Ese momento de pereza le ha costado el cuello.

»De nuevo, las circunstancias encajaron de forma brillante con sus acciones. La pelea entre Alif Bey y Lola era la explicación perfecta para la desaparición de ella. Pero exageró con lo de la llamada telefónica. Podemos comprobar eso, ya sabéis.

»Cuando empezó el lío en torno a la cuerda de nailon, había un matiz familiar. No pude ubicarlo en realidad hasta que supe que se había encontrado el zapato de Lola en la alberca. Después recordé la llamada telefónica, y todo encajó, era la misma estratagema, ¿verdad? La llamada telefónica también era un punto de referencia falso. Establecía que Lola seguía por alguna parte.

»Había planeado deshacerse del cuerpo de Lola el sábado por la mañana, cuando iba a recoger las flores, pero tú, Alif, lo sabotaste al insistir en acompañarle en ese viaje a la

estación de Malad. Las flores y las plantas se colocaron sobre la lona impermeabilizada que envolvía el cuerpo. ¿Quién iba a darse cuenta? Pero siempre hay algo, ¿no? Su pendiente, uno de esos móviles de Calder tan característicos, se enganchó en una maraña de helechos de una maceta. Sólo me enteré de eso cuando supe lo del zapato –me lanzó una mirada severa.

»Supe que el cuerpo seguía en el coche. Supe que pronto trataría de nuevo de deshacerse de él. Por suerte para mí, el tiempo le forzó.

»Esta mañana se aventuró con valor para buscar ayuda. Fue solo. Arrojó el cuerpo por el promontorio, seguro de que caería al tempestuoso mar que hay debajo. Lo habría hecho, de no ser porque una roca que sobresalía lo desvió en la caída. No podría haberlo previsto. Sólo tuve suerte. El tiempo cambió. Se despejó lo bastante como para que viese algo grande y negro sobre las rocas. Sin ese momento de suerte todavía estaría intentando atar todos los cabos. Llevó el coche un poco más lejos, lo sacó de la carretera y lo dejó allí. Después regresó, casi como un héroe.

–Si mató a Tarok antes de lo que pensábamos, ¿no tendría que haberse constatado cuando examinaste el cuerpo? –pregunté.

–¿Media hora como mucho? No, en realidad no. En especial estando empapado de hielo y agua fría. Ubico la hora de la muerte a las once y media o un poco más tarde. De nuevo, recuerda, fue el señor Bajaj quien fijó la hora con su pequeña ficción en cuanto a que el reloj sonó mientras intentaba levantar el cuadro él solo.

–Si ya sabías todo esto, ¿por qué arriesgaste la vida de Rafiq? –quiso saber Ramona.

Lalli sonrió.

–Eso tenía tanto que ver con Rafiq como conmigo. Hice un trato con él. Ambos respetamos nuestra parte. Los muertos ya no están, Ramona. Tengo responsabilidades con los vivos. De modo que estuve dispuesta a utilizar a Rafiq.

»Ciertamente, sabía todo esto, pero necesitaba pruebas. Hasta el momento, no tenía ninguna. Si hubiese continuado así hasta que nos rescatasen, incluso siendo acusado, el señor Bajaj se habría escapado. Tendría una red de seguridad de abogados esperándole. Existía la posibilidad de que no pudiese acusarle. Tenía que empujarle para que se descubriese.

»El baile y la iluminación fueron idea de Rafiq, por supuesto. La coreografía era, lo admitiréis, brillante. Confío en verle interpretarla de nuevo... ¡con resultados más felices! Estaba esperando al señor Bajaj en las escaleras. Era un hombre desesperado, y tenía

muy poco tiempo para intentar su último ardid. Se suponía que Rafiq iba a revelar algo al terminar el baile, ¿verdad? ¡El señor Bajaj no podía arriesgarse a eso!

»Esperábamos que actuase en el instante en que la cabeza de Rafiq desapareciese en la oscuridad. Rafiq interpretó la postura una y otra vez, atrayendo al señor Bajaj para que aprovecharse la oportunidad. Y lo hizo... ¡a la tercera! Fue rápido como el rayo, debo decir, y me alegra haber sido capaz de cogerle justo cuando estaba apretando la cuerda...

—¿Qué quiso decir Tarok cuando le dio *steak tartar* al señor Bajaj? —preguntó Alif Bey—. Sé que cría caballos, pero el comentario de Tarok pareció más mordaz que eso.

—De hecho lo era —sonrió Lalli—. Es lo que me dio la respuesta a este puzzle. Tarok hizo la distinción entre carne de caballo y carne humana. Estaba intentando decirle al señor Bajaj que sabía que estaba metido en el negocio de la carne.

—Como Lola sabía —suspiró Alif Bey.

—Y como también sabía Chili. Lo que me lleva al motivo por el que el señor Bajaj causó todo este problema.

»A causa del magnetismo de Tarok, de su cena lograda con ingenio, yo, como vosotros, cometí el error de ver a Tarok como figura principal de esta tragedia. Su asesinato fue simplemente un efecto secundario, como le gustaría denominar al doctor Sane.

»La tragedia gira en torno a Chili. Para aquellos de vosotros que no la conocáis, os contaré la historia de Payal, la amiga de Chili. Murió hace un par de años, pero este relato comienza con su historia.

»Payal iba al instituto con Chili. Eran amigas. Al parecer sin motivo aparente, Payal se ahorcó. En el periodo subsiguiente se descubrió que había estado llevando una doble vida muy activa y muy lucrativa como prostituta. Fue un impacto para Chili, que no había sospechado nada parecido de su amiga. Payal era una chica tranquila, con pocas amigas. Pero a menudo le había dicho a Chili lo mucho que confiaba en su tío. Chili también conoció a ese tío, un día en que éste fue a recoger a Payal al instituto.

»La familia de Payal no sabía nada de ningún tío. Ni la policía pudo seguirle la pista. El tío fue descartado como una ilusión de Chili. Os podéis imaginar cómo debió de haber sufrido Chili por todo aquello. Lamentablemente, dos años después del suicidio de Payal, sigue habiendo un tráfico activo entre estudiantes de instituto. La policía lo sabe, se producen redadas esporádicas, pero no están más cerca de solucionarlo de lo que estaban hace dos años. En situaciones como ésta, los peces pequeños capturados en cada redada

no importan en realidad. Son reemplazables. Al cabo de un periodo en calma, el embrollo continúa desde donde se dejó.

»Chili era una muchacha inteligente. También era una mujer enojada. No había superado la muerte de Payal. No había olvidado al misterioso tío.

»Y entonces, la noche del banquete milenario de Tarok, volvió a encontrarse con él. ¿Recordáis lo demacrada y cansada que parecía Chili aquella noche? Todo el mundo pensó que era por su vestido sencillo. Eso es una tontería. Chili habría estado sensacional incluso vestida con arpillera y cenizas. No, estaba asustadísima. Reconoció al señor Bajaj. Y él la reconoció a ella.

»Había visto antes al señor Bajaj. En compañía de su infortunada amiga. Él era el misterioso tío, el que desapareció sin dejar huella, el único eslabón entre la estudiante de instituto... y la doble vida que llevaba como prostituta. Un eslabón que Chili estableció. Quiso contármelo, pero Lola la disuadió. Me lo quiso contar *antes* de ver al señor Bajaj, antes de saber que él era el tío misterioso. Simplemente quería contarme que vio y conoció a esa figura misteriosa en la vida de Payal. Chili estableció la conexión. Quizás podría haber conocido a otras chicas metidas en el tinglado, puesto que sabía que el tráfico continuaba.

»Pero Chili no me lo contó. Porque se lo contó primero a Lola, y Lola supo de inmediato de qué estaba hablando. Lola también había reconocido al señor Bajaj. Lo conoció con anterioridad, en su tarea profesional. Sabía que el abogado que la utilizó de forma tan vergonzosa sólo era un pequeño jugador. Lola, veréis, tenía otros planes, y ahora sabemos cómo terminaron.

»Por volver al banquete de Tarok, y el juego que desplegó... Tarok sabía mucho de nosotros. Cada uno sabe la importancia precisa de lo que le dijo. Yo también. Tarok era un hombre cargado de furia. Había sido herido y afligido por algunos de vosotros. Os ofreció el único tipo de justicia que entendía: el momento de introspección para contemplar vuestra culpa. En eso, fue demasiado generoso.

»Al principio, su asesinato parecía una represalia por las verdades que reveló durante el banquete. Pero si pensáis un poco os daréis cuenta de que eso es imposible. Tendría poco sentido silenciarle *por lo que ya había dicho*.

»En el momento en que me di cuenta de eso, supe que tenía que buscar algo que Tarok hubiese sabido o visto *después* de esa cena.

»Tarok consoló a Chili en la mesa del comedor tras el comentario enfadado que ésta

hizo en torno a la afirmación de la señora Sane sobre Lola. ¿Qué pudo haberle dicho? Conociéndole, creo que le pediría que hablase con él después de la cena. Algo que ahora sé que ella hizo.

»Creo que Chili le contó todo lo que sabía sobre el señor Bajaj. Creo que el señor Bajaj la vio hablando con Tarok.

»Tenía que actuar, y rápido. Probablemente, mientras Chili hablaba con Tarok en la cocina, se coló en la habitación de Chili, cogió el bote, preparó las cápsulas en la seguridad de su propia habitación y, cuando tuvo la ocasión, devolvió el bote al cuarto de ella. No habría sido difícil. Chili estuvo mucho rato hablando con Tarok, y probablemente él lo sabía. Debió de haberla observado. Para entonces era un hombre desesperado.

»Y después, a la mañana siguiente, sin planearlo, el señor Bajaj se vio ante otra presa fácil. Tarok, golpeado, inconsciente y sangrando a causa de lo que esencialmente era una ligera herida en la cabeza. La agresora fue Ujwala Sane. Fue un ataque sin premeditación. Ella ha declarado.

Lalli se detuvo, exhausta.

El doctor Sane se aclaró la garganta.

—A mi esposa le gustaría que escuchasen su declaración.

Hilla respondió:

—De verdad, Devdutt, no es necesario.

—No. Ambos sentimos que sí lo es. Al menos cuando le diga que lo he dicho, no habrá discusión posible.

Para ser un hombre que había logrado su fortuna a partir de aceite de mostaza adulterado era sorprendentemente honrado.

Lalli dijo:

—La decisión no está en sus manos, doctor Sane. A menos que Ujwala decida contárnoslo, no queremos saber nada de acontecimientos tan lejanos como los del año 1988. O de hecho... 1985.

Un silencio delicado vibró hasta que Ramona lo rompió.

—Pero ella le golpeó, ¿verdad? ¿Golpeó a Tarok porque perdió los estribos? Eso es lo que nos dijiste primero. Que le habían golpeado en la parte trasera de la cabeza. Y después supimos que no, que le habían estrangulado con la cuerda para el cuadro. ¿Y con qué le golpeó? ¿Con un martillo?

–Con un trozo de hielo. Le hizo un corte en el cuero cabelludo, sangró un poco, pero se habría recuperado.

–Ella lo siente muchísimo –afirmó el doctor Sane–. A causa de la migraña, ya saben, no fue voluntario, pero no lo pudo evitar.

–Desde luego espero que la migraña se le cure del todo –contestó Ramona.

–Es una consumación que se desea con fervor –añadió Alif Bey.

–Y ahora es momento de que alguien releve a Rafiq –concluyó Lalli mientras se ponía de pie con brío–. Vayamos a contemplar el amanecer, ¿no?

Me quedé de pie mientras observaba cómo la luz precaria se aproximaba a la marea sombría. Alif Bey se acercó a mí. Llevaba un libro. El ejemplar de Browning que había vuelto a abandonar en la biblioteca. Lo abrió al azar y leyó mientras creía la luz:

Alrededor del cabo de repente llegó el mar

Y el sol visitó la ladera de la montaña

Y en línea recta apareció para él un camino de oro

Y la necesidad de un mundo humano para mí.

Epílogo

Las cosas se resolvieron de un modo sorprendentemente rápido. Hasta que llegó la policía y se llevaron al señor Bajaj no me acordé de Lata Sandeha. ¡Qué triviales parecían mis problemas comparados con la terrible carga que debía llevar a partir de entonces! Detesté pensar en cómo debió de considerar mi presencia... una gafe, una catalizadora de la tragedia, si no algo peor.

No fue preciso preocuparme.

Apenas se percató de mí. Se reunió con Hilla –una vez– para desacreditar a su marido de inmediato y por completo. Se negó a verle mientras estaba bajo custodia. A él le entregaron los papeles del divorcio en veinticuatro horas. Ella «cooperó plenamente con la policía», como dijeron, y esa misma semana se marchó del país para un año sabático que debió haberse tomado mucho antes.

Supongo que estará lejos por mucho tiempo.

Lalli ha estado ocupada con el señor Bajaj desde el arresto. Él le ha cogido cariño y admira su competencia con los nudos. Sabe sobre cuerdas, al parecer, desde sus días de rodeo en Texas.

En cuanto a mi tía, se desespera a diario por lo que, en palabras de Lola, denomina «crímenes del patriarcado».

El ex abogado de Lola identificó con mucho gusto al señor Bajaj como el cerebro, y le produjo a Lalli una rabia mortificante cuando afirmó que su tinglado era puramente filantrópico, un proyecto a largo plazo contra el sida.

–La prostitución es la profesión más antigua, no podemos detener eso –afirmó–. Pero proporcionando mujeres respetables de buenas familias, podemos proteger la salud de nuestro país.

Savio contó que tuvieron que contener a Lalli para que no le causase una lesión grave al abogado.

Para ser una mujer que pasaba su tiempo libre ideando estrategias para abolir la pena de muerte, Lalli sentía poca compasión por el señor Bajaj y los de su clase.

—Ahorca a un asesino y te conviertes en uno —dice a menudo—. Pero perdónale, y eres peor.

En su opinión, no hay circunstancias atenuantes.

El alcance del señor Bajaj resultó ser mayor del que ella sospechaba: tenía en su nómina muchos institutos de las afueras. Jóvenes, como Payal, la amiga de Chili, que proporcionaban un servicio discreto y leal. Sus clientes pagaban bien por la juventud y la inocencia. Para las chicas, si el dinero no era suficiente reclamo, había pequeños lujos y atenciones que hacían que les mereciese la pena. Muy pocas temían algún peligro. Lalli no escatimó detalles cuando habló con ellas. Cuando lo hizo llevó un álbum espeluznante de fotografías de autopsias.

La mayoría de los días volvía a casa entristecida.

—Simplemente hay tanto que se puede hacer —suspiró.

La verdad sobre Lola me deprimió incluso más. Lola había mantenido el contacto con algunos de sus ex clientes. Identificó, como nos contó Alif Bey, al señor Bajaj como el cerebro tras el abogado, al reconocerle de un encuentro anterior. Trató de convencer al señor Bajaj para que le diese lo que éste denominó «una parte de la acción» a cambio de su silencio.

—Era difícil resistirse a ella —le dijo el señor Bajaj a Lalli.

Antes del baile de Rafiq aquella noche, le comunicó cuál era su postura. Él aceptó reunirse con ella para hablarlo. Cuando se encontraron, Lola supo cómo conseguir lo que quería. Le contó que sabía también lo del tinglado del instituto, y que una de las invitadas de la casa también podría tener suficiente información para amenazarle. Persuadiría a la chica para que callase... por una cantidad. Mientras tanto, estaba dispuesta a ser generosa con él en el sofá del salón. Allí la mató.

Nunca sabremos el alcance de la angustia de Chili, o su ira impotente ante lo que sabía que era cierto. Confió en Lola, de lo contrario habría estado viva hoy. Confió en Tarok... si no lo hubiese hecho él también estaría vivo.

Y así se desarrolló la interminable cadena de acontecimientos.

Todavía estoy recopilando los fragmentos.

La semana pasada, Savio llevó a casa una visita. Lalli no estaba, y Savio me dejó descubrir de qué quería hablar conmigo R. Sadashivam. El señor Sadashivam iba vestido

de forma imaculada con camisa y *veshti* (la prenda que, como el *dhoti*, se enrolla alrededor de la cintura, se pasa el extremo entre las piernas y se anuda en la espalda o en la cintura), con fragancia de extracto de sándalo y *vibhuti*, la marca de ceniza sagrada en la frente, que lo definía como devoto de Shiva. Colocó con cuidado su pequeña bolsa de tela entre los pies y se sentó en completo silencio, como un hombre que viniera a dar el pésame. Que, de alguna manera, era para lo que había venido.

Era hermano del difunto Nataraj Iyer. ¿Quizás había oído hablar de él?

Entonces conocí otro fragmento del relato interrumpido del pasado de Tarok, de sus años como aprendiz, y de su esperanza, tras los años pasados en Europa, de poder ampliar la empresa de Nataraj Iyer. Pero regresó a un negocio que perdía, condenado a la bancarrota. El propio Nataraj Iyer estaba demasiado enfermo para ocuparse de ello. Tarok había pasado el año anterior salvando todo lo que pudo, lo bastante para recuperar, para la viuda de su mentor, unos pequeños ingresos para vivir. «Salió de nuestras vidas tan de repente como entró», reflexionó mi visita. Podría estar hablando por mí.

De Tarok tengo la tetera y el ejemplar de Browning hecho jirones. Algún día abriré el pequeño paquete que Lalli me dio con sus pertenencias. Algún día, quizás. Pero todavía no, todavía no.

Hilla venderá pronto Ardeshir Villa. Ramona se ha metido en serio en el kárate. Su nuevo novio es cinturón negro. Los Sane han pasado al olvido. Alif Bey ha superado lo de Lola, y, si hemos de creer lo que se dice en la página de sociedad, se ha ido a vivir con Bidri Bitch. Rafiq está en París, representando su nuevo ballet, Annapoorna.

Todos salimos en la página de sociedad la semana pasada, con Felix en el centro de la presentación de su nuevo thriller... lo habéis adivinado... *Cocinero de carroña*. «Un asesinato de gourmet», reza el subtítulo. Hay una fotografía de Felix agarrando (era de esperar) una langosta viva. Sonia Sorabjee, de piernas largas, vestida con un apretado taparrabos de diseño y aspecto húmedo, casi eclipsa a Ujwala Sane, atrapada como un pescado carnoso en un chifón enmarañado y una blusa que parecía un wonderbra puesto del revés.

Ramona aparece feliz con su bustier blanco y Hilla *no* lleva una malla de cuerpo entero.

Felix le mandó a Lalli una copia anticipada del libro, acurrucada en una cesta de claveles. La cubierta es un frenesí cubista de yema de huevo y gotas de sangre, y el libro

es lo que se esperaba. Está dedicado a Lalli. No se menciona a Tarok en el texto. Su menú milenario apareció sin la correspondiente autoría en la invitación para la presentación.

Naturalmente, no asistimos.

Nota de la traductora

Kalpana Swaminathan vive en Bombay, donde trabaja como cirujana pediátrica. De su extensa producción destacan las novelas *Ambrosia for afters* (2003) y *Bougainvillea House* (2006), y diversos libros infantiles, como *The True Adventures of Prince Teentang* (1993), *Dattatray's Dinosaur* (1994), *Ordinary Mr. Pai* (2000), *The Weekday Sisters* (2002), *Gavial-Avial* (2002) y *Jaldi's Friends* (2003).

Con su colega Ishrat Syed, también médico, escribe bajo el acrónimo de Kalpish Ratna columnas periodísticas para diversos medios, sobre ciencia y literatura, y también libros para niños, como *Dr. Wrasse of Crystal Rock* (1993) y *Nyagrodha* (2006), entre otros. Como médicos han elaborado *A Compendium of Family Health* (2005).

Swaminathan comenzó a publicar relatos muy joven, en la adolescencia, pero, ya establecida como cirujana, inició su carrera literaria de forma ininterrumpida, adentrándose en la exploración de distintos géneros (novelas, relatos infantiles, textos periodísticos, etc.). Su profesión médica le aporta no sólo una forma de vida sino un intenso interés por el ser humano, sus miedos, sus contradicciones. En una palabra, su humanidad.

Tras aventurarse en diversos géneros, el siguiente paso de Swaminathan ha sido la novela policiaca. Para ello ha creado un personaje central, Lalli, siempre acompañada por su sobrina, aspirante a escritora y de la que desconocemos el nombre, que ejerce de narradora de las tramas. Swaminathan pensó deliberadamente en una mujer madura como catalizadora de las historias y su resolución, pues opina que en la sociedad india sólo las mujeres de edad avanzada pueden atreverse a ser verdaderamente libres.

Por eso ha creado a Lalli, una mujer que, pasados los sesenta, jubilada, ya está de vuelta de casi todo. Aguda, eficiente, sagaz, Lalli es una policía retirada que sus antiguos compañeros consideran como el «último recurso» cuando los casos de asesinato parecen no poder solucionarse y se estancan en un callejón sin salida, al que ella pone remedio.

Por el momento, Kalpana Swaminathan ha proyectado una serie de cinco novelas protagonizadas por Lalli. *Los crímenes de Ardeshir Villa* (*The Page 3 Murders*, 2006) es la primera de ellas. La segunda, *The Gardener's Song* [*La canción del jardinero*] (2007), ya ha visto la luz y también ha alcanzado un éxito considerable en la India, tras el buen recorrido de la primera entrega. Ambas se han traducido al francés.

Los crímenes de Ardeshir Villa es, ante todo, una novela de ritmo ágil de principio a fin. Un grupo de personas se reúnen en una casa para pasar unos días, pero lo que prometía ser un encuentro animado se convierte en tragedia cuando se producen unos crímenes que sólo esperábamos quienes leemos el libro, con la evidente ventaja de saber que se trata de una novela policiaca.

La anfitriona del encuentro es una antigua amiga de Lalli, y el grupo de invitados incluye gente que, aparentemente, no se conoce y poco tiene que ver entre sí, aunque comparten el hecho de que sus vidas aparecen con frecuencia mencionadas en la tercera página de los diarios, que desde hace varios años constituye la página de sociedad de los periódicos indios: un escritor de *best sellers*, un bailarín de jazz, una modelo, una feminista radical de pasado dramático, un matrimonio de clase media que aparenta una moralidad intachable según las pautas de la sociedad «bien», un médico y un empresario que oculta sus verdaderos negocios. Todos y cada uno de ellos tiene un secreto que sólo el cocinero contratado por la anfitriona parece conocer... hasta que el primer asesinato se produce y Lalli tiene que tomar las riendas de la historia e ir desenredando el entramado que la envuelve.

La novela no está en la línea del thriller sino en la vertiente analítica del «¿quién lo hizo?», al más puro estilo de Agatha Christie. En ese sentido, no puede decirse que Swaminathan y su personaje de Lalli supongan una innovación para el género policiaco, pero se trata de un aporte eficaz que no defrauda. La originalidad, en todo caso, se debe al contexto en que nos ubica la narrativa (la ciudad de Bombay, la sociedad india contemporánea), y la figura protagonista (una policía jubilada). La propia autora destaca su afición por el género, y se reconoce seguidora de Dorothy Sayers, Agatha Christie, P. D. James y Ruth Rendell. En la estela de esta genealogía literaria, la aportación propia de Swaminathan es fresca, convincente y entretenida.

Al tiempo, con inteligencia, la novela desgrana, de forma más o menos implícita, una crítica social al mundo de las apariencias, las banalidades y los abusos que quienes tienen algún tipo de poder ejercen sobre gente más débil, siempre en inferioridad de condiciones

por las circunstancias que les ha tocado vivir, no por sus propias capacidades para superarse y salir adelante.

También se destila una mirada sagaz en cuanto al mundo de las mujeres en la India actual: Swaminathan se muestra crítica tanto con las que ayudan con su actitud a sustentar el patriarcado como con aquellas que se las dan de feministas sólo de puertas afuera, como imagen y fachada.

El lenguaje de Kalpana Swaminathan es directo, fluido, incluye localismos y matices propios de quienes hablan en cada momento, desde una perspectiva realista, pues la autora considera que el lenguaje transmite la esencia de la persona. Eso hace que sea capaz de definir con claridad a sus personajes, y que, aun sin llegar a profundizar con intensidad en cada cual, sepamos de ellos y ellas lo suficiente como para comprender su lugar en el puzzle social de la narrativa.

Aunque en mis traducciones hasta la fecha siempre he optado por elaborar un glosario final con las expresiones que en el original aparecen en alguna lengua india, en esta ocasión, para tratar de mantener el ritmo de intriga de la historia, se ha empleado otra estrategia que he considerado más adecuada.

En este sentido, los términos se han mantenido, desde luego, por respeto hacia la textura híbrida y multilingüe del proyecto literario del original, que utiliza la lengua inglesa desde un contexto poscolonial. Pero en lugar de consignar la traducción o explicación en un glosario, se utiliza la aposición, es decir, que al lado de la palabra en lengua hindi se añade, de forma intratextual, en el propio texto, la traducción correspondiente o una breve definición. Para la labor documental necesaria he contado con la generosa ayuda de la autora, Kalpana Swaminathan.

En algunos casos, se ha recurrido a una transliteración que acerque los términos a lo que sería su pronunciación en castellano, eliminando las particularidades inglesas que resultan de transliterar estos términos desde sus lenguas originales al inglés, pero que no corresponden con el castellano al que se vierten en esta traducción. Así, por ejemplo, escribimos *chatni* (salsa) en lugar del anglizado *chutney*.

Los crímenes de Ardeshir Villa supone la llegada de una nueva voz contemporánea a nuestra república de las letras en castellano: la de Kalpana Swaminathan. Ojalá no os deje indiferentes y no descubráis la solución del caso... hasta el final.

Dora Sales

NOTAS

¹ En castellano en el original. (*N. de la T.*)

² Principal vestimenta de las mujeres en la India. Consta de una única pieza de tela que se enrolla alrededor del cuerpo y, finalmente, se deja colgando sobre la cabeza o un hombro. (*N. de la T.*)

³ Los parsis son los miembros de una comunidad étnico-cultural de religión zoroástrica que habita en el oeste de la India, especialmente en la ciudad de Bombay. Descienden de los persas que emigraron a la India en el siglo VIII para escapar de la persecución religiosa. (*N. de la T.*)

⁴ Moneda india equivalente a un cuarto de anna. Una rupia son dieciséis annas. Una paisa es la sesentaicuatroava parte de una rupia. (*N. de la T.*)

⁵ En este contexto, forma de referirse con respeto a una mujer. (*N. de la T.*)

⁶ Término de afecto o respeto para dirigirse a alguien. (*N. de la T.*)

Título original: *The Page 3 Murders*

Edición en formato digital: Noviembre de 2011

© Kalpana Swaminathan, 2006

First published in India by Roli Books Pvt Ltd., 2006

© De la traducción, Dora Sales Salvador, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-693-0

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Agradecimientos	5
Los crímenes de Ardeshir Villa	6
Nota de la traductora	272
Notas	276
Créditos	277